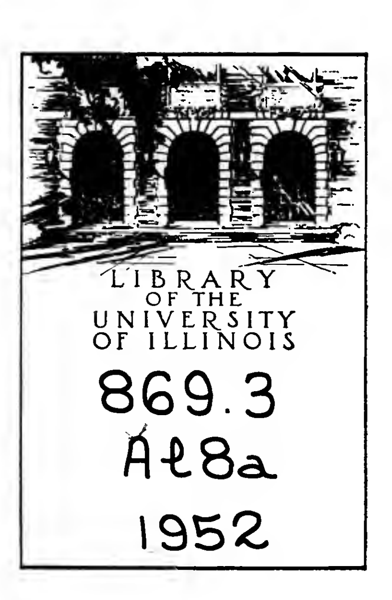


55

Agustín ALVAREZ

¿ADONDE VAMOS?

Prólogo de
Roberto F. Giusti



Buenos Aires, Año 1952

ORIENTACION CULTURAL EDITORES - S. A.

La
CULTURA
ARGENTINA



VOLUMEN 1

Colección
Crítica y Ensayos

AGUSTIN ALVAREZ

Nació en Mendoza el 15 de julio de 1857. Sus padres, entroncados con viejas familias cuyanas, murieron en el terremoto que arrasó aquella ciudad en 1861, dejando a su hijo privado de su amor y de esa seguridad que da una situación económica más o menos estable.

Un precoz afán de saber le permitió superar tales desventajas ante la vida y pudo terminar en su ciudad natal sus estudios primarios y secundarios. En 1876, llevado por una vocación por lo menos curiosa en quien tenía inclinaciones dialécticas, ingresó en el Colegio Militar de Buenos Aires y obtuvo sus despachos de oficial. Sin abandonar del todo una carrera que tuvo su bautismo de fuego en los combates de Barracas en 1880, Alvarez ingresó en la Facultad de Derecho y se doctoró en 1888.

La política y la magistratura le atrajeron y a ellas les dió los frutos de su talento; pero su vocación más íntima fué la de educador. Sus años más felices fueron los últimos de su vida, cuando Joaquín V. González lo llevó a la reción fundada Universidad de La Plata. Allí pudo completar en la cátedra su labor de moralista y de sociólogo que había desarrollado en el libro y en la prensa.

Agustín Alvarez falleció en Mar del Plata el 15 de febrero de 1914.

LA CULTURA ARGENTINA

Agustín
ALVAREZ

¿ADONDE VAMOS?

✦

Prólogo de
ROBERTO F. GIUSTI

Buenos Aires, Año 1952

IMPRESO EN LA ARGENTINA

PROLOGO

La noble figura intelectual de Agustín Álvarez revive para los lectores de las jóvenes generaciones en esta reedición, la tercera, de un libro que no había sido reimpreso desde 1915. El autor, que no alcanzó a ver el estallido de la primera guerra mundial, pues falleció en febrero de 1914, vivió con la sangre y el espíritu preocupaciones relativas al destino de la humanidad y en particular de los pueblos hispanoamericanos, muy diferentes de aquellas que hoy obsesionan hasta convertirse en diurna pesadilla a los millones de seres que asisten angustiados a la frustración del destino del hombre en la tierra por obra de poderes ante los cuales se sienten y saben cada día más impotentes e inermes. En una época en que los filósofos y videntes de la historia no les habían dicho todavía a las civilizaciones más encumbradas, *lasciate ogni speranza* pues vuestra suerte está decidida, participó Agustín Álvarez de la fe en el progreso indefinido, que fué aliento del luminoso siglo XIX. Creía en el progreso y en la razón; su generación alimentaba las ilusiones del iluminismo dieciochesco y se inclinaba ante las comprobaciones de la ciencia y la sociología positivistas. La frase famosa con que Voltaire solía cerrar sus cartas, *écrasez l'infâme*, podía adoptarla Álvarez como divisa de su pensamiento, condenando, no ya la religiosidad íntima y sincera, a su juicio primera necesidad mental del hombre, sino la superstición y el fanatismo, fuentes de ignorancia, atraso, miseria y esclavitud de individuos y pueblos. Encarnábanse para él tales vicios en el clericalismo, tal como los siglos han ido estratificándolo sobre la primitiva doctrina evangélica. Ningún autor había prendido más en su espíritu que Renán. Su *Historia de los orígenes del cristianismo* servíale en sus especulaciones para corroborar con las valientes observaciones que ella contiene sobre el pasado y

sobre el presente, las reflexiones propias. No sorprenderá, por consiguiente, que Agustín Álvarez haya encarnado como pocos pensadores argentinos, para sus adversarios contemporáneos y póstumos, el aborrecido liberalismo del siglo XIX.

Los golpes, decía Benvenuto Cellini, no se dan a condición, y los que dió Álvarez sin lástima, se los devolvieron con creces. Esta es la suerte de los rudos combatientes, como Sarmiento, como Ingenieros, a quienes el sectarismo beligerante retuerce el calificativo. El fanatismo y la intolerancia, como se creen dueños de la verdad absoluta, considerarán siempre perseguidores de chata inteligencia y corazón violento, a aquellos que no se allanan a tratarlos con indulgencia y benignidad y se niegan a concederles cuartel. Así ha sido deformada la figura intelectual de Álvarez. Típico de esa actitud es el examen que un conocido escritor, novelista talentoso pero espíritu banderizo y crítico arbitrario, hacía en uno de sus libros, a poco de la muerte de Álvarez, con evidente mala fe, de algunos pasajes del *Manual de patología política*. Un hombre de diverso temple espiritual, Joaquín V. González, quien estuvo unido a Alvarez por fuertes lazos de afecto e intimidad y que por conocerlo bien quiso tenerlo de compañero en la vicepresidencia de la Universidad de La Plata, cuya presidencia ejercía, pudo celebrar a su muerte, justicieramente, "el vuelo de su talento, la magnífica armonía de su espíritu y la absoluta unidad que existía entre sus ideas, su conducta y sus formas y medios de expresión". Debe leerse ese bello discurso, ponderado y rico de ideas como todos los escritos del ilustre estadista riojano. En él, penetrando en la obra de Álvarez y preguntándose por qué dió éste al factor religioso tanta importancia en la vida nacional con una insistencia que fué juzgada una prueba de mal gusto, dábale la razón con juicios históricos y morales sobre "los horrores y las miserias adonde precipita a los hombres el culto y la ciega obediencia a los dogmas absolutos y a los poderes terrenales divinizados por la ignorancia", juicios que no por expuestos sin acritud eran menos severos que los de Álvarez. Unos diez años después otro ilustre argentino, Lisandro de la Torre, combatiendo él también por la democracia y la libertad, confesaba en la Cámara de Diputados con graves palabras monitorias el error en que lo había mantenido hasta entonces una desprevenida tolerancia.

La preocupación constante de Agustín Álvarez fué la suerte de los pueblos de habla española, a los que él veía

incapaces de libertarse de la ignorancia, la credulidad, el fanatismo y el caudillismo bárbaro y despótico. Atribuía esos rasgos de inferioridad, antes que a la raza o al medio físico, factores de que hizo particularmente mérito la sociología positivista, a la herencia política y religiosa recibida de España. Todos sus libros, de los cuales uno lleva por título el nombre *South America*, connotación despectiva antaño corriente en los países anglosajones, examinan los mismos problemas, quizá con alguna monotonía, pues es un defecto de Álvarez la repetición. Esa convicción doctrinaria, actitud insospechable de prejuicio racial en quien era de cepa española —otro motivo para hacerlo detestable al revisionismo histórico posterior—, lo ligaba con la generación de la independencia y con los pensadores de la Argentina soñada por Echeverría, Alberdi y Sarmiento. Cuando en él despertó el publicista polémico, después de haber conocido a lo largo y a lo ancho a su patria muy amada en viajes y servicios —fué militar prestigioso—, estaban de moda las doctrinas que, diagnosticando la decadencia de los pueblos latinos, celebraban la superioridad de los anglosajones. Agustín Álvarez las hizo suyas con fe y vehemencia tal vez excesivas. No son un espejismo sino una bella realidad las antiguas instituciones civiles y políticas de Inglaterra en cuanto amparan los derechos individuales, ni lo son los principios éticos sobre los cuales reposa la constitución de los Estados Unidos; pero sería exagerado atribuirles virtudes de sánalotodo para los males que afligen a las sociedades humanas. Álvarez no lo ignoraba. *¿Adónde vamos?* discute el problema. Respondiendo a su arraigado sentimiento de aversión al estancamiento económico y espiritual de los países que fueron colonias españolas, y admirando los progresos realizados en ambos órdenes por los Estados Unidos, ponía en la balanza de las causas la diferente manera de sentir y practicar la religión en unos y otros. Ello lo inclinaba a una estimación, quizá sobrevalorada, del protestantismo. "Cuatrocientos años de cristianismo liberal en el Norte —escribe— y de cristianismo intolerante en el Sud, rehacen allá un mundo y aquí otro. Porque ideales, religión, leyes y costumbres diferentes hacen para el hombre un mundo diferente de hombres y de cosas; un hombre diferente, por lo tanto, en virtud de la ley de adaptación del individuo al medio ambiente." A su juicio al adaptación a las circunstancias de origen mental se rige por la misma ley que la adaptación a las circunstancias naturales: los nuevos hábitos que ellas crean en el

hombre tienen la misma fuerza de arraigo y el mismo imperio, sino mayor, que los que impone la necesidad material. La geografía moral prevalece sobre la geografía física. Toda religión, toda política, toda educación intolerante y supersticiosa, que cierre el espíritu del hombre a la adquisición de nuevas ideas y nuevas verdades, paraliza a los pueblos y los atrofia. Pensaba Álvarez que la metrópoli nos hizo más daño prohibiendo el cultivo de las ideas liberales y los sentimientos de tolerancia que el que nos hizo prohibiendo el cultivo de las viñas y los olivos. No puede pedirse a un positivista científico sociología más idealista. El hombre es responsable de la creación de su mundo moral; su pensamiento, al modificar sus sentimientos y formar su carácter, es la causa primera del progreso: en la medida en que el hombre limita su pensamiento, limita su progreso. Propugnaba Álvarez la compenetración de las culturas como necesaria al adelanto general: país que se aisla total o parcialmente, país que se asfixia o esteriliza. Creía en la fecundidad nutricia de las ideas como en la de los granos. Multiplicarla, pues, era tanto como desparramar en la tierra toda especie de frutos. Las mismas consideraciones que le sugería la intransigencia religiosa, las trasponía al campo político. Necia y pueril mostrábasele la soberbia nacionalista de los pueblos que los hace creerse superiores a los demás. Por grande que sea una idea, allí donde anide en un espíritu estrecho, éste, fanático de cualquier credo, la deformará monstruosamente convirtiéndola en instrumento de guerra y de muerte.

Álvarez no fué un escritor terso y sobrio; no bastándole una sola enunciación de su pensamiento, repite sus razones y éstas a veces se entrecruzan en períodos extensos y algo enredados; pero son muchas las páginas suyas briosamente escritas —se nota que al correr de la pluma del periodista, al modo sarmientesco—, a las que anima la generosa pasión; y entonces su prosa fluye cálida en elocuentes amplificaciones, remansada en felices sentencias, iluminada por imágenes vigorosas, subrayada por sabrosos dichos, robustecida por comparaciones y antítesis oportunas. Por ejemplo:

"Del mismo modo que un árbol no puede alcanzar su desarrollo natural ni producir sus frutos propios en una tinaja, ninguna idea amplia cabe con su magnitud en un espíritu estrecho, con su generosidad en un alma mezquina, con su nobleza en un espíritu abyecto, con su extensión en un entendimiento reducido; por eso ningún principio sano puede

alojarse en un espíritu enfermo sin participar de su histerismo y ninguna idea inteligente puede habitar en una cabeza estúpida, sin padecer de la estupidez, y ninguna idea grande puede instalarse en un espíritu flaco, sin desequilibrarlo. Por eso el cristianismo, que fué en su fuente la emancipación del espíritu del hombre, víctima de las tiranías de adentro y de afuera, de las supersticiones propias y las imposturas forzosas de los explotadores del pasado en el presente, por eso el cristianismo, que fué la redención del hombre por la libertad de la conciencia, se muestra de nuevo idolatría y fanatismo tiránico en la inteligencia limitada de los ignorantes, religión de odio contra las creencias ajenas en la mentalidad obtusa del fariseo y del sectario, y el Evangelio es una miserable aberración en los torturadores de Torquemada, como la fraternidad en los guillotinadores de Robespierre, como los principios en los "principistas" de Sud América: todos sacrificadores del hombre al dogma político o religioso, todos almas estrechas en que las ideas de vida, de salud y de bienestar llegan a ser factores de devastación y muerte, como el oxígeno, el carbono, el azufre y el ázoe, componentes de nuestros alimentos, llegan a ser substancias explosivas en el cañón de un fusil."

No, no era fanático y anticristiano quien se expresaba de este modo. El cristianismo era para él la causa fundamental del progreso incomparable de Europa y de América sobre los demás continentes y reputaba ciego mental al que lo negara. Pero también conocía las deformaciones que sufren las ideas, tornándose "sanguinarias, crueles, fratricidas, torpes, según la mente que las lleva; intolerantes y despóticas en el que no sabe gobernarse y a quien ellas gobiernan, entonces, con su propio despotismo y brutalidad". Este es uno de los puntos en que más insiste Agustín Álvarez: el saber gobernarse el hombre a sí mismo, sobreponiéndose por la razón, la instrucción y la moralidad a prejuicios, supersticiones y dogmas. El "sectario", según sus adversarios, proponía, pues, la duda como estimulante del entendimiento y resorte del progreso; oponía el libre examen al dogmatismo; la regla moral surgida de adentro a la imposición externa con la amenaza del castigo. Refiere González que en la cátedra de la Universidad, donde Álvarez enseñó durante ocho años historia de las instituciones argentinas e historia nacional, nunca abusó de su autoridad de maestro para imponer sus ideas y opiniones. La cátedra, lo mismo que la prensa y el parlamento

(fué legislador), fué arma de que se valió para convencer, no ya para dominar. Un liberal de su ilustración y convicción habríase negado a sí mismo si de apóstol, aunque apasionado, se hubiese trocado en inquisidor. Álvarez, discípulo de Renán, era incapaz de hacerlo.

La educación política de los pueblos no se hace con sólo instituciones aventajadas, como les ha ocurrido a los países hispanoamericanos con las instituciones anglosajonas importadas. La libertad política es capacidad nacional solamente cuando es capacidad individual, afirma nuestro autor, y la segunda deriva de la libertad de conciencia. La coacción religiosa es obstáculo a la libertad política; yo diría —y ello confirmando un constante hecho histórico, se hace patente en la general reacción contemporánea contra la democracia y la libertad—, que son coacciones concomitantes. Si Tocqueville pudo afirmar que en los Estados Unidos la religión conducía al hombre a la libertad, juicio recordado por Álvarez, también comprueba la experiencia histórica que todos los regímenes liberticidas necesitan hacer concesiones al sectarismo religioso, sometiendo a los ciudadanos a la doble férula. Son ilustrativas de esta conjunción, tal como se produjo en nuestro suelo bajo Rosas, concitando a un mismo odio contra el liberalismo político y el religioso, las brillantes páginas en que la analiza y documenta José María Ramos Mejía en su acusadora historia *Rosas y su tiempo*, publicada tres años después de *¿Adónde vamos?*, y particularmente en el capítulo titulado *Cómo funciona y se sostiene la dictadura*. "Esta adoración por la persona de Rosas en toda su enormidad —comenta el historiador al pintar las torpes orgías idolátricas desencadenadas por el tirano—, no era en parte sino una expresión derivada del fanatismo religioso, que nunca afectó en Buenos Aires formas y amplitud más desagradables." Y más adelante: "Al incorporar su persona a las prácticas religiosas, Rosas trataba hábilmente de confundir en un mismo cauce poderoso, dentro de la conciencia popular, dos sentimientos que, dejándolos caminar naturalmente, podrían divorciarse en perjuicio suyo. Erigido en defensor de la Santa Religión incorporaba al culto de su personalidad todos esos fermentos vigorosos de energía que suele tener el fanatismo, y que explotados en tales formas fueron otro instrumento de trascendencia para el dominio de las muchedumbres supersticiosas."

Las páginas más inflamadas se las dictaba a Álvarez la intolerancia, tanto la religiosa como la política. De la última

él podía espigar copiosos ejemplos, tristes o pintorescos, en la vida de los pueblos sudamericanos, incluyendo entre éstos, por supuesto, la República Argentina. Tal examen forma la materia principal de los libros de este patriota esclarecido, el cual soñaba con un pueblo capaz de gobernarse a sí mismo por la razón y la justicia, que abren el entendimiento a todas las verdades y repugnan la persecución cruel del adversario, propia del fanatismo. Su mente se revolvía desesperada contra la intransigencia que no admite sino una sola salvación, una sola verdad, una sola doctrina santa, un solo partido patriota, considerando todo lo demás falso y traidor. Ciertamente la educación intelectual y moral del individuo, la cual constituye el centro de la terapéutica social de Agustín Álvarez, debe obrar sobre la inteligencia para hacerla capaz de acoger todas las razones y ponderarlas, escogiendo las que juzgue más válidas o mejores; sin embargo, mi ya larga experiencia de los hombres me ha persuadido de que son muchísimos los temperamentos impermeables a toda razón que no sea la propia, cualquiera que sea la cultura intelectual de las personas. Se nace fanático como se nace corto de vista o totalmente ciego o sordo. Torquemada, Calvino y Robespierre son eternos. El fanático no se rinde a ninguna evidencia; no oye otra voz que la de su propio error. En su cerebro no cabe la duda. La inteligencia, a veces soberana si considerada en abstracto, no funciona en él respondiendo a sus fines específicos. El fanático a veces es admirable, nunca amable, y sí a menudo odioso. Padece la llamada por Renán "horrible manía de la certidumbre". Savonarola y Lutero la padecieron en igual grado que Ignacio de Loyola. El fanatismo político es de la misma esencia que el religioso. La incapacidad de espíritu crítico del jesuíta auténtico, aparte de otros caracteres comunes, lo hace temperamentalmente parecido al comunista de ley, o dígase de ordenanza. No me refiero aquí a las turbas y los pueblos fanatizados, pues ellos obedecen a las leyes morales y sociales examinadas en el libro que comento.

Agustín Álvarez se contó entre los sociólogos argentinos que, conforme al consejo de José Manuel Estrada, indagaron en la evolución espiritual e histórica de España las causas de "la evolución de las ideas argentinas", como titularía José Ingenieros la historia en cuyas páginas persiguió con mayor tenacidad que ningún otro, el proceso concomitante de lo his-

pánico y lo nuestro. Su generación literaria, que fué, año más, año menos, la de Juan Agustín García, José María y Francisco Ramos Mejía y Joaquín González, supo integrar en el colonial español nuestro desarrollo histórico durante el período independiente, procurando establecer, sin sentimentalismos, por el método positivista, aprendido principalmente en Taine, las relaciones de causa a efecto tenidas por indudables. Como el más severo censor de nuestras costumbres políticas y sociales, Álvarez fué también el juez más duro de los antecedentes hispánicos, en los cuales se refundía para él la triple intolerancia religiosa de judíos, musulmanes y católicos.

No le alcanzó en su plenitud la revisión de la famosa "leyenda negra", llevada a cabo en los últimos decenios por historiadores de diferentes tendencias; pero, por más dispuesto que esté un espíritu comprensivo a admitir las justas rectificaciones de la condena demasiado absoluta de la acción de España en América, confrontada con la de otros países colonizadores, dudo que él hubiera consentido el cubileteo que trueca ahora en leyenda áurea esa acción hoy calificada tiernamente de misional.

¿Cómo romper el círculo fatal? Solamente por el *self government*, por la iniciativa y el esfuerzo personales. Ello debe ser obra de la educación, que Álvarez deseaba dirigida, según la moral hedonista y positivista inglesa, por el egoísmo inteligente, disciplinada por el autocontrol, libre de tutelas tiránicas y miedos heredados. Cómo conseguirlo no lo dice expresamente, pero se infiere de cada página, de cada renglón. Baste recordar el juicio con que se cierra *¿Adónde vamos?*:

"Entonces, pues, no digamos que nuestra invalidez para la prosperidad humana es incurable por ser consuetudinaria, hasta haberse convertido en calidad de la raza española, porque no es cierto lo primero, aun siendo cierto lo segundo. Semiatrofiado de la capacidad para el *self* control y el *self help*, por la fe en el poder de los muertos, de las reliquias y de las ceremonias rituales para influir en la conducta, en la capacidad y en el destino de los hombres y de las cosas que les conciernen; semitullido del entendimiento y la voluntad por la sumisión pasiva y consuetudinaria al entendimiento y la voluntad de los directores espirituales y temporales, nuestro pueblo es curable todavía, como el paralítico de

la leyenda cristiana, y el remedio consiste, también, en inducirle a levantarse y echar a andar."

Los ensayos donde mejor se explicó sobre el remedio fueron los que tituló *La creación del mundo moral*, su última obra. En ellos exaltó la vida sana y libre, la alegría, los progresos de la inteligencia y de la moralidad, la fe en el porvenir, y alentó a la vanguardia de la humanidad a perseguir eternamente el pájaro azul, a fin de que haya siempre —concluyó— "algo que hacer, alguien a quien amar, alguna cosa que esperar".

* * * *

En el prefacio tardío que Renán puso en 1889 a su libro juvenil *El porvenir de la ciencia*, escribió, previendo los totalitarismos políticos e ideológicos que han azotado a la humanidad y amenazan seguir azotándola: "La unidad de creencia, es decir el fanatismo, no renacería en el mundo sino con la ignorancia y la credulidad de los días antiguos. Más vale un pueblo inmoral que un pueblo fanático, pues las masas inmorales no son fastidiosas, mientras que las masas fanáticas embrutecen al mundo, y no hay razón para que yo me interese por un mundo condenado a la imbecilidad: mejor prefiero verlo morir."

Comentando este pensamiento, que parecerá a algunos osadamente paradójico, decía yo pocos años atrás que nutriéndose de la sustancia de espíritus libertados del miedo, la superstición y la idolatría como aquel que arriesgó esta hipótesis pesimista, los hombres harán imposible su realización. Desde luego entre Agustín Álvarez y su admirable maestro Renán no existe otra afinidad espiritual que el odio al fanatismo. Álvarez no fué ni sinuoso ni flexible, ni en sus labios floreció la sonrisa escéptica: en sus libros retoza, apenas, alguna vez, la malicia criolla. Pero él también fué un espíritu libertado del miedo, la superstición y la idolatría, y ello hace provechosa su lectura en estos tiempos de pseudoverdades absolutas y correlativa intolerancia. Por supuesto me asalta la duda de si no es un escritor radicalmente inactual y como tal ineficaz. Cuando él escribía contra los pueblos que, así como los hidrópicos sedientos piden más agua, viven quejándose, estando sobregobernados, de que los gobiernan poco,

"por lo mucho que la falta de gobierno de adentro hace sentir la falta de gobierno de afuera, aun con ser tan excesivo", no podía sospechar la moderna hipertrofia del Estado, que no es un fenómeno local de tal o cual nación, sino universal, aunque el mal asuma según los lugares formas más o menos agudas. Pero ¿para qué serviría el antídoto si no se está bajo los efectos del veneno?

Deducida de este libro la tara de todo aquello que, como ocurre en cualquier libro político, aun el más sabio y profético, el tiempo convierte en apreciación anacrónica y reduce a generosas ilusiones, descontando la exageración de algunas de sus personales ilaciones apenas lo enfervorizaba su entusiasmo por la civilización de los pueblos anglosajones, comparados con los sudeuropeos, admiración extendida al entonces pujante despertar del Japón, queda la parte medular, que es el diagnóstico de un estado de conciencia colectivo —la autopsia, escribe él en cierta ocasión—, instructivo para todo lector no indiferente al destino del hombre en el continente americano.

ROBERTO F. GIUSTI

¿ADÓNDE VAMOS?

I

SE ha dicho que el hombre es un animal de costumbres. Y, en efecto, siendo las costumbres la instrumentación de las ideas que le diferencian de los demás animales, el hombre tiene por ellas el poder de hacer su ambiente material y espiritual, mediante la apropiación de las fuerzas físicas y el desenvolvimiento de la naturaleza mental, que es propia y exclusivamente suya; y el ambiente, a su vez, tiene el poder de modificar el hombre, viniendo a suceder así que éste puede perfeccionarse indefinidamente por la mejora indefinida de su ambiente material, intelectual y moral. Mediante el cultivo de las ideas y los sentimientos por la inteligencia y el de la inteligencia por las ideas y los sentimientos, el bruto se transforma en hombre; y el hombre que siente placer en atropellar al prójimo y desnudarlo se transforma en el hombre que siente placer en respetarlo y vestirlo.

El mundo tiene el poder de transformar al hombre y el hombre tiene el poder de transformar al mundo. El hombre cambia su ser con los sentimientos que le animan, como la vasija cambia de valor con las substancias que se ponen dentro; el hombre crea y desenvuelve, o estanca y petrifica los sentimientos que le hacen valer mucho o valer poco, ser feliz o desgraciado, grande o pequeño, sublime o miserable. En una palabra, el hombre hace el mundo de las ideas y los sentimientos cuyos cimientos son sus propias orientaciones morales —como hace la naturaleza el mundo de las cosas, con

oasis y desiertos, con campos fértiles y territorios estériles, con buenas y malas yerbas, benigno o inclemente— según que los sentimientos que lo constituyen sean suaves o duros, tolerantes o intolerantes; demasiado tórrido o frígido, según las variedades del fanatismo o de gazmoñería que prevalezcan en cada localidad; y la región de la tierra más fértil y más rica por el clima físico y las producciones del suelo, puede ser, al mismo tiempo, la más pobre y árida por el clima moral inhabitable que en ella crean la inclemencia de las pasiones y la pobreza del entendimiento humano, pues el mundo de las ideas y de los sentimientos sigue siendo páramo inhospitalario en la medida y en el orden en que las creencias políticas, filosóficas o religiosas limitan el progreso universal de las ideas, de que depende el progreso del entendimiento.

El reducido universo de ideas y sentimientos, de misterios, visiones, fantasmas y malos espíritus, de los salvajes, el mundo de lo sobrenatural que surgió de la ignorancia de la naturaleza por el hombre; el mundo de lo natural y de lo sobrenatural mezclado en verdades, errores y mentiras, en visiones, milagros, demonios, duendes y maleficios que hizo tan desgraciados a nuestros antepasados, comidos por terrores imaginarios peor que comidos por gusanos; el mundo de ideas y sentimientos del hombre de hoy a quien las ciencias y las artes le han revelado los secretos y los misterios de la naturaleza, y le han curado de supersticiones, son tres universos distintos. El hombre crea el mundo de las ideas y los sentimientos a su imagen y semejanza, diferente por lo tanto para cada pueblo y cada raza distintos: salvaje, supersticioso y brutal, o culto y benévolo, de la materia mental del hacedor, porque es hecho de sus ideas y sentimientos; y hoy, como en todo tiempo, los hombres son más felices o desgraciados, más fuertes más débiles por las ideas de su mente y los sentimientos de su corazón, que por las condiciones del suelo en que habitan, o por la fortuna o la miseria en que viven, pues esto mismo es consecuencia de aquello.

Las aptitudes que el hombre tiene para adaptarse a las circunstancias naturales del suelo y del clima, lo habilitan para adaptarse igualmente a las circunstancias morales e intelectuales, que su facultad de pensar le permite crear y modificar indefinidamente; y el animal que por el cambio sucesivo de ideas, sentimientos y costumbres, acrecienta su poder sobre la naturaleza, robustece el cuerpo, ensancha el alma, suaviza y alarga la vida, cambia de naturaleza más aún que si cambiara de especie animal. El asno que se transformase en caballo, v. gr., no haría una transformación tan considerable como la que media entre un caníbal y un filántropo.

Lo que constituye, pues, la esencia superanimal del hombre son las ideas y los sentimientos que se traducen en obras que modifican las propiedades del individuo, y por las cuales pueden levantarse y alejarse indefinidamente de ese estado salvaje originario, que la Biblia llama, metafóricamente, pecado original. "Cada ser humano crece dentro de una vaina de costumbres que lo envuelven como los pañales del niño", y de la que dependen principalmente su felicidad o su desgracia, su prosperidad o su ruina, porque si la vida humana es dura y triste, o alegre y generosa, la culpa no es de la naturaleza, sino del hombre mismo, que queda debajo o encima de ella, como esclavo o como señor, según que encare el trabajo como una pena o como un placer. El individuo habita una vaina de costumbres diferentes en cada raza, en cada pueblo y vive rodeado por un mundo de ideas y sentimientos preestablecido y diverso en cada país distinto, que le hacen pensar, sentir y obrar de diferente modo en cada país: un alma inglesa o un alma boer, un alma argentina o un alma chilena, un alma turca, china, francesa, española, o marroquí, según el lugar en que nace y el ambiente en que crece; un alma de fanático envenenada por odios sectarios, o un alma pacificada por la cultura general de su mente.

Y si en los animales ordinarios la evolución que transforma las especies depende principalmente de las circunstancias del suelo y del clima, que ellos no pueden cambiar, en el animal

extraordinario, depende principalmente del elemento extraordinario, que es el entendimiento humano, mayormente desde que el progreso ha triunfado de las secas y las inundaciones, del rayo y del granizo, de los mares, las montañas, los desiertos, los ríos, los climas, las distancias y las estaciones, del hombre y de la misma imbecilidad originaria, y que las circunstancias de creación humana han llegado a ser factores de diferenciación más poderosos que las circunstancias naturales.

Por consecuencia de esa adaptación simultánea del hombre al mundo de las cosas y al de las ideas y sentimientos, la América tenía en 1492 el progreso producido de afuera a adentro, en el hombre, por la gran fertilidad del suelo sobre la esterilidad mental del indígena, y la Europa tenía el progreso producido por el pensamiento cristiano sobre el fracaso de las religiones egipcia, asiria, judía y griega con sus civilizaciones respectivas, el adelanto producido en el mundo de las ideas y los sentimientos por el Evangelio sobre los restos del helenismo carcomido por su propia amoralidad; y el limitado progreso emergente de la pura feracidad del suelo y la templanza del clima fué excedido naturalmente por el progreso infinitamente superior, emergente de una mayor fecundidad intelectual. Y en seguida, 400 años más de cristianismo liberal en el Norte y de cristianismo intolerante en el Sud, rehacen allá un mundo y aquí otro. Porque ideales, religión, leyes y costumbres diferentes hacen para el hombre un mundo diferente de hombres y de cosas; un hombre diferente, por lo tanto, en virtud de la ley de adaptación del individuo al medio ambiente. Costumbres en elaboración, implicando un cambio en la vaina de hábitos para el individuo nuevo, importan, pues, raza humana en vía de transformación; costumbres acabadas o estancadas, importan raza consumada, en cuanto los individuos son mentalmente semejantes entre sí, mentalmente semejantes a sus predecedores, siendo el hijo una mera reproducción y no una innovación del padre, raza consumada que una nueva evolución de las costumbres, por obra nueva del pensamiento, transformará a su vez en otra

raza. Así, Horacio Mann entendía poder cambiar, por medio de las escuelas, un pueblo de bellacos en un pueblo de gentes de bien, y una tierra de miserias y maldiciones en tierra de prosperidades y bendiciones; así, se creyó un tiempo que el admirable progreso de la América del Norte era el efecto de las instituciones liberales sobre el hombre nuevo en el nuevo mundo, y luego que esas mismas instituciones fracasaron uniformemente en Sud América sobre el hombre nuevo en el nuevo mundo, con el espíritu endurecido por el viejo fanatismo y la secular intolerancia, como fracasa el trigo sembrado en la tierra endurecida y calcinada por el sol, como si el árabe transportado con su islamismo a tierras nuevas y sometido a instituciones libres no hubiera de continuar siendo el mismo esclavo moral de sus estrechas creencias en grado de fanatismo crónico, y se entendió entonces —porque tan pequeña diferencia en la causa no bastaba a explicar una tan grande diferencia en el efecto—, que aquel grandioso adelanto y este enorme atraso eran consecuencia de la raza y la raza un producto del pasado, intransformable en el presente, aunque resultado de transformaciones. Y a favor de esta explicación quedan fuera de la vista española las causas verdaderas y los factores reales de debilidad e insuficiencia humana para la raza española, como quedan fuera de la vista del mahometano las causas verdaderas de la decadencia de las razas mahometanas, como quedan a salvo la indolencia y la torpeza del hombre cuando sus naturales consecuencias son atribuídas, como en otro tiempo las enfermedades y los terremotos, a castigos del cielo.

Y desde que la producción del espíritu del hombre es más valiosa para levantar al hombre que las producciones del suelo y del clima, la geografía moral prima sobre la geografía física; los que, por ser menos calurosa la Patagonia, v. gr., esperan de ella para el futuro de nuestro país una raza española menos intolerante y más honesta, con los mismos frailes y las mismas alforjas, pueden echar sus esperanzas al canasto de la basura y salir ganando todavía.

II

La adaptación del individuo a las circunstancias de origen mental está regida por la misma ley de necesidad que la adaptación a las circunstancias naturales, y los nuevos hábitos que ellas inducen en el hombre tienen también la misma fuerza de arraigo y el mismo imperio.

Los hombres que por motivos de orden religioso, como los hindúes, por ejemplo, se han creado el hábito de alimentarse exclusivamente de vegetales, se mueren de hambre antes que comer carne. Y cuando los jesuítas, en las Misiones, mecanizaron la mente de los indios a su manera clásica de convertir al hombre en accesorio de la fe —recayendo en el error de Licurgo, que dió a Esparta un momento de brillo y una muerte definitiva— al entender que el hombre es para la religión y no la religión para el hombre, haciendo de la Redención el lecho de Procusto, que es el catolicismo intemperante; cuando los jesuítas subordinaron la vida del hombre a los ritos consagrados por la Iglesia, en los indios reducidos, éstos, degenerando en autómatas de la oración mecánica, abandonaron el instinto sexual hasta el extremo de que los mismos frailes tuvieron que disponer, dice un viajero, "que en algunas horas de la noche los despertaran para que cumpliesen la obligación de casados" [1].

---

(1) JUAN A. GARCÍA (hijo), *Ciudad Indiana*, pág. 360.

Por esto se ha definido la costumbre: "una segunda naturaleza"; esta segunda naturaleza del hombre refluye sobre la del suelo —que de sí mismo sólo produce para el hombre salvaje animales de caza y pesca y frutas silvestres—, y lo transforma y regenera para los usos y fines del hombre por la apropiación de las fuerzas naturales, por la explotación de las riquezas minerales y por la redistribución y selección de las especies animales y vegetales. Por eso podría decirse que la naturaleza actual de cada paraje de la tierra está constituída, para el hombre y para el suelo, por las costumbres que imperan en ese paraje: de ellas depende que la vida humana tenga allí una duración media de quince años o de cuarenta, con mayores o menores holguras. En Cuba, por ejemplo, bajo las ideas o costumbres españolas, la fiebre amarilla era una condición del suelo a que los españoles pagaban católicamente un pesado tributo de vidas y de salud, que los norteamericanos hicieron desaparecer por una serie de medidas higiénicas y que los cubanos harán reaparecer y reaclimatarse, cuando queden solos y vuelvan de suyo al despilfarro crónico de las rentas y al método católico español y ruso ortodoxo de combatir las epidemias, las secas y las plagas, con rogativas a los santos del calendario.

Así, por la clase de segunda naturaleza que impone al hombre, "el islanismo es un sudario de aridez para el suelo" al que le aminora su capacidad para sustentar al hombre, y para el hombre, al cual le seca la mente para el brote de las ideas y el crecimiento de la inteligencia; así, el protestantismo liberal, dejando al hombre en mayor aptitud y amplitud para el progreso laico, ha formado las razas colonizadoras, que por sus mayores recursos para dominar la naturaleza y explotar el suelo, se enriquecen y se extienden por todos los continentes; así, el catolicismo, repudiando las ciencias profanas y acaparando para las atenciones del culto público y aparatoso las mejores energías del hombre, le ha distraído en mayor medida de la agricultura, el comercio y la industria, que aumentan la riqueza común, del aseo personal y la salu-

bridad pública, que aumentan la salud y el vigor físico y mental, de la justicia terrestre y la moralidad civil, que acrecientan el bienestar general. La España, el Portugal, la Francia —recaídas por el ennoblecimiento del clero y la milicia en el menosprecio romano y judío de los pequeños oficios cuyo "ennoblecimiento fué la obra del espíritu cristiano", dice Renan—, las naciones latinas, primeras ocupantes de tierras nuevas, han visto detenido su progreso y han debido retirarse y encogerse en la medida en que sacrificaron el interés del Estado al interés de la Iglesia —porque "la tierra no se conquista ni en la edad bárbara sino por el arado", dice G. Ferrero— aohicándose en la medida en que renunciaban al esfuerzo personal para acogerse a la protección del cielo. Así cuando en España la intolerancia católica consumó la expulsión de los moros, que eran por entonces los más adelantados agricultores de Europa, se secaron hasta los árboles en regiones antes florecientes y después convertidas en yermos y en refugios de bandoleros, dice Buckle. Porque las condiciones del mundo han cambiado mucho y la prosperidad o la miseria de los individuos, de los pueblos, de las razas, no dependen ya, como en los tiempos primitivos, del carácter del suelo sino del carácter del hombre que hace fértil al terreno estéril, o estéril al terreno fértil. Así, el concepto de que el trabajo envilece al hombre y la ociosidad lo ennoblece, ha sido, a la larga, para españoles y portugueses, más funesto que dos invasiones de Tamerlán.

El proceso por el cual, en el mismo tiempo, los unos han llegado apenas a construir chozas, hacer fuego y cubrirse de pieles, y los otros a tener caridad, vapores, escuelas, ferrocarriles, pudor, honestidad, rectitud y literatura es substancialmente el mismo, en cuanto ha dependido sólo del diferente desarrollo de las capacidades comunes del hombre, y no de una inicua predestinación divina para ir los unos a mucho y los otros a nada, por la protección de un mezquino "Dios de Israel" o de un estúpido "Dios *de los* creyentes".

El progreso es privilegio del hombre solamente, pero, "de todos los bienes divinos del universo sólo podéis disfrutar en la medida en que hayáis aparejado vuestra fuerza", dice Carlyle. Y si la mejora de las ideas, los sentimientos y las costumbres, es el medio de progresar, el progreso se detiene en el punto en que se detienen las ideas, los sentimientos y las costumbres, pues una verdad, una máxima, un principio, no valen sino por sus aplicaciones; son de tal manera dependientes de la condición moral e intelectual de los hombres que las encarnan, que toda idea religiosa o política que detenga el progreso general del espíritu, prohibiendo o restringiendo el adelanto particular de las ciencias, las artes, el comercio y la industria, que aportan cada una su porción de perfeccionamiento al espíritu, se condenan, implícitamente, ellas mismas a llevar una existencia restringida en espíritus restringidos. Esa es la causa principal del salvajismo mental del fanático ilustrado: el hombre mejorado en una sola dirección por un solo orden de ideas y sentimientos, y cuyo entendimiento, en consecuencia, sólo proyecta luz en un solo sector, como las linternas sordas, dejando a obscuras en el mundo exterior los territorios correspondientes a las secciones de su entendimiento que están en tinieblas, civilizado a medias y a medias salvaje, hasta castigar el error —que es la verdad de otro— como crimen atroz e imperdonable; porque naturalmente, cuanto más estrecho es un entendimiento, tanto más completamente lo llena, lo acapara y lo domina una sola verdad a la que se vincula todo su ser, sus sentimientos, su imbecilidad y su egoísmo, por una manera que el fanatismo budhista, musulmán, ortodoxo, católico, liberal, comunista, federal o unitario, son un mismo fenómeno psicológico de ocupación completa del alma por una sola concepción mental, y la diferencia específica proviene de que el inquilino es distinto en cada caso. La doctrina hace al individuo católico, musulmán, federal o unitario, y el individuo hace a la doctrina católica, mahometana, federal o unitaria, estrecha, atrabilia-

ia, cruel, sanguinaria, intolerante y superticiosa, o amplia, tolerante y generosa.

Y toda religión, toda política, toda educación que cierra l espíritu del hombre para la adquisición de otras verdades e coloca, en relación al progreso de las ideas, en la mengua- la condición en que quedaría para los progresos del alumbra- lo, si la religión le hubiese excluído como impura toda luz rtificial que no procediera de la combustión directa del acei- e, v. gr. Así, la educación que dan las órdenes religiosas y us adláteres, excelente por las luces que crea, es desastrosa or los medios de ver que prohibe, formando espíritus fuer- es por construcción para las ideas, las opiniones y los intere- es distintos. Aquellos son, pues, el creyente o el político de rofesión en disfrute de su corral, cortando las alas del espí- itu al nuevo inquilino para impedirle toda inclinación a le- antar el vuelo y alijarse; en el fondo, aunque más refinada, en el extremo opuesto del cuerpo, la misma operación del ndio que descarnaba la planta del pie a sus cautivos para incularlos al servicio de la tribu por la imposibilidad de la uga.

Las ideas que crea y los sentimientos que elabora el es- íritu del hombre, son como las semillas que produce el ár- ol, susceptibles de beneficiar a todos los hombres. La me- rópoli nos hizo más daño prohibiendo en América el cultivo le las ideas liberales y los sentimientos de tolerancia, que el ue nos hizo prohibiéndonos el cultivo de las viñas, de los livos, etc., etc.; pues la causa primera del progreso del hom- re es el pensamiento del hombre que modifica sus sentimien- os y forma su carácter, y el hombre limita su progreso en la nedida en que limita su pensamiento, y la causa fundamen- al del atraso de la América española y de la de España fué, es todavía, la restricción del pensamiento por la religión bsolutista. Los países que se aislan del resto del mundo, como a China, el Japón antiguo y el Paraguay de Francia y ópez, quedan privados del beneficio de los progresos del esto del mundo; los países que, como la Turquía, la España

y el Portugal, se aislan parcialmente de los progresos del mundo, quedan privados del beneficio de todos los progresos correspondientes a las ideas, las costumbres y los perfeccionamientos excomulgados, en una condición análoga a la del clero y la nobleza de la Edad Media o las castas de la India actual, confinados en la admiración de sí mismos y en el desprecio sistemático de los demás, porque el apego excesivo a un orden de ideas o de cosas implica el menosprecio excesivo de los órdenes diferentes, como el más implica el menos, y aun las ideas sanas matan por asfixia espiritual como el agua potable por asfixia física. La expansión de las ideas, de los conocimientos y las invenciones acrecienta la capacidad del hombre, como la difusión de las especies vegetales útiles acrecienta la productividad del suelo. La falta de instrucción pública, y la completa ignorancia de las leyes de la naturaleza, fué lo que más perjudicó al progreso del mundo antiguo; su difusión y su adelanto es lo que más ha beneficiado al mundo moderno.

"*Une doctrine ne devient active qu'en devenant aveugle*", dice Taine, y falta agregar que siempre es ciega para la materia extraña cuando es exclusiva, cuando es única, cuando es la sola luz de un espíritu por ello incapacitado para la inteligencia de otras doctrinas, de otros intereses, de otras ideas. La inteligencia no puede entender las cosas, las ideas, las doctrinas a que no se aplica, y no puede aplicarse sino a las cosas, las ideas y las doctrinas con que simpatiza. Todo lo que es antipático a un hombre se vuelve, por esa sola circunstancia, ininteligible para su mente y todo lo que es diferente de aquello que tiene ya ganadas nuestras simpatías, es por esa sola razón de prioridad, antipático, lo mismo el unitarismo a un federal o vice versa, lo mismo el cristianismo a un mahometano que la carne de vaca al indio pampa, que tiene su paladar educado de antemano para la carne de caballo. Las creencias, pues, no ganan por su mérito sino sólo por su prioridad el entendimiento ordinario de un hombre, y un niño es regularmente católico, protestante, mahometano, ultra-

montano o liberal, según fuere lo que haya entrado primero a su cerebro en *res nullius*. No de otro modo amamos y entendemos, porque amamos el lugar donde hemos conocido primero el mundo físico, así sea un peñascal o un desierto, o las creencias, supersticiones, usos y costumbres que constituyen el mundo moral en que hemos crecido, sean las que fueren.

El espíritu cultivado con una sola verdad, como el campo sembrado con una sola semilla, no pueden producir más que una sola clase de frutos, una sola clase de ideas y sentimientos; la misma planta que ha sido sembrada, las mismas ideas y sentimientos que han sido trasegados del odre viejo al odre nuevo, abrigados por la simpatía ambiente, calentados por el amor de todos en el grupo humano y acumulados, a veces, en la mente, como el agua en el vientre del hidrópico. El discípulo de los jesuítas, con un costal del espíritu lleno de ideas estrechas y el otro vacío, con luces encendidas y luces prohibidas, es como la beata; y la beata, con su flaco espíritu mitad en tinieblas, mitad en supersticiones —o como la define Renan: "a la vez muy religiosa y poco instruída, por consiguiente muy supersticiosa"—, es como la mula con carga despareja, que se recuesta constantemente al lado del mayor peso, se sale de la carretera y se mete de través en el campo vecino. Así el sectario político o el religioso, desequilibrados por su provisión unilateral de verdades y por ende siempre salidos del derecho propio y metidos en el ajeno, son mulas intelectuales, mal cargadas de ideas buenas o malas. Así el letrado chino que gasta 30 ó 40 años de su vida en aprender los cincuenta o setenta mil signos de la escritura china y las sabias mojigangas con que nutre su espíritu; así las escuelas y universidades musulmanas, cuya única enseñanza se reduce a "la estéril doctrina del fakir, a esa ciencia fútil que se agita alrededor de una mezquina disipación considerable del tiempo y de dialéctica del todo vana, sin beneficio alguno para la buena disciplina del entendimiento", forman esos espíritus terriblemente unilaterales, estrechos y afilados co-

mo un sable contra las creencias ajenas; así el catolicismo intransigente y supersticioso, enemigo declarado de la ciencia profana y apadrinador secular de la ignorancia laica, forma espíritus incapaces de autogobierno, tiránicos e intolerantes para la vida civil y política, porque están educados en la intolerancia y la esclavitud espiritual, que son el padre y la madre espirituales de esa terquedad española que nosotros conocimos en 1810, y los cubanos en 1900; así, el protestantismo liberal forma esos espíritus con autodominio, tolerantes en la acción porque están educados para ser tolerantes en el pensamiento.

Y cien veces más que la estrechez de cuerpo achica al hombre la estrechez de espíritu para disfrutar de las bendiciones del cielo y de las producciones del suelo. Por estrechez de espíritu el voto íntimo del musulmán se traduce en esta fórmula clásica de la intransigencia sectaria: "¡Maldiga Dios a los perros cristianos!", y por esa estrechez de espíritu las naciones musulmanas se amenguan día por día; por estrechez de espíritu el católico español quemó a los incrédulos, expulsó a los judíos y a los moros, y no puede aún hoy mismo consentir el concurso, la competencia y el control de las demás sectas cristianas en el relevamiento moral del pueblo, por causa de cuya orientación mental tampoco podemos nosotros aguantar las oposiciones en el terreno político, sobre el mismo pie; y si la España ha decaído infinitamente más que la Francia, la Italia y el Austria, es porque el catolicismo español consiguió hacer en ella, por la Inquisición y los reyes embrutecidos por su fanatismo [1], un espíritu infinitamente más estrecho, intolerable y sumiso; por estrechez de espíritu el nihilista, comunista y anarquista no puede concebir la acción política sino sobre medios brutales; por estrechez de espíritu

(1) "El rey de España, que por complacer a un clero fanático, entregaba a la hoguera a centenares de súbditos, era mil veces más censurable que Pilatos, porque en él residía un poder mucho más completo que el que los romanos tenían entonces establecido en Jerusalén." (E. RENAN, "Vida de Jesús.")

los sudamericanos no podemos entender la vida política sino como usufructo del poder y aplastamiento del adversario, pues el hombre es ante todo un ser espiritual, y de la capacidad y amplitud de su espíritu depende su aptitud para el progreso. Y la desgracia constitucional de las multitudes, la impostura congénita de las mejores creencias, la fatalidad intrínseca que defrauda los llamados "programas de principios" para regenerar al hombre por el dogma político o religioso, consiste en que, por la naturaleza misma de las cosas, la fiera humana, la bestia de sotana o de gorro frigio, está constituída por la conjunción de una idea grande en un alma pequeña.

Del mismo modo que un árbol no puede alcanzar su desarrollo natural ni producir sus frutos propios en una tinaja, ninguna idea amplia cabe con su magnitud en un espíritu estrecho, con su generosidad en un alma mezquina, con su nobleza en un espíritu abyecto, con su extensión en un entendimiento reducido; por eso ningún principio sano puede alojarse en un espíritu enfermo sin participar de su histerismo y ninguna idea inteligente puede habitar en una cabeza estúpida, sin padecer de la estupidez, y ninguna idea grande puede instalarse en un espíritu flaco, sin desequilibrarlo. Por eso el cristianismo, que fué en su fuente la emancipación del espíritu del hombre, víctima de las tiranías de adentro y de afuera, de las supersticiones propias y las imposturas forzosas de los explotadores del pasado en el presente, por eso el cristianismo, que fué la redención del hombre por la libertad de la conciencia, se muestra de nuevo idolatría y fanatismo tiránico en la inteligencia limitada de los ignorantes, religión de odio contra las creencias ajenas en la mentalidad obtusa del fariseo y del sectario, y el Evangelio es una miserable aberración en los torturadores de Torquemada, como la fraternidad en los guillotinadores de Robespierre, como los principios en los "principistas", de Sud América: todos sacrificadores del hombre al dogma político o religioso, todos almas estrechas en que las ideas de vida, de salud y de bienestar llegan a ser factores de devastación y muerte, como el oxígeno,

el carbono, el azufre y el ázoe, componentes de nuestros alimentos, llegan a ser substancias explosivas en el cañón de un fusil.

Y es que, aun en las ideas morales insuperadas e insuperables como concepción, cabe un progreso indefinido en su realización en la vida del hombre, que las hace ser tanto mejores o tanto peores, tanto más fecundas o más estériles, cuanto más amplio o más estrecho sea el espíritu que las ponga en práctica; pues, por una parte, la idea necesita revestir una forma verbal, y por la otra, la inteligencia no puede entender sino en proporción a los medios de entender que lleva. Y de aquí resulta que en toda máxima, en todo principio, en toda verdad, como en las personas, hay una parte que puede entender todo el mundo, y es la vestimenta, el traje de la idea, y otra parte que sólo pueden entender muy pocos, y es la substancia, el espíritu de la máxima, el carácter de la persona. Así, en toda religión, y mayormente en las teatrales y aparatosas, hay siempre dos religiones distintas y simultáneas: la religión de las fórmulas y ceremonias, que todo el mundo puede rezar y ejecutar, y la religión de los sentimientos descriptos en las fórmulas, que muy pocos pueden entender y practicar. Y como cada uno acomoda su conducta a la parte que ha entendido —excepción hecha del gremio numeroso de los hipócritas que la acomodan a la parte que les conviene— como cada uno acomoda sus devociones y sus acciones a la parte que ha entendido, los más a la virtud de las palabras, los menos a la virtud de los sentimientos, puede decirse que, sobre los cuatro millones y pico de cristianos que creemos ser, el fundador del cristianismo apenas si reconocería su gente en la mitad del pico.

Pero la frase no hace la idea, como el hábito no hace al monje; y copiando nosotros de los norteamericanos la fraseología política, única parte que podíamos entender del producto del alma anglosajona con nuestro espíritu español, no hemos copiado la realidad "las instituciones norteamericanas", como los perdularios que se visten de principistas, son perdularios y no

son hombres de principios. La palabra no hace la cosa; los millones de envidiosos y despechados, los millares de enconados y de rabiosos que salmodian todos los días la máxima sobre el perdón de las ofensas, v. gr., están muy lejos de saber los desgraciados, que el despecho, la envidia, el rencor y el odio, son autoinfecciones del espíritu, cien veces más dañosas para el que las lleva en el alma que para aquellos contra quienes las lleva. Tales máximas pasan por las entendederas del común de los hombres como los cocos del Paraguay por los estómagos del buey, que sólo les digiere la pulpa amarilla que les sirve de corteza, y que luego se recogen en canastos, del corral, y se venden en los almacenes para los muchachos, que les quiebran y comen la pulpa interior blanca, que ha atravesado incólume el tubo digestivo de la bestia, como pasan las oraciones por el alma del usurero y del hipócrita. Y si la ciencia positiva, que, ensanchando el espíritu del hombre, lo ha capacitado para una más amplia inteligencia de la verdad cristiana, si la ciencia positiva, suprimida por la iglesia intransigente en el siglo IV, no hubiese renacido de sus cenizas, hasta hoy duraría seguramente la edad media del espíritu humano.

Y mientras tales máximas traen su fuerza de su origen divino y de su antigüedad tradicional, tanto como de su verdad intrínseca, que es levadura de salud, el hombre mejorado por ellas mismas siglo tras siglo, es hoy, por la obra de ellas mismas, mejor intérprete de su espíritu y alcance que el hombre de cualquiera otro tiempo pasado: y el presidente Lincoln, v. gr., dando libertad a cuatro millones de esclavos, a costa de incruenta lucha, no era sin duda más cristiano, sino mucho mejor cristiano que Ricardo Corazón de León, el jefe de la tercera cruzada, que, a falta de cabezas de cerdo para su plato favorito, en Jerusalén, comía cabezas estofadas de prisioneros musulmanes.

Porque el cristianismo ha mejorado inmensamente al hombre, a despecho de sus lamentables aberraciones, y la pretensión de imponer a los hombres de hoy la inteligencia estrecha

que dieron a sus principios salvadores los mejores hombres de los siglos de semibarbarie, con el entendimiento humano de entonces —consolidado en las ideas en las supersticiones y en las costumbres de entonces— no es sino la peor y la más desastrosa de las aberraciones, gemela de esa blasfemia anticristiana con que los tuertos de espíritu se empeoran sugestiva y estúpidamente el presente, al creer que todo tiempo pasado fué mejor, viniendo a resultar entonces que el progrso nos ha m. peorado, a pesar del cristianismo.

Había, sin duda, más catolicismo en España y Sud América caundo la inquisición hacía sus autos de fe "para purificar de incrédulos el suelo"; pero eso mismo prueba que con más cánones, más frailes y procesiones, había menos espíritu cristiano y más espíritu judío y musulmán, estando los hombres por su estrechez mental tan incapaces de amar al prójimo de distinta creencia, que no pudiendo tolerarle el error, le mataban el cuerpo para salvarle el alma.

Que el cristianismo ha sido la causa fundamental del progreso incomparable de la Europa y la América sobre los demás continentes, nadie podrá negarlo sin estar ciego de la mente. Pretender, después que la América latina, el Portugal, la España, la Francia, la Italia, el Austria, los países del Papa, que en el siglo de los mayores progresos han ganado menos y perdido más, han sido asimismo las naciones más cristianas, no sólo es falta de lógica sino también blasfemia.

Es precisamente una contraprueba de la superioridad incomparable del cristianismo que fué la religión por el sentimiento y no por los templos, las fórmulas mágicas, los ídolos milagrosos y los sacerdotes infalibles, que los que más se han alejado de él por la sustitución de los mandamientos de la iglesia a los mandamientos de Jesús, de las ceremonias legales al culto privado, resulten ser, en definitiva, los más fracasados.

Y si en los tiempos pasados la cuestión religiosa estuvo planteada sobre la mayor o menor autenticidad formal de los diferentes credos cristianos, en el porvenir se planteará sobre la

ıutenticidad substancial, sobre la mayor o menor eficacia para
el mejoramiento del hombre, medida por los resultados reales,
por los frutos: el individuo, cuanto sea más adelantado, será
nenos capaz de consolarse de sus miserias reales con sus per-
fecciones imaginarias. La geografía y la estadística empiezan a
tener voz y voto, y cada vez es más difícil ocultar la verdad
real con la verdad oficial, la realidad universal con la mentira
ıacional. Las pompas y las solemnidades aparatosas, que han
ıecho antes la fortuna de las creencias, sólo conservan ya su
eficacia para el vulgo ignorante, sin disciplina mental, que es
ncapaz de separar la paja del grano en el alimento espiritual
que le sirven. Cada pueblo ha considerado siempre su mundo
le ideas y sentimientos, de hábitos y gustos, como superior a
os de todo otro pueblo; pero la difusión de los conocimientos
y la divulgación de todos los hechos del mundo hacen cada
lía más necias y pueriles estas patrióticas y desastrosas ilusio-
ıes nacionales.

III

LA tendencia a llegar a ser y quedar, y durar, de los individuos, de las cosas y de las casi cosas, es tan vigorosa de suyo, que lo que de cualquier manera llega a tener alguna especie de existencia, aunque no sea más que un infusorio, una célula, un sueño, una ilusión, un cuento de brujas, un milagro en la imaginación enferma de una histérica, se aferra a su especie de algo que es casi nada, a su seudoexistencia, constituída por una mera apariencia de realidad, y la misma mentira vive su vida de mentira y flota sobre la verdad como la paja sobre el agua, como la impostura sobre la realidad, como la honorabilidad del rufián sobre la ignorancia de sus maldades por las gentes, y la hipocresía, las supersticiones y falsedades viven y procrean en los rincones obscuros del espíritu, como los reptiles asquerosos en los agujeros y recovecos sombríos del suelo.

Nuestros errores, nuestras ilusiones, nuestros desvaríos, viven en nuestro entendimiento, se mezclan en nuestras resoluciones, y frustran nuestros asuntos, como viven las ideas y las verdades adquiridas que los hacen prosperar. Las supersticiones y las necedades invaden los espíritus baldíos, o las secciones baldías de los espíritus parcialmente cultivados, como las malas yerbas invaden los terrenos sin cultivo o de cultivo descuidado, y los abrojos en el huerto y los disparates en el espíritu son la pena del abandono.

Y si las ideas, actuando como causas de acontecimientos, tienen virtualidad bastante para cambiar la faz del mundo y el

carácter del hombre, formando y transformando los imperios y las razas, tienen desde entonces tanta realidad de existencia como cualquiera otra fuerza, como el calor o el magnetismo, y cabe entonces que se las estudie objetiva y experimentalmente como la electricidad, de la que no sabemos lo que es, pero sabemos lo que hace. Un progreso, una civilización, la decadencia y la extinción de una raza, están virtualmente en un racimo de ideas verdaderas o falsas, como está un bosque de manzanos o de espinos en un puñado de semillas. De una idea, como de una semilla, no sabemos lo que son, pero sabemos lo que producen, según el entendimiento o el terreno en que se cultiven. La planta depende en parte de las condiciones del terreno y del clima, y las ideas son hechos mentales que producen acciones de resultados materiales, variables según las propiedades de la idea misma y las condiciones del entendimiento en que actúa; por eso las acciones de los hombres y los acontecimientos humanos dependen de dos factores principales, que surten, en la materia capital, tres combinaciones diferentes: la idea estrecha en el espíritu estrecho, que es el caso ordinario del musulman; la idea amplia en el espíritu cohibido, que es el caso regular del católico; y la idea amplia en el espíritu libre, que es el caso común del protestante liberal.

La idea que tiene su existencia como idea se apodera del entendimiento en que penetra, y se lo apropia en cuanto esté despoblado, como la semilla se adueña del pedazo de suelo en que brota y lo pone a su servicio. Se lo apropian cuando está blando y maleable, y se instalan como primeros ocupantes. Las ideas posteriores llegan como el inmigrante a tierras pobladas y encuentran puertas cerradas o puertas abiertas, según el temperamento de los dueños de casa, y aportan al espíritu abierto su contingente de luces o de sombras como los inmigrantes su contingente de energías o de vicios al país que los recibe, energías de que se priva el país que no los recibe o los rechaza, y luces de que se priva el saber religioso o filosófico, primeros ocupantes siempre y más fuertes ocupantes por su naturaleza,

que excomulgan al saber profano, o a las demás religiones y filosofías. Así, el cristianismo fué finalmente repugnado por los judíos, aferrados a su ley, y admitido por los gentiles, de espíritu más liberal; así, la Reforma, "que tantos servicios ha prestado a la ciencia y a la razón", dice Renán, prosperó en el espíritu menos apasionado del noroeste de Europa y fracasó por completo y por siempre en España, donde estaba en todo su vigor la exaltación religiosa, producida por la larga guerra con los moros y la estrechez de espíritu producida por la exaltación religiosa.

El entendimiento sustenta las creencias como la tierra sustenta las plantas, y el hombre es fecundo como la tierra es fértil, porque el hombre es egoísta, vanidoso y caritativo, y estas circunstancias son en el entendimiento humano, para las ideas, lo que es en el suelo el humus para las plantas. Desde que la idea ha prendido, el hombre es de la idea, porque la idea es suya, como el árbol es del suelo, porque aun no siendo hija de su mente entra a ser parte de su personalidad, coparticipando como su camisa, su mano y su ojo, de su egolatría. "Pido que se llame al orden al orador porque *ofende mis creencias*", decía en la cámara el diputado D... El poseído por las ideas que le han puesto en la mente se siente poseedor de ellas, y las calienta y abriga como suyas, al igual de la gallina que prodiga sus cuidados maternales a los pollos que salen de los huevos que ella no había puesto, y que fueron agregados a su nido para que los incubase como suyos. Toda enseñanza sectaria es así un incubadero de ideas propias en cabeza ajena, y cada secta mantiene o aumenta de este modo su rebaño de hombres para su sistema de ideas religiosas, que, según sean, lo mejoran poco o mucho, o lo empeoran para la competencia universal, que cada día se inclina más evidentemente al triunfo definitivo de la inteligencia ampliamente cultivada sobre la inteligencia limitada por cualquier grado de fanatismo; al triunfo final del que trabaja más y mejor en el mundo de las ideas, sentimientos y las costumbres.

Con el tiempo, unas cuantas semillas de una especie de árbol han hecho un bosque de esa especie en un terreno sustraído a las otras especies, como unas cuantas ideas, estableciendo en un grupo de hombres una comunidad de ideales, costumbres, gustos y sentimientos, han hecho en un territorio un pueblo, una raza; el árbol, —como el filósofo y el reformador que hacen discípulos y forman secta o escuela—, resiembra continuamente sus frutos en el terreno circunstante y lo ocupa con nuevos individuos que obstan a su ocupación por otras especies, de igual manera que el hombre maduro resiembra sus hábitos, sus ideas, sus sentimientos religiosos, políticos, sociales, en los individuos nacientes, incapacitándolos para las ideas, los usos, y los sentimientos distintos, y la vegetación de las ideas y sentimientos hace la homogeneidad espiritual, el común denominador mental que traza sobre la identidad física de la especie humana las particularidades de cada grupo que lo hacen ser una raza, un pueblo, distintos de otra raza, otro pueblo: como los colores, luces y sombras, diferentemente distribuídos sobre placas sensibles en la fotografía, hacen aparecer sobre cada placa igual a las demás placas la imagen de una persona distinta. Y tal como sobrevienen los naranjos alrededor de un naranjo y los espinos alrededor de un espino, los hombres menores están fatalmente predestinados, en todos los lugares, a las creencias de sus mayores, sean las que fuesen, grano o paja, o paja y grano. Los que logran, más tarde, abrir su espíritu a las luces que repudia el común y hacerse alma nueva, los que consiguen arrancarse el matorral de ideas necias, como yuyos inútiles, que les ha sembrado el ambiente intelectual de la infancia, y repoblarse de ideas verdaderas el espíritu, escapando en parte a esa hilvanación automática del ambiente espiritual que une a los individuos de una comunidad como el hilo a las cuentas de un rosario, no cambian sino muy lenta y parcialmente el alma de una raza.

Y las ideas se disputan el entendimiento humano, que es el terreno en que nacen, crecen, viven y mueren, por los órganos y los medios del hombre que habitan, como las plantas

se disputan el suelo, el sol y el aire, por las semillas, las raíces y las ramas; y también, como en las plantas, las ideas menos generosas y más salvajes tienen más fácil arraigo en los entendimientos más pobres, para empobrecerlos más aún. Las ideas más mezquinas prosperan en cualquier miserable espíritu, aun en la pura imbecilidad; y así como las especies vegetales más raquíticas medran de preferencia en los terrenos más flacos, aun en los palos secos o en la piedra viva, los disparates, válidos como verdad completa para el mínimum de discernimiento, prenden en cualquier entendimiento, y de preferencia en los trastornados; y tal como el suelo estéril y seco hace, en las plantas, abortar las hojas en espinas, el espíritu estrecho y árido se trasunta en las ideas y hace abortar los principios humanos en persecuciones inhumanas y las máximas sensatas en necedades y locuras. Y del mismo modo que de las semillas de trigo mezcladas con semillas de yuyos, del cristianismo sembrado en el espíritu cerrado de los indios de América y los negros de Abisinia sólo brotaron las supersticiones: que son como esas semillas de plantas tenaces que germinan en el polvo que se acumula en las cornisas, filtran sus raíces entre los ladrillos abriendo vías de agua por donde la lluvia, disolviendo la cal, hace caer el revoque y pudre las cabezas de los tirantes, hasta hacer necesaria, con el tiempo, la reconstrucción del edificio con humedades. De igual manera se vuelve necesaria la recolonización de los pueblos entecados por supersticiones.

Como varía en el árbol el crecimiento de la planta y la calidad del fruto, según las condiciones del terreno y del cultivo en que vive, así también las ideas sufren la influencia del espíritu en que están alojadas, se impregnan de sus pasiones, su salvajismo y su orgullo, su necedad o su cordura; y las más humanitarias de sí se muestran brutales en el espíritu del bárbaro, estúpidas en el espíritu estúpido, cuerdas en el espíritu del hombre cuerdo, y los principios políticos del matuferio electoral, como la religiosidad y la devoción de los hipócritas, no son otros sino los mismos principios y las mismas devociones del hombre de bien, creciendo en terreno distinto. Participando de

la condición moral y mental del sujeto, —como participa la nota musical del timbre del instrumento que la emite— las ideas se vuelven sanguinarias, crueles, fratricidas, torpes, según la mente que las lleva: intolerantes y despóticas en el que no sabe gobernarse, y a quien ellas gobiernan, entonces, con su propio despotismo y brutalidad. Así él las obedece vanagloriándose, como todo lacayo, de ser esclavo de sus principios políticos o religiosos que lo han hecho bestia feroz contra sus prójimos, sus vecinos, sus amigos o sus hermanos, a consecuencia de ser los tales dogmas políticos o religiosos el único bagaje, a sola voz y autoridad de su espíritu sin lastre, en el que faltan "los representantes de la oposición" y no hay la luz para alumbrar el otro lado de las cosas que crea el saludable escepticismo; y el ser racional, y animal peligroso al mismo tiempo, va —principista en el dilema del salteador de caminos: "Catolicismo o la hoguera"; "libertad, fraternidad o la muerte"; "federación o muerte"— a trabajar en la carne de los otros la unidad política o religiosa, el reinado sin control de sus ideas, que suspenderá el progreso de su país en la parte correspondiente a las ideas que quedan expatriadas, y entecará su raza.

Y si la época es de brutalidad, quedan dueñas del campo las ideas que están en posesión de los hombres más brutos, más fanáticos y valerosos, por ende. Y si la época es de libertad y de civilización, de escuelas, de vapor y electricidad, triunfan las ideas de los hombres que sean más morales, más libres, más instruídos y laboriosos, porque tienen más sensatez y honestidad privada que son riqueza pública, y más riqueza que es poder y de estas diversas circunstancias resulta, en cada momento del mundo, un diferente acaparamiento de los hombres y de las tierras por las creencias que los gobiernan.

Del mismo modo, las circunstancias ambientes de humedad, sequedad, calor, favorecen la preponderancia de unas especies vegetales en un paraje y de otras especies en otros parajes; interviene el hombre con el abono, el riego y las semillas seleccionadas, y hace prevalecer el pasto blando, el árbol de frutos substanciosos, los cereales y las legumbres en el terreno po-

seído por los espinos, los abrojos, el cardo y el pasto duro, y la misma tierra queda habilitada para sustentar mejor a una mayor población. De igual manera las ideas que produce un hombre de espíritu más abierto, más universal en las ideas y sentimientos, más eficiente en la acción, —un hombre más autónomo, más humanitario por más independiente, un hombre más apto para aprovechar las fuerzas naturales que las ciencias y las artes han puesto a su servicio y las fuerzas morales que el cristianismo ha creado—, hacen prevalecer al individuo civilizado sobre el salvaje, y al más civilizado sobre el menos civilizado, al hombre verdadero sobre el falso y embustero, a los cristianos que han hecho un santuario en el hogar sobre los cristianos que han hecho un mercado de indulgencias en el templo.

La tierra brinda su capa vegetal humedecida por la lluvia a las semillas que lleva el viento o desparrama el labrador, como el niño brinda su maleable espíritu a las ideas que pasan y a los principios que le inculcan. Brotará lo que le siembren: trigo aquí, cardo allá; regularmente, hechicerismo puro en los niños indígenas de la Oceanía; indochinismo en los del Asia; fanatismo musulmán, crueldad, expoliación y lujuria en los niños del Levante y del Africa; corrupción, intolerancia y sumisión católica en los niños del sud de Europa y de América; espíritu de independencia, honestidad y tolerancia en los del Occidente de Europa y norte de América. Y no porque en Asia, Africa, Oceanía y Sud América —donde los hombres sufren de ordinario más persecuciones por los errores políticos o religiosos de que son inocentes, que por las malversaciones y crímenes ordinarios de que son culpables—, las poblaciones tengan empeño en cosechar el enflaquecimiento consecutivo y las bancarrotas periódicas que les resultan naturalmente de sus erradas siembras mentales, sino porque no han logrado todavía conocer la naturaleza del entendimiento humano como conocen la del suelo; y mientras en éste, labrando la tierra y eligiendo la semilla según el fruto que produce de hecho, jamás siembran maíz para cosechar trigo, v. gr., siembran en el espíritu del

niño mentira y supersticiones para cosechar rectitud y probidad, cultivan la esclavitud del pensamiento hoy para cosechar mañana la libertad de acción civil y política, como antes la cultivaban para cosechar la absoluta sumisión civil y política, en la vana esperanza de cambiar la cosecha sin cambiar la siembra.

IV

LAS ideas son la causa principal del progreso, porque son alimento que nutre el entendimiento, la luz que alumbra el píritu, y la duda y el deseo de saber son los estimulantes que aguijonean a procurarse más alimentos y más luz cada día: a curiosidad es el apetito de la inteligencia", y la inteligencia ece en poder de entender y el corazón en poder de sentir, mo los músculos en poder de moverse. El cerebro y el corazn se desarrollan por el uso en la medida del uso y en el géero o la especialidad del uso, y se atrofian por el desuso en medida y en los géneros del desuso, y esto y aquello en el dividuo y en la raza. El individuo —y la especie por el indiduo— son máquinas de autoperfeccionamiento, en que la fe es espinazo que consolida el mecanismo y la duda el resorte ie lo pone en movimient.o

La duda es, pues, el resorte del progreso que falta en el itendimiento del salvaje. En el orden de los bienes espirituas, como en el orden de los bienes materiales, el individuo sólo iede salir de lo que es en la medida en que se descontenta, ida o desconfía de lo que es, para desear algo más o algo ferente de lo que es o de lo que tiene (1). Al fueguino que

(1) "Pero esta población (la del Sur de Chile)) lleva la vida vegeiva de las plantas; los hombres nacen y mueren sin pasar de un culo estrecho, como si la misma naturaleza oue les dió vida les hubiera hibido tener aspiraciones, tener ideales... Y la embriaguez no es sino resultado de la ignorancia que ha tomado esa manera de manifestarse, no pudo tomar la de la pereza". ("La Nación", mayo 24 de 1902)

ha encontrado en el trabajo exclusivo de la mujer y la ociosidad privativa del hombre la combinación más perfecta para su ideal de la existencia humana, nuestra civilización le repugna y nuestros métodos de vida le dan escalofríos de horror. Al fraile de la edad media, con una fe absoluta en la verdad de sus creencias y la duda convertida en pecado mortal, doblada todavía su fe con una situación privilegiada sobre el laico, superior aun a la del varón fueguino sobre la hembra, con preeminencia indisputada en la tierra y en el cielo, con derecho a los primeros frutos y a los mejores productos del huerto ajeno, con facultad de condenación y absolución eternas, válidas en este mundo y en el otro; al fraile en esas circunstancias espirituales y temporales, los primeros conatos de reforma religiosa al empezar la época moderna, las primeras tentativas de progreso civil y político, tenían que parecerle abominaciones satánicas, y producirle el máximum de furor a que pudiera llegar el alma del hombre más satisfecho de su situación, hasta el punto de que los suplicios conocidos parecieran pocos e insuficientes contra los innovadores, contra los desconfiados y los descontentos del presente, anheloso, del mejor, y se inventarán torturas nuevas, pues todas las religiones del mundo se han tenido siempre por las únicas verdaderas y su pueblo por el único elegido y predilecto de Dios, que habiendo hecho las leyes naturales se encargaría él mismo de alterarlas en beneficio de sus protegidos y en contra de sus repudiados.

En todos los estados del entendimiento humano, el *statu quo* es la obra de los satisfechos que consideran alcanzada la perfección; el progreso es la obra de los descontentos que aspiran a uno mejor, logrado el cual serán ellos entonces los partidarios del nuevo *statu quo* y los descontentos sucesivos serán los padres del progreso subsiguiente.

El acierto no es el privilegio de los unos, ni es el error el lote de los otros. Sobre lo que no ha sucedido nunca la humanidad es ciega. Pero los ciegos pueden andar sin caer en los precipicios, con sólo que no anden a saltos sino a tientas, método reciente y sólo posible merced al espíritu de tolerancia,

ue cede en fracciones y permite someter, por partes lo desco-
ocido al *experimentum crucis*, exponiéndose sólo a los fracasos
parables, que son los pequeños, mientras al intransigente,
ue no cede en detalle, es necesario vencerlo del todo, como es
regla en los mahometanos y católicos intolerantes, para los
ue todos los cambios tienen que ser radicales o no ser.

Aspiraciones definidas en cada tanda de descontentos apa-
jan un progreso limitado a su realización. El cristianismo
escubre al universo pagano el ideal de un mundo mejor, el
aganismo resiste hasta que las conversiones le llegan al cuello,
cae, entonces, entregando al vencedor de sus despojos, su
oder, sus instituciones, sus ceremonias, y el cristianismo de
s paganos se convierte en *statu quo* universal. Corren diez
glos de infancia del espíritu humano, con apariciones, cuen-
os de brujas, duendes y demonios, con milagros y reliquias y
persticiones orientales, diez siglos de tutela espiritual del
ombre sin sotana por el hombre con sotana, al cabo de los
uales una nueva ola de descontento del *statu quo* se levanta
n el entendimiento humano, que llega a los umbrales de la
rilidad y reclama de la viuda su parte de autonomía, su por-
ón de la herencia paterna; la iglesia, que ha heredado del
emplo destruído en Jerusalén la institución de los diezmos y
rimicias, y del espíritu judío su rol de nodriza del pensamien-
o, resiste y se aferra a su curatela perpetua del entendimiento
umano por derecho divino, porque el clero estaba en la situa-
ón más perfecta posible, de su punto de vista.

Entre lo conocido y lo desconocido, entre la tierra cierta y
tierra incógnita, la fe representa el suelo firme de que se
arte para la investigación de lo dudoso y la exploración de lo
esconocido, que permite agregar territorios nuevos a los domi-
ios viejos, y abandonar terrenos pobres. Si falta la fe en algo
o hay punto de partida, y si falta la duda no hay partida
orque no hay motivo para investigar, y nada puede ser descu-
ierto, si no es por casualidad (1). Colón tuvo que emprender

---

(1) "El bueno de Magendie experimentó mucho sin ningún resul-
do. Temía a las hipótesis como a causa de error... Todos los días

el viaje a las Indias Orientales por el Occidente para llegar a descubrir las Indias Occidentales.

El Celeste Imperio, orgulloso de su civilización antiquísima, aun más persuadido que los mahometanos, los judíos y los católicos de su pretendido mayorazgo entre las razas humanas, nada nuevo para la inteligencia descubrió en veinticinco siglos; en cambio, la sola Inglaterra, apenas emancipada del despotismo espiritual de Roma, descubría todo un nuevo método de investigación de la verdad, superior aún al de Aristóteles, que había sido hasta entonces la sola herramienta del espíritu. El *novum organum*, a favor de la libertad de conciencia y de investigación, mató la nigromancia y la alquimia, encerró al demonio y enterró las ánimas en pena, haciendo posibles descubrimientos más importantes para el progreso de la humanidad que los que habían realizado los portugueses y españoles con la curiosidad de conocer y el deseo de conquistar nuevos territorios, única veta que el catolicismo romano consintió en apadrinar; el método experimental a que deben su rápido y asombroso desarrollo las ciencias, las industrias y las artes modernas, no fué conocido hasta 200 años más tarde en la América latina, amamantada por la iglesia española en el odio y el desprecio a los hombres y a las cosas inglesas.

Así, mientras los unos habían doblado el cabo de Buena Esperanza y encontrado por mar las Indias Orientales y un nuevo mundo en el planeta para aumentar los dominios territoriales de las dos monarquías ibéricas y los dominios espirituales del papa, los otros, doblando el cabo de la intolerancia cerrada sobre la ciencia antigua, híbrida de filosofía y teología, descubrían un nuevo derrotero para los territorios desconocidos de la inteligencia; y apropiándose cada cual en la mayor me-

abría perros y conejos sin idea preconcebida y no encontraba nada, por la razón de que no buscaba nada... Claudio Bernard, suponiendo las cosas para verificarlas, hizo grandes descubrimientos. (A. FRANCE. "Vie littéraire").

dida posible (1) las ventajas de sus respectivos hallazgos, hemos llegado en cuatro siglos a un punto en que una gran parte de la herencia político-militar de Colón y Vasco de Gama, Balboa, Magallanes, Pizarro, Cortés y Albuquerque, ha pasado ya a engrosar la hijuela de los herederos intelectuales de Lutero y Bacon, de Newton, Smith, Newcommen, Watt, Stevenson, Cartwright, Fulton, Franklin, Morse, Mann, Jefferson, Darwin.

Todas las civilizaciones antiguas tuvieron en la unidad religiosa y la unidad política, en consorcio siempre, las circunscional (2) por la parálisis de sus ideas y sentimientos, en consecuencia de la invariabilidad de sus creencias religiosas y politancias que las llevaron fatalmente a la parálisis de la vida naticas, porque el mejoramiento del hombre cesa cuando cesa el mejoramiento del ambiente (3). Tal los modernos árabes y turcos que en el cenit de su prodigiosa expansión se quedaron como petrificados por el autocratismo fundamental de su ley revelada, a la vez civil y religiosa (4), como la España de Felipe II, en que no se ponía el sol ni amanecía la libertad, y que, por la confiscación del pensamiento y de la acción política paralizó el progreso, consumando el suicidio involuntario e inconsciente de su poderío, pues, para los pueblos que se estancan en el mundo de las ideas y los sentimientos, llega un mo-

---

(1) Al finalizar el siglo XIX los analfabetos llegaban en Rusia al 97 por ciento; en Rumania y Servia al 80; en España al 63; en la Argentina al 56; en Italia al 43; en Austria al 43; en Hungría al 39; en Irlanda al 21, en Francia y Bélgica al 14; en Holanda al 10; en Inglaterra y Estados Unidos al 8; en Escocia al 10; en Alemania casi no hay analfabetos, y en Suecia, Noruega y Dinamarca han desaparecido totalmente.

(2) "Si el clero ayuda al Estado es a condición de que el Estado se haga verdugo. Durante todo el siglo XVII la Iglesia cuida de que la operación continúe... En 1780, la asamblea del clero declara «que el altar y el trono estarían igualmente en peligro, si se permitiese a la herejía romper sus cadenas». (Taine, «L'ancien régime»)."

(3) "La libertad de investigar y de discutir no ha sido posible, mientras han existido masas creyentes, es decir, opiniones profesadas casi universalmente en una nación. Un peso colosal de estupidez ha abrumado el espíritu humano". (E. Renan)

(4) Una de las más grandes dificultades con que los ingleses han tenido que luchar en Egipto, para mejorar la justicia, ha sido la prescripción del Corán, que establece que ningún delincuente sea condenado sino por testimonio oral.

mento en que "alcanzan el punto más alto de su civilización y declinan"; describen un círculo de acción sobre un radio fijo, y el círculo se cierra naturalmente, con el andar del tiempo; para los que se mantienen abiertos a todos los crecimientos de las ideas y de los sentimientos el punto más alto se aleja siempre, y se alejará tanto como pueda ir el hombre adelante; en ellas el progreso describe su trayectoria sobre un radio que se alarga cada día y el punto más alto se encuentra estar sobre una parábola indefinida.

"El mundo marcha", sin duda, pero el carro del progreso tiene tiros y atalajes diferentes en cada pueblo, ruedas de distintos materiales y de diferente radio; cuatro en la América protestante, dos en la América católica y una sola rueda en China.

V

EN la medida en que se levanta la intelectualidad de un pueblo se vuelve intolerable el orden de cosas establecido por la mentalidad anterior y sobreviene la necesidad de mejorarlo. Así se realiza el progreso. En el individuo como en el grupo, el crecimiento de la inteligencia reclama la mejora de las circunstancias de la vida, el aseo, el vestido, la habitación, la justicia, el gobierno, los medios de instrucción, de locomoción y de trabajo.

Y si el relevamiento del espíritu se realiza en una sola dirección, en esa sola dirección se siente la necesidad del cambio, el descontento de lo viejo, el deseo de lo mejor. Tal el caso del pueblo árabe, levantado cien codos por la religión de Mahoma, y, en consecuencia, salido de madre a propagar una civilización exclusivamente religiosa, sin libros, sin ideas, sin escuelas, sin periódicos, sin artes y ciencias, pero con templos maravillosos; tal el caso del pueblo español del siglo XVI, con el espíritu hipertrofiado por un exceso de educación religiosa exclusiva, hasta hacer despreciable la ciencia, soportables todos los yugos, insoportables las disidencias; anémico de entendimiento para la vida civil [1] hasta constituirse en paladín oficioso de la sumisión católica para la civilización tutelar con las anteojeras de mula de la censura eclesiástica, como es la Rusia actual, donde el

(1) "La simplicidad de menaje y amueblamiento, el desdén por las comodidades de la vida, caracterizan los interiores de las gentes de raza ibérica." (Hubner, "Autour du monde")

ser humano está limitado por el látigo del cosaco a su miserable condición moral de rebaño del zar por derecho divino. Y nosotros no somos una raza inferior sino una raza superior empobrecida, pues, individuo o nación, el que carece de energía, el falto de inteligencia o voluntad, ese es pobre; el desheredado del entendimiento, no el desheredado de los bienes acumulados por otros, sino el incapacitado de crear bienes por sí mismo.

Viceversa, en la medida en que se rebajan la mentalidad y la moralidad de un pueblo o de un individuo, cobran nueva actualidad en ellos los modos atávicos, los procedimientos brutales, métodos regresivos del estado anterior para los vueltos al estado anterior, y huelgan entonces o son expatriados los incompatibles con la regresión. Así la incapacidad inmanente del pueblo español para la vida civil y política, la supervivencia en él de la crueldad, la intolerancia y las supersticiones, fueron la consecuencia de sus progresos en una sola dirección [1].

Del mismo modo, y lloviendo sobre mojado, bastóles a Francia y López en el Paraguay y a Rosas en Buenos Aires, suprimir las escuelas y la prensa naciente, y sembrar el terror por las delaciones y las mazorcadas, para helar en flor el incipiente espíritu público y amoldar de golpe la sociedad de cultura superficial a sus métodos de gobierno bárbaro, creando una coincidencia improvisada, pero perfecta entre el gobernante y los gobernados, por la misma época en que la misma empresa le fracasaba a medias a Fernando VII, empeñado en rehacer a sangre y horca una España más retrógrada para un rey enteramente retrógrado.

---

(1) "El español, católico y exaltado se representa la vida a la manera de los cruzados, de los enamorados y de los caballeros, y, abandonando el trabajo, la libertad y la ciencia, se arroja, detrás de su inquisición y de su rey, en la guerra fanática, en la ociosidad romancesca, en la obediencia supersticiosa y apasionada, en la ignorancia voluntaria e irremediable". (Taine "Littérature anglaise", IV, p. 432).

VI

LA religión ha sido y será siempre, quizás, la primera ne-
:esidad mental del hombre y su primera piedra de tropiezo,)orque toda religión es un programa de conducta, en cuanto :s una explicación superior del hombre y del mundo, fuente de alud moral para los pueblos superiores, farmacopea de salud ísica para los pueblos supersticiosos. Pero la religión es la obra lel entendimiento del pueblo, y entonces, del carácter del pue-)lo ha dependido el carácter de la religión, en las 6.000 reli- ;iones del planeta, y luego, del carácter de la religión ha depen- lido el carácter del pueblo, por la dirección que ella, una vez onstituída, ha dado a las ideas y los sentimientos de las gene- aciones subsiguientes ([1]), porque las ideas excluyen a las ideas modifican en su sentido los sentimientos del hombre. De a reacción recíproca de los dos factores ha resultado que una nisma religión sea distinta cosa en épocas y en países distintos, listinta cosa en las capas mentales diferentes del mismo país, lesde idealismo puro en la más alta de espíritu hasta el puro etichismo en la más baja. Así, el catolicismo, verbigracia, que in tiempo perseguía a muerte al liberalismo y a la ciencia en odas partes, sólo en España y Portugal, y en los dominios res-)ectivos, llegó, en esa vía, hasta lograr que la ignorancia deli-

(1) Es claro que concurren además, en el resultado, muchos otros ctores, pero apenas sería posible estudiar la parte de los principales no se prescinde del enjambre de circunstancias menores.

berada fuese tenida por camino de la salvación eterna y garantía de la protección divina [1] en las luchas de la tierra.

Las ideas condicionan, crean, cambian y modifican los sentimientos. Las nuevas verdades que toman posesión del espíritu, ora súbitamente, como en la visión del camino de Damasco, ora lenta e insensiblemente, como en todo el proceso de la educación, cambian o modifican los sentimientos del hombre y lo hacen ser otro hombre del que era, u otro hombre del que hubiera sido sin esos allegados a su entendimiento. Así, en orden a la conducta con sus semejantes, sus correligionarios y sus disreligionarios, sobre los comunes sentimientos animales las ideas judías crearon los sentimientos judíos, las ideas paganas crearon los sentimientos paganos, como las ideas cristianas han creado los sentimientos cristianos, todavía muy sanguinarios y feroces en las edades media y moderna, todavía muy torpes en Rusia, en Grecia, en Italia, en España y Sud América, porque, a su turno, los sentimientos religiosos son condicionados, humanizados, por las ideas civiles que en estos países han tenido un desenvolvimiento más dificultoso y precario que en la América del Norte y la Europa del noroeste.

La misma raza de los hombres que a fines del siglo XII marchaban sobre Jerusalén por motivos puramente religiosos, que el XVI se emancipaban de la autoridad del Papa, que a fines del XVII establecían la libertad de cultos, cultiva hoy las más amistosas relaciones con las 2.000 religiones de la India que mantienen al pueblo dividido en castas superpuestas, más extrañas entre sí que si fueran gentes de planetas distintos. Y

---

(1) "Por todas partes, en España, la ciencia era despreciada, las investigaciones desalentadas. Feijoo pretende que todo el que hubiese aprendido lo que en su tiempo se enseñaba bajo el nombre de filosofía se encontraría más ignorante al finalizar que antes de empezar. Y no se puede dudar que estaba en lo cierto, pues en España cuanto más recibía un hombre la enseñanza que se daba tanto menos sabía. Pues se le enseñaba que el espíritu de investigación era culpable, que la inteligencia debe ser enfrenada, que la credulidad y la obediencia son los primeros atributos del hombre. El duque de Saint-Simon, embajador de Francia en Madrid, en 1721 y 1722, resume sus observaciones diciendo que en España la ciencia era un crimen y la ignorancia una virtud." (Buckle, "Civilisation en Angleterre", t. 4, pág. 113.)

en esa raza, la primera en libertar al pensamiento civil del yugo del pensamiento religioso, ha nacido y prosperado la libertad política y el mundo ha ganado un nuevo impulso de progreso, y a ella le pertenecen hoy las dos más grandes y prósperas naciones de la tierra.

El catolicismo, que tuvo para sí todas las naciones civilizadas de la Europa hasta el siglo XV y las dos más grandes y prósperas del mundo en el XVI, siguió el camino opuesto, prohibiendo la instrucción del pueblo y el crecimiento de la inteligencia nueva, y en el siglo XVII los protestantes fueron expulsados de Francia y los moros de España para excluir las ideas y los sentimientos diferentes; Galileo fué obligado a retractarse de su idea del movimiento de la tierra, y la hoguera fué encendida para quemar la fe distinta, la verdad profana y la duda, en el libro y en el hombre, con objeto de depurar de ideas nuevas los conocimientos viejos.

Y por todo el tiempo y en la diferente medida en que el catolicismo intolerante logró hacer, en el espíritu de los hombres, con las creencias antiguas, una muralla china contra los conocimientos nuevos, el hombre se conservó como era en ideas y sentimientos; resultó atrasado en menor grado en la Francia, la Alemania del Sud y el Austria, que tenían más vecindad y relaciones con las naciones protestantes, más completamente en España, rodeada de catolicismo a todos vientos y confinando con el mahometismo por el Sur, y por el espíritu oriental que le dejaron los moros en los ocho siglos de ocupación de su suelo, con todo lo cual la fecundaron para dar al mundo el más grande impulso retrógrado en la organización de la Compañía de Loyola, expresamente creada para combatir el progreso del espíritu humano por la escuela (1).

(1) "Si se quiere conocer la naturaleza íntima de la orden, no es donde los jesuítas luchan, donde su posición es precaria, donde se le debe estudiar. No se les apreciará plenamente sino donde no encontrando obstáculos apliquen sus reglas en libertad. Nada han aprendido, nada han olvidado. Su espíritu, sus métodos, son los mismos. ¡Desgraciado el país, desgraciada la clase que les confiara la educación exclusiva de

Así nosotros hemos venido a tener de común con los turcos y los árabes el deber, como ellos a la religión nuestro encumbramiento pasado y nuestra decadencia presente, y el ser ambos teóricamente contrarios hoy al derecho de conquista después de haber sido antes los más grandes conquistadores de la tierra (después de los romanos), porque las ideas y los sentimientos musulmanes fueron como una envoltura de hierro para la mente y el corazón del creyente, porque el Corán fué para el espíritu del musulmán lo que es para el pie de las mujeres chinas el zapato chino, y la inteligencia no pudo crecer fuera de su camisa de fanatismo autoritario y obligatorio a cada uno por sanción de todos; y porque eso mismo procuró ser, y lo consiguió por largo tiempo, el cristianismo africano del duque de Alba, de Torquemada y de Loyola, de Carlos V y Felipe II, el entendimiento español no pudo crecer fuera de su chaleco de fuerza espiritual y temporal; y el desenvolvimiento del espíritu y del corazón se paralizó en España mientras seguía creciendo en otras naciones menos grandes entonces. Pero la España no estaba en el Congo; a la parte en que fracasó más tarde el más funesto extravío de los tiempos modernos, se deben nuestros pocos adelantos ulteriores, y a la parte en que se ejecutó, se debe a la circunstancia de que el español sea el europeo cristiano para el cual la historia contemporánea es más injuriosa.

Ahora se sabe que "la tarea del hombre político es reparar los errores del hombre bueno"; pero en el siglo VII, Mahoma esperaba hacer del creyente por la sola fuerza de perfeccionamiento universal de sus ideas, el hombre más poderoso de la tierra, el señor del mundo. Y por haber hecho imposible el desarrollo de todas las demás ideas y sentimientos que hubieran podido ensanchar la inteligencia y el corazón del mahometano y habilitarlo para mantener más tarde su antiguo rango, sólo ha conseguido hacer en él el prototipo del hombre sin porvenir por

la juventud! A menos que circunstancias felices destruyen en el hombre las lecciones del niño, serán en un siglo una raza bastardeada." (Cavour, "Discursos parlamentarios", 1844.)

incapaz de adelantar: el mismo en ideas y sentimientos hoy, que ayer y mañana. "La reina del océano, la señora del mundo" en el siglo XVI, para eternizarse en su rol de primera nación de la tierra y del mar, decretó el *statu quo* universal en las ideas y los sentimientos (1), la invariabilidad en las creencias, en las ciencias y las artes que la habían llevado al apogeo del poder y la riqueza, la petrificación del espíritu humano bajo la dirección y la fórmula de los jesuítas: *Sint ut sunt, aut non sint.* Pero había pasado para no volver el tiempo en que Josué hizo parar el sol en beneficio del pueblo judío; los sucesores de Felipe II no pudieron, ni con el auxilio de los papas, detener el progreso del mundo cristiano para conservarle a España su superioridad relativa —pues el mundo no cristiano estaba detenido por sí mismo—, y la España vino a menos porque las otras naciones fueron a más. Y del más loco y orgulloso empeño, sustentado por el máximum de fuerzas y recursos en la península y sus inmensas colonias, y en las razas más progresistas del siglo XVI, sólo vino a resultar en el XIX el tipo del hombre que cambia menos entre las naciones cristianas, el que más se aferra a lo que fué y más se resiste a lo que viene; las razas civilizadas que han llevado la peor parte (2) y la peor vida (3) en el siglo de los mayores adelantos políticos, morales y materiales: el destino de ir a menos —hasta "morir lentamente de insignificancia y de infecundidad"— si no se detienen, reaccionan y cambian.

---

(1) "El sistema político antiguo reposaba sobre dos principios: la autoridad y la estabilidad. Los reglamentos tendían a mantener la industria y el comercio en el «statu quo». El antiguo sistema había querido centralizar, reglamentar todas las cosas, hacer de los hombres simples autómatas. Ahora rigen el principio de libertad y el de progreso." (Cavour, "Discursos", passim.)

(2) Aparte los desastres internos y de la reacción absolutista, de las guerras carlistas y de los pronunciamientos, España ha perdido en el siglo XIX más de 50.000 leguas de territorio.

(3) "Todas las noches la mitad de los españoles acostándose con hambre". ("Manifiesto de la Cámara Agrícola del Alto Aragón a sus congéneres.")

VII

LA ciencia antigua, que fué la segunda base de la civilización moderna, la ciencia antigua era griega, y el catolicismo que la había desposado con la teología y hospedado en los conventos para salvarla de la invasión de los bárbaros del Norte, la llevó después al Báltico y al mar del Norte, conservándola prisionera de la Iglesia, que, por la inquisición, había de ser más tarde túnica del Neso para la inteligencia humana. Y el espíritu humano pasó siete siglos del IX al XVI, trillando el silogismo en la escolástica, hasta que la ruptura de la jaula secular del entendimiento por la Reforma y la emancipación eclesiástica de la Inglaterra, permitieron el brote de nuevas alas para la inteligencia humana; merced a ellas los bárbaros del Norte en el siglo V han llegado a ser los empresarios de la civilización liberal del siglo XIX, mientras los *pioneers* del progreso hasta el siglo XV vamos en camino de llegar a ser los semibárbaros del Sud en este siglo XIX.

Hasta el siglo XV todas las naciones civilizadas de la Europa eran feudos espirituales del Papa; una ciencia, una superstición y una religión uniformes imperaban, las unas dentro de la otra, desde la Sicilia hasta la Noruega; y aunque las diferenrencias étnicas por razón de la diversidad del clima y las costumbres conexas, eran casi las mismas de hoy, el máximum de inteligencia y de consiguiente prosperidad estaban en la vecindad del Mediterráneo, y si alguien atribuyó entonces a su mayor predilección por los ejercicios atléticos la inferioridad mani-

fiesta de las poblaciones del Norte para el comercio y la industria y su menor inclinación para el cultivo del espíritu, estuvo en lo cierto [1]. "Ni tampoco hubo nunca —dice Macaulay— en ninguna sociedad moderna, ni en Inglaterra durante el reinado de Isabel, tan gran número de hombres eminentes, a la vez, en las letras y en las carreras de la vida activa, como en la España del siglo XVI" [2].

De entonces acá, los venecianos, florentinos, genoveses, españoles y portugueses, que fueron los pueblos más inteligentes para el gobierno, la guerra, la navegación, las ciencias, las artes, la industria y el comercio, con el andar de la "opresión latina" en ellas y el andar de "la libertad sajona" entre los ex bárbaros emancipados de la Santa Sede y del *statu quo* espiritual, han visto pasar la supremacía marítima y militar, y su antigua superioridad intelectual para el gobierno, las ciencias, la industria y el comercio, a las naciones del noroeste, que sólo tenían la superioridad de estatura; y relegadas aquéllas a la sola excelencia artística, como la Grecia de Pericles, se echan hoy a buscar las causas de esta colosal inversión de condiciones relativas que ha transferido la supremacía del entendimiento y la delantera de la civilización cristiana de los neolatinos a los neosajones, y entre éstos, finalmente, de la Gran Bretaña con la iglesia oficial y clase privilegiada a los Estados Unidos, más enteramente liberales, "sin jefe hereditario, sin aristocracia, sin legislación hereditaria, sin iglesia establecida, sin lores y con legisladores pagos por el Estado", dice Mr. Stead.

"Es que nos faltan las costumbres atléticas", dice Demo-

---

(1) Sin duda los griegos tuvieron juegos atléticos, pero la civilización griega no la hicieron los atletas griegos, ni los más atléticos germanos hicieron civilización de ninguna clase.

(2) "Curioso es y digno de fijar la atención el terror con que los ingleses miraban a los españoles, los cuales, según decían, eran una especie de demonios terriblemente dañinos, y al propio tiempo sagaces y astutos por extremo... Pero ¡cómo has caído del cielo, oh Lucifer, hijo de la mañana! ¡Cómo te hallas abatido, tú que arruinabas las naciones! ¡Qué cambio no hallaremos si, salvando un espacio de cien años, consideramos la España a fines del siglo XVII! El contraste es tan grande como el que existe entre la Roma de Galiano y de Honorio y la Roma de Mario y de César." (Macaulay, "Guerra de sucesión.")

lins, que pretende curarnos por los músculos de nuestras decadencias por el entendimiento.

"La conciencia ha quebrado", dice Brunetière, que no encuentra para el desastre más remedio que un cristianismo mahometano bajo la omnisciencia del Papa. Ha quebrado, ciertamente, el entendimiento flaco y supersticioso que resulta de la ciencia aprobada por el Vaticano, porque "del judaísmo no podía salir más que la sinagoga o la Iglesia, la censura de las costumbres, la moral obligatoria, el convento, un mundo como el del siglo V, donde la humanidad hubiera perdido todo su vigor, si los bárbaros no la hubieran levantado", dice Renan.

Pero, si fuera posible repetir el experimento al revés sometiendo a los anglosajones por tres siglos al judaísmo atenuado en que nosotros hemos penado hasta ahora, y disfrutar nosotros, al mismo tiempo, las circunstancias espirituales en que ellos han crecido, seguramente cambiaría de nuevo la condición relativa de las razas civilizadas.

Porque, en último análisis, la civilización es el parto laborioso de la naturaleza humana dando a luz la inteligencia creadora, investigadora y crítica, hijas diferentes de fecundaciones diferentes, y toda superioridad de una raza o de un pueblo sobre otros pueblos y razas, toda garantía de vida en la ley de supervivencia del más apto, todo progreso de la civilización depende del progreso del entendimiento. "Los cerebros de la nación se encuentran en las clases superiores, dice Galton. Si tales personas se pudieran distinguir en el estado de infancia, y se pudieran procurar por medio del dinero para ser criadas como ingleses, sería un buen negocio para la nación comprarlas, pagando muchos cientos o algunos miles de libras esterlinas por cabeza" (1).

---

(1) "El doctor Farr, con su gran destreza de actuario, capitalizó el valor de dos clases de acontecimientos al nacer la criatura; el uno representaba el costo de sostenimiento mientras duraba el estado de infancia, y el estado de incapacidad durante la vejez; el otro las ganancias obtenidas como muchacho y como hombre. Al hacer el balance de los dos lados de la cuenta, resultó que el hijo de un jornalero de Essex venía a valer cinco libras esterlinas." (F. Galton, "Conferencia Huxley.")

En la imbecilidad natural, que es la herencia común, mineral en bruto de la prosperidad y el engrandecimiento, los individuos, los pueblos y las razas trabajan en filones distintos de inteligencia, voluntad y moralidad, con procedimientos diferentes, y obtienen cada uno un producto distinto, una amalgama de saber y de ignorancia, de saber útil y de saber inútil, un entendimiento humano en que lo natural y lo sobrenatural y lo absurdo, el error y el acierto, la sensatez y la insensatez, la eficiencia y la ineficiencia para la vida individual y para la vida nacional, se encuentran en proporciones relativas muy diversas; y, estimando también cada uno el rendimiento de su respectiva veta de progreso con la clase de sensatez que de ella extrae, la encuentra siempre buena, y tanto más cuanto lo sea menos, viniendo a suceder así que los pueblos, cuando son más atrasados, más ignorantes de cosas mejores, tanto más orgullosos están con sus miserias consuetudinarias, pues en cuanto a creer que su género de civilización es el mejor del mundo, los marroquíes superan a los españoles, como éstos superan a los ingleses, a quienes los chinos, a su turno, llaman "bárbaros europeos", porque en punto a dormirse en los laureles de una primera superioridad y negarse a las enseñanzas de "la retorta del tiempo", los chinos superan hasta hoy a los mahometanos, como éstos superan a los católicos latinos. Y, ciertamente, para encontrar un ser humano más satisfecho de sí mismo que la beata más estúpida o el fanático más ignorante, sería necesario ir a buscarle entre las tribus de hombres que andan enteramente en cueros.

Un mismo procedimiento de fecundación del entendimiento en diferentes épocas o en distintos países, ha dado siempre el mismo producto del mismo abono, un producto distinto del abono distinto. Del mismo germen del Corán, el mismo progreso musulmán en Marruecos, Egipto, Arabia, Turquía, Persia, Afganistán, ninguno de los cuales está más adelante que los otros y todos a la cola del progreso universal (1); el mismo espíritu

(1) Del más adelantado por mano de gato, dice "L'Illustration": "Sobre la masa de habitantes no hay en Egipto más que uno por cien que sepa leer; y casi las dos terceras partes de ellos son sin profesión y sin ocupación".

encadenado por la Iglesia y el Estado antes, por la Iglesia solamente hoy, en España, Portugal y la América latina, y el mismo andar lento y arrastrado en los 19 países que la constituyen, ninguno de los cuales está mayormente adelantado y todos en la antecola del mundo civilizado; el mismo espíritu liberal y el mismo progreso liberal en los anglosajones que marchan a la cabeza de la civilización anglosajona.

Se acostumbraba decir, en excusa de nuestra flacura, que a nosotros nos faltó la educación política, y que ésta sería pronto adquirida por el mismo uso de la libertad, pues no se pasa del despotismo a la libertad plena sino a la anarquía primero, a la tiranía después, y finalmente a la libertad. Palabras, y nada más que palabras, porque ni esto es cierto, ni nosotros hemos aprendido la cosa en ochenta años de vida independiente, ni la España, ni ninguna astilla de ese palo, ni estamos siquiera en camino de aprenderla; y mientras el Japón está pasando —de golpe y sin porrazo— del más puro despotismo asiático a mayor libertad política que la España y el Portugal, y a diez veces mayor prosperidad nacional que el Portugal y la España, nosotros seguimos siempre empeñados en realizar el milagro o sea el absurdo de conseguir en la masa lo que en las unidades que la constituyen condena y cohibe la Iglesia, que gobierna la familia y tiene por el mango la sartén en que se fríe el alma de los ciudadanos, para sacarlos dirigibles y sumisos, como ella lo necesita: entecos de pensamiento y voluntad propia cuando la libertad de acción los necesita autodirigentes, autocapaces y autoquerientes.

Y la libertad política, que es capacidad nacional sólo cuando es capacidad individual, la libertad política que tuvo sus primeros balbuceos en las riberas del Mediterráneo, en Grecia y Roma; que debió renacer y prosperar en las naciones católicas latinas, porque ellas fueron durante quince siglos los pueblos más adelantados del mundo —anatematizada por "nuestra Santa Madre Iglesia", como "enemiga de Dios y de su Iglesia", como contraria al reinado absoluto de la Corte de Roma, dice Renán— tuvo que ir a renacer y prosperar allá lejos de su cuna

primera, en la vieja Albión, donde con los hugonotes expulsados de Francia se había refugiado también la libertad de conciencia, igualmente nacida en el Sur. De la Inglaterra pasó a América y el Reino Unido y los Estados Unidos vinieron a ser así los primeros pueblos del Norte que hicieron "sangre nueva", por "el espíritu nuevo", con los principios fecundados en Atenas, en Roma y en Galilea.

Y la libertad de acción, reimportada dos siglos más tarde de Norte América y de Inglaterra a Francia, y propagada de ella a los demás países católicos, sin libertad de pensamiento, ha brotado y crecido como planta exótica en terreno ingrato, entre luchas permanentes, trastornos crónicos y debilidades orgánicas, que suprimen toda esperanza discreta de que pueda dar en ningún tiempo, a la sombra de la infalibilidad del Papa, los mismos hermosos y robustos frutos que produce a la sombra de la plena libertad de pensamiento.

VIII

DURANTE los seis o siete siglos del reinado absoluto de la escolástica y la Santa Sede en Europa, las naciones latinas conservaron, en ese terreno del entendimiento —para todos limitado— la superioridad adquirida de su más adelantada ascendencia, que Leixner describe así: "La inteligencia más viva de los pueblos neolatinos, su asombrosa facilidad de aprender y de transformarse de pueblos ignorantes en instruídos, que tanto los distingue de los pueblos de raza germánica pura". Pero las circunstancias universales en que esta superioridad para instruirse había dado a los neolatinos la superioridad política hasta el siglo XVII, cambiaron para los países del Norte y Noroeste en una mayor libertad de instruirse, cuyo producto superó pronto al de la mayor aptitud cohibida, por la mejora de la calidad, mientras en aquéllas las autoridades temporales y espirituales siguieron combatiendo por todos los medios la educación del pueblo (1) hasta restablecer (2) y crear órdenes religiosas espe-

(1) "Por la ley que promulgó para el Piamonte Carlos Félix, en 1824, hablase de probar la posesión de 1500 liras para poder aprender las primeras letras y una renta anual igual a la misma suma para pretender una instrucción superior...

"A la fama de Renán contribuyó mucho la destitución de su cátedra en el Colegio de Francia, sacrificio que hizo Napoleón III para conservar la amistad del clero; y por otra parte, contribuyó a ello el mismo clero que organizó en muchos obispados procesiones y rogativas públicas para implorar el auxilio de Dios y de los Santos, contra la famosa obra de Renan." (Leixner, "Nuestro siglo.")

(2) Vuelto Pío VII a Roma, empezó por decretar en 7 de agosto de 1814 el restablecimiento de la orden de los jesuítas; luego el de la congregación de la pureza de la fe, la inquisición, y sucesivamente todas las demás órdenes e instituciones religiosas." (Leixner, l. c.)

cialmente consagradas a la defraudación del entendimiento por instrucción *ad hoc*, cuyo objeto principal es impedir al pueblo el conocimiento de las ideas prohibidas por la Iglesia y que el Syllabus concretó en 80 artículos el 22 de diciembre de 1864.

La educación del pueblo, antes en su totalidad y hoy en su mayor parte, aún, monopolizada en las naciones católicas por los frailes, las iglesias y los conventos, y contraída principalmente a la enseñanza de la seudo-conciencia tradicional de lo sobrenatural, con su mecánica del milagro, no fué y no es más que una vieja forma de la ignorancia de sí mismo y del mundo.

La devoción considerada como causa determinante de los fenómenos, y el hecho adverso entendido como un castigo del cielo y no como el resultado de la ignorancia del agente sobre el modo de ser y de suceder de las cosas —nociones de la edad de la superstición que el sacerdote necesita inculcar en el feligrés de hoy, para reavivar perennemente la fe en la eficacia cuotidiana del culto, que es su oficio y beneficio— hacen innecesario el conocimiento de las leyes de la naturaleza, dando a la ignorancia un medio imaginario de propiciarse los bienes y alejarse los males, sin ciencia ni experiencia, y reducen el rol de la voluntad humana por la intervención de la voluntad divina, de la que todo depende sin sujeción a reglas ni orden. Y estas nociones, que están aún encarnadas en el alma del pueblo, desvalorizan para la vida civil los dos más grandes factores divinos del progreso humano: la inteligencia y la voluntad del hombre, invalidándolo en otro tanto para la acción pública y privada mediante un concepto tan falso y tan exagerado de la contingencia de su voluntad a las supuestas entidades ambientes que pueden prestar acierto o desacierto a sus determinaciones particulares, tan obsesionado por quince siglos de predicaciones sobre la precariedad y la magnificación de su existencia presente y la magnitud de su existencia futura, que, menos libre que un insecto, el hombre timorato del pueblo no se atreve a formular la más insignificante resolución para un día o una hora después, sin acompañarla con un acto de súplica y

icatamiento expreso al poder cuyo veto teme: iré a las 7, "si Dios quiere"; me levantaré a las 6, "si Dios lo permite" [1], rasunto popular del momento fúnebre con que los trapenses icostumbraban paralizarse mutuamente el pensamiento y la icción para la vida ordinaria: "acuérdate de que eres hombre", es decir, "piensa en que puedes morirte y en nada más". Y estas criaturas humanas que entienden que nada pueden hacer si no concurre particularmente con la suya la voluntad de Dios, entienden quedar, asimismo responsables ante Dios de lo que han hecho porque "él lo ha querido".

Y estas criaturas, irresolutas, acoquinadas para querer y esolverse sin saber si Dios lo querrá; tímidas para realizarse en a vida como una inteligencia y una voluntad autónomas y responsables de sus actos como capaces de acierto y desacierto por nformación propia, y sólo capaces de resolverse por si acaso y en la esperanza de que Dios lo quiera, infiltradas, anegadas en el concepto presente siempre y siempre desalentador de la nanimidad de su voluntad para producir ella sola actos de ella sola dependientes en la vida común —porque el hábito del pensamiento establece en el espíritu un modo de ser general— ampoco pueden resolverse y querer en la vida política sin saber si lo quiere el rey, el presidente, el caudillo, el gobernador o el alcalde, a quienes, sin embargo, con menos miedo que a Dios, y con más lógica, por consiguiente, harán después responsables y justiciables porque no supieron querer con acierto suyo y conducirlas mejor. Estas criaturas, que no son autopensantes y autoquerientes dentro de las leyes naturales sancionadas por Dios para que se cumplan y no para que se falseen, sino suplicantes dentro de las creaciones y leyes imaginarias del universo maginario de la Iglesia, que piden acierto a los santos propiciados con ofrendas, velas y genuflexiones, y no al propio enten-

---

(1) "Y entretanto, vosotros que decís: «Hoy o mañana iremos a tal ludad y pasaremos allí el año, y nos dedicaremos al comercio, y ganaemos dinero", sin saber lo que será mañana de vuestra vida (pues no ois más que un vapor visible un momento, desapareciendo luego), cuánto nejor harías en decir: «Si el Señor lo quiere, y si vivimos, haremos esto aquello.»" ("Epístola de Santiago.")

dimiento nutrido por el saber y la experiencia; que piden auxilio y protección a los poderes públicos y no a sus energías personales; que piden justicia a los jueces y no edifican rectitud en su conducta; estas criaturas, que entienden que los santos milagrosos pueden torcer en su provecho las leyes naturales, como pueden los magistrados torcerles por favoritismo y ofrendas las leyes civiles; estas criaturas así enflaquecidas de espíritu y corazón no hacen el terreno para la libertad sajona sino el terreno para la sumisión latina.

Y de esta creencia que en la edad media hizo las cruzadas: "sólo puede suceder lo que Dios quiere" y no lo que quiere el hombre, materializada hasta las nimiedades, para los pueblos educados por los jesuítas en el mismo espíritu de los judíos, que entendían que el hombre sólo podía fortalecerse por el cumplimiento de la ley de Dios redactada por los profetas, ha venido para las razas ibéricas una manera de fatalismo musulmán que las induce a conformarse con sus decadencias nacionales, del mismo modo que con las miserias individuales, en las que tampoco ven una consecuencia natural de su ignorancia y estupidez, sino —también como los judíos— males que les han venido porque Dios se los ha mandado para poner a prueba su fe y acordarles más tarde una mayor ración de "cebada al rabo".

Y así la España y el Portugal y la América del Sud han venido a ser los pueblos más judíos y musulmanes de la sociedad cristiana, los más destituídos de luces en "el siglo de las luces", por más alumbrados con los antiguos candiles del entendimiento; la instrucción liberal no alcanza a ser en ellos más que una infusión de espíritu moderno sobre el 5 ó el 10 por ciento de una masa de población empachada de las viejas supersticiones orientales. Y aunque esa minoría tenga, por la mejor nutrición de su entendimiento, la dirección de la sociedad, es siempre un pequeño barco dotado de las fuerzas modernas remolcando lentamente una fragata de velas en los mismos mares en que navegan a gran velocidad los grandes transatlánticos.

Para colmo de desgracias, a nuestra *alma mater*, a la gloriosa patria de Torquemada y Loyola le tocó estrellarse contra la patria de Franklin y Mann, con el pueblo que tiene los mejores maestros y el maximum de escuelas, bibliotecas, libros, revistas y periódicos; y contra la opinión universal, fundada en las cosas del pasado, y la consiguiente universal sorpresa, el hombre nuevo, el *omnivorous reader*, casi sin perder un hombre puso fuera de combate, en un santiamén, al vegetariano de la inteligencia, la voluntad y la moralidad. La nación más grande del mundo en el siglo XVI marchando en el camino del progreso con las anteojeras de mula del entendimiento humano, que provee la Santa Sede del *statu quo* espiritual, aun siendo hoy el español más superior hombre que en ningún tiempo pasado, se encuentra al cabo de tres siglos con un gigante improvisado en un siglo y cuarto por la libertad de pensamiento y de acción, y recibe la más grande lección, y también la más estéril, de los tiempos presentes. Con razón, pues, dijo O. de Bismarck que "los pueblos latinos sólo se levantarán cuando se libren del catolicismo medioeval que los domina".

Mientras no hubo una clara experiencia comparativa entre el diferente crecimiento de pueblos con y sin libertad moral y política, Metternich era un sabio; mientras no hubo una bien zanjada experiencia entre la diferente robustez de pueblos atenidos a la omnisciencia de un solo hombre y pueblos atenidos a la más amplia ilustración del mayor número, Moisés, Mahoma, Felipe II y Pío IX estaban en lo cierto, y la teoría de Malthus se habría cumplido en bruto, sin que la física y la química le hicieran fe de erratas. Mientras no hubo una experiencia bien documentada por la estadística, la demografía y la guerra de Cuba entre el diferente valor humano de pueblos civilizados con educación pública liberal en el máximum y en el mínimum, aun los espíritus más preclaros podían esperar del concilio de Trento, de la inquisición, de los jesuítas, del Syllabus, de la infalibilidad del Papa, del absolutismo del bien en la devoción y la ignorancia, la prosperidad de los pueblos y de las razas; pero ahora que los hechos han hablado con tanta claridad,

basta con no ser sordo de conveniencia personal para oírlos.

Y mientras la Vieja España se hunde en el extremo Occidente, el Nuevo Japón se levanta en el extremo Oriente. ¿Qué es lo que es *viejo* en España y *nuevo* en el Japón?

"Hasta 1870 el pueblo del Japón estaba dividido en clases —dice el marqués Ito— y los comerciantes que llegaron al país después de la venida del comodoro Perry encontraron en él una moralidad comercial despreciable (1). El comercio era, no sólo menospreciado, sino casi imposible. Los comerciantes vivían más bien gracias a su habilidad y a su astucia, que a su integridad y a su amplitud de espíritu".

"Los Estados Unidos son apenas dos siglos menores que Rusia —dice Traveller. El Japón moderno tiene apenas la edad de Australia, cuyo nacimiento data de ayer. Los viejos poderes como Portugal, España y Holanda, sienten flaquear sus fuerzas y abandonan poco a poco el campo. Son las naciones de sangre nueva (!) las que están destinadas a establecer en aquel mundo lejano su preponderancia mercantil y su dominación imperial". "¡Naciones de sangre nueva!" "¡Naciones de sangre vieja!" ¡La *sangre japonesa* más nueva que la *sangre española!* ¡La sangre norteamericana más nueva que la sangre sudamericana, sin generación espontánea! He aquí nuestra manera clásica de trabucar las cosas para seguir viviendo con honra en el error y con sus miserias para los más que son beneficios para los menos.

Pongamos en lugar de "sangre nueva", ideas y sentimientos nuevos sobre la sangre vieja como el hombre en la tierra, mejor dicho, ideas y sentimientos desenterrados del polvo de 17 siglos, y recién nos quedará el problema que es materia de ensayo: ¿Por qué las ideas y los sentimientos nuevos han podido *rejuvenecer* mucho a unos pueblos, a otros poco, a otros muy poco y a otros nada?

---

(1) "¿Por qué fracasó la exportación de alfalfa en fardo? Sencillamente porque se remitió pasto podrido, húmedo, inservible; porque para aumentar el peso (feliz ingenio) se mezcló arena, tierra y hasta se aprensaron perros y gatos según dicen." (Martín Gil, "Prosa rural.")

IX

LA religión reacciona sobre el hombre y el hombre reacciona sobre la religión, en una especie de aclimatación recíproca que convierte al uno en tierra estéril para las creencias distintas [1], y consiguientemente para las aspiraciones, usos y costumbres conexos, y a la otra en semilla infecunda para los entendimientos diferentes, de tal manera que la religión pensada y puesta en liturgias con el alma de un pueblo, no es viable para el espíritu de otro pueblo distinto. De ello han resultado más de cien variedades de cristianismo, y el catolicismo español otra cosa que el alemán, el húngaro, el irlandés, el norteamericano o el abisinio, y el de hoy —*e pur si muove*— otra cosa que el del siglo XVI. En el XIV, las mismas creencias y supersticiones reinaban soberanas en la Gran Bretaña y en España; los dos pueblos eran iguales por las ideas y los sentimientos y sólo diferentes por los caracteres físicos; hoy son más diferentes por las ideas y los sentimientos que por la piel y el esqueleto.

La religión hace el alma del pueblo, y el alma del pueblo hace el carácter de la religión; pero como el alma del pueblo cambia además constantemente por mil otros factores— el más poderoso de los cuales es la educación— el carácter de la misma religión en el mismo pueblo cambia constantemente, en-

---

(1) "Al colono español de América le están prohibidos los libros extranjeros, como les está también prohibida la entrada a los maestros y a las ideas extranjeras. El español dejaría entrar con más facilidad una víbora en su alcoba que una idea extranjera en una de sus colonias." (W. S. Logan, "Justicia latina.")

sanchándose por la preponderancia del espíritu civil, estrechándose por la preponderancia del espíritu ultramontano, suavizándose, humanizándose, en la misma medida en que se educa el pueblo, desde el árabe que marcha en el mínimum de educación civil hasta el anglosajón que adelanta en el máximum.

En todas partes y en todos los tiempos los sacerdotes han pretendido siempre imponerse al hombre civil, pero en España, el clero, ennegreciendo el otro mundo para aumentar su poderío en éste, lo avasalló todo, empezando por la cabeza de la nación. El hombre y el ciudadano fueron sacrificados por largos y penosos siglos a todos los delirios del fraile caído en su propia trampa —asustado de su propia concepción del otro mundo, que hacía de la vida terrestre el mero prólogo del purgatorio y del infierno, y hacía del hecho natural de la muerte la fuente imaginaria de las más terribles angustias —de que arrancaban su fuerza y su poder en la tierra; de tal modo la nación entera vino a ser una especie de congregación oficial de "la buena muerte" [1] y la vida— obsesionada por el terror del infierno y de "la cólera y la venganza divinas" (sic) —un verdadero martirio en vista de la entenebrecida eternidad a cuya sola aproximación el viviente acomodado, en peligro de naufragio, arrojaba sus bienes a la Iglesia —*Porta Cœlum*—, que por este camino llegó a ser dueña en mano muerta de la mitad del territorio [2] absorbiendo para el culto el fondo de escuelas y el de salubridad pública.

---

(1) "Nadie puede embarcarse sin justificar previamente que ha confesado y comulgado; al que muere sin sacramentos se le multa; «todo buen cristiano, estando en peligro de muerte, confiese devotamente sus pecados y reciba el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, según lo dispone nuestra Santa Madre Iglesia, pena de la mitad de los bienes del que muriere sin confesión y comunión pudiéndolo hacer, que aplicamos a nuestra cámara.»" ("Rec. Indias", lib. I, tit. I, ley XXVIII; J. A. García (hijo), "Ciudad Indiana", pág. 327).

(2) "No sólo tenía la iglesia la mitad de la propiedad bajo su dominio, sino que, además, era mano muerta. Recibía siempre y jamás daba. Adquiría de todos los modos que podía, hasta por compra, cuando se veía obligada a la dura necesidad de tener que pagar, pero nunca vendía. Cuando la Iglesia llegaba a tomar posesión de una propiedad, para los efectos del comercio, de la industria o de las mejoras, era lo mismo que si hubiera desaparecido del mapa." (Logan, l. c.)

Y mientras la Escocia, v. gr., convaleció en menos de 200 años de su aterrador calvinismo, la España y sus colonias no se han recuperado de ese catolicismo fúnebre que en tiempos de mucha ignorancia y superstición les hizo considerar la muerte nacimiento a la vida del otro mundo, como el objeto primordial del nacimiento a la vida de este mundo, en el desempeño de ritos, ayunos, autos de fe, horrores, padecimientos buscados, procesiones, peregrinaciones y genuflexiones más extremosas, y también más pueriles que la ciencia, los trabajos hercúleos y las precauciones infinitas que los antiguos egipcios consagraban a la existencia póstuma del cuerpo, en esa suprema zoncera que fueron las momias y los sarcófagos.

La hipertrofia del temor de Dios, que en los tiempos del seudo Esdras había hecho ya la condición de los judíos devotos peor que la de los animales (1), la hipertrofia del terror de Dios en ese inmenso invernáculo de terrores imaginarios que fué por tanto tiempo la grande España con su formidable inquisición, sus conventos y sus frailes sin contrapeso, que abusaron de las penas eternas para los pecados fugaces —y para el simple deseo de andar aseado, que por desgracia se les antojó vanidad indigna de criaturas predestinadas al cielo— echó la vida humana en tales ayunos corporales y "ejercicios espirituales" que la anemia universal de la inteligencia y la voluntad (2) aminoraron para la competencia universal al español some-

---

(1) "Más nos hubiera valido —dice el Apocalipsis de Esdras— que Adán no hubiera sido creado sobre la tierra. Por lo menos, después de colocarlo en ella, Dios debió impedirle obrar mal. ¿Qué ventaja hay para el hombre en pasar su vida en la tristeza y la miseria, sin esperar después de su muerte otra cosa que suplicios y tormentos?... ¿Y para qué nos sirve la inmortalidad si hemos hecho obras dignas de muerte?... ¿Cuánto mejor no hubiera sido no ser dotados de conciencia, puesto que sólo vale para torturarnos? Que la humanidad llore; que las bestias se regocijen; su condición es preferible a la nuestra." (Renan, "Les evangiles", pág. 361-364.)

(2) Pocos hechos hay tan conocidos como el debilitamiento de la voluntad por el terror. Instantánea en el pajarillo que ve la serpiente encima, en el caballo que encuentra de improviso un objeto peligroso o que le parece tal, crónica en la fiera domada con un hierro calentado al rojo y que después tiembla ante un palo pintado de rojo; lento y pro-

tido a ese régimen de domar fieras; las personas más sensatas fueron naturalmente las que llegaron más lejos en la insensatez puesta de moda y de ley, en esa carrera de extravíos en que las gentes se consideraban creadas por Dios para la ignorancia, la devoción, el ayuno, la mugre, el cilicio y el humor negro, y en que las llagas eran guardadas por los Jobs de profesión como favor del cielo, síntoma de salud espiritual y garantía de salvación futura (1). Para suprimir la posibilidad del mal y dejar sólo la posibilidad del bien, casi arrancaron de cuajo la libertad —el árbol del mal y del bien— mataron la alegría y el buen humor, que son ingredientes de la bondad de alma y de la salud del cuerpo, y cultivaron en su lugar la tristeza de este mundo y el terror del otro, que enflaquecen el alma y el cuerpo. De tal manera, al cabo de algunos siglos de empeñarse en hacer un progreso nacional exclusivamente católico, con proscripción absoluta de todo liberalismo, la civilización española "creciendo de un lado y estacionándose del otro, fué como un monstruo asimétrico; y por ende la raza española, después de haber sido la más alta vino a ser la más menguada de espíritu para la vida civil, la más intolerante y la más cruel de la Europa en el siglo XIX, y nosotros, en consecuencia, países apenas a medio civilizar en el siglo presente. La ignorancia y la devoción —por falta de fe en el poder del hombre y de las ciencias y sobra de fe en el poder de la confesión, la comunión y las peregrinaciones —fueron por tanto

---

gresivo en los hombres sometidos a un régimen de espionaje, delaciones y asesinatos del poder constituído. Hay personas para quienes la vida llega a ser insufrible en los países donde abundan las serpientes venenosas, y el mayor estrago de las epidemias no conocidas antes o para las cuales no existen aún preservativos o remedios eficaces, se debe al aplastamiento de espíritu que producen. "Lo peor de la epidemias es el terror que despiertan. La mejor pofilaxia sería, pues, vacunar los espíritus contra el miedo del mal", dice "L' Illustration".

(1) Hasta ahora poco vivía en San Juan "la beata Jesusa", una estúpida y mugrienta mujer del pueblo que explotaba una llaga, por casualidad en el mismo sitio de la que la leyenda atribuye a San Roque; ejercía la taumaturgia y era tenida y venerada, aun en vida, por santa milagrosa, no sólo por los ignorantes ordinarios, sino por beatas de alto coturno y bajo entendimiento.

tiempo tono del país y ley del Estado, que el carácter del pueblo español es la obra exclusiva del catolicismo más exclusivista, duro consigo mismo y cruel con los otros, y un contemporáneo ha podido decir con verdad que todavía "en cada uno de nosotros hay un alma de inquisidor".

X

Los modernos factores de transformación del alma del pueblo, la instrucción pública con la ciencia positiva, la prensa (1), el correo, el telégrafo, los ferrocarriles, la navegación a vapor, etc., etc., son hechos recientes en la humanidad y para nosotros recientísimos. Hace apenas 200 años, la noticia de que un puente se había hundido porque un hombre que se hallaba en él se olvidó de sacarse el sombrero cuando pasaba el santo viático, encontró muy pocos incrédulos y muchísimos creyentes en la que hasta ahora hemos considerado como la capital intelectual del mundo.

Por toda una eternidad anterior, el sol ha sido el pontífice supremo, el antecesor de la inteligencia humana en el gobierno del mundo, el determinante principal de las primeras civilizaciones que bosquejaron en el planeta los primeros hombres —todavía muy pobres de medios para actuar sobre la naturaleza— al solo influjo de la abundancia de subsistencias, allí donde la tierra, brindando dos cosechas por año, permitía obtener un máximum de sustento con un mínimum de esfuerzo, sobrando entonces al habitante, por la fecundidad del suelo, tiempo y energías para el empleo del entendimiento en la invención de las artes y de las supersticiones,

---

(1) "Con la prensa había forjado el siglo XVIII el arma más poderosa y de doble filo que jamás ha sido puesta en manos del hombre, y que más que ninguna institución ha influido en el desarrollo de la humana inteligencia y en toda nuestra vida social." (Leixner, l. c.)

que fueron los primeros borradores de las religiones y de las ciencias contemporáneas. Esta primera superioridad mental fué empleada desde luego en la conquista del brazo ajeno para la tarea propia, y el hombre provisto del esclavo, pudo en seguida dedicarse más enteramente a la guerra y la paz.

Ninguna civilización primitiva tuvo origen en las zonas templadas, en las que la tierra, exigiendo del hombre mayores esfuerzos para producirle el sustento, elaboraba individuos a la vez más vigorosos de cuerpo y más pobres de espíritu, que empezaban proveyendo los esclavos para los primeros imperios creados por el hombre al calor fecundante del sol, y concluían proveyendo los conquistadores, apenas la opulencia relativa había neutralizado la superioridad de las artes incipientes en esas civilizaciones incipientes.

Los griegos llevaron la civilización antigua cuatro grados más arriba, enriqueciéndola con la consiguiente mayor energía personal; los romanos la hicieron ganar otros cuatro grados de latitud norte y de voluntad humana —haciendo por ejemplo, que los pollos sagrados tuviesen hambre cuando la ocasión reclamaba augurios favorables— y el cristianismo, dándole una base moral, la difundió por casi toda la Europa, cuando aún no había hecho su aparición la ciencia moderna, que, entregando al hombre una gran parte de las fuerzas de la naturaleza y de los recursos del arte, ha rehabilitado las zonas templadas por el poder fecundante de la mente y del corazón del hombre, para una mayor prosperidad que la que fué por miles de años privilegio exclusivo de las zonas tropicales, antes las más y hoy las menos afortunadas.

Cuando Colón descubrió la América, la mezquina civilización alcanzada por los aborígenes estaba concentrada en dos focos principales, a ambos lados de la línea ecuatorial y bajo los trópicos. México y Perú continuaron siendo también los centros principales de la civilización española, que se propagó en el sentido de la mayor mansedumbre y consiguiente domesticabilidad del indio —dice el doctor López—, y aunque todo el continente latino fuera poblado y civilizado por

las razas y la civilización más meridionales de la Europa, empieza desde ahora a manifestarse una pronunciada superioridad para la vida moderna en las regiones más templadas, que fueron las últimas ocupaciones de la metrópoli católica y las más desheredadas de sus favores en túnica de Neso, mientras el *record* de la civilización europea en América está definitivamente alcanzado para las regiones que poblaron y civilizaron las razas y las religiones del noroeste de Europa.

Por toda la vida incipiente de la humanidad el sol ha tenido una influencia sin contraste sobre las ideas y los sentimientos del hombre, y en este sentido era exacta la reivindicación del cacique piel roja Tecumseh: "el sol es mi padre y la tierra es mi madre; ella me alimenta y yo reposo en su seno", pues él estaba todavía —hijo mental del planeta y no de la civilización— en esa condición primitiva en que la tierra provee los alimentos para el cuerpo y el sol provee las imaginaciones para la mente y los sentimientos para el corazón; en las regiones tropicales —que tienen frutos sin cultivo— el espíritu del hombre estaba modelado en la fe en las fuerzas sobrenaturales al culto de los dioses que siembran, trabajan y pelean para sus predilectos, a las creencias en los espíritus del bien y del mal que intervienen como auxiliadores o como perturbadores en todos los actos del individuo; en las regiones en que la tierra no produce sin cultivo, el alma se inclinaba a la fe en el esfuerzo personal y al culto del vigor moral y de la energía física, que fué y sigue siendo la característica de las razas teutónicas.

El sol fuerte que acrecienta la energía del suelo y relaja la del hombre, es el principal coautor de esas religiones de la indolencia que ponen las fuentes del poder del hombre fuera del hombre, en el destino, la suerte, la gracia, en los ídolos, amuletos, reliquias y escapularios. El calor enervante de la India hizo brotar en el espíritu humano esa religión del nirvana, de la dicha por la inmovilidad, en que el hombre, huyendo del esfuerzo, se refugia en el no ser, que es la realización del no hacer, en cambio; el clima tónico del norte de

Europa transformó el "fíate en la Virgen y no corras" de la Andalucía y la Calabria, y el "suerte te dé Dios, hijo, que el saber nada te vale" de los españoles y portugueses, en el "ayúdate y Dios te ayudará" —en el *self help* de los anglosajones—. De la caldeada Arabia sólo pudo brotar ese fatalismo completo, con huríes, para después y odaliscas por ahora, del musulmán que considera todo resuelto de antemano, y escrito por añadidura.

El cristianismo, nacido en Siria, en rebelión contra el culto oficial de la Judea, y crecido en el mundo grecorromano, que era pasto de la fe en lo sobrenatural, hasta el punto de que el Estado estuviera en la necesidad de consultar por los oráculos la voluntad de los dioses para declarar la guerra; el cristianismo, que contrajo de los judíos la intolerancia y estuvo en un tris de contraer también la circuncisión, contrajo de los gentiles la idolatría al desarrollarse en los espíritus gobernados por los augurios, los dioses y los semidioses propiciables con aves y ganados como los jueces de paz de campaña; y la verdad cristiana, la redención por la conducta, hermanada en la fe en lo maravilloso, que es siempre la característica mental del Oriente (1), resultó instrumentada en paganismo, y la buena nueva se desposó insensiblemente con las supersticiones ambientes. La verdad nueva y la verdad antigua establecieron desde entonces en el espíritu un concubinato de la misma clase del que existe en la mente del napolitano, que cree simultánea y sinceramente en la *Madonna* y en la *jettatura*.

Pero, al extenderse en toda la Europa sobre razas situadas en diferentes latitudes y con diferente inclinación mental, la buena nueva sacude en el norte el polvo del camino, las supersticiones orientales que se le habían contagiado en el trayecto, y reaparecen de nuevo las dos tendencias que habían trabajado a los apóstoles, con el evangelio para los judíos

(1) "La creencia en los milagros cuotidianos era tal, que el Talmud prescribe la oración que cada uno debe hacer cuando le sobrevengan «milagros particulares»." "Les évangiles")

solamente, que pretendía la escuela de Jerusalén, y el evangelio para todas las gentes, que pretendía San Pablo.

Las mismas tendencias mentales diferentes continuaron actuando sobre el espíritu humano bajo la Iglesia definitivamente establecida, lentamente al principio, en razón de haber ella misma cerrado con su por entonces incontrastable poder, todos los caminos por donde la inteligencia pudiera procurarse, con un mejor conocimiento de la naturaleza, una mayor emancipación del mundo imaginario de lo sobrenatural; hasta que la venta de indulgencias para la explotación de los pecadores y no para la correción del pecado, la gracia divina para los malvados con fortuna a tanto por cabeza, la curación de los enfermos por el poder maravilloso de las reliquias, las funciones religiosas para hacer llover, para ahuyentar las epidemias, extirpar la langosta y asegurar las cosechas, las palmas benditas para atajar el rayo, y el agua consagrada para expulsar los demonios del cuerpo, y demás orientalismos y paganismos, que son todavía creencias contemporáneas del catolicismo asoleado, llegaron a ser repugnantes al espíritu del noroeste. El catolicismo, que había evolucionado simultáneamente hacia el fatalismo de las fuerzas sobrenaturales en las regiones más cercanas del trópico, y en las más distantes hacia el determinismo del esfuerzo personal considerado como la razón de ser y la medida de la protección divina, llegó al momento en que las dos tendencias hasta entonces latentes, hicieron crisis en la rebelión de Lutero ([1]).

La mayor parte de los doctores de la Iglesia eran espíritus meridionales, y San Agustín, el principal, el teólogo de la carne que se rehace del polvo y se quema perpetuamente sin quemarse, es un pensador africano, que ha sacado de la Numi-

(1) Un hecho de la misma especie aconteció en Norte América donde los Estados del Sud mantuvieron la esclavitud y los del Norte la repudiaron, y otro en Sud América, donde fué abolida desde 1813 por la Argentina y Chile y mantenida por el Brasil hasta 1888. Nada se puede establecer sobre el Paraguay, Bolivia, Perú y demás, donde, por las mil trampas a la ley, el que no manda es más o menos siervo del que manda, el indio es un semiesclavo del patrón, simple ganado humano del cura.

dia sus teorías del infierno de fuego, que es infierno de hielo en el espíritu de las poblaciones subpolares, mientras que el arzobispo Ireland, v. gr., el apóstol católico del esfuerzo personal, es un espíritu anglosajón [1].

Roma estaba en la región de los milagros sin esfuerzo del hombre, a simple mérito de la devoción externa, y después de treinta años de guerras feroces, la Biblia quedó ley moral de los neosajones y escandinavos y el Sumo Pontífice quedó "evangelio de los neolatinos. El catolicismo se quedó con la tutela de las conciencias, con el confesonario —la más prodigiosa escuela de la mentira— para el hombre obligado a pensar y sentir con bozal, con sus ceremonias orientales, con sus reliquias, sus escapularios y sus imágenes milagrosas, que hacen al individuo sujeto pasivo de la vida, condenado a sufrir su destino y a rogar que se lo mejoren, no a mejorarlo él mismo; el protestante liberal, en cambio, orientado en el espíritu casi sajón de San Pablo antes de su cautiverio, se encaminó a considerar al hombre como sujeto activo de la vida, autor principal de su suerte con su inteligencia y su corazón sin San Genaros y Lujanes, sin Lourdes que curan 500 reumáticos y reenferman de ineficacia humana a millares de entendimientos [2].

La sede del catolicismo estaba vecina de la zona del espíritu musulmán que ha quedado dueño del entendimiento

(1) "Este siglo será lo que nosotros lo hagamos; será nuestro, pues será el fruto de nuestro trabajo... No olvido que la gracia de Dios es indispensable al cumplimiento de nuestra tarea, pero Dios hará seguramente su parte, y a nosotros el hacer la nuestra; muy a menudo parecemos desear que él se encargue también de ésta... El mundo ha entrado en una faz enteramente nueva; el pasado no volverá. La reacción es el sueño de hombres que no ven ni oyen, que están sentados a la puerta de los cementerios, llorando sobre tumbas que no se reabrirán y que olvidan el mundo viviente." (Discurso en la catedral de Baltimore, en el centenario del catolicismo en América.)

(2) El agua de Lourdes se ha vendido en todo el mundo católico en calidad de específico milagroso para las enfermedades, como el "sebo de Santo Domingo", —inmunda mezcla de sebo y tierra del paraje en que el santo se apareció a una ilusa por las manipulaciones de un dominico fundido en la carpeta—, de que se empezaba a hacer gran comercio en las provincias andinas, cuando el obispo de Cuyo desautorizó el milagro.

humano en las regiones tórridas, en Asia y Africa; en consecuencia, la tolerancia para el error ajeno, la confianza en sí mismo, el espíritu de iniciativa y la sensatez consecutiva, que son virtudes cristianas, no pudieron ser virtudes católicas, porque el catolicismo, empresario universal del pasado en el presente, había elaborado sin tropiezos en los pueblos meridionales el espíritu del hombre para la intolerancia de las ideas nuevas y los sentimientos extraños, para la fe en los milagros y la confianza en las fuerzas sobrenaturales. Si Londres, Estocolmo, Copenhague o Amsterdam, hubiesen sido la residencia de la Santa Sede, el mundo se habría quizás ahorrado la guerra de treinta años con todos los suplicios religiosos, las dragonadas de Francia, la inquisición de Italia, España y Portugal, la semibarbarie cristiana de la América latina; el hombre del Sur no se habría rebelado contra el espíritu individualista del Norte como se rebeló el hombre del Norte contra el espíritu oriental del Sud. Y acaso la Europa no estaría hoy en condición de poder tirar una línea de Boulogne al mar Negro para hacer la separación entre las naciones que vienen a menos por la fe en el esfuerzo divino y las que van a más por la fe en el esfuerzo humano, en este dichoso mundo en que un Dios verdaderamente justo deja que sus hijos se arruinen y sus entenados prosperen, según sus propias obras.

Las religiones del Oriente son ideas y sentimientos formados al influjo preponderante del sol, con entidades sobrenaturales que sudarían bajo la pesada tarea que el hombre les delega, si existieran y pudieran sudar; son indolencia humana traducida en energía divina, cuyo influjo enervante sobre el entendimiento y el corazón se suma para el hombre actual al influjo presente del astro-rey. Las religiones del noroeste de Europa son retoños de pensamiento y voluntad humana cuyo influjo vigorizante sobre la inteligencia y el corazón se resta del influjo enervante del clima cálido o se suma al influjo tónico del clima templado. La religión griega es un culto mestizo de cristianismo, orientalismo y paganismo, que orien-

taliza, aun en Siberia, el espíritu del ruso, impedido hasta ahora de dar su originalidad por un autocratismo turco, como lo es también el catolicismo árabe-español, que duplica en la América ecuatorial y tropical la influencia enervante del clima sobre el espíritu del hombre, y que, en las zonas templadas como la Irlanda y esta América austral, suple al sol en su eterna tarea de inductor de indolencia, apasionamiento, intolerancia y fetichismo en el entendimiento del hombre.

Desde la ruptura del siglo XVI, las dos tendencias del espíritu humano continuaron en campos separados y con mayor impulso su operación sobre la inteligencia y el corazón del hombre, en las iglesias disidentes hacia la mayor libertad de pensamiento y de acción (1), que hicieron naturalmente la extirpación de la idolatría y el fetichismo, hacia el autoritarismo del Syllabus en las iglesias fieles al pontífice romano, que sólo detenían el advenimiento de la verdad en cuanto les era hostil, dejando en libre curso para el porvenir a todas las supersticiones del pasado; cuatro siglos más tarde aparece en los unos, bien acentuado el individualismo de los teutones y escandinavos, hijo de la fe en el *self help*, y en los otros el providencialismo de los latinos, hijo de la fe en el milagro, con su Dios de los católicos para los católicos exclusivamente, sobre el antiguo molde del "Dios de Israel" para los judíos y contra los gentiles, con sus efigies milagrosas de ánimas maravillosamente ubicuas para atender a los millones de seres que les encomiendan simultáneamente y desde todos los puntos de la tierra los más diversos asuntos en cada momento, con sus bonzos y derviches cristianos que hacen caer la lluvia y crecer las mieses, alejan las pestes, detienen las epidemias y venden salud temporal para los enfermos y salud eterna para los muertos, que pueden así abreviarse las cuarentenas del purgatorio, de modo que Cristóbal Colón pudo decir en su tiempo que "el oro hasta forzar las puertas del cielo llega".

---

(1) "En América la religión es la que conduce al hombre a la libertad." (Tocqueville)

XI

LA era cristiana es la era de la conciencia humana, porque las predicaciones de Jesús fueron una rebelión contra la ley antigua convertida en precepto seco e invivificable, en corteza muerta para el entendimiento de la humanidad en crecimiento. Fueron la proclamación misma del principio de la libertad del espíritu humano para crecer fuera de la ley escrita, para ir más allá que el sacerdote instituído en sepulcro vivo del pensamiento de los profetas muertos.

Pero en el nombre mismo del nuestro que prefirió el suplicio y la muerte a la abdicación de su pensamiento y de su conciencia ante el pensamiento y la conciencia de los sacerdotes de su tiempo, se levantó después el patíbulo en que los sacerdotes posteriores castigaron la independencia del pensamiento en los nuevos rebeldes a la nueva conciencia oficial, también convertida en corteza seca del espíritu humano.



Fué una necesidad absoluta que la doctrina se encarnara en una secta, que la democracia degenerase en aristocracia, que la aristocracia episcopal se diera una cabeza para mantener la unidad de la nueva fe y que la sucesión espiritual de Jesucristo fuera confiada a la capacidad de un solo hombre cuando la de toda la humanidad no era bastante para recogerla [1]; que el nuevo credo tuviera sacerdotes, que los sa-

(1) "La historia de la jerarquía eclesiástica es la historia de una triple abdicación, la comunidad de los fieles depositando desde luego

cerdotes fueran hombres y en consecuencia renunciaran espontáneamente al relevamiento del prójimo para compartir con la reyecía y la nobleza los privilegios del poder; fué una necesidad que la obra prodigiosa del espíritu incomparable que entendía la emancipación del hombre por la superioridad de su entendimiento y su corazón sobre las cosas de la tierra se empequeñeciera en los hombres comunes y estrechos que fueron sus discípulos, hasta no ser más que la sustitución de una nueva tiranía del espíritu a la tiranía antigua, la redención de la Iglesia y no la redención del hombre, el reino de los ungidos en vez de la república de los buenos. La emancipación del hombre por el poder del individuo sobre las debilidades morales que lo empobrecen y lo esclavizan a las consecuencias de su propia maldad y torpeza, vino a ser entendida como el poder de la Iglesia sobre el individuo inadecuado y sometido a su benéfico yugo; y de los dos sentimientos diferentes que constituyen la esencia misma del ser moral, el instinto de la libertad despertado en el oprimido hizo la libertad de conciencia, y el instinto del orden a su turno despertado en el vencedor, hizo la nueva esclavitud de la conciencia. De esa manera sobre el sanhedrín demolido, sobre el *statu quo* de la ley inmodificable, abrogada por el principio de la libertad, se levantó sobre el principio de autoridad el pontificado omnipotente, con un nuevo *statu quo* inmodificable, y la vieja ley moral absoluta bajo pena de muerte para los innovadores, —que había hecho morir por el delito de novedad a Sócrates y a Jesús en los tiempos antiguos—, volvió a cosechar víctimas modernas en los tiempos nuevos.

Fué necesario que la emancipación del espíritu del hombre para habilitarlo a un crecimiento indefinido se convir-

---

todos sus poderes entre las manos de los antiguos o «presbyteri»; el cuerpo presbiterial llegando a reunirse en un solo personaje que es el «episcopos»; después de los «episcopi» de la Iglesia latina llegando a anularse delante de uno de ellos que es el Papa. Este último progreso, si puede llamársele así, no se ha realizado sino en nuestros días." (Renan, "Les évangiles", pág. 332.)

tiera, por la miseria de los tiempos primero, por la censura eclesiástica después, en cerco del entendimiento para un crecimiento limitado por la transformación del medio en fin último; fué necesaria la sustitución de la escuela que mejora al hombre, por el convento que mejora al fraile; y que el evangelio, convertido en celestial lecho de Procusto para la inteligencia y la voluntad del hombre, tan holgado y hermoso como fuera en la infancia del espíritu, se transformara por el solo crecimiento natural del inquilino en cárcel intolerable para el espíritu adulto, e hiciese necesaria una nueva emancipación de la conciencia humana, de la que también los pueblos salieran beneficiados en la medida en que la disfrutasen.

Fué necesario que la caridad, creada sobre el amor de Dios para lubrificar la sequedad de las almas y reverdecer los corazones marchitos en servicio del prójimo, cediera su lugar a la piedad, creada sobre la preocupación de sí mismo en el terror del infierno —invención de los judíos— para enriquecer a la Iglesia y que esta caridad para sí mismo en misas, donativos a los santos, novenas y fundaciones porque no es más que un egoísmo para el otro mundo, fuese en éste un secadero para el alma, y luego, en las almas desecadas por el egoísmo en el terror del mañana, hoguera encendida para el prójimo rebelde al yugo del apóstol transformado en verdugo de la conciencia humana.

Fué una necesidad que el culto libre y rebelde a la Roma antigua se transformara por el triunfo en culto oficial y auditorio de la Roma nueva, y que la iglesia —*returned like the dog to its vomit,* según la frase del senador Tillman— arrancase de la fuente misma de la rebelión la teoría de la sumisión absoluta; el derecho divino de la iglesia para ejercer autoridad omnímoda sobre las conciencias, y de los reyes por ella ungidos para ejercer poder temporal omnímodo sobre sus súbditos. Y la libertad del pensamiento, que había nacido de las predicaciones de Jesús en las orillas del lago de Tiberiades, resucitada de su catalepsia secular en los tiempos mo-

demos, tuvo que ir a refugiarse en las riberas del Támesis y en las costas de la Nueva Inglaterra, al amparo del *bill de tolerancia*.

El evangelio eclesiástico que fué por más de diez siglos el dogma político y religioso de todas las naciones cristianas, vino a resultar así: "Dios ha creado las ovejas y les ha instituído el pastor, ministro suyo en la tierra; los súbditos han nacido para obedecer ciegamente a la iglesia y al rey, delegados por Dios para gobernarlos; el hombre del pueblo ha nacido para ser pobre de espíritu, y el sacerdote, inoculado por el espíritu santo con la sabiduría infusa, ha sido consagrado por Dios para enseñarle lo único que debe saber". El "don de lenguas", sacramento de la enseñanza, implicó fatalmente el subsacramento de la ignorancia, a que se consagró mayormente la catolicísima España; y la institución de las castas espirituales, que, dividiendo a los hombres en dirigentes y dirigidos de nacimiento por la voluntad de Dios, fué la rémora del mundo cristiano, empezó a tomar forma en la epístola de Clemente Romano a los Corintios (año II de la era cristiana), primer huevo en el nidal en que el concilio vaticano de 1870 puso el dogma de la infalibilidad del Papa: "Los grandes no pueden existir sin los pequeños, ni los pequeños sin los grandes... La cabeza sin los pies no es nada; los pies no son nada sin la cabeza... Que cada uno, pues, esté sometido a su prójimo, según el orden en que haya sido colocado por la gracia de Jesucristo".

Esta consagración eclesiástica del *statu quo* que hacía de la rebelión contra el rey un pecado contra la voluntad de Dios, a punto de que nuestra rebelión contra Fernando VII fuera excomulgada por el Papa; esta condenación seudo apostólica del deseo de ir a mejor, que hace andar al mundo; este derecho de la desigualdad por institución divina, consentido y venerado por muchos siglos, por todos los siglos en que la iglesia tuvo el estanco de la enseñanza, empezó a desprestigiarse apenas volvió a despuntar la razón humana y siguió haciéndose cada día más incompatible con la inteligencia en crecimiento, hasta provocar las rebeliones por la reemancipa-

ción de la conciencia, que empezaron en el siglo XV y no han concluído aún en Europa al empezar el presente. Y desde entonces las naciones latinas quedaron vencidas en las luchas del progreso, por las victorias de Carlos V, Felipe II y Luis XIV, en cuanto éstas importaron la prorrogación en ellas del viejo régimen del espíritu humano.

Pero desde el siglo XVIII esta segunda regeneración de la humanidad por el orden, sin la desigualdad de los pies y la cabeza y sin la sumisión de los pequeños a los grandes, quedó lograda en el Nuevo Mundo, en la pequeña nación fundada con los tres millones de habitantes de las colonias inglesas en 1776, dentro de las verdades del evangelio y fuera de las verdades de la iglesia, sobre el principio de que todos los hombres han nacido iguales, conciliando el sentimiento de la libertad con el principio de autoridad, puestos en la misma línea, y estableciendo como base angular de la constitución política el principio de la libertad de pensamiento y de acción, con instrucción universal liberal y gratuita, que en un siglo y cuarto de operación ha levantado el más grandioso monumento de la civilización humana, verdadero auto de decadencia para todas las formas anticuadas del cristianismo, para todas las modalidades del absolutismo temporal y espiritual, desde la Rusia hasta Guatemala.

Y en el centro y sud del mismo Nuevo Mundo, 17 retoños de razas anémicas de pensamiento y de acción. "Sin el cambio de los corazones y de las opiniones, ¿para qué sirve el resto? Sólo conseguiréis hacer esclavos e hipócritas", dice Marco Aurelio; retoños envejecidos para el pensamiento y la acción, emancipados del absolutismo temporal de los reyes de España y Portugal, crearon 17 repúblicas temporales sobre el absolutismo espiritual de la iglesia, injertando la libertad sajona y cristiana en el derecho divino y fecundando así organismos híbridos de la libertad de acción y esclavitud de pensamiento, que en cerca de un siglo de vida sólo han ofrecido al mundo el triste espectáculo de la infecundidad humana, el desorden crónico, la incapacidad, la miseria y el atraso, por-

que el principio de la libertad de pensamiento, sin el cual no hay progreso propio del pensamiento, excomulgado por la iglesia en las conciencias, nunca pudo, y acaso nunca podrá, mientras ella lo dirija, ponerse en los ciudadanos en vigor y en aptitud para controlar normalmente al principio de autoridad, sin el cual no puede haber orden dentro de la libertad, a la manera anglosajona, sino orden sobre la libertad, a la manera de los romanos del imperio.

Y los ambiciosos que nacen de suyo en todas partes, y que aquí encontraron en el espíritu del hombre trabajado por la familia, por el fraile y por el maestro de escuela para la sumisión absoluta al rey y a la iglesia, la línea de menor resistencia para su hambre de predominio, fueron fatalmente seducidos por la tentación de cosechar para ellos la siembra de mansedumbre y de incapacidad de gobernarse que el viejo régimen español había preparado para sí con el catolicismo reforzado por la inquisición. La constitución mental y la constitución política eran tan contradictorias que el desgobierno y las tiranías vinieron a ser la regla en todos los gajos americanos de la España dos veces absolutista, dos veces centralizada, dos veces incompatible para el gobierno descentralizado del pueblo por el pueblo y para el pueblo; y hasta hoy nuestra demanda de buenos gobiernos sólo es, en substancia, una exigencia de que la regla nos haga una excepción, algo así como pedirle a un negro, pardo o moreno que se vuelva rubio, porque es bien escasa la sensatez de la opinión pública para no pedir disparates, y bien limitado su poder para conseguir que los depositarios de la autoridad sean de ajeno lo que no son de suyo, allí donde todos los andamios del poder y toda la trastienda del espíritu humano concurren a habilitarlos para ser lo que se les antoje.

XII

"LA duda es el padre del progreso y el salvaje nunca duda", y porque no duda no piensa, y porque no piensa no progresa, y porque no progresa no puede levantarse del estado salvaje a la civilización, pues "la civilización empieza y concluye con los pensadores" (1).

Y el más o menos civilizado que cesa de dudar de su civilización, cesa de pensar en mejorarla y cesa de progresar.

Así la España con sus colonias, cerrando las puertas al progreso con el cerrojo de la censura eclesiástica y el mastín de la Santa Inquisición, para fiar sólo en la Providencia, mientras todos progresaban por el ensanche del entendimiento, cesó ella de progresar en el tiempo y en el orden de ideas en que, considerando perfecta e inmejorable su civilización católica, se condenó a vivir a perpetuidad en las verdades de entonces con la inteligencia de entonces —que era precisamente la más torpe, inmoral y menguada inteligencia que pudo ponerse al servicio de las más grandes ideas y sentimientos morales para entenderlos por las hojas y no por el rábano, por "la palabra que mata (2) y no por el espíritu que vivifica", —a creer y a no dudar, permaneciendo estacionaria sobre la porción de civilización alcanzada, semisalvaje por el mismo expediente que hace al sal-

---

(1) J. A. García (hijo), "Groussac".
(2) Y que mataba, en efecto, la dignidad en el espíritu del niño, pues que se la hacía entrar "con sangre", que es decir, a latigazos y algo más que la dignidad en el adulto, pues se la hacía entrar en él "a sangre y fuego".

vaje quedarse del todo salvaje; aferrada a sus tres quintos de barbarie y de miseria consecutiva por aferrarse a sus dos quintos de cultura, considerados como civilización entera e insuperable, y, como aquellos cordobeses de don Eleazar Garzón, que sólo una vez fueron vencidos, y eso por otros cordobeses", la Grande España, que había conquistado el Nuevo Mundo y mucha parte del Viejo, "con un crucifijo en una mano y un sable en la otra", la España de Carlos V y Felipe II, que había triunfado de los musulmanes y de los protestantes, sólo fué vencida por la España de Loyola y Torquemada, de los frailes y los conventos.

Y aquella estupenda grandeza, que fué asombro y terror del mundo, se desvaneció de suyo, de consunción moral, por la obediencia pasiva del maestro jesuíta, porque en el orden intelectual la sumisión espiritual es como la mamadera que engorda al niño sin dientes, enteca al infante y deja niño perpetuo al adulto.

La omnipotencia española desapareció insensiblemente anonadada por el régimen español de ideas y sentimientos subordinados al confesor, de vida y costumbres enfeudadas a la iglesia romana, porque el hombre y la mujer y el sacerdote, enseñados a dejarse conducir los primeros por el tercero y éste por sus superiores sucesivamente, no están enseñados a saber conducirse ellos mismos, no son auto-energías sino fuerzas a la orden, como el musulmán; y el español, reclutado por la enseñanza de la iglesia para el soldado de la fe católica, perdió en su aptitud para la guerra a las opiniones ajenas su competencia para la paz y los negocios propios; y la raza entera resultó, al mismo tiempo, inhabilitada por la intolerancia para el gobierno propio y preparada expresamente para tramitar sus ideas, sus sentimientos, sus principios, sus gustos y sus inclinaciones por las armas, bajo la dirección de sus caudillos o sus autoridades, con esa desesperante insuficiencia para la vida civil y esa característica animosidad belicosa que en el siglo XIX la han reducido entre las naciones pacíficas y laboriosas a mera sombra de lo que fué entre las naciones batalladoras del siglo XVI. Si entonces

recogió los beneficios accidentales de tal carácter nacional, recién ahora se palpan, en el ilustre cadáver de la grande y gloriosa nación que fué, las consecuencias civiles, económicas y políticas de aquella educación del pueblo y del rey por la iglesia y para la iglesia.

La primera potencia del mundo en el siglo XVI sucumbió en el XIX (1) de *españolismo* crónico —la insidiosa y terrible enfermedad moral que enteca a esta parte de la América que nació a la libertad civil con las cadenas de la esclavitud religiosa, enferma de servilismo intelectual, de ineptitud para la vida terrestre, porque los hombres educados para el cielo tenían que hacer fatalmente el más triste y desgraciado papel sobre la tierra (2). La inteligencia y la voluntad españolas, incrédulas de la fe en el esfuerzo humano y a la fuerza reclusas de la fe en la suerte, en el milagro y en el auxilio de arriba, por el absolutismo del altar y del trono, se enflaquecieron en tales términos, que las más estúpidas instituciones que podían ser buenas sólo para debilitar a una robusta raza de hombres, surgieron naturalmente de aquellos espíritus torturados por el delirio del infierno y de las persecusiones del diablo (3), que andaba suelto

(1) El 11 de agosto de 1860, la Inglaterra negó a la España el título de gran potencia.

(2) "Las alegrías de la otra vida, no ganadas por el trabajo, aminoraron en su equivalente los resortes de la acción humana. El pájaro del cielo, el lirio, no trabajan ni siembran, y sin embargo ocupan por su belleza un rango de primer orden en la jerarquía de la creación. Grande es la alegría del pobre cuando se viene así a anunciarle la dicha sin trabajo. El mendigo a quien decís que el mundo va a ser suyo, y que, viviendo sin hacer nada, es un noble en la Iglesia, tanto que sus oraciones son de todas las más eficaces, ese mendigo llega pronto a ser peligroso... El objeto del cristianismo no era de ningún modo el perfeccionamiento de la sociedad humana ni el aumento de la suma de la dicha de los individuos. El hombre trata de arreglarse lo menos mal posible sobre la tierra, cuando toma en serio la tierra y los días que pasa en ella. Pero cuando se le dice que la tierra está a punto de concluirse, que la vida no es más que la prueba de un día, el efímero prefacio de un ideal eterno ¿a qué embellecerla? No se pone empeño en decorar, en hacer cómoda la choza en que no se hace más que esperar un instante". Renan, "Marc Aurèle".

(3) "Se creía, generalmente, que el mundo estaba lleno de espíritus malos, que no sólo recorrían la tierra, sino que vivían igualmente en el aire, y que tenían por misión especial tentar a la especie humana y hacerle mal. Su número era infinito. A su cabeza estaba Satanás mismo, cuya dicha era aparecer en persona para asustar y tomar de sorpresa a todos los que encontrase". Buckle. Lugar citado.

por los frailes y haciendo de las suyas en servicio de ellos. De esa manera, más de la mitad de las iglesias y conventos trajeron su razón de ser del miedo del infierno y sus legiones, como las murallas, los focos y los baluartes de las ciudades provinieron del terror del asalto y el saqueo, pues, como la muralla china que tuvo su causa eficiente en el miedo de los chinos a las invasiones de los mongoles y los manchúes, todo lo que edificó la Edad Media, castillos, fortalezas y catedrales, lo fué a sugestión del terror.

Y el español fué un perseguido de sus ánimas, sus demonios, sus brujas, sus duendes, sus sacerdotes fanáticos, sus magistrados efectivos y sus fantasmas imaginarios, y en consecuencia, un obrero de su desdicha, perseguidor de la herejía en cuero ajeno, insensible por piedad a las miserias propias y por caridad a los padecimientos del prójimo, orgulloso de su ignorancia, su intolerancia y su brutalidad, tenidas por síntoma de perfección humana; pues siendo que el hombre redime el alma por los sufrimientos del cuerpo, —"es por medio de la sangre que todo está legalmente purificado, y sin efusión de sangre no hay perdón", como dice la "epístola del "Patrón" Santiago a los Hebreos— la crueldad vino a ser el medio específico para la redención de los herejes, la fórmula suprema de la caridad según el entendimiento de la época, puesto que abría simultáneamente las puertas del cielo a las víctimas impías por sus sufrimientos y a los empedernidos victimarios por su piedad.

Ningún individuo, ningún partido, ninguna secta en estado de simpleza y de espíritu pueden comprender el reinado de la verdad y del bien en el mundo sino como el reinado de su propia verdad, de su propia idea del bien, y en la medida en que ésta sea equivocada o mezquina o brutal, el reinado del error y la brutalidad será para sus ojos del alma el reinado evidente de la verdad y la justicia en la tierra, y la misma medida más alta en que otros individuos o pueblos la practiquen les parecerá, también, injusticia, error y perversidad execrables.

Y no son, por cierto, los chinos ni los negros de Africa los mayores enemigos de la civilización moderna.

XIII

De la Italia dice Grenongh: "si cualquiera otro pueblo hubiese estado sometido a tantos años de servidumbre y de depravación, sería hoy un rebaño de fieras humanas", y en España el entendimiento humano enflaquecido en generación tras generación por la rigurosa dieta católica en la más absoluta sumisión del individuo al altar y al trono, que lo habían rebajado a la miserable condición de siervo espiritual de la iglesia y del rey, —apenas convaleciente de la larga noche de la Edad Media por el renacimiento del siglo XIII y vuelto de nuevo a mayor obscuridad deliberada en el XVI—, llegó a ese grado de debilidad e histerismo que en el musulmán y el budhista (1) produce, de orginario, la memoria religiosa en entendimientos anémicos, y, por ende, ahitos de verdad y de saber con cualquier cosa.

Porque una pobre provisión mental es, sin embargo, plenitud mental para el entendimiento flaco, que, de consiguiente, cuanto es más débil tanto más se siente saciado con un escaso alimento hasta no desear más, cuanto es más imbécil con tantas más imperfecciones se siente perfecto, hasta tenerse por

---

(1) "Para el pueblo hindú la religión es el gran asunto, casi el único asunto de este mundo". Nobiemaire, "Aux Indes".

"Cuando el hombre se decide a no aspirar sino al cielo, no hay país aquí abajo. No se hace una nación con monjes y reclusos; el odio y el desprecio del mundo no preparan a la lucha de la vida. La India, que de todos los países conocidos es el que más se ha inclinado al ascetismo, no es, desde tiempo inmemorial, más que una tierra abierta a todos los conquistadores". Renan. "Marc Aurèle".

modelo y ponerse orgulloso de aquello mismo de que
con más seso y decencia, se avergonzarían con justicia

Por ello han existido siempre tantos miserables
canonizados por la flacura del entendimiento en las sect
giosas o políticas; por ello existen todavía hoy los pro
del asesinato y el incendio en las capas de la sociedad
la ignorancia, el mal saber y la miseria hacen indigenci
lectual y moral.

Por ello en las aldeas y villorrios cualquier alcorno
mucho hombre; en los pueblos muy pobres el que tiene
rico, y en España, cuando "la ciencia es un crimen y l
rancia una virtud, al hombre apenas educado se le llama
decía Swinburne en 1870.

De allí también que los pueblos primitivos diviniz
sus primeros hombres de avería; que los griegos de "lo
pos heroicos" —los tiempos infantiles del entendimient
go—, elevaran al rango de semidioses a sus bandidos m
nados, como la Edad Media confirió, más tarde, en la i
de la conciencia cristiana, títulos de nobleza a los más f
y aprovechados salteadores de caminos; de allí que los r
de la decadencia del espíritu romano divinizaran a sus p
emperadores, y que los subsiguientes flacos de intelect
mismos, cuanto más estúpidos y perversos, tanto más se
ran por dioses y se hiciesen adorar en los templos; de a
nuestros comandantes de campaña, con más poder públ
que podía sustentar sin peligro para los demás su flaco
dimiento colonial, perdieran los estribos y se pasaran a
cedores de entuertos tan a menudo.

De allí mismo, de la flacura deliberada del entendi
que nos hicieron durante la Colonia, la iglesia y la me
que tantos cachafaces en Sud América se tuvieran por
méritos de la patria, creyéndose salvadores del país, fuerar
en su momento muchas veces más grandes y menos ma

(1) "Estamos orgullosos, y con razón, de ser bravíos y f
"El Deber", Montevideo.

de lo que eran, y estuvieran, en consecuencia, colocados en la misma cumbre de chatura ambiente en que el cura más cretino puede hacer de Salomón en el templo y el más imbécil charlatán hacer de Demóstenes en la plaza pública, sobre auditorios obligados a comulgar en bruto con toda clase de simplezas y necedades, por incapacidad de discernirlas; y, empachados de su propia superioridad, como Luis XIV, "hijo de española, casado con española y educado por los jesuítas", dice Chasles, llegar a entender también que la patria son ellos y nadie más, para hacer de la vida política un fiel trasunto de esos matrimonios de los salvajes, en que todas las cargas de la comunidad son para la mujer y todos los beneficios para el marido, y cuyo modelo les venía de la iglesia española, dueña de lo mejor del suelo sin pagar impuestos [1], y sólo demandable ante sus propios tribunales de privilegio en que ella misma se administraba la justicia parda que retoña siempre tan vigorosamente en Sud América.

(1) Según informe del Poder Ejecutivo, en julio 28 de 1902, a una minuta de la Cámara de Diputados, en esta capital son 94 las propiedades particulares ocupadas por templos, conventos, asilos, escuelas, capillas e iglesias, exceptuadas del impuesto territorial.

XIV

PORQUE hay un derecho, una verdad y una razón dife-rentes para cada secta, para cada partido, para cada persona pero "ojos que no ven, corazón que no siente", dice el refrán El sentimiento no puede ocurrir sino sobre los sujetos y bajo los aspectos atrayentes o repelentes que presenta la inteligencia al corazón —"¡perro cristiano!" "asquerosos unitarios"—, y de consiguiente no hay corazón para lo que no haya entendimien-to y si no hay entendimiento para las doctrinas contrarias ([1]) tampoco puede haber corazón para las desgracias del adversario

Y porque nadie puede tener en la fuente de los afectos ternuras o compasión para lo que su mente no entiende, y todos tenemos aversión espontánea para lo que nuestro entendimiento repugna, sucedió que no pudieron existir sentimientos humani-tarios para los mártires de la fe cristiana ni aun en el corazón de los paganos más virtuosos, como Antonino y Marco Aure-lio ([2]), para los mártires del auto de fe en los piadosos inquisi-

(1) 4º Que si el bando o partido que aparece en la provincia con la denominación de "Liberal" que "no puede explicarse ni se comprende..." no debe pasar inapercibido a las autoridades con agravio de las institu-ciones constitucionales y de la paz y orden público... Decreta: Art. 1º — Se prohibe en la provincia la existencia de partidos políticos. Art 2º — Debiendo ser los ciudadanos todos "sumisos" a la constitución el que de hoy en adelante proclame algún bando o se titule del "partido liberal" será reputado sedicioso y estará bajo la vigilancia de la policía de esta capital y de los jefes políticos y militares en la campaña". Salta diciembre 9 de 1861. Todd. G. Ulloa.

(2) Los paganos entendían que los cristianos adoraban un hombre con orejas de asno, se entregaban a la disipación, al adulterio y al in-cesto en sus conciliábulos secretos, y que la iniciación se verificaba por

dores, para los mártires de la guillotina en los patriotas jacobinos. Y no por falta de corazón, sino por escasez y torpeza de entendimiento, sucedió que todos ellos, con aptitud para enternecerse por los sufrimientos de un perro estimado, pudieron presenciar las torturas de sus desemejantes por el espíritu, con el placer con que se miran los estertores de la bestia herida en una partida de caza.

"El ojo humano sólo ve en proporción a los medios de ver que lleva", dice Carlyle, y para el que no lleva en el entendimiento medios de ver el derecho, la verdad y la razón de los otros, para el que ha sido educado como el judío, el musulmán y el católico [1] a no conocer más derecho y verdad que los de su credo, ni más prójimo que su correligionario, so pena de incurrir en pecado mortal y excomunión mayor, no existe en el mundo más derecho, verdad y razón que los suyos, y toda pretensión contraria o diferente es pura sinrazón, injusticia y mentira. Y en el hábito de la fe en la religión sin la ciencia y sin disidentes, que implantó la iglesia, sucede entonces la fe en la ciencia sin la religión y sin los frailes, víctimas a su turno de su propio sistema de ostracismo; a la fe en el unitarismo sin federales sucede la fe en el federalismo sin unitarios, en el intransigente que cambia de dogma o de doctrina en la misma pobreza mental, pasando de una intolerancia a otra intolerancia, porque en todos los terrenos de la vida, la pobreza de entendimiento hace la estrechez y mezquindad de sentimientos.

La característica de los partidos sudamericanos viene precisamente de su condición de isleños de su partícula de verdad, de derecho y de justicia, del entendimiento en túnel que sólo consiente un vehículo de la verdad y de la razón, del espíritu estrecho que nos han formado 15 siglos de intransigencia ca-

---

la muerte de un niño encubierto al neófito con pasta y harina. Además, les ofendía la aversión de los cristianos por los ídolos y les irritaba su creencia y su anhelo de la destrucción próxima del mundo.

(1) La Iglesia no presta su consentimiento para los matrimonios mixtos sino a condición de que los hijos habrán de ser educados para ella, y en los matrimonios de infieles, el cónyuge que se hace católico adquiere "ipso facto" el derecho de abandonar a su esposa o su marido.

tólica, creando el absolutismo habitual de la mente española, que lleva a tomar como evangelio las fórmulas políticas, los principios económicos, los hombres y las cosas. Una sola salvación, una sola verdad, una sola doctrina santa, un solo partido patriota, y lo demás falso y traidor. "No hay salvación fuera de la iglesia y el Papa es infalible": "¡sólo Dios es Dios y Mahoma su profeta!"

We are none of us infallible, not even the youngest, dice Austin. Plagiando a Catalina de Médicis y a Luis XIV, decía Carrier: *Nous ferons de la France un cimetière, plutôt que de ne pas la régénérer à notre manière.*

El hombre es un producto de sus ideas y sentimientos, a diferencia del animal, que sólo es un producto de sus instintos comunes; las creencias diferentes hacen hombres diferentes, tan diferentes como el día y la noche, como el inglés y el turco, como los liberales y los reaccionarios.

Con la misma conciencia y el mismo corazón, la mejora sucesiva de *los medios de ver* hacen constantemente otro sujeto moral en el mismo individuo físico, y puede decirse que nuestra principal diferencia con los que nada aprenden en el curso de la existencia consiste en que nosotros llegamos a saber que hemos sido bárbaros y ellos se mueren ignorantes de sus torpezas, porque su estupidez patriótica o su "santa ignorancia" o su falta de sinceridad les han impedido siempre espulgarse con un entendimiento más esclarecido los piojos del alma, que son las pasiones mezquinas; pues salvo los casos excepcionales, el hombre no es como el hijo de tigre, tigre siempre, sino como el frasco de perfumes, o de vinagre, o de aguardiente, o de vitriolo, en que todo depende del contenido.

XV

CUANDO cada individuo, cada partido o secta, por consecuencia necesaria de su pobreza de entendimiento, se sienten depositarios exclusivos de toda la verdad, la razón y la justicia, el sentimiento de la justicia es en ellos la segunda razón de ser de la injusticia.

Encumbrados por los dogmas o las prácticas religiosas o por los principios o los programas políticos, los pobres de espíritu que se creen, por ende, en las nubes, los beatos y los "principistas", son siempre las bestias sublimes de la creación, porque desde su altura imaginaria se ven seres superiores al común de los hombres, y entonces, como ellos han alcanzado ya la perfección y los otros no, resulta claro que: "los hombres somos nosotros, los demás no son más que chanchos y perros" (1).

Aunque hubieran sido ángeles nuestros unitarios y federales, en la desesperante pobreza de espíritu en que nos dejó España, hubiesen atribuído al sistema unitario y al sistema federal la incomparable superioridad e inferioridad respectivas y recíprocas que fueron la causa verdadera de que se condujesen como iluminados del patriotismo, que es decir peor que si hubiesen sido foragidos de profesión.

Porque la naturaleza hace al hombre y la sociedad hace el modo de ser del hombre; la naturaleza hace los hombres superiores y los inferiores, pero es la sociedad quien hace en ellos

---

(1) "Estos gringos son animales: no están bautizados", me decía una dama muy inteligente, muy ignorante y muy religiosa.

el modo de ser superiores o inferiores; la naturaleza misma hace el jefe de tribu y la chusma, la cabeza y los pies, desiguales de energía física y mental que la civilización antigua exageraba haciendo del fuerte el señor del débil (1) y del débil el subhombre y el esclavo, el hombre rebajado a la condición del animal; desniveles de poder individual que la civilización moderna elimina, achica o transforma, levantando el entendimiento de las masas, de manera de hacer al pobre y al humilde menos dependiente del fuerte y al fuerte menos duro y más generoso (2), por ese instrumento de redención de la pobreza de espíritu, por ese maravilloso medio de cambiar la naturaleza de las gentes, que llamamos la escuela liberal, haciendo al hombre ordinario menos mal manejable por el hombre extra y al extra más capaz de manejarlo decentemente; al hombre común menos siervo del hércules intelectual, moral o político, que es en lo que vienen a resultar los emperadores romanos más atolondrados, sobre un senado y un pueblo envilecidos por ellos mismos, los papas infalibles sobre las multitudes católicas impedidas para meditar por sí mismas sobre la palabra de vida; los sultanes y los califas sobre la indigencia intelectual y moral del fanático musulmán; los funcionarios y caudillos de Sud América sobre las poblaciones altivas y empobrecidas de entendimiento, voluntad, moralidad y dignidad por la España y sus enjambres de frailes que prohibían sistemáticamente los maestros y los

(1) "En nuestra sociedad antigua, la familia estaba constituida en provecho del padre. Este disponía casi en absoluto de los bienes de su hijo, podía empeñarlo y venderlo en caso de necesidad. La madre ocupaba una situación inferior".

"Al niño se le abate y castiga en la escuela; se le oprime en el seno mismo de la casa paterna. Si deseoso de satisfacer su natural curiosidad pregunta alguna cosa, se le desprecia y engaña". (Semanario). "Todo respondía a un sistema político y religioso, y tenía por base científica la filosofía de la Edad Media". J. A. García (hijo), "Los bienes matrimoniales".

(2) "En los nueve años de 1893 a 1901, las donaciones particulares para objetos de utilidad pública en Estados Unidos han sido: pesos veintinueve millones, treinta y dos millones, treinta y dos millones ochocientos mil, veintisiete millones, cuarenta y cinco millones, treinta y ocho millones, sesenta y dos millones setecientos cincuenta mil, cuarenta y cinco millones quinientos mil, ciento siete millones. Total, pesos, cuatrocientos veintiún millones cuatrocientos diez mil". ("New York Times").

libros, las ideas y los sentimientos modernos, dejando al pueblo en tal achatamiento que cualquier bellaco audaz o astuto pudiera convertirse en cúspide, en protector, regenerador, restaurador, libertador, etc., etc.; tan ignorante y sumiso el hombre del pueblo, tan incapaz de manejarse por sí mismo que los tutores oficiosos le surgieran por todas partes, en generación espontánea, y que superando la oferta a la demanda hubiese hasta contiendas sobre mejor derecho a tutelarlo entre los protectores, y que, saliendo éstos de la misma majada humana, trajeran consigo en su mayor capacidad natural todas las debilidades morales del rebaño, sin que pudiera resultar cosa de provecho por los heroicos esfuerzos de esa pléyade de regeneradores con viga en el ojo que se proponían curar a palos la paja en el ojo ajeno. Porque es lo propio de todas las cosas rematadamente mal hechas que a todo el que las ve se le ocurra que él puede hacerlas mejor.

En el Paraguay, donde los jesuítas habían extinguido la inteligencia y la voluntad del habitante, por atrofia, hasta convertirlo en autómata de los poderes públicos, el doctor Francia, discípulo de los jesuítas y los franciscanos de Córdoba, y, por ende, sin pensamiento, sin voluntad y sin moralidad él mismo, sin contratiempos del medio, sin grandes esfuerzos de su parte, pudo substituir en seguida su entendimiento y voluntad anquilosados en el claustro universitario al entendimiento y a la voluntad ausentes de todo el pueblo. Y a los pocos años, en aquel país de autómatas de la sumisión católica, el españolismo había llegado a su perfección jesuítica, de tal modo que no brotó una idea ni se movió una paja en los 29 años del gobierno de aquel ilustre espíritu desecado por la teología y el derecho canónico.

XVI

La moderna libertad individual por el ensanche de la capacidad individual es una reciente enmienda del entendimiento humano a la naturaleza en bruto que produce los peces chicos y el pez grande que se los traga, las manadas de hembras y el macho que las monopoliza en el harem cerrado o a campo abierto, los rebaños de enanos de la inteligencia y la voluntad y el gigante de energía relativa que los apadrina.

El antiguo régimen de sumisión del pequeño al grande, del débil al fuerte, del plebeyo al patricio, del creyente al sacerdote, del vecino al mandarín, era una simple consagración de las desigualdades naturales con una variante que consistía en hacer hereditaria la calidad de fuerte y la condición de débil, de superior y de inferior.

Todo ello fué abolido en el papel por la "Declaración de los derechos del hombre", pero sólo fué conseguido en el hombre en la medida en que fué habilitado el hombre por la mejora de su entendimiento y su voluntad para conducirse y fomentarse él mismo, sin el auxilio y sin la dependencia consiguiente del grande de sable o de sotana. Y donde los pobres de espíritu no fueron fortalecidos por la educación y la instrucción modernas, quedaron como en el pasado a la merced de los bellacos y los frailes, como es el triste caso en las Españas del Nuevo y en las del Viejo Mundo.

Pero la naturaleza no produce españoles y japoneses; no se nace budhista, católico o musulmán; la naturaleza produce

hombres que llegan a ser españoles o japoneses, norte o sud-americanos, católicos, protestantes o budhistas, según el ambiente en que crecen. Ciertamente, el chino nace con ojos oblicuos, pero las ideas, los sentimientos, los gustos y los hábitos oblicuos le sobrevienen de todas partes menos del vientre de la madre.

La naturaleza no produce tiranos y filántropos, sino mentes y corazones, tanto más amplios y generosos, tanto más estrechos y mezquinos cuanto más lo hayan sido respectivamente las ideas y los sentimientos que han ensanchado la mente y el corazón de las generaciones precedentes, y el hombre produce ideas y sentimientos tanto más amplios o estrechos cuanto más o menos abiertos sean su inteligencia y su corazón.

Es decir, que la naturaleza produce el órgano de la inteligencia, la moralidad y la voluntad, y la sociedad determina las funciones del órgano, en la provisión de vicios y virtudes, de inclinaciones, de conocimientos y de supersticiones, de gustos y de hábitos, en las ideas y los sentimientos ambientes que dirigen en mil sentidos y modalidades diferentes la actividad espontánea y la actividad incitada de la mente y del corazón [1].

Las circunstancias intelectuales, morales, políticas, estéticas, sociales, condicionan diferentemente al hombre natural de cada país y hacen que el superhombre sea un superbárbaro, un superfanático, un superartista, un superestadista, un supercharlatán, un superhonesto o un superpillo, y es, entonces, exacta la adaptación de Groussac: "los pueblos tienen los grandes hombres que merecen", y los de Hispano-América, como hijos de España y ahijados de los jesuítas, los franciscanos, los dominicos, los mercedarios, etc., etc., que con su idolatría y supersticiones profesionales han rebajado el entendimiento y la voluntad del rebaño humano, han merecido sus Santa Ana, sus Gu-

(1) En una reunión de tenedores habida en Londres, el 13 de enero de 1902, un accionista de los empréstitos municipales de Córdoba, resumiendo su impresión de los informes de sus delegados en este país, dijo: "Me parece que no tenemos que hacer solamente con quebrados sin honor, sino con una comunidad que vive en un estercolero moral". "The B. A. Herald", febrero 9 de 1902.

tiérrez, sus García Moreno, sus Guzmanes, sus López, sus Francia, sus Artigas y sus Rosas, exactamente como las demás epidemias comunes que los diezman y los entecan.

Los próceres cambian en cada sociedad en la medida y en el matiz en que cambia la sociedad, porque se componen de dos partes: el capital propio de energía personal y el aporte de la sociedad en ideas y sentimientos, a su carácter moral. "Las generaciones que se suceden cambian de moda, de moral, como cambian de moda de vestir, y al tomar bajo su protección nuevos estados de perversidad, se admiran y como que se espantan de la depravación de sus antepasados", dice Macaulay. Y aun de los grandes bellacos puede decirse que la parte por la que fueron grandes es la suya y la parte por la que fueron malvados es la de la sociedad, que no supo aprovisionar decentemente su entendimiento, ni atajarlos en la senda de la indecencia.

Que entre nosotros, v. gr., la mentira, la hipocresía, la viveza, el espíritu de sumisión, de espionaje, delación y absolutismo estaban latentes en el ambiente moral del país, se echa de ver con sólo recordar que los más grandes crímenes, desde la sublevación de Arequito y el asesinato militar de Dorrego, fueron siempre pensados por los hombres cultos de la educación española, a menudo por el mismo jefe del Estado, y ejecutados por Lavalles o Cuitiños de guante blanco o de manos sucias, y que los obispos, los curas y los frailes —vencidos de la vida presente que tienen en las sociedades católicas la dirección absoluta de la vida presente a título de profesionales de la vida futura—, los sacerdotes que tenían el monopolio de la enseñanza y la investidura de la moral oficial, sin familia a mantener, dieron a la sociedad el ejemplo de la prosternación y el servilismo ante el tirano gaucho y sanguinario, cuya imagen recibieron procesionalmente en el templo y colocaron en el altar.

Especialmente en el caudillo, que necesita ser o parecer lo que son sus acaudillados, comulgando con sus errores y cediendo a sus debilidades para tener sus simpatías —vive aún, felizmente, uno de nuestros grandes hombres dos veces arrastra-

do por su partido a la revuelta que condenaba con su preclaro talento y su grande experiencia y autoridad política—, el hombre superior muestra el género y la especie del hombre inferior, porque la diferente contextura moral del elemento común obliga medios distintos en cada país y en cada época para desempeñar la superioridad, y hace que el genio natural que se forma a sí mismo con los elementos que encuentra disponibles y se levanta desde el plano inferior de la sociedad se valga de las ciencias y las artes, o del naipe y la lanza, según las exigencias del ambiente, y sea un Benjamín Franklin o un Facundo Quiroga, ninguno de los cuales habría encontrado en el país del otro ambiente y escenario para la clase de prohombre que fué en el suyo.

Y no es por las leyes escritas en el papel, sino por el entendimiento y el carácter moral del pueblo que los mismos foragidos van en unos países a la dictadura y en otros a la cárcel.

El hombre común es, pues, el coeficiente, la base, el contingente del hombre superior, y el carácter del primero es el exponente de la capacidad del segundo —Rivadavia pecó por letras de más, Rosas por letras de menos, el Facundo del centro agrícola y letrado no fué más que una confirmación inversa del Sarmiento de los Llanos— pues las ideas y los sentimientos en que se ha formado el hombre superior, si son diferentes de las de su país y de su tiempo, le dejan en la clase de genio incógnito o excesivo, de alma incomprendida (1) y si son los mismos le preparan el espíritu para ser un Abraham Lincoln, libertador de negros, en el medio ambiente en que las ideas más libres y más ampliamente desenvueltas, han llevado efectiva-

(1) "Todo pueblo levanta y consagra sobre un pedestal el tipo que manifiesta mejor sus disposiciones y sirve mejor sus necesidades". (Taine, "Inglaterra").

"On n'est fort qu'à la condition de se tromper avec tout le monde..." El bajo pueblo no gusta de los que se distinguen, de los que viven aparte, que son más puritanos que él, que se abstienen de sus fiestas, de sus costumbres". (Renan, "L'Eglise chrétienne").

"El talento es lo que se perdona menos. Se tolera fácilmente a las gentes de viso la bajeza del alma y la perfidia del corazón. Se permite que sean cobardes o malvados, y su fortuna misma no les acarrea muchos envidiosos, si se ve que es inmerecida. (France, "La rotisserie").

mente al hombre más lejos del estado salvaje; un Juan Manuel de Rosas en el medio ambiente en que el entendimiento y el corazón imposibilitados de crecer, le han dejado tan cerca de la barbarie primitiva, que apenas el roce de las pasiones desgasta el delgado barniz de cultura superficial, el salvajismo de la trastienda del entendimiento reaparece al desnudo proclamando "inmundos salvajes" a sus propios compatriotas blancos.

Supongamos que el español de los siglos XVII y XVIII hubiera tenido costumbre de pensar sin permiso de la curia y libertad de instruirse, como el anglosajón, y la raza española sería hoy otra de las que es, y la América del Sud no sería *South America.*

XVII

UNA de las más curiosas consecuencias de la prohibición de observar, investigar y pensar por órgano propio, en la obligación de atenerse para todo al entendimiento del cura de almas, que alcanzó aún a los irlandeses en la zona templada (1) fué "el verbalismo de que adolece la mente española —dice *El Imparcial*, de Madrid—, por consecuencia del ejercicio preponderante de la memoria, que se practica a costa de facultades superiores y más necesarias para la vida moderna, del cual procede la vaguedad y aun la insubstancialidad; la propensión a descansar perezosamente sobre la autoridad del maestro y a confiarlo todo a ella, no a la experiencia ni a la investigación.

Porque sucedió que en los pueblos neolatinos, herederos más directos de la civilización antigua, el comercio y las artes habían acrecentado la inteligencia humana de tal modo que el recrudecimiento de esterilidad y sumisión decretado por la Iglesia en reacción contra la Reforma, los encontró con algún capital subrepticiamente acumulado, y no en la completa indigencia mental del árabe, que, levantado de improviso a pensar sobre una sola cuerda, desde no saber pensar en ninguna, resultó desde el principio perfectamente adaptado a su dieta del entendimiento y a todas las exclusiones de su fe, mientras los

---

(1) "Teniendo como raza o clase de hombres el menor grado de educación y de inteligencia, y siendo los más inclinados a la intemperancia y al espíritu de casta de todas las razas blancas, los irlandeses han ejercido una influencia perturbadora sobre la política de nuestro país". (Seaman, "El sistema de gobierno americano").

intelectos simplemente amputados del vástago principal por la iglesia católica, como las rosas del jardín, echaron en pétalos la energía mental que no podían cuajar en fruto.

Inhibido de su entendimiento para la elaboración de ideas propias, sólo le quedó útil el espíritu al español para almacén de ideas hechas para campo de invernada de las ideas creadas por los antiguos. Clausurada la inteligencia creadora y libre la memoria, el individuo vino a quedar en la condición de la fuente que, teniendo dos salidas, se le obstruye una y el orificio libre se lleva el caudal del canal obstruído. Para escuchar, para observar, para meditar, es necesario callarse y el español tenía prohibición de meditar, que es decir, sino la obligación, por lo menos la necesidad de hablar a destajo.

Condenada la facultad de pensar, con todas las torturas de la inquisición contra los infractores, la energía vacante acreció la facultad de discurrir sobre las ideas corrientes —rieles tendidos en el suelo en que la atención no podía penetrar como la reja del arado a remover la tierra, sino resbalar sobre la superficie aplanada por el tráfico—, y renació entonces la verbosidad de los retóricos griegos del tiempo de Juvenal, en cuya mente hueca, el pensamiento seco de los filósofos hacía el oficio de la piedrita en el cascabel —"la estéril verbosidad que parece fué dada a las razas inferiores para encubrir su falta de pensamiento", dice Groussac, y que precisamente nació de la relativa riqueza acumulada del entendimiento, obligada a correr toda por un solo conducto: la tercera circunvolución frontal.

Como el árbol ya formado que lleva a las ramas que le quedan la savia correspondiente a las ramas que le han podado, el español llevó a los departamentos de asimilación y expedición de las ideas de los maestros y los doctores seráficos toda la energía que le quedó vacante en el departamento de observaciones propias por la clausura de la facultad de dudar, pensar, investigar y observar por cuerda propia.

El inglés no es callado porque es inglés, sino porque es observador por hábito adquirido. La observación le ocupa el

espíritu que no puede estar inactivo durante la vigilia. Es necesario que haga una cosa u otra: observar, meditar o hablar. Necesariamente uno de los tres modos se impone, o el sueño en su defecto, y el español, indispuesto por la educación y por la censura eclesiástica para lo primero y lo segundo, quedó lamentablemente predispuesto para lo tercero.

Hablador por necesidad de hablar, para no aburrirse, le deleitan las parvas de frases y acude a los discursos y a los sermones, como las mujeres a las exposiciones de trajes hechos, para admirar la elegancia en el decir, y solazarase en "los floripondios de retórica", y, como los negros de Africa que se entusiasman con el ruido y se aburren con la música, no le seduce el fondo sino la forma del discurso, la sonoridad y el oropel, y en consecuencia, sus escritores y oradores de cantidad, como las orquestas de negros, sólo procuran ser largos, ruidosos, vacíos y brillantes.

Habilitados a medias, y recién en el último siglo, para pensar de *motu proprio* continuamos verbosos aun por vocación adquirida, desde luego, pues el efecto sobrevive a su causa como el hijo al padre, y por la parálisis consecutiva al largo desuso, ya que la verbosidad no es más que la tartamudez del entendimiento —un pensamiento flaco, obscuro o confuso y complicado con una gran facilidad de palabra—, adquirida por cuerda separada.

Y de aquella credulidad y sumisión por tantos siglos obligatoria a "lo que tuvieron por bien los sabios antiguos", como rezaban las partidas y los fueros, nos salieron también la falta de sentido crítico que Groussac define exactamente "la fe en la desconfianza", y esa aptitud musulmana para tener las medias verdades por verdades enteras y absolutas, y constituirnos, por ende, en apóstoles sucesivos y siempre intolerantes, de todas las doctrinas, tuertas o derechas, que nos llegan a la mente y se la ganan, con lo que viene a cumplirse así, por dos vías a la vez, la generalización que establece que los estreñidos mueren de disentería. Enmudecidos de pensamiento por siglos, vamos en camino de sucumbir de verbosidad incoercible.

XVIII

LA supremacía eclesiástica ha sido siempre fatal a las naciones y a las razas, porque los sectarios de todas las denominaciones tienen la tendencia subconsciente de subordinar el mundo a su credo y la vida civil a su Iglesia y jamás han fallado en emplear todo el poder político, o la influencia que sobre él podían ejercer, para alejar a sus rivales, expulsar a los incrédulos y hacer civilmente obligatorias las ceremonias litúrgicas, y para castigar con penas temporales la violación de las reglas eclesiásticas, como es el caso en los países mahometanos, lo fué en toda la Europa hasta el siglo XVI, en España hasta el XIX, allá por Ecuador y Colombia hasta hoy.

En España, especialmente, donde los reyes eran educados canónicamente por los frailes para califas católicos, y gobernados después por el confesor, el gobierno político tuvo siempre un tan pronunciado carácter de sectario inhumano, que, más que un gobierno de la España para los españoles, fué un gobierno de la Corte de Madrid para la Corte de Roma, un verdadero satélite de la Santa Sede. "La España es la nación en que los sentimientos religiosos han ejercido una acción más considerable sobre los negocios humanos", dice Buckle.

"Todo país que sueña un reino de Dios, que vive para las ideas generales, que persigue una obra de interés universal, sacrifica por ello mismo su destino particular, debilita y aniquila su rol como patria terrestre. Tal fué el caso de la Judea,

de la Grecia, de la Italia; tal será quizás el de la Francia ([1]). Tal fué el caso de la España, enfeudada al Papa por el respectivo concordato, y que se entecó derrochando su sangre y su dinero en servicio de intereses ajenos, porque entendió que el primer deber del gobierno de un Estado católico no era el bienestar de la nación católica ([2]) sino el bienestar de la Iglesia católica, y la nación entera tuvo a mucha honra el haber sido durante tres siglos el azote de la libertad del pensamiento y la más estrecha cárcel del espíritu humano en Europa y en América.

El mismo entecamiento nuestro, en causa espiritual y en consecuencias temporales, no es más que la hijuela que nos correspondió en el de la madre patria, de la que hemos heredado también la misión evangélica para el Estado, que consagran los artículos 2, 76, 67, inciso 15, y 86, inciso 8, de la constitución norteamericana españolizada que nos rige, la fatal misión providencial que hizo su ruina y está haciendo la nuestra.

La historia del espíritu español forma la parte principal de la historia del espíritu argentino ([3]) y todo lo que nos ha

(1) Renan, "L'Antichrist".

(2) "El cristiano se siente embarazado, incapaz, cuando se trata de los negocios del mundo: el Evangelio forma fieles, no ciudadanos. Sucedió lo mismo para el islamismo y el budhismo. El advenimiento de estas grandes religiones concluyó con la idea de patria; se dejó de ser romano, ateniense: se llegó a ser cristiano, musulmán, budhista. En adelante, los hombres van a ser distinguidos, según su culto, no según su patria; se dividirán sobre herejías, no sobre cuestiones de nacionalidad". (Renan, "Marc Auréle").

(3) La historia de España en el siglo pasado se parece a la historia argentina como un perro grande a su cachorro.

En 1812, las cortes redactaron la primera constitución unicamarista, que Fernando VII aventó en 1814, pero en 1820, el ejército se sublevó y obligó al rey a restaurarla. En 1833 murió Fernando VII, y María Cristina dió una constitución con dos cámaras. En 1836 el ejército se alzó de nuevo y obligó a Cristina a adoptar la constitución de 1812, y al año siguiente, las cortes establecieron otra vez las dos cámaras. En 1840, la revolución de Espartero obligó a la reina a fugarse al extranjero, y tres años después, andando siempre las guerras carlistas, otra revolución derrocó a Espartero. En 1845, la reina Isabel aceptó una nueva constitución ingeniada por las cortes con senadores vitalicios de la corona, y en 1857 otra con "grandeza" sobre una renta de 16.000 pesetas. En 1866 tuvo lugar el primer pronunciamiento del general Prim y su destierro. Siguió un segundo pronunciamiento, y el gobierno, sin el consentimiento de

faltado y nos sigue faltando para el progreso nacional es lo que nos ha llevado, y nos sigue llevando demás la Iglesia, que tampoco progresa nada por lo mucho que nos atrasa, a la manera del islamismo y a la inversa del protestantismo liberal (1).

Se constata así en los despotismos espirituales el mismo desastroso resultado que fué siempre consecuencia de los despotismos temporales, como una ley de la naturaleza humana: cuanto más cohibido el espíritu del hombre tanto más apocado el hombre, y viceversa.

---

las cortes, suprimió las municipalidades, visto lo cual, se sublevó el ejército y confió el gobierno a una "Junta" provisional de 41 miembros. En 1868 la reina Isabel huyó a Francia, Prim fué llamado y recibido triunfalmente, y el trono quedó para alquilar en procura de inquilinos, hasta que don Amadeo lo aceptó. En 1870, Prim fué asesinado, y tres años después don Amadeo se fué a Italia y mandó su renuncia. La república fué establecida entonces con Figueras como presidente, y al mismo tiempo corría sus trámites sanguinarios una nueva guerra carlista, y un año después, en 1874, la sublevación del general Pavía suprimió la república y trajo a don Alfonso XII, en cuya ocasión, dice el "Daily News", el señor Sagasta envió a los gobiernos extranjeros un inimitable memorándum, para avisarles que "la guarnición de Madrid, con admirable previsión, eligió el momento para intervenir, interpretando rectamente los deseos del ejército, la armada, y el pueblo entero".

Por supuesto, este documento ha sido superado muchas veces y mayormente por los coroneles de la República Oriental, pero él muestra cómo, hasta nuestra literatura de alzamientos, es netamente española, y es justo hacerlo constar, pues, según dicen, "el que lo hereda, no lo hurta".

(1) Según Mr. Waldrin, al empezar el siglo XV, los anglosajones eran apenas cuatro millones encerrados en sus islas, mientras la Francia, la España, Holanda y Portugal se extendían por las Indias Orientales, el Africa y el Nuevo Mundo. En 1700 las razas latinas contaban 41.000.000 y las anglosajonas 9.000.000 de habitantes. En 1800, las latinas sumaban 55.000.000 y las sajonas 43.000.000 y medio; en 1890, las latinas llegaban a 86.000.000 y las anglosajonas a 149.000.000.

XIX

Las 300 ó 400 religiones derivadas del judaísmo descansan sobre el concepto de una vida póstuma del alma; pero las diferentes modalidades de vida y costumbres que imponen a los individuos como prima del seguro de felicidad eterna, son compatibles en diferente grado con la terrestre de los individuos y la prosperidad de las naciones. Y en razón de la supervivencia en la vida terrestre de los más aptos para la vida terrestre, implican un seguro de prosperidad para unos y de bancarrota para otros; porque en las nuevas circunstancias del mundo no será ya el que pegue más fuerte, o con más rabia y fanatismo, el que quedará dueño del campo, como en las épocas obscuras en que triunfaron los musulmanes y los españoles.

Así, la excomunión del "sentido común organizado que llamamos la ciencia", y la proscripción de la autodirección individual en las naciones católicas, ha producido tres efectos principales: la pobreza del entendimiento y la voluntad, y consiguientemente la incapacidad para el *self government*, y la convicción casi mahometana de tener, asimismo, la religión más santa; de todo lo cual ha resultado fatalmente para los gobiernos civiles, como conclusión verdadera de premisas falsas, la responsabilidad íntegra de la esterilidad común, porque la misma pobreza de espíritu que la Iglesia elabora para un solo efecto surte varias consecuencias, otra de las cuales es que, por sobra de supersticiones y falta de información de

la realidad, nos sintamos todos capaces de dirigir con acierto a los demás, sean ellos como fueren, y de que, siendo de cierto como fuéremos y de convicción perfectos, tengamos siempre a los que nos gobiernan por culpables de no gobernar con el acierto con que gobernaríamos nosotros en su lugar; por ello el patriotismo nos induce a pensar en cambiarlos, ya que éste es el más apetitoso de los errores de color de rosa, verdadero espejismo político, ocasionado por la sensación real de la capacidad imaginaria.

El caso es así: a una parte del efecto general de las causas generales la declaramos causa particular del resto del efecto, y desde ese instante quedamos habilitados para equivocarnos patrióticamente con acierto completo, en el sentir de los que piensan del mismo modo, con brillo también, ayudando el "pico de oro" y en la lógica más cerrada, pues hasta los niños saben del *sublata causa, tollitur effectus;* sólo falta entonces, y a cualquiera se le ocurre, procurar la eliminación del resto del efecto por la eliminación de la parte que hemos llamado causa, para que se nos quede todo en pie *ad perpetuam acternam*, y con las bendiciones infalibles del Papa.

Así como la anemia en la sangre enferma por nutrición insuficiente a cada órgano en particular, así la pobreza de entendimiento, voluntad y moralidad, que está en todos o en casi todos los componentes del país, muestra la insuficiencia correspondiente en todas las funciones particulares del organismo colectivo, tan insidiosamente que cada una parece tener una deficiencia propia. Y cada observador, entonces, puede constatar fácilmente la que conjuga con su punto de vista, y atribuir todos los males al régimen político, o a la extensión del territorio, a la escasez de población, al sistema federal, al unitario, a la falta de creencias, o de ideales, al librecambio, al proteccionismo, a la justicia española, a la falta de civismo, a las leyes o a las costumbres electorales, al exceso de la población de la Capital, al "personalismo", al desorden en los gastos, al exceso de deudas o de impuestos, a la criminalidad común, a la corrupción política, causas de-

rivadas que se toman por causas originarias, porque no pueden ellas protestar del abuso.

El mal gobierno y la miseria general son efectos gemelos del pobre entendimiento común y de la infecundidad consiguiente a la medida en que las ideas necias y las supersticiones que llevamos en la mente nos frustran el entendimiento y la voluntad, disminuyendo a la vez la capacidad para emprender y la aptitud para acertar en lo que emprendemos, y creándonos de llapa una indignación suplementaria contra los gobiernos por culpas que no son suyas.

Y para que desaparezca el déficit consiguiente a las insuficiencias universales, nos afanamos en suprimir la parte de insuficiencia común que echa sus brotes y sus ramas en el gobierno, sin más beneficio efectivo que el saldo de bienestar general emergente de la menor insuficiencia de los unos sobre la mayor ineficacia de los otros; pues el gran mejoramiento que sentimos en los casos prósperos, proviene en su mayor parte y las más de las veces, de la circunstancia de que cuanto más miserable es un país, tanto más duro es estar debajo de la pesada carga general y tanto más aliviado el encontrarse encima, circunstancia que induce entonces a los partidos políticos y a las sectas religiosas a disputarse el mango de la escoba política con el encarnizamiento de los náufragos que luchan por su tabla de salvación, y a considerar regenerado el país cuando se han puesto a salvo de sus miserias. De aquí que, cuanto más pobre y desgraciado es un país, tanto más son acerbas sus luchas políticas.

Y entretanto, desde que la situación personal de cada patriota puede ser mejorada sin mejoramiento del país, curado radicalmente y como de ensalmo el descontento de los que triunfan, ¡adelante con los faroles y siga la procesión!

Y así resulta que "para el perro flaco todo son pulgas", hasta los jueces que lo saquean, hasta los patriotas que lo arruinan para salvarlo, hasta los regeneradores de profesión que lo dejan siempre en la estacada y que se renuevan sin cesar jamás en la misma vana empresa, porque en su tarea

de Sísifo, al igual que en la de los obispos católicos —Sísifos de profesión que trabajan en el relevamiento de los pueblos por el aniquilamiento de la inteligencia y la voluntad de los individuos—, todo lo que hay de infecundo para los demás, para el país y para la raza en su pretendida guerra al mal, está sustentado por todo lo que hay siempre y en todas partes, y en justicia, de profícuo en gajes, honores y encubramiento personal para los que persiguen el bienestar y la grandeza del pueblo por procedimiento estériles, y que logran el bien propio en efectivo y en premio por su dedicación al bien ajeno en objetivos ilusorios; pues hay el deber de pagar al médico aunque equivoque el tratamiento y agrave al paciente, si tuvo intenciones de curarlo, y aun es de uso quedarle eternamente agradecido cuando toda la familia estaba conforme con el regenerador de cabecera en el diagnóstico errado de la enfermedad social, política, moral o económica.

Y en el catolicismo ibérico que produce las razas ibéricas, veinte países diferentes y de la misma familia mental emplean el mejor de los siglos en cambiar los malos gobiernos para que desaparezcan los males de cada país y sobrevenga con los gobiernos buenos la prosperidad imaginaria y la abundancia en cuerno; por la sola imposibilidad efectiva de hacer nacer a la realidad lo imaginario, ni con el forceps del patriotismo, ni con los milagros de la fe, ni con las inspiraciones de la razón pura, las mismas deficiencias reales de las capacidades ilusorias vuelven a producir las mismas insuficiencias efectivas, y sin una sola excepción —ni por casualidad— los tales veinte países, con todas sus vírgenes milagrosas y sus trastornos de llapa, se quedan pobres, mal gobernados y benditos.

Y tampoco es esto un método especial de equivocarse por unanimidad, sino una simple variante del mismo método universal de enfermarse por errores de régimen y de no sanar por errores de tratamiento. Un mal régimen individual que produce la debilidad individual, para la que resulta entonces

insuficiente o indigesto o peligroso (1), el alimento ordinario de los sanos y el régimen de los fuertes, de modo que, en siendo muchos los débiles y mucha su debilidad, los que en otra parte serían de sobra, no suplen, y hasta los imbéciles con poder se vuelven un peligro social (2).

Un mal régimen de ideas y sentimientos que produce la pobreza de entendimiento, voluntad y moralidad, la falta de iniciativa y de perseverancia, el desgano para el trabajo y la inclinación al fidalguismo, al frailismo y la empleomanía, el descorazonamiento fácil ante las dificultades de la vida, y por consiguiente estas flaquezas mancomunadas que achican simultáneamente la capacidad de los gobernados para fomentarse ellos mismos y la de los gobernantes para servirles de providencia.

Un individuo puede padecer miserias en su casa para andar elegante en la calle, pero no podría ser tuerto entre casa y completo en el paseo, ni pobre de espíritu en el orden privado y rico de entendimiento en el orden público. Salvo los casos fortuitos en más o en menos, los negocios públicos no pueden ser dirigidos con una capacidad diferente de la capacidad común de cada pueblo, y las deficiencias del pueblo reaparecerán siempre en el gobierno, mientras no desaparezcan en el pueblo mismo; pues así como los granos que salen en la cara por causas que vienen de la cocina por vía de la intemperancia en el tragar, al ser curados en la cara con específicos para la cara vuelven a venir de la cocina y a brotar en la cara, de igual manera los efectos que aparecen "en las esferas del gobierno" y que se curan en el gobierno con específicos para el mal gobierno, vuelven a reaparecer siempre en las esferas del gobierno, porque vuelven a venir de la fuente común.

(1) "Las sociedades anónimas honestamente dirigidas pueden ser contadas entre las instituciones más benéficas que el hombre haya inventado, pero en manos de los pillos se vuelven máquinas terribles para estafar al público, defraudar a sus propios accionistas y estimular las especulaciones de juego sobre sus propias acciones". (Seaman, Lugar citado).

(2) "El cacique, —dice el traductor español de Demolins— el indispensable de nuestros pueblos, donde cada partido tiene el suyo, basta y sobra para espantar, no ya vecinos corrientes y molientes, sino hasta los mismos héroes y los propios santos hacia las ciudades".

XX

"AL que sólo ha aprendido a someterse y obedecer, la servidumbre le embrutece y la libertad le mata... No hay en la tierra regiones más fértiles ni naciones más miserables que las de la América del Sud", decía Tocqueville en 1832. "En el sistema de opresión abrumadora, detallada y prolija, la religión coadyuvaba eficazmente, vigilando los actos privados, sometidos en absoluto a su censura y jurisdicción", dice Juan A. García (hijo) en la *Ciudad Indiana.*

Y no podía ser de otro modo, desde que la sumisión absoluta del súbdito al rey era el dogma político de la monarquía absoluta, y la sumisión absoluta del hombre a su director espiritual era y es siempre el dogma canónico de la Iglesia romana; y dos fuerzas paralelas que quieren hacer por la pobreza de espíritu la docilidad del individuo, para gobernarlo mayormente, aun sin ponerse de acuerdo trabajan la una para la otra, y aun distanciadas entre sí se ayudarían involuntariamente, porque la incapacidad específica que cada uno procura mantener la incapacidad del individuo para manejarse él mismo con su propio entendimiento de las cosas— es materia de conveniencia común y de aprovechamiento universal, la única garantía del poder temporal y arbitrario del uno y del despotismo espiritual y abusivo del otro ([1]).

---

(1) "En el período de la execrable tiranía de Rosas, de 1835 a 1852. —dice Martín y Herrera— sólo se dictaron siete decretos con relación a escuelas públicas: y todos ellos, a excepción de uno, de escaso interés fueron limitados a impedir la enseñanza, poniéndole trabas, excluyendo

Y desaparecida la monarquía, la Iglesia continuará en las democracias combatiendo con todos sus frailes, sus monjas, sus beatas y sus clericales, todas las clases de saber y de ilustración que, levantando el nivel intelectual y la malicia del oyente, pueden poner en peligro el prestigio de la cátedra sagrada y alejar al hombre del confesonario y del óbolo.

Y por supuesto, el caballo que se larga al campo maneado para la comodidad de su dueño, anda también maneado para la comodidad de todo salteador de caballos que quiera asentarle las caronas y las espuelas; y el hombre a quien se deja ignorante, pobre de espíritu e indigente de voluntad para tenerlo más dócil al espíritu y a la voluntad del pastor eclesiástico y del tutor político, también se conserva ignorante para el charlatán de todas layas, simple de espíritu para la doblez del bellaco de cualquier clase, indigente de voluntad para el acaparador a la fuerza de voluntades ajenas, pasto para el caudillo que hace leva de hombres para sus ambiciones y caprichos.

De las mismas resultas "los franceses han contraído el hábito de dejarse conducir, dice Bodley, y se dejan conducir hoy por los librepensadores contra los clericales como estaban habituados a dejarse conducir antes por los clericales contra los librepensadores".

La sumisión católica española del hispanoamericano —que se presta al que manda y se exige del que obedece— estableció la pendiente para las tiranías al servicio de las autoridades constituídas e hizo el caldo gordo para las revueltas al servicio de los caudillos populares; la ineptitud fundamental del católico español para prosperar por la explotación del suelo

---

a las clases pobres de su beneficio y abandonando los establecimientos de educación a la sola e insuficiente acción social, a fin de que no pudiendo subsistir fueran clausurados". ("El monitor de la E. C.", número 88).

"El doctor Francia, el único gobernante a quien el Paraguay no debe la educación de un solo niño, es la sombra negra de nuestra historia. Aquel hombre malo empleó los 29 años de su gobierno en formar una masa de población muerta para la libertad". (M. Domínguez, "La Nación", enero 1º de 1901).

y su vocación católica romana para luchar contra las ideas ajenas y prosperar por la explotación del prójimo, hicieron de la guerra y la proscripción el *modus operandi*, y del saqueo, el peculado y la confiscación el *modus vivendi*. Reducido por el fraile a pobre de espíritu para merecer el cielo, el sudamericano fué una presa ofrecida a los hombres de presa (1) de afuera o de adentro. La pobreza de espíritu lo hizo feroz para las ideas ajenas y pobre de bienes, y a su vez la pobreza de bienes lo hizo feroz para los bienes ajenos. El fraile que lo había hecho infeliz de entendimiento y voluntad para conducirlo y disfrutarlo a su gusto, tuvo que compartirlo, mal de su grado, con los convidados de sable, que brotaron a destajo. La constitución anglosajona estableció el atrio electoral como fuente del poder; el alma española estableció el fraude y la sableada electoral.

Y como, según el profesor Ihering, lo que no se realiza como derecho no es derecho, aunque esté escrito y promulgado, y lo que se realiza como derecho es derecho aunque no

---

(1) "En Oriente, donde la acción del cristianismo fué más completa o, por mejor decir, menos contrariada, no hubo ricos después del siglo V. La Siria y principalmente el Egipto, llegaron a ser países enteramente eclesiásticos y monásticos. La iglesia y el monasterio, es decir, las dos formas de la comunidad, fueron allí las únicas ricas. La conquista árabe, precipitándose sobre estos países, después de algunas batallas en la frontera, no encontró más que un rebaño a arrear. Una vez asegurada la libertad del culto, los cristianos de Oriente se sometieron a todas las tiranías. Se llegó así al singular resultado de que los países que han creado el cristianismo, han sido víctimas de su obra. La Palestina, la Siria, el Egipto, Chipre, el Asia Menor, la Macedonia, son hoy países perdidos para la civilización y sometidos al más duro yugo de una raza no cristiana.

"En Occidente, las invasiones germánicas y otras causas no dejan triunfar completamente al pauperismo. Pero la vida humana queda suspendida por mil años. La grande industria se vuelve imposible: por consecuencia de las falsas ideas esparcidas sobre la usura, toda operación de banco, de seguros, queda prohibida. Sólo el judío puede manejar el dinero; se le fuerza a ser rico; después se le enrostra la fortuna a que se le ha condenado. Es éste el más grande error del cristianismo. Hizo peor aún que decir a los pobres: "Enriqueceos a costa del rico"; le dijo: "La riqueza no es nada". Segó el capital por la raíz; prohibió la cosa más legítima, el interés del dinero; aparentando garantir al rico su riqueza, le retrajo los frutos; la volvió improductiva.

"El funesto terror esparcido sobre toda la sociedad de la edad media por el pretendido crimen de usura, fué el obstáculo que se opuso, por más de diez siglos, al progreso de la civilización". (Renan, "Marc Aurèle").

esté escrito y sancionado, en consecuencia de la educación del hombre para la esclavitud y la intolerancia espiritual y temporal, que habían hecho de *mancomun et in solidum*, en el hispanoamericano, el Escorial y el Vaticano, y que éste sigue haciendo siempre sobre sus rebaños de fieles republicanos para su monarquismo espiritual, con el concurso de los gobiernos seudo democráticos, el derecho político-democrático-católico en la América española, vino a resultar del tenor siguiente: "Un caudillo mayor trae a otros caudillos a su jurisdicción y los cuelga en las plazas públicas. Establece entonces un sistema de tal esclavitud en aquellos pueblos soberanos, que los más altivos gobernadores sirven apenas para verdugos". (Vélez Sársfield).

XXI

EL Paraguay y las Misiones fueron un singular campo de experimentación política, y aquel en que los factores morales de la civilización española se mostraron en más pura y completa operación. En ambas parte, los jesuítas, alejando a los demás competidores, habían implantado su modelo clásico de civilización eclesiástica en el hombre casi al natural, y por ellos investido con todas las virtudes católicas, inclusive, por supuesto, y en primer lugar, la dogmática y tradicional pobreza de espíritu, que en los treinta pueblos de las Misiones pudo ser absoluta.

En ninguna otra parte del mundo se mostraron con más relieve y nitidez la superioridad aparente y la debilidad intrínseca de su especie particular de ordenación humana, que, considerando al ser humano delincuente de nacimiento por el pecado original, e incapaz de resistir solo a las tentaciones irresistibles de Satanás, por la debilidad de su espíritu, en lugar de curársela, le toma en curatela perpetua, subordinándolo al entendimiento y la voluntad de sus salvadores, bajo una vigilancia incesante de todos los momentos y de todos los actos, reforzada por el espionaje y la delación, que a pretexto de resguardarlo contra los supuestos peligros espirituales que le asedian, le despoja de su autonomía de pensamiento y de acción, le encierra la voluntad en el precepto seco, convirtiéndolo en un recluso de los cánones y los reglamentos,

en un tullido del entendimiento propio confinado en el entendimiento ajeno.

En las Misiones, bajo la dirección exclusiva de aquellos espíritus desecados por la teología, hombres y mujeres resultaron meras entidades mecánicas de la acción humana, seres sin entendimiento y voluntad, que se movían por la voluntad ajena, que iban a la iglesia todas las mañanas y todas las noches, trabajando todo el día, y desempeñando su vida reglamentada hasta en los menores y más íntimos detalles, bajo la superintendencia absoluta de sus directores tonsurados, como las ruedas de un reloj que marchan bajo la acción invariable de sus resortes, meros títeres de la civilización autoritaria, con vida en lugar de cuerda, que se mueven por la sugestión del artista con la cual son todo y sin la cual no son nada.

En 1767 Carlos III expulsó a los titiriteros, y en las Misiones, como no había más entendimiento humano que el suyo, todo cayó inmediatamente en ruinas, hombres y cosas. "Los aborígenes volvieron a su antiguo salvajismo desde el momento en que el incentivo externo, el sostén y la autoridad fueron retirados —dice Suckdorf en la introducción a las *Nights on the Rio Paraguay* de A. Amerlan— y la floreciente población que ya en 1740 alcanzaba a ser de 140.000 habitantes descendió a 44.000 en 1801", porque a todas partes del mundo el hombre educado y habituado a que lo dirijan, en cuanto carece de directores carece de pensamiento y de acción, y cuando los tiene sólo tiene el pensamiento y la acción que le conceden.

En la propia España, "desde el momento en que el gobierno se debilitó, la nación cayó en ruinas, dice Buckle, y fué fácil ver entonces que su grandeza estaba edificada sobre la arena. Con soberanos capaces el país prosperaba; con soberanos imbéciles cayó en la decadencia, mientras que ni los reyes insensatos ni los ministros perversos pudieron detener la prosperidad creciente de la Inglaterra".

En la América española, expulsados los virreyes y los intendentes, las poblaciones no enseñadas a gobernarse cayeron en el desorden y la anarquía en todas partes, con la sola excepción del Paraguay, en donde su despotismo de adentro sustituyó pacíficamente al despotismo de afuera, y el doctor Francia, un ermitaño de la vida social, un extraño asceta político, superpuso una manera de jesuitismo laico al teocrático. Sobre la misma deliberada pobreza de espíritu en el ciudadano, la obediencia ciega al catecismo fué transferida al reglamento político, y la misma sumisión incondicional del hombre a sus directores hizo en América el potentado al estilo asiático, y el autócrata de hecho fomentó hasta con su propia austeridad de vida y costumbres todas las virtudes civiles. De ese modo el pueblo paraguayo llegó a ser el más ordenado de la tierra y el más pacífico y laborioso de la América española, al mismo tiempo que el más desprovisto de autonomía mental. Las puertas y las cerraduras llegaron a ser inútiles, y se pudo viajar por todo el territorio con toda clase de bienes sin el menor instrumento de defensa personal, según referencia del viajero francés Grandsire.

Pero tampoco había en aquel pueblo más entendimiento de la cosa pública, más capacidad, conocimientos y experiencia de gobierno que los del dictador; él era todo en el país, y, por tanto, los 400.000 paraguayos estaban autodestinados a sucumbir de insensatez nacional el mismo día en que él, o uno cualquiera de sus continuadores perdiese la cordura, como en efecto sucedió, cuando una aventurera de Mabille y la recepción triunfal en París del ejército vencedor de Crimea turbaron el seso del tercer *Supremo*. Y de las más grandes virtudes domésticas sobrevinieron, entonces, las más grandes calamidades públicas, que, en cinco años redujeron la población a menos de la mitad por la más insensata de las guerras, el hambre, el espionaje y el suplicio.

Porque la diferencia fundamental entre la novísima *civilización liberal* de los protestantes anglosajones y la vieja *civilización autoritaria y dogmática* de los católicos se muestra en

todos los climas y sobre todas las razas civilizadas. "En los puertos de la China —dice Hübner (*Autóur du monde*)— los cónsules franceses inspiran y dirigen a sus connacionales; los ingleses protegen y a menudo deben contener a sus compatriotas. Ambos son el objeto constante de críticas de sus nacionales. Los ingleses se quejan de ser demasiado y los franceses de ser muy poco gobernados; los ingleses dicen: nuestro cónsul no se preocupa de nada. La verdad es que la tarea de las autoridades británicas es menos de dirigir que de controlar, mientras que los cónsules franceses están obligados a gobernar y a veces a reinar. Quitad la acción de estos funcionarios, arriad el pabellón y llamad al estacionario del puerto y podéis apostar diez contra uno a que en pocos años el establecimiento habrá desaparecido. En una factoría inglesa las cosas pasarían de bien distinto modo. Después de la partida de los cónsules y de las tropas de la reina, los residentes proveerían por sí mismos a la conservación del orden y a la defensa común... Los franceses se marcharían detrás de sus autoridades y los restantes se amalgamarían a los indígenas.

Y porque la segunda naturaleza moral del hombre que lo haga incapaz de dirigrse por sí mismo y propio sólo para ser dirigido por otros, no puede ser modificada por las *formas* de gobierno, ni por los "*programas* de principios", en la confederación o en la república federal mismas, la primera autoridad del país, bajo cualquiera denominación, será también el jefe único del país, con poder de hecho para acertar, equivocarse o enloquecerse por todos, en virtud de la abdicación expresa y redundante de los unos, y tácita y consuetudinaria de los otros, pues el individuo queda necesariamente a merced de la dirección ajena en todo lo que no sepa, no pueda o no quiera dirigirse él mismo.

XXII

Un poder espiritual omnisciente sobre un pueblo omni-ignorante en las capas inferiores y sólo instruído para la sumisión a la Iglesia en las capas superiores, una dirección espiritual absoluta sobre un rebaño de hombres condenados a no poder acrecentar por el ejercicio sus poderes morales, tenían que producir al cabo de un largo desuso de la inteligencia y la voluntad —"facultades desecadas por la censura eclesiástica", dice Renan— un enflaquecimiento tan grande del espíritu que, aun los mejores hombres, mirándose con un entendimiento empobrecido hasta la indigencia, se encontrasen tan superiores, tan a su chata medida de la perfección humana, tan adelantados sobre el futuro en el presente, que se sintieran llegados definitivamente al *non plus ultra* de la inteligencia y del corazón humanos, de tal manera que, no pudiendo desde entonces ningún cambio traer otra cosa que atraso y males, se impusiera a su espíritu la necesidad de hacer de sus ideas y sentimientos —patrón insuperable del presente—, el patrón inmutable para las generaciones futuras, a fin de salvar a la posteridad de todo peligro de extraviarse.

Y tal fué precisamente, el caso más lamentable de todos los casos lamentables, puesto que importó la prolongación de la obscuridad mental de la edad media para la raza española e hispanoamericana.

A la inversa del árabe, en quien el mahometismo nació en entendimientos pobres y los subyugó desde el principio y

para siempre, de modo que se sintió de improviso llamado a regenerar el mundo sobre su verdad absoluta, el recrudecimiento del terror católico que petrificó el entendimiento español, cuando había recién empezado a producir espíritus superiores, que han quedado como los primeros y los últimos a la vez, lo puso en esa situación mixta de cordura y locura que es el iluminado, en estado de regenerador de adultos, uno de los más peligrosos estados de alma, de que en este caso las víctimas se contaron por millones en la misma España, en Italia, en los Países Bajos y en América.

Y para que la inteligencia y el corazón del hombre no pudieran venir a menos en ningún tiempo se le quitó, con el derecho de dudar, el derecho de pensar libremente, vale decir, la posibilidad de ir a mejores ideas y sentimientos.

Se entendió que nada diferente de lo pasado podía ser mejor en el futuro [1], siendo que, al lado de la sabiduría divina era indigna y despreciable la sabiduría humana. Y la nación entera, en España, con el rey a la cabeza, hizo abdicación de la conciencia propia en la conciencia del confesor, del entendimiento del presente en el entendimiento del pasado —*magister dixit*—, del espíritu humano en el Espíritu Santo transferido por la ordenación eclesiástica a sus ministros en la tierra, instituídos por los cánones en pensadores oficiales de la grey, en cocineros privilegiados del alimento espiritual para los simples, en oidores de secretos, absolutores de pecados y dispensadores de la indulgencia divina: pastores de almas hechos de la madera común, "con colmillos y sin alas" a falta de cosa mejor, pero ordenados, como las serpientes, con la antaño terrible facultad de envenenar por la excomunión la existencia de la oveja incómoda o rebelde, tanto más sometidos y esclavizados, tanto más cercados de espiona-

(1) "Durante el siglo XVIII todos los elementos de progreso fueron prodigados a los españoles, pero los españoles no querían progresar. Estaban satisfechos de sí mismos; no dudaban de la veracidad de sus opiniones; estaban orgullosos del saber que habían heredado, deseaban no disminuirlo y no aumentarlo. Incapaces de dudar, no podían tener la voluntad de buscar la verdad". (Buckle, lugar citado).

je de los confesores confesantes, tanto más átomos impotentes y rutinarios en realidad cuanto más dictadores en apariencia, mera excepción ostensible a la abdicación universal de la inteligencia individual considerada como el peor obstáculo para la salvación del hombre por la Iglesia.

Para quitar al individuo no tocado de la gracia divina los medios de extraviarse en su vida de encargo, de predestinado, de mero portador de un alma prestada, de simple cosa de la Iglesia de Dios, le confiscaron el entendimiento y la voluntad, a fin de constituir en los representantes del cielo el monopolio del acierto en las cosas del mundo ([1]). Y así se reconstituyó para la raza española una segunda edad media, en los momentos mismos en que empezaba para la raza anglosajona la civilización moderna ([2]), que dejando al individuo señor absoluto de sus ideas, de sus sentimientos y de sus acciones privadas, sólo le reprime la parte de su conducta que sea en daño del prójimo.

(1) "Estaba escrito, a la inversa, que un clero acapararía la Iglesia cristiana, se substituiría a ella. Llevando la palabra en su nombre, presentándose en todo como su único apoderado, este clero será su fuerza, pero a la vez su gusano roedor, la causa principal de sus desastres futuros." (Renan, "L'Eglise crétienne".)

(2) "Cincuenta años antes de la Revolución Francesa, Voltaire había reconocido que la multiplicidad de las sectas en Inglaterra tenía el efecto de suavizar los disentimientos religiosos. Después de su tiempo las sectas inglesas han aumentado en número y si el filósofo hubiera podido penetrar el porvenir, habría observado un fenómeno que él mismo no podía adivinar. Habría visto que la diversidad de las creencias ha producido más tolerancia en Inglaterra que en Francia la revolución de que él fué precursor: y en tanto que Mr. Dupanloup denunciaba la celebración del centenario de su muerte como "una declaración de guerra al cristianismo" y que el cardenal Guibert prescribía, en protesta contra esta impiedad, una ceremonia expiatoria en Notre Dame. La iglesia anglicana extendía su caridad a los más evidentes propagandistas de la filosofía de Voltaire. La obra de Mathew Arnold, de Tindall y de Huxley, es esencialmente volteriana, por las conclusiones si no por el estilo y el espíritu. Sin embargo, en lugar de rehusarles la sepultura cristiana, como la rehusó el clero de París a Voltaire, la iglesia anglicana ha acordado a estos escépticos eminentes, los mismos ritos que otorga a sus hijos más rigurosamente ortodoxos." (Boley, "La France".)

XXIII

SIN libertad moral puede haber mantenimiento de la moralidad alcanzada, pero no puede haber acrecentamiento de una facultad estancada. Los países católicos, mayormente la España y el Portugal, quedaron en posibilidad de progresar solamente en los órdenes de ideas y sentimientos en que quedaron libres de dudar de su progreso alcanzado, en la literatura amena (1), la música, la escultura, la pintura, la esgrima, la táctica y la estrategia militar, etc., etc., que habían florecido bajo la depravación del helenismo (2) y que tuvieron su renacimiento bajo el absolutismo político y religioso en Italia, en Francia y en España; pero solamente los anglosajones y escandinavos, que mantuvieron la libertad moral del individuo, quedaron en posibilidad de progresar moralmente,

---

(1) "El concepto de que el escritor debe ser un moralizador, que no tiene para qué escribir si no aspira a enseñar, que "el arte por el arte solo" es una fórmula sin sentido, y que toda obra que no tiene por objeto el perfeccionamiento moral, es, por eso mismo, mala, esta idea tan contestada entre nosotros es aceptada por ellos (los ingleses) como un evangelio... No, me decían, vuestros romancistas son fundamentalmente inmorales... su obra es obra de corrupción y de muerte: no muestran sino los aspectos bajos del alma y se complacen en la inmundicia... Quiero mostrarlas que también hay belleza. pero no quieren oirme. En todo caso, son de buena fe; cuando las violetas nacen junto a un estercolero, no son ellas las que huelen más" (Noblemaire, "Aux Indes").

(2) "La más desenfrenada corrupción de las costumbres cundía en Atenas a la par del culto del bien y de lo bello; mientras que en Roma, mucho antes que el sombrío relato de Tácito y las estrofas vehementes de Juvenal hubiesen pintado la decadencia bajo el imperio, plumas no menos inmortales habían referido las ignominias de Catilina y Clodio, bajo la república." (Boley, "La France").

y dieron cuna al renacimiento del espíritu filosófico, muerto y enterrado por la teología, los cánones y la escolástica. Y mientras la Rusia, el Austria, la Italia, la Holanda, la Francia y la España han dado al mundo los grandes artistas de lo bello y lo grande, aquéllas han tenido el privilegio de los grandes artistas en el arte del bien común, que es la ciencia política: los estadistas, los pensadores, los inventores, los filántropos; en ellos el sentimiento de la responsabilidad moral por la conducta, y no sólo por los credos verbales, creció en el pueblo (1) al par que prosperaban las ciencias y las artes, la moral libre y progresiva —pues el protestantismo inglés, y peor el escocés, sólo le han sacrificado al hombre el día domingo hasta hacérselo aburrido y odioso, y no el entendimiento y la voluntad hasta hacérselos enclenques y feroces, como el catolicismo español—, sino que la moral de *motu proprio* superó a la moral obligatoria, y el pensamiento y la conciencia autónomos crecieron más vigorosos y más amplios que el pensamiento amordazado y la conciencia esclava.

Porque "nadie puede ser corregido, perfeccionado más que por sí mismo —dice Taine—; son indispensables la iniciativa, el esfuerzo personal, el *self government*; la regla moral no debe aplicarse afuera, sino surgir de adentro", y el temor es un factor externo; el miedo no es un sentimiento del bien, presente siempre donde está el sujeto, sino un obstáculo exterior a la inclinación al mal, presente donde está la pena, ausente donde no está la sanción. Un niño, una mujer o un hombre pueden ser intimidados, pero no moralizados por el temor del infierno o del látigo. Amansados como las bestias, el miedo al palo o al diablo no les harán na-

(1) "En Oriente, casi nunca la fortuna tiene por origen la honradez; de todos cuantos poseen bienes y riquezas, puede decirse sin temor de faltar a la verdad, que ellos o alguno de sus antepasados han sido conquistadores o caudillos, ladrones, concusionarios u hombres viles. Ese principio armónico, «reconocido sobre todo por los ingleses», de asociar cuanto más sea posible la honradez a la riqueza, no ha existido jamás en Oriente." (Renan, "San Pablo")

cer el sentimiento de la dignidad humana, sino que, simplemente, pondrán en su espíritu el temor del castigo al lado del deseo o la necesidad del mal, hasta que la viveza, la superstición, la hipocresía, la astucia, aguijoneadas, les sugieren los expedientes para eludir las malas consecuencias de sus malas acciones, como el delincuente que cohecha al juez para delinquir sobre seguro, o como el calabrés que se cuelga un escapulario de la *Madonna* y se va al campo a saltear y matar vecinos, en la seguridad de salvarse *quand mème,* por la devoción.

Es que solamente la conducta por amor al bien es conducta moral. Entre ésta y la buena conducta por el temor del castigo, que la suple tan malamente, hay un abismo de diferencia, sin el cual la bestia amaestrada sería también un ser moral. De aquí que, por la educación moral, la Inglaterra haya podido cerrar la mitad de sus cárceles y que la Italia, la España y la América latina, con todo lo que dejan suelto, tengan siempre necesidad de construir presidios.

Y así como el régimen de libertad política en Inglaterra y Norte América se había mostrado infinitamente superior para el progreso civil al régimen de sujeción política en España y Sud América, también la libertad de conciencia se ha mostrado igualmente superior a la sujeción de conciencia para el progreso moral (1). Allí el hombre es una energía esclava de una mente; aquí el hombre es una energía y una mente esclavas de otra mente. Alguien tenía que estar más equivocado y nos viene saliendo a nosotros el fracaso.

A nosotros, que en un exceso de catolicismo hemos perdido casi todo el cristianismo —pues si esto fué la redención de los desheredados de la justicia de la tierra por la institución del sentimiento de la justicia divina en la conciencia humana, más rectitud y honestidad importan más cristianis-

---

(1) "Las compañías inglesas de ferrocarriles argentinos, consiguen dinero en Londres a menos del 4 por ciento, mientras el gobierno no puede obtenerlo a menos del 6 y los cuerpos provinciales y municipales a ninguno." (Shaw Lefevre)

mo—, y "las abominables condiciones jurídicas dentro de las cuales se desenvuelve hoy la sociedad española", como dice Junoy, las condiciones jurídicas más abominables todavía en que se desenvuelven las sociedades sudamericanas enfermas de inmoralidad, crueldad y miseria, no son cristianismo sino medioevalismo. Porque la civilización moderna no es asunto de plumas de avestruz, encajes, retórica, guantes y libreas; no basta sancionar códigos y nombrar jueces para que exista la justicia, ni elegir funcionarios y dictarles reglamentos para que exista la decencia administrativa si no existen los hombres rectos por información y voluntad propias, y no por el miedo de la ley o del infierno solamente (1).

Porque la conciencia sólo puede ver las cosas al trabés del entendimiento y el código penal, el purgatorio, la ley de quiebras, el infierno o las ordenanzas de aduana no pueden mejorar el entendimiento, y sólo la mejora del entendimiento puede habilitarnos para encontrar indecente ahora lo que fué decente para el entendimiento de las generaciones pasadas.

El error colosal del catolicismo, que le llevó a combatir tan cruelmente el cultivo de la inteligencia del pueblo, consistió en creer que la conciencia humana podía llegar al máximum de entendimiento moral con el mínimum de inteligencia personal, consecuencia inevitable del dogma judío-cristiano de la perfección humana por la sola obediencia absoluta del hombre a la ley de Dios, según la interpretación del sacerdote. De ahí el enorme déficit de moralidad pública y privada en que han venido a resultar las naciones de religión absolutista al lado de las naciones de religión más liberal. De ahí la bancarrota del hombre en el triunfo de la fe absoluta en España y en Marruecos; de ahí el triunfo del hombre en Inglaterra y Estados Unidos con religión y gobierno *limited.*

---

(1) "De los abogados de un país, más que de sus jueces, depende la administración de justicia. Ellos constituyen la única reserva de donde puede sacar una magistratura digna y bien preparada: forman el fondo del cuadro en que únicamente puede delinearse una judicatura verdadera; formando ellos también la atmósfera pura o corrompida, que los jueces tienen forzosamente que respirar. (W. S. Logan, "Justicia latina")

Porque la crueldad, la astucia y la desvergüenza son lo propio del estado salvaje, la condición del hombre según la naturaleza, y lo impropio de la civilización, que es la condición del hombre según el progreso del entendimiento humano. Por el desarrollo de las ideas y los sentimientos que hacen la eliminación de la barbarie y no por la sola represión material del efecto, que no engendra rectitud sino odio y represalias —"amor con amor se paga" y odio con odio se paga—, el hombre se aleja de aquel punto de partida, y cada paso adelante importa un grado más de dignidad humana, un grado menos de crueldad, hipocresía, astucia, violencia y robo.

Y estos estigmas de barbarie sobreviven en los pueblos cultos, en la medida en que la religión o la filosofía anquilosadas y omnipotentes hayan cohibido en el hombre el crecimiento del entendimiento y del corazón, pues lo que es propio del estado salvaje no desaparece por medios salvajes también. Dígalo, si no, el espantoso fracaso de la inquisición española, que despobló de agricultores el país y lo infestó de frailes, aventureros, mendigos, rameras, bandoleros y contrabandistas ([1]), que rebajó el entendimiento y la voluntad en los que la sirvieron e hizo famosa en el mundo "la crueldad española", que sólo sirvió, en resumen, para barbarizar a la raza española; dígalo nuestra cruelísima contienda entre federales y unitarios para regenerar el país a sablazos, que al fin vino a ser medio resuelta por las escuelas comunes y los colegios nacionales, que por la mejora de la inteligencia argentina levantaron la conciencia argentina, atenuando la vocación española para regenerar el país por la violencia, por la moral aplicada como cataplasma o como sinapismo sobre los imbéciles, los ignorantes y los pillos, en el sistema Torquemada-Robespierre, pretendiendo los liberales abuenar a los malos por el cuco de la ley y los frailes por el cuco del infierno.

---

(1) "Y brotó aquella interesante sociedad de mendigos, buscones, pícaros, parásitos, nobles, frailes y soldados, que tan honda huella nos ha dejado. La cuestión era no trabajar." "¡Fortuna te dé Dios, hijo!" (Unamuno, "Examen de conciencia".)

Fueron épocas de barbarie clerical y amanerada aquellas en que se pretendía gobernar a los pueblos por el sable y el hisopo, en el plan de Felipe II, Luis XIV y Metternich; fué una época de liberalismo salvaje, el reinado de los jacobinos; fué una época de jacobinismo a cuerpo perdido aquella que dividió a nuestros padres en mártires y martirizadores recíprocos, y es una época de jacobinismo de guante blanco ésta en que se pretende salvar al pueblo con procesiones y peregrinaciones, y regenerarlo con leyes y reglamentos a destajo, buenos sólo para transformar a los hombres en autómatas de la voluntad escrita en el papel por otros autómatas, frutos inconscientes también del excesivo manejo de cada uno por los demás, por el fraile, por el padre, por la madre, la abuela y las tías, por el gendarme, el alcalde, el comisario y la mar con sus olas; porque la gente, harta de estar sometida y archimandada, como el perro atado cuando le sueltan, en cuanto pesca un grano de autoridad se cobra el desquite mandando hasta por los codos, con esa especie de altivez que es sinónimo de mala crianza y en ese característico desborde de *imperium* que hace tan ingrato el contacto con funcionarios de raza española, aunque no sean más que porteros.

El principio en que descansaban los inicuos tormentos de la inquisición y las bárbaras crueldades del derecho penal antiguo: "el loco por la pena es cuerdo", es falso, de todo punto falso. El loco por la pena es cobarde, vengativo, astuto, hipócrita, embustero y falso en toda la redondez de la tierra, cuando le toca sufrirla, y cruel y altanero y arrogante cuando le toca aplicarla. La sensatez y la decencia no son un producto del miedo al látigo, al sable o al diablo, sino de la educación liberal, y el castigo que no sea un mero complemento del relevamiento moral sólo es útil para producir estupidez y maldad.

La civilización que levanta el entendimiento, y por él la conciencia humana, opera sobre el emigrante de las grutas y los bosques, sobre el fugitivo de la desnudez, la intemperie y el canibalismo, y en todo lo que ella no reforma persiste el original.

Así, la pena de la estupidez de los gobiernos y del egoísmo de las sectas que cohiben el crecimiento del espíritu humano en los pueblos, es el salvajismo remanente en los pueblos; a menos de entender que la más pura forma de cristianismo es la que produce el hombre más cruel, el más inhábil para gobernar decentemente al prójimo, el más incapaz de ser justo en la tierra, y consiguientemente las naciones más despilfarradas, y las razas cristianas abocadas a más próxima desaparición de la escena del mundo civilizado, fuerza es reconocer que nuestro atraso actual, como lo fué nuestra horrible barbarie de los años corridos entre 1828 y 1852, es la natural consecuencia del egoísmo sectario de la iglesia romana y de la estupidez civil de los reyes de España, que detuvieron por tan largo tiempo el progreso del entendimiento humano en nuestra raza. Y es también por la subsiguiente cultura liberal de nuestro espíritu, en igualdad de los demás factores, que, en el último medio siglo, han disminuído las guerras civiles y acabádose en ellas, para cada uno de nuestros partidos, la terrible necesidad hispanoamericana de degollar o aventar y confiscar (1) a los adversarios y a los rivales, como los sultanes de Turquía, para no ser degollados o aventados y confiscados por ellos (2), por consecuencia del absolutismo mental en que estábamos educados por

---

(1) En nota de 23 de marzo de 1853, el general M. G. Pinto y don L. Torres, encargados del gobierno de Buenon Aires, le decían al general Urquiza:

..."Si V. E. conociera los estragos que han causado en toda nuestra campaña, embargando todas las propiedades, consumiéndolas sin otro pretexto ostensible, que el de clasificar de salvaje unitario al que tiene propiedades, para llenar el interés real y positivo de hacerse dueño de ellas, como se hacen, cuereando diez y doce mil cabezas diarias, y embarcando por todos los puntos de la costa miles de cueros diariamente..."

En 1874 se presentó al congreso un proyecto de ley para confiscar las propiedades de los revolucionarios de ese año, el cual, aunque defendido con calor por los revolucionarios de 1893, fracasó, felizmente, en la Cámara de Diputados.

(2) En enero de 1900, el liberal colombiano A. Rosas V., escribe al general Espina Chaparro... "En la boca del monte del Cumaral, usted en persona y con espada ultimó a uno de mis soldados, y después hizo flagelar infamemente al capitán Montáñez por dos veces. Bien: a mi turno y en represalia, hice ahorcar ayer a un traidor y esta tarde haré lo mismo con otro... Si usted continuare observando la misma conducta sangrienta que hasta ahora, declararé la guerra a muerte, y sin consi-

la "religión o la muerte" de la Colonia para la "unidad o muerte", "federación o muerte", de la ex Colonia.

A las mismas causas se debieron los horrores de la lucha de la independencia, los de las guerras carlistas y los de la reacción absolutista de 1830 en España; a las mismas causas se deben los horrores actuales de Colombia, Ecuador, Venezuela y Centro América, los que padeció durante la guerra del 65-70 el Paraguay, "discípulo desagradecido de los jesuítas", como le llamó Salles Torres, hechura de un discípulo perfecto de los jesuítas como era Francia, que hizo naturalmente "obra de despotismo, de terror, de despojo, de espionaje y de secuestro nacional", dice Nabuco.

Una tras otra se han venido desvaneciendo, en las naciones inhabilitadas por el catolicismo español para la libertad y el progreso, las esperanzas de regeneración del pueblo fundadas en la abolición de los privilegios de casta, en las cartas constitucionales, en la prensa libre, en la libertad de cultos, en la secularización del matrimonio y de los cementerios, en la desvinculación de los bienes de mano muerta, en la navegación a vapor, los ferrocarriles y las máquinas que multiplican el esfuerzo humano y en la misma instrucción pública que ha hecho para otras y no para ellas la disminución de la criminalidad, de los vicios y de los déficits.

Estos factores de progreso han hecho su parte de adelanto; pero, simultáneamente, los focos de superstición que son las escuelas clericales, los monasterios y los conventos, han hecho también la suya, pues, "esta religión que se decía no ser más que la moral natural, implica por sobre todo, una física imposible, una metafísica estrafalaria, una historia quimérica, una teoría de las cosas divinas y humanas que es en todo, lo contrario de la razón (1). El espíritu de adelanto ha trabajado a

---

deración de ninguna especie haré ahorcar a todos los prisioneros que tengo en mi poder..."

("P. D.). Tengo también en mi campamento al coronel Parafán y ocupará el primer turno en la lista de los ahorcados." ("Tribuna", abril 28 de 1900.)

(1) Renan. "Mare Aurèle".

medias con el espíritu de reacción al pasado que les impide rejuvenecerse para afrontar con alma nueva los tiempos nuevos, especie de hongo de la decrepitud que muestra mayormente su fuerza de corrosión en la América ecuatorial, el Portugal y la España, impedidas de prosperar por fuera, como la Rusia, incapacitadas de prosperar por dentro, casi como la Turquía (1).

"Es a la difusión de las luces, y a eso sólo que debemos la cesación comparativa de lo que es, sin contradicción, el mal más grande que los hombres hayan infligido a su especie: las persecusiones religiosas", dice Buckle (2); y es cierto para la Gran Bretaña donde el *bill* de tolerancia legalizó la libertad de conciencia en 1689. Pero en España, la inquisición que florecía en 1450, retoñaba aún en 1820 y duraban todavía las persecusiones religiosas (3); y recientemente, en 1901, la raza entera de estos árabes del cristianismo se conmovía a la sola noticia falsa de la edificación de un templo protestante en Madrid. Y las persecuciones religiosas duran y continúan hasta en este siglo XX en la América latina ecuatorial, y en nuestra misma Córdoba el clericalismo intentaba el año pasado el *boycott* de los liberales por la gente de servicio, que se estila en la desventurada Colombia, y llegaba hasta conseguir de los más fanáticos la colocación de placas indicativas de su espíritu español del siglo XVII en el exterior de la casa.

Se acostumbra decir que los anglosajones han adelantado en el norte porque no tuvieron vicisitudes y que los latinos nos hemos rezagado en el centro y sur porque tuvimos vicisitudes: 200 guerras intestinas y 7.000 revueltas. Pero esto es tan poco

---

(1) "Más de seis millones de españoles carecen de toda instrucción, y nuestro presupuesto nacional de instrucción pública es inferior al municipal de la ciudad de París." (S. Alba)

(2) "Civilisation en Angleterre."

(3) "Personalmente era Fernando VII un miserable, y la camarilla de que se rodeó, si cabe, aún más miserable que él: todos prosiguieron a porfía y sin consideración, a toda persona tachada de liberal, ya en política ya en concepto religioso, a cuyo fin restableció el rey la inquisición y todos los conventos... La hacienda pública, el comercio y la industria, se hallaban en un estado lamentable; salteadores y bandas de foragidos, eran los dueños del país, la seguridad estaba peor que en Sicilia". (Leixner, "Nuestro siglo", traducción de Menéndez Pelayo)

informativo como decir que nos hemos quedado atrás porque no hemos adelantado. La más colosal de las guerras intestinas ha sido la de Secesión; mil veces menos vicisitudes han tenido los chinos que están cien veces más rezagados en su vieja cultura, al extremo de que las naciones decentes los excluyan de su seno como a los leprosos de la civilización moderna, y la paz de Turquía, Persia, Marruecos y Portugal no les hace adelantar en nada o poco menos, y la de Francia sólo le ha producido en la última década 60.000 habitantes más por año (1).

Se acostumbra decir que somos pueblos nuevos y que no hemos disfrutado instituciones libres; pero la América del Norte no es más vieja que la del Sud, y la España y el Portugal, con instituciones libres y sin libertad de espíritu como nosotros, son pueblos viejos de nuestra especie moral, y apenas progresan a paso de carreta, porque las instituciones modernas no pueden contrarrestar en impulso hacia adelante el impulso hacia atrás de las instituciones medioevales que conservan en el espíritu, subordinado a estas condenaciones del *Syllabus:* "contra los que digan que la iglesia romana puede o debe reconciliarse con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna, *anatema sit*".

(1) "El resultado más inmediato de la Revolución, fué la sumisión voluntaria de la nación a la tiranía del absolutismo... Un siglo después que la Declaración de los Derechos del hombre ha declarado que nadie podrá ser inquietado por sus opiniones, ni aun por las religiosas, queda todavía tanta intolerancia en el país, que se ha podido decir que la libertad, tal como la concibe el francés, es la libertad para las ideas ajenas que se avienen con las propias." (J. E. S. Bodley, "La France")

XXIV

NADA hay más interesante que la historia del desenvolvimiento del espíritu humano bajo la prodigiosa influencia del sentido moral, nacido en Judea de la fe en la reparación final de la injusticia, que el hijo del carpintero de Nazaret creó en la conciencia humana para relevamiento de los pobres y los humildes que veían pisoteados todos sus derechos en la tierra.

La doctrina de la libertad de las almas fué despojada de la mayor parte de su poder de regeneración de las sociedades humanas, mediante la sustitución del culto del redentor —asunto de la iglesia— a la redención efectiva del hombre por el cumplimiento "del más hermoso código de la vida perfecta que haya trazado ningún moralista" (1) —asunto de la humanidad—. Sobrevino, en consecuencia, el abandono del sentimiento de la fraternidad humana por la adoración de la virgen, de los apóstoles y de los mártires, para alcanzar el bien, no por la superioridad moral de los vivos, sino por la intervención valiosa de los muertos en santidad, que fué para la moral lo que había sido para la medicina el abandono de los métodos de Hipócrates por el culto de Esculapio, lo que hubiera sido para la vida civil la sustitución del culto de Solón al estudio del derecho. A pesar de ello, la incomparable concepción de la grandeza de la humildad ha sido el verdadero milagro de los siglos, levantando a la humanidad seudocristiana sobre la

---

(1) Renan, "Vida de Jesús".

humanidad judía y gentil, para estancarla por mil años en el ideal inmóvil, por la inmovilidad del entendimiento, bajo el despotismo asiático de la iglesia vencedora y ensoberbecida por la omnipotencia sin límites; la costosa grandeza de alma supeditada por el fácil culto de los santos, y la devoción ritual sustituída a la mejora de los sentimientos por la educación del entendimiento, entregaron la más alta moral que ha conocido el mundo al usufructo de las almas bajas, que pusieron la libertad y la justicia de la tierra al servicio de los fuertes y el cielo a la merced de los privilegiados, haciendo de las penas y las recompensas futuras, y de los milagros, las indulgencias y las reliquias, artículos de comercio eclesiástico, hasta que los teutones y escandinavos, reemancipando al espíritu de la idolatría y del absolutismo de la iglesia, reabrieron para las naciones del noroeste de la Europa la marcha ascendente de la humanidad bajo la estrella de Belén; en cambio, las naciones que otrora fueron cabeza de la civilización presente están, todavía, ofreciendo al mundo el triste y singular espectáculo de su decadencia manifiesta, por consecuencia de un cristianismo idólatra y estrecho, enemigo de la libertad moral, que repudia la sensatez y la felicidad de los hombres por el progreso de su entendimiento, y de un liberalismo alejado del Evangelio por su repugnancia a la iglesia supersticiosa y despótica, y que tampoco acierta con la verdadera vía de la salud moral.

Antorcha del espíritu fué la iglesia mientras oprimida luchaba con los oprimidos por los fueros de la conciencia moral recién nacida; lápida del entendimiento, cuando triunfante con los poderosos "se inoculó el virus de la superioridad social", y el orgullo y la intemperancia de la santidad humana; alegría de esta vida, mientras fué esperanza de mejores tiempos en este mundo por el ansiado imperio de la fraternidad y la benevolencia entre los hombres cuando llegase "el reinado de Cristo en la tierra", que se transformó, bajo el reinado de la iglesia, en esperanza de mejores tiempos en el otro mundo y desesperanza consecutiva del presente, relegado a simple estación de pruebas para el infeliz transeúnte de la tierra, en la

que nada había que hacer sino vegetar en la oración y la penitencia, porque nada había que esperar mejor que lo existente. Y muerta la esperanza en el mejoramiento de las condiciones del hombre en el mundo, la cristiandad vegetó la horrible pesadilla del purgatorio y del infierno, desde el siglo IV hasta el siglo XIII, en que empezó a despertar de la sola esperanza de la dicha póstuma a la esperanza de la dicha en la vida, de la insana fe exclusiva en la libertad y la justicia de ultratumba a la sana y animosa ambición de la libertad y la justicia en la tierra también, que en el breve espacio de tres siglos, y especialmente en los pueblos de habla inglesa, ha realizado maravillas de tolerancia, de paz doméstica, de benevolencia mutua, de sensatez humana, en fin, por la sustitución del blando imperio del derecho, la justicia y la razón, al duro despotismo salvador de la iglesia, por la libertad moral de todos substituída a la omnipotencia espiritual de los obispos.

La buena nueva de la redención de los oprimidos, los vejados y los perseguidos, por la creación de la conciencia moral sobre la esperanza de un mundo venidero en el que los últimos serían los primeros, hizo nacer la dicha que levanta la vida sobre la tierra que sólo conocía el placer que la enerva y la consume. Libertado del yugo de su propio egoísmo sin límites por la institución del amor al prójimo, y por la elevación del alma emancipado de las cadenas de la vanidad, de la hipocresía, de la sensualidad, de la avaricia, del odio, de la envidia y la soberbia, que son los verdaderos impedimentos de la felicidad y los peores tiranos de la tierra, el hombre, redimido de las flaquezas de su bestia por la excelencia de su espíritu, vino a quedar en tan levantada condición que el más humilde esclavo pudo ser más dichoso que el más alto potentado.

El hombre de la antigüedad entrevió por primera vez la futura grandeza moral del hombre del porvenir y la suprema belleza de la creación, cuando se sintió superior al infortunio y en aptitud de afrontar la desgracia y acometer valientemente los trabajos, los peligros y las miserias de la vida en la seguridad de un alto destino en pos de una noble existencia en cual-

quiera condición social. La verdadera alegría, la alegría superi
a las amarguras ambientes, apareció entonces sobre la tier
de tal modo que los perseguidores atónitos atribuyeron a locu
completa la incomprensible satisfacción con que los afiliad
a los sentimientos nuevos, despreciando los goces del mun
pagano, arrostraban el martirio para quedarles fieles hasta
fin. "La alegría es una virtud —dice el Pastor de Hermas,
fines del siglo II—. La alegría es una virtud; la tristeza afli
al Espíritu Santo, le rechaza de un alma; pues el espíritu
ha dado alegre al hombre. La oración del hombre siempre tris
no sube hacia Dios" (1).

Dos siglos más tarde la alegría fué ofensiva al Espíritu Sa
to, y sólo la oración del hombre compungido y contrito pu
subir hacia Dios. Todo cambió por la sustitución del temor
la esperanza, cuando los doctores de la iglesia hubieron org
nizado el infierno y sus torturas (2), que fueron un mar de
nagre derramado sobre el entendimiento humano, y el dicho
y alegre neófito y sombrío devoto de la era eclesiástica; to
cambió desde que se entendió que la especie humana esta
condenada al remordimiento por sus faltas pasadas; el suf
miento adrede, el ayuno, la miseria, el desaseo, el llanto,
tristeza y la aflicción cuotidianas vinieron a ser las virtudes
dentoras del alma del cristiano de la Edad Media, necesita
de rescatar, por el sacramento eclesiástico de la penitencia, l
pecados del prójimo y las culpas de sus antepasados hasta
primer hombre.

Y del mismo modo en que una facción desmesuradamen
desarrollada basta para hacer horrible al rostro más hermos
así, en la más bella concepción de la vida, la amplificació
desmesurada de la responsabilidad del mal, adjudicando pen
monstruosas a los actos más insignificantes, bastó para cambi
la fuente del consuelo en manantial de angustias y torment

(1) Renan, "L'Eglise chrétienne".

(2) "El primer esbozo de un infierno cristiano con sus categori de suplicios, se encuentra en las obras de Santo Tomás." (Renan, lug citado.)

La moral de Galileo, que es la distinción entre las buenas y las malas acciones en relación al bienestar de los demás, será eternamente la médula espiritual de la humanidad en marcha, porque consiste en la mejora indefinida del corazón del hombre, sin dependencia de sistemas para alcanzar la salvación de cada uno por la bondad de los sentimientos, que son bendición para todos. Y porque la moral de los cristianos, bajo la dirección de la iglesia, consistió sólo en la afección a Jesús para ser salvados por la devoción, el bien para el cielo llegó a ser diferente del bien para la tierra, y lo que él se proponía suprimir —la explotación y la persecución del prójimo— sobrevino con la distinción entre los elegidos y los repudiados, entre los amigos y los enemigos del Señor, y el consiguiente espíritu sectario, que es la fuerza y la lepra de los partidos, fulanistas o principistas. La fraternidad humana perdió casi toda su significación bajo el dogma eclesiástico de la separación eterna en la otra vida, que implicaba la separación absoluta en esta vida, entre los predestinados a la dicha eterna y los condenados a la eterna desdicha.

Dar a los pobres era dar a Dios; pero, desde que Dios tuvo sus representantes constituídos, dar a los representantes de Dios fué mejor que dar a los pobres de Dios, y la caridad póstuma se cambió también en la devoción póstuma, que hasta hoy induce a los católicos romanos en todo el orbe a legar para el bien de su alma en capellanías, misas y novenas, y no para el bien del prójimo en escuelas, bibliotecas y asilos. Esta fué la triste y fatal consecuencia de la sustitución de la idea del Padre común de las criaturas que implicaba la hermandad de los seres humanos, no obstante las diferencias de sexo, de raza, de creencias, de condición social, y a quien los fieles se dirigían como hijos contentos y afectuosos, por la idea del Juez Supremo a quien los pecadores sólo podían dirigirse de rodillas, como los litigantes ante el Cadí, y de quien los sacerdotes eran oficiosos y celosos jueces delegados (1), que llegaron por simple exceso

(1) Por el canon: "Si quis suadente diabolo", el que pone su mano sobre la persona sagrada de un sacerdote, queda por ese solo hecho condenado a las penas eternas.

de celo hasta convertirse en verdugos implacables de los desgraciados pecadores.

Y la iglesia, constituída así en juez del pensamiento y la acción, vino a ser la más detestable, odiosa y aniquiladora traba del entendimiento, la institución a la vez más necesaria y la más repugnante a la más cara conquista del espíritu humano; de esa manera la sola esperanza de relevamiento moral para esta América de la Santa Sede —en la que las cosas del alma son materia de supersticiones paganas para el vulgo, y materia de mofa y desprecio para las gentes ilustradas, porque vienen de la iglesia de la Edad Media— es la adaptación del catolicismo a la vida moderna, que realiza en estos momentos la América del Norte, con el mayor disgusto de la Santa Sede, dice Ernesto Nelson.

La moral precristiana del castigo para hacer la cura de la perversidad por el miedo al mal, trasladada a la doctrina de la vida futura, fué la enmienda de los doctores de la iglesia a Jesucristo —que predicaba la cura de los malos instintos por los buenos sentimientos— y la razón de ser de la universal parálisis de pensamiento y de acción que afligió a las naciones cristianas, facilitando el triunfo de los árabes y los turcos por el empobrecimiento de los pueblos; de igual manera el reensanche de la capacidad de pensamiento y de acción, y la mejora consecutiva de los sentimientos por la libertad de conciencia y la educación del pueblo, es la razón de ser de la prosperidad, la moralidad y el vigor incomparables de los colosos del presente, que son los Estados Unidos de Norte América, la Inglaterra y la Alemania [1].

...“Tal era su arrogancia que se permitían fallar sobre la condición futura de los individuos y condenarlos, cuerpo y alma, a los tormentos eternos, como si hubiesen asistido a los consejos privados de la divinidad o fuesen los dispensadores de su venganza en este mundo (Wishart). El clero, ebrio de poder, llegó a tal estado de arrogancia, que declaró sin ningún escrúpulo, que todo el que respetase a Cristo debería por eso mismo respetarlo.” (Buckle, “Civilisation en Angleterre”)

(1) Descarto la Rusia que reedita en el presente el crecimiento de la España del pasado y de la Roma antigua —la conquista por incorporación— porque su fuerza no viene del vigor moral y mental de su pueblo sino de la debilidad de sus vecinos del Asia.

El mundo real es necesariamente el remedo del mundo ideal y porque se entendió que el castigo inexorable de los pecadores era la ley en los dominios de Dios, el castigo implacable de los pecadores fué la ley en los dominios de los representantes de Dios, que, anticipando el fuego eterno, encendieron la hoguera; y porque se entendió que los males de la tierra no eran la natural consecuencia de la imbecilidad de los hombres sino castigos deliberados del cielo a los menospreciadores de su Santa Iglesia y sus sagrados ministros, que alcanzaban a los buenos por culpa de los malos (1), la destrucción salvaje de los malvados vino a ser la más alta fórmula de la piedad cristiana. De nuevo concebido el mal como el causante ordinario del bien, resurgió la espantosa crueldad que hizo las persecuciones cristianas y que llegó hasta los tiempos modernos en los autos de fe, en las galeras y las minas españolas, en la ergástula italiana y austríaca, en las mazmorras de la Inquisición, en los Plomos de Venecia, en la Torre de Londres, en la Bastilla, y hasta nuestros días en las prisiones de Siberia y en las guerras civiles de Sud América.

Y porque también en el orden moral cada cosa pare lo semejante y el bien engendra el bien como el mal engendra el mal, la doctrina de la redención moral por la abnegación, que fué una intuición de vida, parió aquellos héroes sublimes de la fuerza moral, arquitectos de la conciencia cristiana, que fueron los mártires del paganismo, contentos y dichosos hasta en el suplicio. Y la mala nueva del temor de Dios para escapar por la penitencia, la tristeza y la renuncia de este mundo a los suplicios del otro, que creó el ascetismo, el cilicio y la humillación, extinguió el perdón y encendió la hoguera implacable, en la doctrina de la redención moral por el sufrimiento físico,

(1) "A la expulsión de los moros en 1609, los que habían tomado parte en esa obra gloriosa, debían ser recompensados por las más grandes bendiciones. Ellos y sus familias quedaban colocados bajo la protección inmediata del cielo. La tierra daría más frutos y los árboles se doblarían bajo el peso de la suya; el pino brotaría en el lugar del espino, y el mirto donde brotaran las zarzas. Una nueva era debía empezar: la España libertada de su herejía iba a ser feliz". (Buckle, lugar citado)

que fué una intuición de muerte, parió los apóstoles de la eterna desventura, las almas tristes, viudas de la esperanza y desposadas con el desconsuelo, que convirtieron la tierra en un "valle de lágrimas" (1).

Pues la tierra se tornó en verdadero infierno para los creyentes en el infierno y en el diablo tentador de los buenos, que estaba en todas partes. Venía el diablo cuando lo llamaban y cuando no lo llamaban, y huía cuando los malos le mostraban una cruz; pactaba con los hombres y las mujeres para venderles un momento de placer por un siglo de martirio; se les metía en el cuerpo y los poseía; era invisible y olía a azufre; asumía a su capricho la forma de mujer, de fraile, de árbol, de piedra, de animal: en infierno se convirtió la tierra para los mismos

---

(1) ..."El motivo por el cual un tan gran pueblo bajo muchos respectos se debate aún (1834) con las tinieblas, es simplemente porque continúa todavía bajo la influencia de esa larga y terrible noche que por más de un siglo reinó sobre el país entero. Se verá que los escoceses deben a la misma causa su carácter duro y lúgubre, su falta de alegría y su indiferencia por la mayor parte de los placeres de la vida: rasgos característicos que son el producto natural de las opiniones sombrías y ascéticas que les han sido inculcadas por sus instructores religiosos. En efecto, en esta época, como siempre, una vez que hubo establecido su poder, el clero se mostró un amo severo e insensible. Tuvo al pueblo en una esclavitud más dura que la servidumbre egipcia, pues encadenó el espíritu y el cuerpo y no sólo le prohibió toda diversión inocente, sino que aun le persuadió que tales diversiones eran criminales. Consiguió su objeto tan completamente, que después de 150 años dura todavía la impresión producida. El pueblo lleva aún las señales del látigo, abandona sus derechos, sacrifica su independencia, y entrega su conciencia por obediencia a la órdenes de un clero intolerante y ambicioso...

"Los pastores no cesaban de predicar contra el diablo y de preparar a su auditorio para un encuentro con él. De allí sucedía que el pueblo estaba medio loco de terror. Todas las veces que el predicador hablaba de Satanás, la consternación era tan grande que no se oía en la iglesia más que suspiros y sollozos. Es difícil hacerse una idea de lo que era entonces una congregación escocesa. Sucedía a menudo que las gentes del pueblo, embargadas y estupefactas por el terror, estaban arraigadas en sus asientos por la horrible fascinación que se ejercía sobre ellos, que los forzaba a escuchar aunque hicieran esfuerzos convulsivos para respirar y que el pelo se les erizaba en la cabeza. Semejantes impresiones se borran difícilmente. Así el espíritu conservaba las imágenes del terror que acompañaban al pueblo en sus trabajos ordinarios. Cada uno creía que el diablo estaba siempre y en persona, pisándole los talones: que le poseía, le hablaba y tentaba continuamente. Imposible escaparle. Por todas partes donde fuese, allí estaba. Un ruido cualquiera, la vista repentina de un objeto inanimado, de una piedra por ejemplo, tenía el poder de traer a la memoria el lenguaje oído en el púlpito." (Buckle, "Civilisation en Angleterre", t. 5 pág. 77 a 85.)

redimidos, que dieron en considerarse más perdidos que nunca en un mundo de asechanzas a su virtud y de emboscadas a su debilidad.

Y las angustias imaginarias del mañana, injertadas sobre las ansiedades reales del presente, endureciendo el corazón con las autotorturas de la conciencia extraviada, por la más grande aberración eclesiástica, fecundaron en la doctrina de la fraternidad humana la crueldad humana; la amplificación de los horrores del infierno y de la inmensa responsabilidad por los pecados eclipsó todo otro sentimiento en el infeliz creyente, monopolizado desde entonces por la más angustiosa preocupación de su propia alma asediada por las tentaciones y en peligro de torturas eternas: verdadero náufrago de la vida, asido a la iglesia como a su tabla de salvación, paria de la existencia para quien la vida era un tormento perpetuo, desde que el bienestar llegó a ser incompatible con las supuestas condiciones de la dicha eterna.

Inmovilizado para el pensamiento y la acción, desde que un mal pensamiento o un mal paso podían perderlo para siempre, el tullido del miedo al purgatorio y al infierno estaba forzado a desatender este mundo para cuidarse del otro con la purgación anticipada de sus culpas.

En la doctrina de la redención moral por la expiación, que es decir por la represión, resurgió inopinadamente la barbarie precristiana, en la tendencia autocrática y el carácter despótico de la iglesia fundada sobre la libertad moral del Evangelio, y la idea del castigo del mal se sustituyó insensiblemente a la idea de la inspiración del bien, e indujo a procurar por las torturas morales la rectitud, y aunque, en alguna medida, es posible conseguir para la conducta de la vida, del miedo al castigo la abstención del mal, esto no es más que una especie de moral fisiológica, común al hombre y a las bestias, una moralidad de baja extracción que llevará siempre, como una tara de familia, el estigma de su menguado origen.

Porque el rigor del castigo, real o imaginario aun necesario como complemento y sustitutivo de la educación moral, es un miserable maestro de la buena conducta; la sociedad gobernada por el terror del infierno se encontraba en el mismo plano de disciplina moral de aquellos regimientos de presidiarios en los que, el fusilamiento, las estacas, los sablazos y los azotes a pasto extinguían los restos de vergüenza en la tropa y embotaban los sentimientos de los jefes que, por ese camino, solían llegar a ser tan canalla humana como la chusma que gobernaban a palos (1), pues el aniquilamiento de las tendencias generosas y la exasperación de los sentimientos innobles, en el común de las gentes, ha sido siempre la característica de todo régimen de terror, en todo tiempo y bajo todas las variedades de la malhadada especie. Y tal fué, justamente, el caso de los santos inquisidores a quienes convirtió en fieras de hecho el oficio de componedores de criminales por la tortura.

Del Galileo que no predicaba horrores, cataclismos y proscripciones, como los profetas judíos, porque "había lugar para todos en la casa de su padre", vinieron la esperanza y el buen humor que embellecen el mundo, atenúan la desgracia y son las fuentes de la benevolencia, de la sensatez, de la caridad, de la tolerancia y del amor al prójimo que indujo a los primeros fieles a preferir como el maestro de la humildad de alma el papel de víctimas al rol de victimarios, y que hoy funda universidades y edifica escuelas para hacer la multiplicación del pan del entendimiento humano para todos los hombres y las mujeres: de sus extraviados continuadores vinieron el pesimismo, la tristeza y el humor negro que disgustan del mundo y empujan a la ermita y al claustro, pues el hombre tiñe las cosas del color de sus sentimientos, y llena el mundo de lo que está su alma.

(1) "Tales fueron los métodos primitivos de Pizarro y de muchos otros piratas beatos que predicaban el Evangelio con el sable en la mano hace apenas cuatro siglos. A los millones de infortunados y pacíficos indígenas que los españoles hacían morir por un trabajo sin respiro, se les ofrecía graciosamente el cielo después de la tumba, en compensación del verdadero infierno en quo los había sumergido la conquista." (W. T. Stead, "L'Americanisation du monde")

y huye del mundo cuando lo ha poblado de demonios, de fantasmas, de brujas, de duendes, de aparecidos, hijos espúreos de la perturbada conciencia cristiana, que eran los espantosos inquilinos imaginarios y extraordinarios de la tierra en la Edad Media bajo el angustioso imperio del terror del infierno. Ese terror "convirtió la religión de la caridad, la fe y la esperanza en asunto de caras largas y tono sepulcral", estancó los sentimientos nobles en el corazón helado del terror y atrasó en mil años el progreso del entendimiento humano en Europa, y en mil y pico en la raza española, doblemente enflaquecida e intoxicada por la ignorancia adrede y el terror a destajo; la una y el otro la convirtieron en patrimonio de los frailes y de los bellacos, de las almas marchitas y de los espíritus rebeldes en consecuencia de la deserción de la lucha por los educados en "la escuela de la intimidación y la obediencia pasiva, que castra la mente y produce los eunucos de la voluntad y la inteligencia" (1), sólo aptos para pedir a Dios que les remedie los males del país, que no pueden, porque no saben, remediar ellos mismos.

Pero, "las abrasadoras y tétricas doctrinas de piedad pesimista que antes helaban el corazón y alargaban el rostro de los creyentes devotos en el fuego del infierno y en la condenación eterna, cedieron su lugar más pronto en la alegre Inglaterra a la religión del amor y del religioso optimismo que ensancha el corazón, ilumina el semblante y desafía la edad"; y la Inglaterra vino a ser el primer pueblo cristiano que se emancipó del terror del infierno a pasto, y de sus fúnebres empresarios, las órdenes religiosas, predicadoras de pobreza e insaciables acaparadoras de bienes, por una de esas fantasías humorísticas de la naturaleza que ha hecho también, a los gatos, enemigos irreconciliables del agua y golosos de pescado; en consecuencia, asimismo, fué el primer pueblo en el cual "el bienestar que endulza la sangre", y que ha alargado la vida humana de 30 años en el siglo XVIII a 40 en el XIX, —atenuando por la higiene y el

(1) Sergi, "Decadencia de las razas latinas".

trabajo inteligente las desgracias del cuerpo y las miserias del alma que encuentran consuelo en el mal del prójimo—, debilitó a la vez la vindicta sobre los muertos y sobre los vivos, haciendo vacar los terrores del mañana y los suplicios del presente; también fué el pueblo en que los partidos y los gobiernos se emanciparon más pronto de la tendencia universal a dominar por la violencia y la intimidación, que tanto duró en España, que prevalece aun en Rusia, y es la vergüenza y la lepra de Sud América, y aquel en que el comunismo y el anarquismo de nuestros días han encontrado menos ambiente para sus odios y sus procedimientos implacables; la raza, en fin, que volvió primero a refrescar el espíritu en la fuente ordinaria de la salud moral.

En cierto sentido, la tenebrosa noche moral de la Edad Media fué la obra póstuma de Nerón Anticristo, pues, obsesionados los cristianos por el escozor de sus maldades inexpiadas, inventaron el infierno para castigar la perversidad de los muertos, y el infierno cristiano trajo su manto de pesimismo y sus hijos de maldición. No satisfechos con el premio eterno de los buenos y los humildes, los perseguidos quisieron también el castigo eterno de los soberbios perseguidores, y el Dios del perdón transformado en vengador de sus fieles y en juez inexorable de la violación de los preceptos de su iglesia, revistió en el entendimiento cristiano el carácter rencoroso, vengativo y cruel de Jehová.

La pura idea cristiana —"el triunfo sobre la fuerza por la pureza del corazón", en la esperanza del bien para los buenos— sólo podía satisfacer a las partes nobles del espíritu, y la humanidad no estaba posible para el solo culto del bien. Las secciones innobles del alma humana reclamaron su parte en la doctrina del otro mundo, y el hambre de venganza creó su alimento en la esperanza del mal para los soberbios, completando con la teoría de los males eternos la doctrina de los bienes eternos para el hombre de bien y de mal.

Con la institución de los tormentos póstumos para los malvados, los virtuosos se sintieron complacidos en todos los departamentos de su espíritu, y la iglesia satisfizo a la vez y

tan completamente los instintos generosos y los instintos mezquinos de la criatura humana, que su poder sobre las almas llegó a ser omnímodo desde que pudo albergar en sus dogmas a los espíritus nobles y a los corazones ruines, y la verdadera maldad —la crueldad a frío— adquirió carta de ciudadanía en la virtud cristiana bajo esa manera de histerismo moral que impulsó al aniquilamiento de los herejes por la tortura y el fuego, hasta que la mejora del entendimiento por el progreso de las luces profanas consiguió hacer repugnante a la pacificada conciencia moderna la piedad furibunda de la Edad Media.

En el último siglo, dos tercios de la cristiandad han convalecido de la creencia en el diablo, en las brujas, en los magos, en los aparecidos; no se extirpa ya la herejía con la tortura y la muerte; las epidemias no se combaten ahora con reliquias y procesiones, los locos no se curan con cadenas, palizas y exorcismos. En uno o dos siglos más convalecerá de la sed de venganza, del culto del martirio y del coraje, vías predilectas de la imbecilidad cristiana en el pasado, que obligaron a la pobre razón humana a arrastrarse en la más grande confusión de límites con la sinrazón y la insensatez completas, no siendo de extrañar, tampoco, que el espíritu de venganza y la incapacidad de sujetarlo se conserven en los pueblos, todavía, en razón directa de su proximidad a la más intolerante y despótica iglesia cristiana.

De sólo cavilar en las maldades ajenas los buenos se ponen malos y los malos se ponen atroces, y es por el odio grande a las grandes maldades que los hombres hacen las maldades grandes, no mediando entre el tirano, el inquisidor y el anarquista más que una diferencia de situación personal y de punto de vista. Los hombres son amables por la parte en que desconfían de su rectitud, y son duros por la parte en que se creen perfectos, como es por la parte en que se creen importantes o bellos que son tontos o fatuos; y, ciertamente, no ha sido entre los bandoleros de oficio sino entre los virtuosos de profesión donde han sobrevenido en el pasado los prototipos de la ferocidad humana. "El cadalso —dice Lub-

bock— ha hecho inmortales en la historia tantos hombres como el trono". Y los puritanos y los jacobinos ilustraron de singular manera, en dos terrenos distintos, esta peculiaridad del orden moral, por la que los hombres de corazón acaban por preferir el gobierno de los pillos al yugo inaguantable de los santos, como aquel cacique cubano, Hatwey, que, en el camino al cadalso, se negó a convertirse al catolicismo para ir al cielo, cuando supo que también irían allí los españoles.

El lado amable de las cosas, reales o imaginarias, produce satisfacción, el lado horrible produce pena; lo que levanta el espíritu, levanta la vida, —desde Hipócrates hasta Fonsagrives se ha considerado que la alegría es la más poderosa palanca de la salud física [1]; —lo que deprime el espíritu deprime la vida —el miedo, la tristeza y la envidia son malsanas, la ira y el malhumor son venenosos— y si las grandes miserias y la grande imbecilidad del hombre en el pasado impidieron al entendimiento humano concebir una ciudad eterna para los buenos sin una ergástula eterna para los malos, las generaciones venideras llegarán, están llegando, mejor dicho, a poder concebir el más allá sin los suplicios, las *vendettas* y las crueldades del más acá.

Escribiendo en un país en que están abolidos el duelo y el coraje contra el prójimo, dice John Fiske: "Es cierto que todavía no hemos llegado hasta suprimir el robo y el asesinato; pero, por lo menos, hemos hecho ilícita la guerra entre particulares; hemos conseguido levantar de tal modo la opinión pública en contra de ella que los tribunales de policía proceden usualmente de un modo muy sumario con el hombre

---

(1) Los asombrosos progresos de la religión de la Ciencia Cristiana, recientemente fundada en E. U. A. por Mrs. Eddy, que ofrece a los fieles más alicientes que todas las religiones existentes —la salud y la alegría, además de la salvación eterna— y que, al paso que lleva, en un siglo igualará el poder que la Iglesia Romana ha acumulado en quince, los asombrosos progresos de la "Christian Science", destinada, tal vez, a gobernar el mundo, dice Mark Twain tiene una base positiva — "la circunstancia de que los cuatro quintos del dolor y la enfermedad en el mundo son creados por la imaginación de los pacientes, y mantenidos por sus propias imaginaciones".

extraviado que trata de saciar su odio contra su enemigo". La especie humana se encamina, pues, a ser mejor cada día, y entretanto, el niño recién despertado al conocimiento de las cosas no se consuela de un golpe con un juguete o una golosina, si no le aplica, también, al objeto en que tropezó, un mal proporcionado a su disgusto del caso, pues el hombre nace con la vocación para creerse inocente de sus males y la predisposición a vengar sus errores en el cuero ajeno. Al adulto tampoco le basta el bien de su buena conducta y si no ve el mal de la mala conducta ajena, y con todo el progreso moral que la humanidad ha realizado aun es muy difícil dejar incontestada una injuria —mayormente en los pueblos en que tal heroísmo moral es llamado cobardía—, imposible poner la otra mejilla al desahogo completo de un amigo en mal humor, —y no un pelo, por supuesto, si el tal amigo está enojado, con cuchillo, con rebenque o con revólver—, y un pícaro afortunado es todavía una causa de fastidio y malestar para el hombre de bien a carta cabal, y un motivo de envidia irresistible para los simplemente contenidos por el temor de las penas presentes o futuras. De tal manera, hasta bien adelante del siglo de las luces, fué necesario colgar la cabeza de los delincuentes en lugares públicos para aterrorizar a los tentados y para que los buenos pudieran disfrutar del aun sabroso espectáculo del mal en cabeza ajena.

Y ese sufrimiento que brota en el corazón del bueno por la prosperidad o la simple impunidad del malvado le induce a desearle el mal, y el deseo ardiente de que les sucedan males a los pícaros lleva fatalmente a los que se creen buenos a convertirse en instrumentos del mal que anhelan para los que creen malos, pues, no obstante las apariencias de cordura, aun somos profundamente imbéciles y anticristianos en el fondo. Y porque cuanto más grande es el esfuerzo que nos cuesta el ser buenos tanto mayor es la contrariedad que sentimos por el bien de los malos, los departamentos más crueles del infierno fueron inventados por los más piadosos pensadores cristianos.

El mal para los malos es un instinto común al hombre y a los animales. Por eso, para el hombre natural hay algo más apetecible que la dicha de los buenos y es la desdicha de los malos. Por eso los judíos, que no esperaban un Mesías redentor de la humanidad sino un redentor de Israel, exterminador de sus enemigos y vengador de su raza vejada y oprimida, no pudieron reconocer al emancipador del espíritu humano y lo mataron; por eso los sucesores del que trajo la doctrina del olvido de las ofensas para libertar al hombre de la tiranía de sus pasiones suicidas y fratricidas no llegaron a ser omnipotentes sobre la imbecilidad humana sino cuando crearon, con la doctrina de la vindicta póstuma, el pasto espiritual para los instintos vengativos; por eso, antes de que aparezcan las instituciones de beneficencia se han mellado en el prójimo todos los instrumentos de martirio; por eso, antes de que se descubriera el arte de crear la decencia en el espíritu por el hogar y la escuela, la represión de la indecencia por la moral operatoria en carne viva había diezmado a las generaciones pasadas por mano de nuestros mayores, y diezma aún a las generaciones presentes, peor que las pestes y las epidemias, en los pueblos todavía semisalvajes, en los que, una oreja, una mano, un ojo o un pie extirpados por el verdugo, alcanzan apenas para saldar nuestras "contravenciones de policía"; por eso, antes que la benevolencia traiga la tolerancia y la paz, la malevolencia ha cansado a la guerra y a la crueldad.

Y porque el sentimiento del mal es más vigoroso y más universal, como más homogéneo de la imbecilidad humana, que el sentimiento del bien, la fe en el castigo de los malos sobrepujó inmediatamente a la fe en la recompensa de los buenos. Así llegó a ser el móvil y el tema predominante de la predicación cristiana, de tal manera que nuestros mayores discípulos del terror del infierno administrado por quince siglos en dosis tóxicas, y de la dureza consiguiente de los sentimientos, de las leyes y de las costumbres, entendían que la transigencia con las herejías, que es decir las opiniones distintas, implicaba complicidad, claudicación o cobardía, y eran

causa de condenación o de envilecimiento propios, por lo que se negaban a darles cuartel.

Y porque "un hombre que considera la vida con una visión que le presenta todas las cosas negras o grises, no puede hacer nada sano para modelar el destino de un pueblo potente y vigoroso", como dice Roosevelt, los reyes tétricos y los sombríos estadistas católicos, anegados en el terror del infierno por sus fúnebres confesores, no pudiendo crear en la religión, en las leyes y en las costumbres la robusta libertad moral del Evangelio, sino la sumisión asiática del catecismo; no el *self help*, sino el patronato; no la moral del esfuerzo personal y la fe en el bien que ha levantado a los pueblos protestantes, sino la moral del milagro y el terror del infierno que ha entecado a las naciones católicas, y que todavía llena los monasterios de fugitivos de este dichoso mundo, transformado en antro de perdición para los asustados de la vida, en esas sesiones de tinieblas y horrores infernales que llaman "ejercicios espirituales" (1).

Entre nosotros, la supresión del terror civil por la abolición de la traición y de la pena de muerte por causas políticas, y, finalmente, la concesión de amnistías, pensiones, honores y empleos a los vencidos, han sido la verdadera causa de nuestros recientes progresos, en cuanto han concurrido a producir un poco de ese espíritu de benevolencia recíproca,

(1) "Dice un diario de Roma que, deseoso de reforzar el efecto de un sermón que iba a predicar en la iglesia de uno de los barrios más populosos de Nápoles, ante un auditorio compuesto de gente pobre, de vagos y de mendigos, un sacerdote de esa ciudad hizo esconder una docena de individuos en la sacristía, detrás de los altares, en el coro y dentro de los confesonarios.

"Y, cuando al final de su sermón, que versó sobre los tormentos que esperan a los pecadores en la otra vida, entró a describir los horrores del infierno y del purgatorio, empezó a sentirse en la iglesia un leve rumor de cadenas y de quejidos, que fué creciendo a la par de la voz del orador, hasta estallar abiertamente en un estrépito infernal de hierro que se machaca y de ayes desesperados y desgarradores.

"Aterrorizados, los oyentes se precipitaron en masa fuera de la iglesia, dando alaridos espantosos. Hubo criaturas y mujeres pisoteadas.

"Intervino, como es natural, la policía, que prohibió terminantemente al orador efectista el uso de esos impresionables procedimientos «d'après nature», para pintar las cosas que pasan en el infierno". — "La Nación", enero 3 de 1903.

que es más útil que todos los principios habidos y por haber, porque es más cristiano.

La civilización seudocristiana de nuestros antepasados fué la preparación del hombre para la vida por el cultivo del temor al castigo y del terror del infierno sembrado alevosamente en el tierno espíritu del niño, para hacer el devoto de las imágenes milagrosas; prohibiendo las luces, que son las fuerzas del entendimiento (1), ella dejaba al individuo en esa impotencia parcial que hace fatalmente ratero al gato sordo, fatalmente inmorales a los salvajes y a los dejados en la plena pobreza natural de entendimiento, que se pretendía remediar por la fe y el escarmiento, usando las torturas físicas y las torturas morales como el verdadero específico de enderezar criminales, curar locos y educar niños (2): como si se pudiera ir más lejos enflaqueciendo el caballo y agrandando el látigo y las espuelas.

La civilización moral contemporánea es la preparación del hombre para la vida por el ensanche del entendimiento y de los sentimientos; para ella el castigo no es ya el instrumento principal de la moralidad sino el mero complemento de la provisión de ideales sanos y de la eliminación de las tendencias torpes, y el medio de tener a raya a los pueblos y

---

(1) "Como en España seguían creyendo que la ciencia era enemiga de la religión y de la felicidad humana, y que bastan para un pueblo los conocimientos elementales que puede transmitirle su cura páróco". (J. A. García (hijo), "Ciudad Indiana".

"La educación de 1609 a 1622". — Por esos tiempos, la educación común en la República Argentina estaba reducida a la enseñanza de las primeras letras que se daba en los conventos, los que debían sostenerlas según su instinto. En Córdoba había seis de esas escuelas y en Buenos Aires cuatro. Sólo concurrían a la escuela los hijos de las familias más visibles. Los demás niños quedaban en una completa ignorancia. La instrucción de las mujeres era muy limitada, a causa de que se consideraba como una inmoralidad que supiesen leer y mucho peor escribir: "dos cosas que no servían sino de tentación para pecar y para sustraerse a la vigilancia de sus padres". A principios de 1800, dice el doctor don Vicente Fidel López en la introducción a la Historia Argentina, había todavía poquísimas señoras casadas que supiesen leer una página cualquiera. ("Monitor de la E. C.", número 349).

(2) "En cuanto a textos de lectura en las escuelas, no había (1831) más que esos librotes obscenos y terroríficos, llenos de fábulas religiosas y de descripciones del infierno, que las preocupaciones de la época ponían en manos de la infancia". (J. Guillermo Correa, "Sarmiento").

a los individuos sin cultura moral, como a los animales, pues se sabe positivamente que, enseñando a los hombres a querer y a poder el bien propio sin daño de tercero, se consigue hacer innecesaria la siempre desastrosa represión del mal con el mal. La matanza de un asesino en nada mejora la condición de sus víctimas, y si los brutos sólo pueden ser endilgados a palos, el palo embrutece el alma del que lo maneja sobre el hijo, el prójimo o la bestia.

E indudablemente, la nueva tendencia de la civilización nacida del Evangelio es hacia la substitución de la moral positiva a la moral negativa, —del deseo del bien al temor del mal—, mediante la educación del niño para el ideal de la rectitud por el amor a la decencia, hasta conseguir en el adulto la disciplina social por el sentimiento de la propia dignidad y de la nobleza de alma, de modo que huelguen esas muletas del sentido moral que son el patíbulo y las cárceles, el purgatorio y el infierno, en la manera, v. gr., en que han sido abolidos, finalmente, en la escuela nueva, a la vez que los catecismos de memoria, las penitencias, los ayunos, los carteles de oprobio, la emulación, los encierros, los plantones, la palmeta y los azotes, que pervertían el espíritu del niño en la escuela vieja, por la apelación al temor y a la envidia para conseguir la aplicación al estudio. Y es de justicia reconocer que esta novísima orientación de la humanidad está encabezada por la América de los puritanos con "el campo de la ciencia —privilegio de los hombres en Europa— abierto a la mujer" [1], con sus métodos modernos de educación y sus 400.000 maestros en la aurora del siglo XX.

---

(1) Stead, lugar citado.
En los Estados Unidos N. A., el 68 por ciento del personal docente se compone de mujeres, desde las escuelas primarias hasta las universidades. En la de Chicago, 48 por ciento de los estudiantes son señoritas. Con razón, pues, dice Amalia Solano, que "Dios ha hecho el mundo para los hombres y los Estados Unidos para las mujeres". Según los datos de Sergi, lo que los diferentes países gastaron en instrucción pública en 1901 fué, en millones de francos: Inglaterra, 253; Alemania, 303; Francia, 198; Italia, 47, España, 13; Estados Unidos, 922.

Para el hombre de bien por el solo placer del bien, y no por el temor de las consecuencias del mal, —que fué la excepción en el pasado y empieza a ser la regla en el presente— el purgatorio y el infierno de que la iglesia extrae, todavía, lo más granado de sus rentas, herencias y legados, son instituciones caducas, sólo vigentes y válidas aun para los ignorantes y para los discípulos de la escuela ultramontana y del hogar supersticioso.

Los que se sienten perseguidos por "el demonio, el mundo y la carne", y huyen del mundo que han poblado de peligros y tentaciones imaginarias, como aquel loco que se creía perseguido por los árboles y huía de los árboles, y frustrando su destino se refugian en los conventos para escapar a los fantasmas de su imaginación enferma, esos necesitan predicar al mundo las angustias y los terrores de que rebosan, para salvarlo, deprimiendo y enfermando así el espíritu humano para la vida humana. De ella salen, en consecuencia y en círculo vicioso, más descorazonados para predicar el descorazonamiento del presente, la nostalgia del pasado y la sola esperanza del bien en ultratumba.

Pero la penosa y aplastadora sugestión de los suplicios póstumos, que tuvo la supremacía sobre el espíritu humano en la profunda obscuridad intelectual de la Edad Media, viene perdiendo terreno día por día bajo una concepción cada vez más inteligente y menos rencorosa de la justicia divina. Y como el infierno y los conventos son instituciones correlativas, el enfriamiento natural del uno traerá la extinción correlativa de la otra, que, al finalizar el primer "siglo de las luces", ha conocido ya el primer lote de pedradas en la misma tierra clásica de los monasterios y de la mano muerta.

Sólo en aquella sociedad cristiana de la Edad Media, desequilibrada por el angustioso terror del mañana que expatriaba de la acción "en el presente que vive" a las almas buenas, dejando el campo libre a los bellacos; sólo en aquella sociedad de hijos de tigre, porque los corderos y las ovejas, refugiados en la vida vegetativa de las ermitas, los conven-

tos y la mendicidad, no tenían descendencia legítima, pudo un tan grande hombre de bien como el Dante complacerse en redactar su *Infierno* para ilustrar el código moral de su tiempo, mostrando en eterna desventura a los fautores de desventuras. Y sólo a medida que el poder político fué emancipándose del Santísimo Padre y de los venerables prelados y confesores para caer en la esfera de pensamiento de los pecadores comunes, la indulgencia y la tolerancia, que son la verdadera esencia del cristianismo, empezaron a mostrarse en la Europa, pues, por todo el tiempo en que la iglesia fué señora del mundo civilizado, solamente los iluminados por el resplandor del fuego eterno tenían derecho a la vida, con privilegio de quemar a los incrédulos para completar con el mal de los malos la dicha de los buenos: que en España, dice Bouillet, hasta el siglo XVIII todavía "se recreaban ávidamente en el auto de fe" —hoy felizmente substituído por las corridas de toros, último resto del circo romano, en las que aun se enojan con el bicho si sale incompetente para destripar caballos y machucar prójimos—. Y hasta que no se organizó con el libro y la prensa, frente a la solitaria y exclusiva cátedra sagrada, la cátedra profana, hasta que no fué quebrantada por el espíritu laico la omnipotencia de los obispos y los frailes, los herejes no tuvieron derecho a la existencia en tierra de cristianos.

XXV

DEL deseo de castigar a los malos hasta en la otra vida, salió la inicua doctrina de las torturas eternas, y nunca fueron los hombres más castigados por su propia perversidad, jamás un padre pagó más caro el engendro de un hijo monstruo: por la naturaleza misma de las cosas, todo ser humano es la primera víctima de su propio egoísmo estúpido, sea que éste corra por el camino del vicio o por el de la virtud; las torturas y penitencias que se inflige a sí mismo o que causa a los otros son, en ambos casos, la consecuencia inevitable de sus disgustos, reales o imaginarios, el alimento natural de las pasiones, las irritaciones y las inquietudes que aloja en su espíritu. Así, la obsesión del infierno ha sido la causa verdadera de los más grandes males que han afligido al mundo cristiano, donde el hombre no pudo ya morir tranquilo, como en los tiempos del paganismo, o feliz como en la era apostólica, sino atormentado por la incertidumbre de su suerte, oscilando entre la dicha eterna y el eterno suplicio, agravada regularmente por la crueldad inconsciente de algún estúpido sacerdote que le afligirá los últimos instantes con un despliegue de las torturas infernales a título de "ayudarle a morir en el santo *temor* de Dios", y porque, al fin, aquella regeneración del ciudadano por el temor de la guillotina, que dirigieron Marat y Robespierre, educados como nuestros federales por la religión del terror para la política del terror, fué una bagatela al lado de lo que había sido la regeneración del

hombre por el terror del mañana que patrocinaron los sacerdotes católicos y los pastores protestantes.

Toda acción espontánea es, en cantidad y calidad, la manifestación de una neecsidad de obrar, todo torturador es un torturado, todo predicador de horrores es un horrorizado, y los sinceros propagandistas de la doctrina de la condenación eterna, quemándose en su propio fuego, se sintieron, también, en grande necesidad de precaverse contra los horrores imaginarios del mañana por los padecimientos reales del presente, amortizado el pecado por el sacramento de la penitencia, para ganar el cielo por una existenica de perros.

"La camisa del divino contentamiento" se transformó en cilicio, porque de la doctrina del rescate de los pecados del alma por los sufrimientos del cuerpo nació la necesidad de padecer males para purgarse del mal, que vino a ser una vocación universal para el desconsuelo, el llanto y la amargura; el cristianismo, adulterado por la más desgraciada invención de los hombres, degeneró en una onda de desesperación irremediable en los espíritus desequilibrados por el histerismo consiguiente a la anemia del cuerpo y del espíritu.

Y el torrente de imbecilidad humana brotado de ese error de interpretación, en virtud del cual, después que uno sufrió la necesidad por todos, todos se pusieron adrede y de vicio y estupidez a sufrir y a hacer sufrir inútilmente por la salud de la más sana de las criaturas de Dios, continúa su impulso por el entendimiento humano, en tal manera que, no solamente los devotos siguen desempeñando su tonto e insano rol de afligidos *ad hoc* en esta vida para merecer consuelo en la otra (1), y redimiendo al menudeo sus mal-

(1) "Cuarenta y nueve días de fiesta en el año aparte de los domingos. Y sin embargo, la época colonial fué triste, no tuvo regocijos populares, los desbordes espontáneos de alegrías tradicionales en otros pueblos. Era una sociedad melancólica y silenciosa, como si un aura de abatimiento, de opresivo desconsuelo envenenara la atmósfera.

"En 1669, no obstante la ordenanza del Cabildo, se resistieron los vecinos a divertirse el día de San Martín, y se mandó, «se les saque a cada uno a 4 pesos de condenación y se les ponga presos en la cárcel pública»". (J. A. García (hijo), "Ciudad Indiana").

dades con puerilidades que llaman "penitencias" y consisten en mojigangas morales, sino que, en la misma doctrina de la beatificación del alma no por las gracias del alma, sino por las desgracias del cuerpo, los pobres de espíritu continúan beatificando por su cuenta a los destripados que sucumben sin "auxilios espirituales", que es decir, en el peor de los suplicios redentores de pecados.

Y como en la baja Italia, donde el pueblo rinde culto al alma de los bandidos que sucumben trágicamente, por suponerlos redimidos y mayormente indulgentes con los pecadores, dice Chasles, en el interior de nuestro país —menos desespañolizado que el litoral— los caminos están apestados de cruces y de nichos, algunos hasta de ladrillo y cal, como el del famoso bandido Maricato en el camino de Luján de Cuyo, que señalan el lugar en que un hombre cayó asesinado en desamparo, y en cuyos nichos los transeúntes y los vecinos más supersticiosos encienden velas por la noche, sobre todo en la del lunes, que es el día consagrado, y en tanto mayor devoción cuanto más bandido fué el difunto, foragido y mártir, pues de su alma purgada por el puñal de otro que tal, y convertida en "ánima milagrosa" *per accidens*, consideran dependiente la readquisición de su salud perdida, la recuperación de los objetos extraviados, el éxito de sus empresas y el logro de sus cosechas ([1]).

Como las almas incorporadas a la iglesia por el bautismo, que salían de este mundo fuera de los preceptos estableci-

---

En el último concilio de los obispos argentinos en Salta, los prelados resolvieron descalificar las fiestas de beneficencia, por entender ellos que la religión católica continúa siendo incompatible con las alegrías de este mundo.

(1) En las ruinas del convento de San Agustín, en Mendoza hace pocos años, había sentado sus reales un cretino despreciado en vida por todo el mundo y conocido con el apodo de "El Tonto de los Berros". Una mañana amaneció su cuerpo aplastado por el escombro que le servía de techo, y desde ese momento los devotos de a pie le consideraron alma doblemente milagrosa por ser dos veces bienaventurada, por la manera de reventar y por el lugar, y empezaron a poner allí mismo velas encendidas y enterradas en el suelo, por docenas, de tal manera que el paraje es ahora un fango nauseabundo de tierra empapada en sebo derretido.

dos por la iglesia para morir "en gracia de Dios", no podían seguir en la eternidad el mismo curriculum de ultratumba que aquellas que salen "confortadas con los auxilios de la santa religión", los que morían sin confesión y absolución sacerdotal, sin tiempo siquiera para arrepentirse tarde, los que no eran enterrados o no lo eran "en sagrado y con responsos", vinieron a quedar en una situación tan irregular, que se formó a su respecto la creencia de que tales almas no pasaban desde luego al purgatorio del otro mundo, sino que se quedaban "penando" previamente en este mismo, almas aplazadas que vagaban sin vida humana entre los humanos, y "se aparecían" en sus momentos de mayor impaciencia a los deudos, amigos o vecinos para urgirles por las oraciones, misas, y velas encendidas que les acortarían la cuarentena de ultratumba o bien les hacían maleficios para castigarles por su olvido y beneficios para recompensarles por sus buenas memorias, sobresaliendo, naturalmente, en la gravedad de los males y en la magnitud de los favores las ánimas de los más cachafaces en vida, como más necesitadas de la piedad ajena (1).

Así se reconstituyó espontáneamente, como subreligión del vulgo católico, el culto de los difuntos y la devoción de los foragidos, que la muerte violenta hace más temibles, pues, si en vida se les podía afrontar a la desesperada o con ayuda de vecinos, en ánimas errantes hasta los más valientes debían someterse a su influjo, tanto más funesto y depresivo cuanto más imaginario, y los pobres de espíritu, los parias intelectuales de este mundo se recuestan a la fe en las almas parias del otro, y a mortalidad, especialmente la infantil, ad-

(1) En China encienden luz en la puerta y ponen un cuidador para espantar los malos espíritus. Entre nosotros hay todavía muchas gentes que se santiguan al bostezar para que el diablo no se les meta en el cuerpo, aprovechando la ocasión.

"Los chinos — dice Beauvoir — agasajan de preferencia a los dioses del mal. Su máxima es: "No cuidarse de la divinidad buena, puesto que es buena pero propiciarse la mala que pueda dañar". "Java, Siam, Canton".

quiere proporciones horrorosas [1] entre estas gentes fanáticas de supersticiones, para quienes la higiene es palabra muerta por su profundo convencimiento de las causas imaginarias de la enfermedad y la salud, que les crea una verdadera imposibilidad mental de comprender las causas reales, como a los peregrinos mahometanos que sucumben por millares en la Meca o en las caravanas que a ella se dirigen todos los años, sin que las epidemias que los diezman les sugieran la menor duda sobre la eficacia de las cinco oraciones diarias del musulmán para la curación del cólera o la viruela.

Y este culto sin altares, sin templos y sin prelados de campanillas, con sus nichos al aire libre y sus cruces en el campo —con un "chambado" o un tarro viejo para recoger las limosnas de los transeúntes—, desparramados por todo el territorio los lugares sagrados de facto [2] y los fieles no empadronados en renglón separado del censo; esta religión del pueblo que consume, en las velas que arden de día y de noche en los ranchos humildes y en las casas lujosas, más sebo que las iglesias oficiales, y cuyas ideas y sentimientos peculiares forman, o deforman, mejor dicho, el alma del pueblo, contribuye con su porción de insensatez humana a la constitución del alma nacional, en la que suele mostrarse, a las veces, el espíritu de "La Difunta Porfiada", patrona de los imposibles y de las empresas descabelladas en la mente del pueblo supersticioso, porque habiéndose ahogado al pasar un río invadeable, desoyendo los consejos de los circunstantes, su cadáver fué arrastrado milagrosamente aguas arriba por la corriente, prueba irrefragable de que los espíritus pueden hacer

---

(1) Según la estadística de Chile, en 1902 hubo en este país 115.745 nacimientos y 110.699 defunciones.

(2) Don E. T. quiso suprimir del frente de su propiedad uno de estos adefecios que afean de día y peor de noche, el lugar. "No lo haga —le dijo el capataz— no lo haga, porque se quedará sin capataz y sin peones, y luego no encontrará gente que se atreva a arrostrar el enojo del difunto por servirle". Lo suprimió varias veces, y manos anónimas se lo repusieron siempre, pues estos "cálculos" del entendimiento que son las supersticiones, son más resistentes que los cálculos de la vejiga, y mil veces más difíciles de extirpar, en los adultos.

que las cosas en que intervienen sucedan no sólo de manera distinta a la regularidad ordinaria, sino aun, enteramente al revés de lo natural, lo justo y lo lógico.

Y tan al revés suceden en esta América de los conventos, la ignorancia y las supersticiones medioevales, que la piedad para los difuntos y el coraje para los vivos son la regla de estas sociedades construídas sobre la fe en la omnipotencia de los muertos y de los milagros de encargo, de que resultan estas comunidades tan enflaquecidas de espíritu que solamente los aduladores del país son tenidos por patriotas, y el que dice la verdad, para provocar el remedio, es considerado como un malhechor, como un enemigo del país.

Y nosotros que nos burlamos de los antiguos egipcios porque adornaban bueyes, sapos y culebras milagrosos, gastamos la altivez, la mentira y la intolerancia, vale decir, los sapos y las culebras con el prójimo, reservando íntegras la caridad y la benevolencia para los difuntos.

Y a estas gentes del pueblo que viven procurándose el auxilio póstumo de los bellacos muertos, ¿de dónde podría venirles un sano sentimiento de repugnancia para no aceptar la protección de los bellacos vivos, la amistad de los cuatreros, la consideración de los bandoleros?

XXVI

PERO si la imbecilidad, la involuntad y la inmoralidad son las condiciones espontáneas y primitivas del hombre, y disminuyen en la medida en que crecen la voluntad, la inteligencia y la conciencia, los pueblos que, por un menor crecimiento de estos antídotos de aquello, conservan una mayor mortalidad, criminalidad y déficits, no pueden esperar el mismo grado de prosperidad y bienestar que alcanzan otros, sin hacerse una montaña de ilusiones, sólidamente basadas, por lo demás, en la fertilidad del suelo y la extensión del territorio. Así la del consejero patriota que hace cincuenta años pronosticaba para el Brasil el rango de gigante entre las naciones, en cien años más, de los que la mitad van corridos como si tal cosa. Así nuestras esperanzas siempre muertas y renacidas siempre, de irnos a las nubes en los diez o veinte años subsiguientes por la constitución norteamericana, desde el pobre suelo mental en que nos dejó la más reaccionaria de las naciones cristianas, pues pueblos nuevos de entendimiento viejo, "vivíamos sabiendo únicamente lo que nuestros tiranos querían que supiésemos", como decía el general Belgrano en su traducción de la despedida de Wáshington.

Es que la constitución política de un pueblo es sólo el esqueleto articulado de un organismo nacional, y las ideas y los sentimientos son los nervios y los músculos que determinan y producen la acción, robusta o débil, tuerta o derecha, acomodada a la naturaleza de las cosas o a las supersticiones

sobre las cosas, y no es de la forma del cráneo —mera consecuencia del ejercicio o del desuso del cerebro en las generaciones pasadas—, no es del esqueleto —consecuencia también del ejercicio de la musculatura en las generaciones pasadas— que depende la posibilidad de substituir el orden a la anarquía, la decencia a la desvergüenza, la justicia a la iniquidad y la prosperidad a la miseria.

Por una equivocación muy lisonjera nos creíamos "la joven América" (1) hace cuarenta años, y, descontando una rápida y grandiosa transformación ilusoria, hablábamos con menosprecio de "la vetusta Europa", en la que una *Nueva Inglaterra* y una *Nueva Alemania* (2) se han levantado en nuestros días, mientras en el Nuevo Mundo católico una sucesión de Bolivias y Venezuelas, que se arrastran en la imbecilidad cristiana de la Edad Media, están mostrando cómo en estos mismos tiempos en que empieza a rejuvenecerse el espíritu humano de Asia por el Japón y las Filipinas, los mismos fugitivos de Filipinas, los depositarios del espíritu vetusto porque "nada han aprendido, nada han olvidado", están reenvejeciendo (3) tan eficazmente el espíritu de esta seudo joven América,

(1) "Si hay una paradoja que contenga alguna verdad es que hay pocas partes del mundo que sean menos americanas que la América del Sur...

"Los Estados de la América del Sur y del Centro han quedado, desde la conquista, verdaderos Estados de la Iglesia. Pero la religión católica romana impuesta a la mitad del hemisferio oeste, es singularmente desprovista de fuerza vital. Sería muy difícil citar un solo movimiento religioso que haya tenido origen en el sur de la América, que hasta hoy es una de las vergüenzas de la Iglesia católica". (W. T. Stead, lugar citado).

(2) "La Alemania —dice Carpenter— es el gigante de los tiempos modernos. Es uno de los mejores manufactureros y de los más sagaces comerciantes y en comparación con todos los países de Europa es el que está haciendo más con lo que Dios le ha dado".

(3) En Mendoza, que fué siempre una provincia honesta y progresista apenas establecidos —clandestinamente, por supuesto— han heredado en vida a cuatro o cinco viudas imbéciles y ricas, y por ellos mismos enloquecidas de terror del infierno, la más exafortunada de las cuales está acogida a un asilo en Córdoba para no morir de miseria, mientras los astutos donatarios edifican con su plata una suntuosa basílica, destinada a cosechar para el fondo de la Compañía y el óbolo de San Pedro, las utilidades de las viñas que han hecho recientemente un poco de prosperidad. A su sombra de manzanillo, en los últimos diez años se han instalado ya más de catorce nuevas congregaciones de frailes y beatas.

que, siendo desde ya la parte menos civilizada del mundo civilizado, está también en vísperas de ser la más vetústa, pues, a excepción de la Argentina, Chile y la Banda Oriental, que tienen alguna probabilidad de desenfrailarse para desespañolizarse, todo lo demás es harina del diablo a la sombra de la idolatría católica y de la doctrina de Monroe (1).

Hay en esto una lamentable confusión: se toma la novedad de las cosas por la novedad del espíritu humano, cuando, de suyo, las más antiguas supersticiones pueden hacer presa en el alma de un niño y las ideas más adelantadas pueden alumbrar el entendimiento de un anciano. Se toma la juventud edilicia o política de un pueblo por la juventud espiritual, que es cosa aparte y bien distinta. Un grupo de *never changig chineses* que emigrase a una isla desierta y recién nacida del fondo del mar, no podría fundar en ella un pueblo nuevo, sino lo contrario: un nuevo pueblo chino. Así, también, la España no fundó en la América del Sud pueblos nuevos, como la Inglaterra en la del norte (2), sino nuevos pueblos españoles, que era cosa —desgraciadamente— muy distinta.

(1) La doctrina de Monroe es, como la ha calificado John Brooks Henderson, "un ídolo" que conserva un "supersticioso dominio" en la mente nacional y caerá en cuanto la razón se abra paso. Producida en 1823 para defender la libertad y la civilización de la América contra el despotismo y el oscurantismo invasor de la Santa Alianza, sería ridículo invocarla hoy, cuando la libertad y la civilización han prosperado en Europa, mientras la gran mayoría de las repúblicas de América son comunidades de media casta y tercera o cuarta clase gobernadas por el despotismo militar temperado por las revoluciones concurrentes, dice K. H. Titherington, en "Munsey's Magazine".

(2) "En 1636 se discutieron en Boston, con ardor apasionado, los más profundos problemas que se relacionan con los misterios de la existencia humana y las leyes del mundo moral". (Bancroff). En Massachussets, en la misma época "el espíritu público estaba agitado por las discusiones sobre la libertad de conciencia y la independencia de la jurisdicción de Inglaterra".

"Compárase esta atmósfera moral y política con la de Buenos Aires, con aquellos regidores que decían amén a todos los despropósitos reales, acariciaban la mano que los abofeteaba, y al recibir las cédulas que les quitan hasta el derecho de vivir, las besan, las ponen sobre sus cabezas, las obedecen "con el respeto y acatamiento debido, como carta y cédula de su rey y señor natural, a quien Dios guarde". Van arrastrando una vida moral precaria a la espera de algún contrabando que les permita volver a España ricos, o haciéndose poco a poco a esa existencia de mi-

Porque el absolutismo espiritual y la fe en lo sobrenatural cuotidiano, que son entrañas morales de los pueblos católicos, no son tan antiguos como el mundo, pero tienen a lo menos más de diez mil años de existencia en el espíritu humano.

Y la misma riqueza relativa de la Francia, el mejor situado, el mejor dotado, y el más altamente civilizado de los pueblos católicos, no descansa sobre aptitudes de expansión, sino sobre capacidades de contracción, sobre el espíritu de orden doméstico y sobre la virtud pasiva del ahorro. No es la suya una prosperidad por exuberancia de energía como la de los anglo-sajones, sino por vida mezquina (1), que apenas llegada hasta el ahorro de los hijos, ha replanteado en forma nueva el grave problema del provenir de la raza en la ley de supervivencia de los más aptos para sobrevivir.

Los mismos escasos progresos de la América reaccionaria no son por obra de sus factores de adelanto, como los de la América liberal, sino por obra de los factores de afuera, por la inteligencia y el capital extranjero inducidos a venir por la riqueza virgen del suelo y el excedente de población y de competencia de trabajo en Europa, de cuyas sobras crecemos, más que de nuestras energías nativas. El de la América del Sud, como el de la España (2), es un progreso de prestado que en la mayoría de sus desdichados países no paga ni el alquiler de los capitales atraídos.

Así, a nosotros, los ingleses nos han fundado bancos y hecho ferrocarriles, vapores, frigoríficos, tranvías, puertos y obras

---

serias... Desde el primer momento la población y conquista del Río de la Plata, había sido inspirada por móviles esencialmente interesados, ante todo, por la avaricia". (Juan A. García (hijo), "Ciudad Indiana", pág. 205).

"El inglés gozaba en las colonias de más libertad que en la misma Inglaterra, y como había traído consigo a este país las instituciones sajonas, lo único que tenía que hacer era conservarlas". (W. S. Logan, lugar citado).

(1) Demolins, "Supériorité des Anglo-Saxons".

(2) "La tierra se nos va de las manos —dice Ramiro de Maeztu—. Extranjeros son los ferrocarriles, los bancos, las minas más prósperas, las fábricas más grandes... Porque de los 18.000.000 de españoles, cuatro son vagos y mendigos; cuatro, peones sin aprendizaje; seis, labriegos sin inventiva, enemigos del árbol".

de salubridad, mientras nosotros sólo hemos construído iglesias, conventos, oratorios y beaterios, y fundido bancos; los franceses y los norteamericanos nos han provisto de instituciones políticas, de educadores y de libros; los italianos están transformándonos las ciudades y la campaña por la substitución de la agricultura a la ganadería y de la casa moderna al rancho colonial: pero nadie nos ha traído, nadie puede traernos —a no ser como recolonizador— la honestidad de vida y la aptitud de gobernarnos (1) que dependen de nuestra inteligencia de la vida, de nuestra capacidad para la vida, que sólo pueden ser creadas o mejoradas por nosotros mismos.

Cumpliendo un precepto español de la constitución argentina, nosotros convertiremos los indios al catolicismo, pero ¿quién nos convertirá a nosotros a la libertad de pensamiento y de acción sin las cuales jamás podremos aprender a gobernarnos libremente y a prosperar como pueblo y como raza de hombres?

---

(1) Según el "Anuario Estadístico" de 1900, los déficits de nuestra administración en los últimos 37 años, ascienden a 408.795.000 pesos oro.

XXVII

En realidad, todo progresa en el mundo, hasta la China y la Turquía con telégrafos y ferrocarriles, hasta la España y la América papales con prensa libre y escuelas laicas, y las mismas imágenes milagrosas de la Edad Media, que hacen la lluvia y el buen tiempo, están defendidas del rayo por el invento de Franklin y alumbradas con la luz de Edison: la aparente decadencia de los unos no es más que el efecto de su escaso crecimiento al lado del crecimiento gigantesco de los otros.

Propiamente hablando, los españoles, por ejemplo, no están decaídos como raza de hombres sino rezagados, pues, aun siendo hoy tan valientes, tan caballerescos y tan sobrios como ahora tres siglos, e infinitamente más inteligentes y menos bárbaros que entonces, no tienen hoy, como tuvieron entonces, diez veces más poder que los ingleses, sino diez veces menos, porque han crecido veinte veces menos; mientras imperaban sobre ellos la ignorancia y la sumisión tradicionales de la iglesia romana, surgía para los otros la educación liberal, gratuita y obligatoria, para hombres y mujeres, que, triplicando el poder mental de las respectivas comunidades, ha levantado los colosos del presente, haciendo desaparecer por la instrucción pública la miseria de los pobres en Holanda, Dinamarca, Suecia y Noruega, Alemania y Estados Unidos; siendo también, la miseria negra de los pobres en Inglaterra, imputable por mitad al alcoholismo y por mitad a la circunstancia de que, según dice Stead, "la clase que

se viste para comer es de opinión que los que no se dediquen al mundo están mejor sin educación".

El laico de la antigüedad cristiana era aún tan profundamente bárbaro, que el fraile más estúpido y roñoso de nuestros días merecía entonces ser amado y obedecido ciegamente. La Iglesia, depositaria de la moral de Jesús y la ciencia de Aristóteles, salvadas en los conventos, vino a ser la dispensadora del saber y de la virtud; pero el progreso sería muy pobre cosa si el discípulo no pudiera ir más lejos que su maestro, y contra esta ley feliz del entendimiento ella se constituyó en maestro perpetuo y cuotidiano por derecho divino, de los niños, los adultos y los viejos, obligados a consultarle todo y a someterse al examen periódico de sus acciones y pensamientos. En cambio, justamente, el objetivo de la verdadera educación es habilitar al discípulo para prescindir del mentor, al hijo para marchar sin el discernimiento del padre y levantar el vuelo con sus propias alas, puesto que debe emanciparse y sobrevivirle y ser cabeza de familias nuevas. Y en manos de la iglesia inmóvil y reaccionaria, la inteligencia humana vino a ser como los árboles en maceta de los jardineros japoneses —la planta enana por los artificios del cultivador— por la ciencia y la libertad proscriptas, y la educación condenada o pervertida por la infusión del espíritu viejo en las almas nuevas.

Y el resultado es que los dirigidos han superado y dejado atrás a sus directores, pues los que fueron lumbreras del siglo X no han realizado ni uno sólo de los grandes descubrimientos de todo orden que han mejorado tan prodigiosamente el "valle de lágrimas", crueldades, saqueos y explotaciones de nuestros infelices y gloriosos antepasados, hasta transformarlo en lo que ellos hubieran considerado una inverosímil semblanza del paraíso. "No ser muerto y tener un buen traje de pieles para el invierno, tal era la suprema dicha para muchas gentes en el siglo décimo", dice Stendhal [1].

(1) "Es fuera de duda que el señor feudal, que residía en Haddon Hall, en el siglo XV hubiera considerado como un absurdo grandísimo, si se le hubiera dicho que dentro de 400 años, no habría necesidad de que

De hecho, la superioridad no pertenece a los ignorantes sino a los educados, no a los devotos sino a los sensatos, no a los que no saben sino a los que saben dirigirse solos, pues el progreso no es hijo de la virtud sino del egoísmo inteligente y sensato. No por el bien de los demás sino por el suyo propio el individuo animoso se educa y levanta el nivel de su existencia, aumentando el poder de su entendimiento, con lo que llega a ser diez, ciento o mil veces más útil a los suyos y a los ajenos. El que no se educa y no aprende a ser dueño de su persona para los fines de su existencia, queda en hombre mostrenco, hasta rayar, a veces, en ser humano menos importante que una mula o un caballo, pues aunque todos puedan ensillarlo gratis, de balde, llega a ser caro por los andrajos y el alimento.

Un médico inteligente y costoso es un reconstructor de la salud; un curandero imbécil y gratuito es un noble asesino de enfermos. La caballeresca y reaccionaria España del siglo XV trajo a la América, junto con la noble sangre goda, el estandarte de la sumisión, la ignorancia, la superstición y la devoción, y estas virtudes de la Edad Media han hecho miserable a la América española, eterna y gloriosa víctima del altruísmo de los imbéciles que quieren hacerla feliz.

El hecho ordinario de que unos vayan de nada a mucho y otros vengan de mucho a nada es atribuído a que éstos tengan sangre inferior y aquéllos sangre superior. Cuando más —porque nadie puede conocer con su espíritu su pobreza de espíritu— el hecho es atribuído por los pobres de espíritu a la circunstancia imaginaria de que unos nacen con suerte y otros sin ella.

Como entre los hijos de una misma familia, el hecho se produce entre naciones de la misma ascendencia espiritual, y

---

los caballeros rurales viviesen en grandes calabozos de piedra, con ventanitas y troneras, protegidas por barras de hierro colocadas en forma de cruz, desde las cuales podían hacer fuego sobre la gente que por allí pasase. Y, sin embargo, hoy en día, un caballero rural en algunos parajes de Massachussets, puede descansar tranquilamente sin cerrar con llave la puerta de su casa durante la noche". (Fiske, "Ideas políticas americanas").

aparece entonces "la sangre", "la raza", en el lugar del antiguo "destino", para explicarlo. Y tenemos así, que, entre individuos, las diferencias de prosperidad relativa provienen de la diferencia de la capacidad moral y mental, y, entre naciones, provienen de la diferencia de sangre, y de aquí la necesidad de la cruza de las razas que sin la cruza fueron superiores en el pasado con las que sin la cruza son superiores en el presente.

En los comienzos del siglo pasado, la Inglaterra se llevó cautivo en Santa Elena al asombroso titán católico; en la segunda mitad del mismo, la Prusia protestante echó a segundo lugar a las dos más grandes potencias católicas; al finalizar, el Japón recién rejuvenecido —sin cruza— aplastó a la China y la Corea anquilosadas; la América liberal desmanteló a la católica España, la podrida Turquía venció a la Grecia fetichista, y un negro de Africa a la enfrailada Italia, mientras la ignorante y supersticiosa América ultramontana se vencía a sí misma por la inmoralidad y la incapacidad crónicas (1).

"Los tres factores de la grandeza de la América del Norte, la educación, la población, la democracia, son exportables", dice Stead. Pero los pueblos del continente ibérico, incapaces de emanciparse del despotismo espiritual y medioeval de Roma para crear alas propias, educándose para la robusta vida moderna por la libertad de pensamiento y de acción, se acogen como golondrinas mojadas al alero de la gran República, y no pensando ya en la propia grandeza posible, sino en la pequeñez definitiva, se recuestan como los asiáticos y los africanos al "derecho de los débiles", el de los boers, proclamado por los débiles y sostenido por los débiles.

Pero serán curados, cuando sean comidos, con lo que no quieren curarse ahora.

---

(1) "Hay una máxima de Confucio, que fué a menudo citada cuando los ejércitos franceses se presentaron delante de los alemanes: El que conduce a la guerra a un pueblo ignorante lo pierde: Las victorias ganadas sobre los campos de batalla franceses, fueron conseguidas por los profesores alemanes; y es en las pequeñas escuelas donde las matronas enseñaron a los niños y a las niñas a la vez, durante más de un siglo, que debemos ir para encontrar el punto fuerte de la República Americana", (W. T. Stead, lugar citado).

XXVIII

La vida moderna reclama el entendimiento moderno, y el católico romano educado en el entendimiento de la Edad Media, para sacar ánimas del purgatorio y no para sacarse él mismo de la imbecilidad y la miseria, disciplinado a someterse a terceros y no a dominarse, para ser dirigido y no para dirigirse —que es lo que no se puede saber sin aprenderlo—, queda en lamentable director de los otros, que es lo que se sabe siempre sin haberlo aprendido jamás.

El hecho de estar siempre dirigido, tutelado, dominado, aplastado, crea dos cosas en el hombre común. Por el hábito de la sumisión pasiva, el *esprit moutonnier;* y por la tendencia a lo superior, en el individuo animoso, el ideal de dirigir, tutelar, dominar, aplastar; el espíritu que hizo la caballería andante y que hace la subsistencia del duelo, del atropello, de la injuria, la insolencia, el cuchillo y el revólver, la insanidad fundamental de los elementos superiores de la sociedad, obligatoria por sanción de las costumbres, en el ideal nacional de sobreponerse cada uno altivamente a las pasiones y a los caprichos ajenos con las pasiones y los caprichos propios para enseñar al prójimo y corregirlo. De esto se encuentra la más acabada expresión colectiva en los partidos políticos de la república de Haití, y la más prístina expresión individual en nuestros criollos de profesión, siempre a la pesca de una oportunidad para mostrarse guapos, y en nuestros carreros que se obstruyen mutua-

mente el paso en las calles y se reprenden recíprocamente hasta enfermarse de rabia y de coraje, por poco que tarde en intervenir el indispensable gendarme de la esquina, para poner paz entre estos modernos poseídos por el espíritu belicoso y altanero de los antiguos "príncipes cristianos".

Y esa rebañega ordenación moral del católico romano educado en el pensamiento mascado por la iglesia para el rol de espíritu conducido, siendo exactamente lo contrario del *self help*, implica la inhabilidad de conducirse por sí mismo e imprime al carácter del hombre la fisonomía correspondiente, en esa tendencia universal del individuo de las naciones católicas a esperarlo todo de afuera y no de adentro de sí mismo.

Tal es el secreto de esa paradoja viviente que somos los sudamericanos tan ganosos de gobernar y tan desganados de gobernarnos; tan consolados de la ineptitud propia y tan exigentes de la ajena, hasta poner la basura por las nubes y el mérito por los suelos; tal es el protoplasma de esa aptitud inveterada para corregidor incorregido; de esa ordenación mental para tuerto desfacedor de entuertos que Cervantes personificó en su loco inmortal, y de la que resultamos tanto más agrios censores en cabeza ajena cuanto más desvencijados o averiados en la propia.

Esta disciplina católica del entendimiento del hombre para adaptarlo al régimen de la obediencia pasiva del feligrés a sus pastores, sólo es viable por completo en las razas indígenas de América y Oceanía, y no puede prosperar sino incompleta y parcialmente en las razas europeas; asimismo comporta un tan gran desperdicio mutuo de energía malgastada en ponerle puertas al campo, que basta para explicar la notoria inferioridad de los pueblos en que impera *el extra control* —la rectitud y la decencia por cabeza de ganso, la sensatez por sugestión, que a título de evitar extravíos posibles en el conducido le suprime la libertad de andar— y la superioridad saltante de los pueblos en que impera *el auto control*, dentro del cristianismo, como es

el caso de los anglosajones o fuera del cristianismo, como es el caso de los japoneses (1).

Y, precisamente, las dos Américas representamos los dos casos máximos respectivos de estas dos líneas diferentes de la civilización europea, transplantada a un nuevo campo de acción en tierras vírgenes; de tal modo que, emancipados nosotros sólo treinta y cuatro años más tarde, y siendo nuestro patriotismo tanto o más que el de ellos, la historia interna y la vida doméstica de la América española parecen el resultado genuino de la más perfecta ausencia de patriotismo en los hombres, porque el fatal empeño de tramitar las creencias políticas en el mismo plan de las creencias religiosas, ha sido y sigue siendo el más puro y ardiente afán de prosperar por la supresión de las condiciones mismas del progreso, pues también bajo las "formas republicanas" el poder sin contrapeso es una rueda loca.

Porque es la pura verdad decir que, en el siglo que acaba de terminar, los hispanoamericanos hemos luchado por la libertad y el bienestar veinte veces más que los angloamericanos y conseguido veinte veces menos, sobre esa incurable esperanza de los blancos, los amarillos y los negros de llegar a ser otros sin dejar de ser los mismos, que perpetúa el entendimiento del pasado en el presente y la consiguiente miseria antigua sobre los nuevos buscadores de la dicha por el camino viejo.

Pues la cuestión del autocontrol para el individuo con autopasiones y autonecesidades, de la capacidad de autodominio para no ser mayormente desbarajustados por los accidentes de la vida, irritados por las injurias, apocados por el temor, exasperados por las provocaciones *ad hoc*, amilanados por los contrastes, inflados por el éxito, envanecidos por la fortuna, envilecidos por la envidia, o enloquecidos por la lisonja; la necesidad

---

(1) "Muy difícilmente podemos esperar levantar nuestro temperamento hasta la altura del ideal japonés, dice una americana de la servidumbre de Sada Yacco. Ocultar todo sentimiento de pasión, melancolía, odio, envidia, descontento, aun de tristeza, es el estandarte de la buena conducta. Echar sobre otros los pesares o el mal humor propio es mirado como una inexcusable forma de egoísmo: y lo es, incuestionablemente.

de adquirir una manera de corteza de ánimo, de tolerancia, de benevolencia; la necesidad de blindar el espíritu con una especie de coraza de paciencia concentrada, en el género de "la flema británica", verbigracia, del mismo modo que se viste el cuerpo para sustraerlo a las influencias variables de la intemperie, es la cuestión capital en este mundo. "Indudablemente —dice Roosevelt— el mejor tipo de trabajo filantrópico es el que ayuda a los hombres y a las mujeres que tienen la voluntad y la capacidad de ayudarse ellos mismos; pues fundamentalmente esta ayuda es simplemente la que cada uno de nosotros debería, en todo tiempo y a la vez, dar y recibir. Todo hombre y toda mujer del país debería estimar por encima de toda otra calidad la capacidad de ayudarse por sí mismo, calidad tan espléndida que nada puede compensar su ausencia".

Y en el plan católico de la conducta individual por la dirección del confesor, es imposible que éste se halle presente siempre, ni aun con sus consejos, en todas las emergencias del pupilo espiritual, y sucederá entonces que, donde falte el director, fallará regularmente el dirigido.

Además, en las sociedades constituídas sobre el sistema de la sumisión mental de los unos a la dirección espiritual de los otros, se impone de suyo la necesidad de apocar las pasiones y las necesidades para hacer viable al limitado dirigente sobre su recua de semejantes. La renuncia a los goces de la vida por el terror imaginario del infierno, el desprecio de las riquezas y del confort, que es la renuncia a los alicientes del trabajo y del esfuerzo personal en una palabra, la pasividad y la inacción mental, están en la raíz misma de esta ordenación tutelar de la vida humana. Pero las ambiciones no deben ser aniquiladas como las alimañas para que no hagan mal, sino domesticadas como el caballo salvaje para que concurran al bien, porque el aniquilamiento de estos resortes naturales de la acción humana es la destrucción de la iniciativa individual, sin la cual el hombre es sólo un autómata vivo, regimentado y disciplinado a moverse como el rebaño de ovejas por el discernimiento del pastor, como las piezas del reloj por la cuerda, lo que aconteció por entero

en las Misiones bajo la dirección de los jesuítas, en perjuicio total definitivo de los frailes archidirigentes y de los indios archidirigidos; lo que había acontecido en beneficio final de los musulmanes en el Asia y el Africa cristianas de la Edad Media, bajo la dirección de las comunidades monásticas; lo que aconteció en las Filipinas y lo que ha semiacontecido en el siglo XIX en la mayor parte de la América de los frailes y los conventos, a beneficio ulterior de quién sabe quiénes.

Viceversa, la superioridad humana de la viril disciplina individualista, fundada en la habilitación del individuo para ser él mismo su propio director espiritual y su propio mentor ordinario en todas las emergencias de la vida, por la descentralización de la autoridad moral, desgranada del monopolio de la Iglesia romana para instalarla por la *self* disciplina en el entendimiento de cada uno de los actores, que no reclama el aniquilamiento de las pasiones y la reducción de las necesidades individuales —fuerzas humanas que el autocontrol ha hecho inofensivas sin hacerlas ineficaces— se muestra en el mejor estar de los individuos y en la mayor prosperidad normal de las naciones protestantes; en tanto que, en las naciones católicas, la iniciativa personal y el progreso nacional consiguiente, son el resultado de la contravención consciente o inconsciente de los dogmas de moral eclesiástica en que comulga nominalmente la mayoría de las gentes y efectivamente la minoría.

Ya decía Petronio que "el que se deja guiar por los demás no puede obrar razonablemente", y, de seguro, no es ejercitando el discernimiento ajeno para la conducta propia y el discernimiento propio para la conducta ajena como se puede llegar a adquirir la aptitud "para barrer cada uno el frente de su casa, a fin de que toda la calle esté limpia", según el aforismo de Goethe.

Y la mitad, por lo menos, de los incidentes lamentables que registra la crónica roja de los periódicos —principalmente aquellos en que la insurrección espontánea de los instintos naturales no habituados a la tiranía permanente de la propia inteligencia vigorizada por el ejercicio en contenerlos, produce de

suyo una catástrofe irreparable y un arrepentimiento inmediato y ya tardío, por una causa nimia, por una bagatela amplificada por la ira desenfrenada —provienen de esa peligrosa autonomía natural de las pasiones y los instintos animales, que subsiste por dentro en los hombres educados por fuera, para ser contenidos y no para contenerse ellos mismos, que saben de nacimiento espiritual "hacerse respetar *por los otros*" y no han aprendido a hacer respetar a *los otros*, salvo por un temperamento excepcionalmente feliz, en este ambiente sudamericano saturado de admiración para el que logra imponer su imbecilidad a los demás, y de menosprecio para el que consigue ser más fuerte en sus sentimientos nobles que en sus pasiones brutales; esos hechos provienen, también, de la incapacidad congénita para controlar desde adentro los impulsos de adentro, para moderar en su fuente la indignación desmedida de los sentimientos propios sublevados y salidos de madre por la menor provocación de afuera, por un gesto airado, por una simple palabra torpe, como les sucede a los mismos elegidos del pueblo en los parlamentos de Francia, Austria, Italia y España, y a los irlandeses católicos del parlamento inglés.

Y todo porque en nuestras razas la educación del hombre para la autoconducta, por la autocapacidad de conducirse, estuvo siempre condenada por la Iglesia romana, que patrocina en su lugar la institución de los celadores del pensamiento y la acción para la buena conducta de los pobres de espíritu por la cordura de sus directores espirituales, bajo la sanción del terror de la condenación eterna. Y en este Nuevo Mundo, no más nuevo en el Norte que en el Sud, la ordenación del entendimiento sobre la capacidad y la sensatez, de primera mano allá y de segunda mano aquí, han producido en el mismo tiempo y sobre las mismas tierras vírgenes dos diferentes variedades de la especie humana: el hombre válido o inválido por sus conductores en el Sud.

XXIX

Y porque "las cosas trabajan por antítesis", el archidirigido sólo aprende a dirigir a su vez —a hacer en otros lo que otros han hecho en él— y el protegido en libertad no es un auto asistido, sino un protector de oficio y un protector atroz si ha sido atrozmente protegido. El espíritu aplastado, como el resorte comprimido, al quedar libre de la presión exterior se va espontáneamente al otro extremo; y al retirarse de América el despotismo cerrado de la España absolutista se irguió en el espíritu de los ex vasallos todo lo que el régimen colonial tenía fuertemente comprimido, y nos pasamos a la otra alforja, no a hombres libres, sino a libertadores rabiosos; de regenerados por la fuerza a regeneradores por la fuerza también, a mandones excesivos en el futuro por excesivamente mandados en el pasado.

Y la nueva vida americana, por ser el resultado inevitable de los mismos factores morales de la vida colonial, la resultante política, social y económica de las mismas pasiones en la misma educación, de los mismos hombres y mujeres con los mismos frailes y los mismos fetiches, ideales, sentimientos y costumbres en las circunstancias inversas, no fué y no pudo ser, malgrado los mejores deseos, sino la misma cosa puesta del otro lado, la misma miseria política decorada con nombres más felices, el mismo régimen colonial al revés.

La característica del régimen teocrático español fué siempre la subordinación absoluta del individuo sin derecho a la Iglesia y a la monarquía de derecho divino que legislaban de

mancomun et in solidum sobre el pensamiento y la acción; y como la vida pública es el taller en que se forjan y el molde a que se acomodan los sentimientos individuales, en el plan católico-español en que sólo había dos modalidades para la vida moral y la vida civil —mandar sin limitaciones y obedecer sin reparos—, las dos condiciones del gobierno libre— las limitaciones del gobernante y las garantías del gobernado —no tuvieron ni lugar en el espíritu ni base en el carácter de los hispanoamericanos; por eso en nuestra inteligencia de la vida nacional no fueron posibles la autosubordinación ni la dominación temperada, la obediencia voluntaria ni la resistencia legal. Todo siguió en el mismo viejo plan del entendimiento del pueblo, no cambiado al cambiar de directores, y el mismo viejo espíritu español reprodujo en las democracias nominales de la América española los mismos poderes discrecionales y la misma inveterada pasividad de los conducidos. Fué casi siempre inútil revolver el aceite y el vinagre; las naturalezas diferentes retornaban siempre a la ubicación por densidades relativas; los fuertes encima, los débiles debajo.

Pooker Wáshington, el Horacio Mann de los negros, venido él mismo "de esclavo a catedrático", dice que "la principal ambición del negro educado es predicar". "¿De dónde, suponéis —agrega Hubbard—, sacó el negro esta propensión a llevar una camisa altamente hervida, no hacer nada y dar consejos sobre este mundo y el otro?" ¿De dónde podría venirle esa tendencia a ser libre al revés de como ha sido esclavo, sino por antítesis de su condición de trabaiador forzado, de negro dirigido, llevado y traído a latigazos en Africa y en América? ¿De dónde sale el insuperable despotismo mental del jesuíta que en la inquisición del pensamiento viola hasta la correspondencia entre la madre y el hijo, de dónde sino de la insuperable sumisión mental en que está educado?

¿De dónde ha venido ese peculiar espíritu levantisco de los hispanoamericanos que proceden por accesos de energía en la pasividad consuetudinaria para la vida pública y privada? ¿De dónde, sino por reacción espontánea intermitente del espíritu

cohibido en aquella quietud secular de la tétrica España inquisitorial, que miraba la libertad de pensamiento y las expansiones del espíritu como pecados contra la fe, imponiendo aun a los niños la juiciosa inmovilidad de los ancianos, por una disciplina claustral en el hogar y en la escuela?

¿De dónde, sino del régimen inmoral de la esclavitud mental impuesta por el catolicismo de la Edad Media a las razas capaces de autonomía mental en la Europa, ha podido resultar para los pueblos meridionales esa aptitud simultánea para la sumisión y la insurrección, doble fruto del hábito de la obediencia pasiva injertado por la educación católica en la capacidad de pensar de las razas con pasado intelectual?

¿De dónde, sino del absolutismo espiritual en que fué vaciada para los latinos la herencia mental de la civilización grecorromana, pudo provenir esa característica tendencia al absolutismo en todas las esferas del pensamiento, y de la que, los hispanoamericanos que la padecemos en mayor grado en el mundo, resultamos fundamentalmente incompatibles con la libertad del prójimo, por nuestra intolerancia mental con los errores del prójimo?

¿De dónde sale en el español esa caudalosa vocación para espíritu dirigente —para fraile o funcionario— sino por antítesis de su condición de espíritu dirigido, funcionado y reglamentado a destajo? ¿De dónde sale el incurable delirio crónico del español por una ínsula para gobernar sin reatos, a la buena de Dios, sino del hartazgo hereditario de reatas en su condición secular de gobernado a troche y moche y por partida doble?

¿De dónde nos ha venido a nosotros ese bárbaro furor de instrucción a revienta mentes, del que la mayoría de los educandos resulta con la capacidad mental definitivamente amortizada por el cansancio crónico hasta parecer fatigados de nacimiento para discurrir —porque el poder de la mente se malogra como el de las vísceras por exceso de trabajo sin reposición de fuerzas?— ¿De dónde, sino por antítesis de la ignorancia crónica en que nos crió la catolicísima España prohibiendo en las colonias la educación del pueblo y la importación de li-

bros, y del horroroso suplemento de régimen colonial por atavismo recalcitrante que retoñó bajo la férula del más común de nuestros gobernantes criollos?

¿De dónde salió la intemperancia, la altanería y la violencia características de los funcionarios hispanoamericanos?; ¿de dónde, sino de donde sale la insolencia clásica del lacayo —en la circunstancia de que, siendo lo contrario de ser servil, el solo hecho de no ser servil, el que lo es o lo ha sido muy hondo necesita rescatarlo muy alto?; ¿de dónde, sino del achatamiento máximo en que vivían los plebeyos bajo el yugo tutelar de los nobles y de los frailes?

¿De dónde pudo salir esa forma corrosiva y agresiva de la dignidad humana, levadura de desconsideración premeditada para los demás, espada de dos filos con su doble secuela de erosiones en la vanidad propia y en la ajena, esa estúpida y anticristiana virtud española de los sudamericanos que es *la altivez* de uso externo— la más detestable aberración del más alto sentimiento rebajado a esa manera teatral de la autoestimación *ad hoc* para forzar la estimación de los extraños?—; ¿de dónde sino por antítesis del servilismo y la abyección que la horrorosa servidumbre espiritual y temporal de los siglos pasados impusieron a los pecheros, y de la necesidad en que se vieron entonces los nobles de ser arrogantes y altaneros para no parecerse a los humildes villanos —como los siameses que se teñían de negro los dientes para no parecerse a los perros— y de la mayor necesidad consecutiva en los seudo-nobles, los aventureros y los advenedizos de ser insolentes para parecer altivos?; ¿de dónde vino la necesidad del refrán: "lo cortés no quita lo valiente" en aquellos tiempos en que la limosna, los favores y las pensiones graciables que dispensan de la necesidad de ayudarse a sí mismo, eran instituciones aristocráticas, de las que vivían orgullosamente en las cortes los nobles guardapuertas o buscamozas, los hidalgos pobres de espíritu y de bienes, y los grandes venidos a menos, como en las universidades los estudiantes en camino de más?

Porque lo contrario de la fe en el favor es la fe en sí mismo, que induce a "obrar para saber y a saber para obrar" (Lefebre) y que puede ser o no ser un ideal común, un desiderátum predicado en el hogar, en la escuela y en la vida pública, siendo la condición del pleno ejercicio de las capacidades individuales en el máximum de afinamiento. El que se cree tullido no puede moverse aunque esté sano; nadie acomete lo que no cree poder hacer y una capacidad que se ignora es una fuerza tan perdida como un tesoro enterrado en paraje desconocido.

Hay un mandamiento de la ley de Dios que se le olvidó en el Sinaí a Moisés, director de los judíos, y que los individualistas germánicos han introducido en la civilización moderna: aprender cada uno a sujetar sus perros.

Este es el secreto del prodigioso empalme de un viejo pueblo asiático en la moderna civilización europea, mientras diez y seis pueblos de raza europea en la América del Sud no aciertan a dar con la embocadura de la sensatez humana en el gobierno de las sociedades humanas.

Porque el ideal del hombre educado en la sociedad japonesa conduce a despreciar al que pierde el control de su bestia y se irrita y vocifera; y en este plan de educación recíproca que impone la moda del buen humor y de la ecuanimidad de espíritu en permanencia, el individuo recibe de la comunidad el bien más grande para este mundo y el otro que un ser humano pueda deber a los demás: su liberación de la estúpida necesidad de afligirse, apenarse, atormentarse, indignarse, fastidiarse, patalear y envenenarse de toxinas la sangre y de rencores el alma al divino botón, por contrariedades grandes o chicas, justas o injustas, reales o imaginarias, nacidas de la estupidez propia o de la imbecilidad ajena, y cuyos estragos en el organismo no son diferentes según la causa que los motiva. De esta lamentable servidumbre de tontería humana solemos escapar nosotros por una reeducación individual, y sólo después de haber dejado la mitad de las dichas de la vida en "las zarzas del camino" que son los otros, o

haciendo de espino, vulgo prójimo, para los demás, por exigencias de ese ahijado de la doctrina de la venganza divina que es el sentimiento de la justicia humana; en virtud de ella, si una pared o un caballo, sin responsabilidad futura, nos ofenden, nos curamos las roturas de los huesos y quedamos sanos del todo; pero si nos ofende un hombre o una mujer, responsables ante Dios, nos curamos las heridas y quedamos envenenados de rabia, enfermos de indignación y de necesidad de hacer mal para ser justos, infección moral que hace sus mayores estragos en los habitantes de la Italia (1), de la España y de Sud América, tan profundamente ganados para el rebaño de ovejas de la Iglesia y tan profundamente perdidos para la sensatez individual, por la ineptitud para perdonar las *impropiedades* de los seres racionales como se perdonan las *propiedades* de los seres irracionales. La faz educativa de los sports ingleses consiste precisamente en que acostumbran a recibir golpes y porrazos sin sentir rencores y sin causar *vendettas*.

(1) "En Italia —dice Mantegazza— el verdadero déficit no es económico, ni literario, ni científico: es moral. Nuestra plaga y nuestra vergüenza es la criminalidad. En el balance del pueblo europeo consignamos con sangre cifras demasiado altas y demasiado humillantes".

XXX

EL concepto de la inanidad de los vivos y del poder maravilloso de los huesos, las cenizas, las imágenes o las ánimas de los muertos para cambiar a su arbitrio el curso de las cosas, la creencia de que todo sucede en este mundo por el entendimiento y la voluntad de los fallecidos y no por el pensamiento y la acción de los vivientes, es la piedra atada al cuello que enerva el ánimo engendrando el fatalismo musulmán del católico a fardo cerrado, es la superstición del pasado injertada en los cerebros del presente, como en aquel horroroso castigo de los árabes que consistía en encadenar el culpable al cadáver de su víctima. Y si la España, la Francia, el Austria, la Italia y la América del Sud no se encuentran tan empantanadas en el entendimiento humano de la Edad Media, como la Turquía y la Rusia, lo deben exclusivamente al espíritu liberal que los sultanes y los zares lograron ahogar del todo y que los papas y los reyes sólo consiguieron apagar a medias.

El carácter personal, el plan en que se produce el espíritu en la acción, es la circunstancia decisiva en la vida, y el individuo no puede ser educado a la vez para la sumisión mental y el *self government*. Y la *self* disciplina del individuo por su propio sentido moral, la autoeducación, no pudo ser y no fué jamás el ideal del hombre en ningún pueblo educado por la Iglesia romana para ser conducido por sus directores espirituales en todos los asuntos de la vida. "Esta tendencia

en el sentido de la asiatización de la vida europea —dice Fiske— fué continuada por herencia en la Iglesia romana, que había venido a ser tan poderosa allá por el siglo cuarto, y a ella sucumbieron las ideas políticas de los godos en España, de los lombardos en Italia y de los francos y borgoñones en la Galia, que eran tan marcadamente libres como las de los anglos en Bretaña".

En Francia, la Revolución estableció la democracia política sobre la autocracia espiritual de Roma, y la libertad de acción no ha podido prosperar sobre la esclavitud de pensamiento, porque no es posible el *self government* colectivo sin el *self government* individual, y "es a la ausencia del *self government* que se debe en Francia el fracaso del gobierno republicano", dice Mr. Roosevelt.

Sobre la variedad sudamericana del *Homo Europœus*, nuestra Revolución proclamó "Los Derechos del Hombre", según el concepto germánico a gobernarse por su propio entendimiento, y el derecho canónico-medioeval de la Iglesia de Roma a gobernarle el entendimiento desde allá; así sancionó, a la vez, la soberanía del pueblo en el orden civil y político y la soberanía de la Iglesia en el orden espiritual: la del pueblo para obrar por sus ideas y sentimientos y la de la Iglesia para gobernarle las ideas y los sentimientos. Y los seudo ciudadanos libres en el fuero temporal y súbditos del Papa en el fuero moral, súbditos necesariamente incondicionales de una "santa potestad divina", y por ende incontrolable por el entendimiento humano, vinieron a quedar en la extraña condición del individuo que tuviera las articulaciones de sus piernas arregladas de modo a poder caminar con la una hacia adelante y con la otra hacia atrás, con el liberalismo para el porvenir y con el ultramontanismo para el pasado.

Libres en el fuero civil, esclavos en el fuero moral, so pena de condenación eterna, nuestros padres tenían la autonomía personal otorgada por la constitución política y condenada por la constitución religiosa; en consecuencia, su plan de vida resultó compartido entre la manera medioeval y la ma-

nera moderna, en esa desgraciada combinación de ideales y sentimientos discordantes de que ha venido a resultar este híbrido de libertad de obrar y esclavitud de pensar, este mestizo de entendimiento católico absolutista para la vida moral y de entendimiento liberal para la vida civil, que constituye una variedad nueva para la especie humana: el *south americano,* a medio camino de la Edad Media y de la edad contemporánea, que procrea en el Centro y en el Sud del Nuevo Mundo una seminueva y semivieja raza de hombres, enfrente de la raza nueva que engendra en el Norte el hombre nuevo del presente anglosajón, pues, ¿qué otra cosa es un hombre sino una criatura que obra según sus instintos y sus necesidades modificados por sus ideas, por sus sentimientos, sus supersticiones, sus conocimientos reales y sus conocimientos imaginarios? ¿Y qué otra cosa son las razas sino grupos diferentes de las mismas criaturas, con los mismos instintos diferentemente modificados por diferentes ideas, etc., etc., obrando aquí sobre la fe en la capacidad de los muertos, allá sobre la fe en la capacidad de los vivos?

Así, el *right to be wrong,* la libertad y la responsabilidad moral no indultable por el confesor, no compensable con indulgencias, produjeron en la América del Norte el *self regulated being,* el hombre que se gobierna por sus propias luces, y en consecuencia la comuna y el Estado que se gobiernan por sí mismos; y del individuo que se gobierna por su confesor en la América de los frailes, del hombre privado de errar en la reglamentación máxima del pensamiento y la acción por la Iglesia y el Estado, sobre la inversa del aforismo de Renan: "*Les hommes son-tout; les réglements très peu de chose*", no pudo salir la misma cosa sino la otra, la que clama por los gobernantes providenciales.

Porque algunos habían oído hablar y otros habían hablado de gobernarse cada entidad moral desde adentro de sí misma, pero nadie sabía nada efectivo; —ni el mismo San Martín que envió su espada al tirano de su patria, en homenaje de simpatía y aplauso, porque defendía contra el ex-

tranjero la independencia que disfrutan los abisinios y los turcos, y de cuyas patrióticas garras sólo con el concurso del extranjero pudimos escapar, al fin; ni el mismo Alberdi, que puso su talento al servicio del Tamerlan chingado del Paraguay porque se hacía llamar "presidente" y no emperador o sultán, guardando "las formas republicanas" bajo una dinastía tártara; —pero el pueblo entendió, naturalmente, que el nuevo régimen debía ser lo contrario del régimen odioso, combatido y proscripto, que es decir, lo contrario de la exclusión sistemática del criollo en los cargos públicos, lo contrario de la obediencia pasiva al rey y a sus delegados, lo contrario del servilismo a premio, lo contrario de estar gobernados hasta las orejas: por consiguiente, el disfrute del poder, el derecho del mérito al cargo público— calidad de que todos se sienten sobrados, por supuesto— la altanería, el estiramiento, la arrogancia, la solemnidad y la altivez —distintivos estudiados de los hidalgos de pacotilla que venían a mandar en América (1) y que los redimidos heredaron *ipso jure*: peculiaridades del carácter hispanoamericano que provienen de la fatal necesidad de pasarse a la otra alforja en los que no están preparados para huir de los dos extremos y quieren salir del uno; maneras de ser "de motu proprio" después de la insurrección, lo contrario de lo que habían sido obligados a ser antes "de motu ajeno", que no son maneras de ser libre, y que, aun siendo desconocidas en pueblos tan novísimos como la Australia y la Nueva Zelandia, tenemos la inocencia de creer propias de los "pueblos nuevos" para hacernos la esperanza de que pueden irse de suyo, sin que nadie las eche, a medida que nos hagamos "pueblo viejo"; maneras de ser libre que no aparecieron en el nombre nuevo de la Nueva Inglaterra —más libre que la vieja— porque nadie tuvo ne-

---

(1) "El hecho de ser nacido en México, aun de padres españoles era un oprobio, y estos mismos cuando querían reprender a sus hijos, les recordaban su inferioridad por el hecho de haber nacido en el Nuevo Mundo: tan celosos eran España y los españoles de su raza y de su predominio". (Logan, "Justicia latina").

cesidad de constituirse en titiritero de los demás por la razón, la fuerza o la astucia, para sentirse mayormente emancipado de su anterior condición de títere de la Iglesia y el Estado, moviéndose por las cuerdas de las leyes y de los cánones redactados allende el mar y allende el tiempo; maneras de ser bravo, arrogante y altivo para realzarse de mano propia, que son maneras de ser imbécil y malcriado, maneras de "desgraciarse" que hemos heredado de nuestros mayores, porque son maneras de sucumbir a la irritación automática, dejándola cabalgar libremente en el talento o en el coraje propios, y galopar sobre los intereses o los sentimientos ajenos, levantando la inextinguible polvareda de rencores y antipatías, porque "despertamos en los otros la misma actitud de espíritu con que los tratamos", como dice Fra Elbertus.

Ultimamente, los negros del Brasil, en su imbecilidad de abolengo, tampoco pudieron entender que la abolición del trabajo a latigazos y de la abyección obligatoria en que habían vivido fueran otra cosa que el advenimiento de la ociosidad a pasto y la insolencia a destajo.

"De las cadenas de la esclavitud", nuestros padres quebraron la segunda y nos dejaron amarrados a las primeras; destruyeron lo que ataba nuestros movimientos como sujetos del derecho civil y del derecho político al arbitrio de los reyes de España y de sus delegados en América, y ratificaron lo que ataba nuestros pensamientos como sujetos de la vida moral a la autoridad discrecional de la Iglesia romana. Porque éramos gustosos siervos espirituales del "Siervo de los siervos de Dios", y siervos temporales y gustosos también "del Rey, Nuestro Señor, a quien Dios guarde", al cual, cuando se puso de moda despedirlos, aprovechando la segunda coyuntura favorable, lo despedimos heroicamente, a raíz de haberlo defendido heroicamente en la primera.

En el Norte, la libertad política pudo ser un hecho perfecto y completo desde el momento en que fué destruída la autoridad del Rey de la Gran Bretaña, porque la emanci-

pación de la conciencia estaba realizada para el pueblo de la Nueva Inglaterra desde 200 años antes. Para ellos la ruptura con la madre patria produjo el hecho de la libertad nacional sobre el hecho de la libertad individual preexistente; y entre nosotros la libertad nacional sucediendo sobre el hombre educado expresamente para no ser libre jamás, fué como un injerto de almendro dulce en almendro amargo cuando las dos plantas diferentes siguen desarrollándose y fructificando simultáneamente en el mismo árbol, disputándose la savia de las raíces comunes y prevaleciendo a veces la especie del tronco, a veces la especie del injerto.

De las varias significaciones distintas que se contienen en el concepto moderno de la palabra "libertad", algunas eran del todo incomprensibles y otras eran enteramente repugnantes al entendimiento español que nosotros teníamos al empezar el siglo XIX; porque ninguna especie de libertad tiene valor sino para el que tiene el gusto y la aptitud para disfrutarla; y, desde luego, la primera de todas, la que puede ella sola traer paulatinamente al resto de la familia —la libertad de pensar— era tan odiosa e indigesta al espíritu de las gentes de Hispano América como los diamantes al estómago de las gallinas, como la música sagrada a los perros del campo. De tal modo, apenas sublevados contra la tiranía temporal de los reyes de España, estábamos tan predispuestos a sublevarnos más violentamente aun en favor de la santa tiranía espiritual de la Iglesia de Roma sobre nuestras conciencias, que los primeros gobernantes imprudentes que hablaron de libertad de cultos fueron derribados por la insurrección inmediata, para defender el sacrosanto derecho de imponer a los demás la verdad por la fuerza, que era nuestra manera de ser en el orden moral, y que fué, naturalmente, nuestra manera de ser en el nuevo orden político, con la que resultaron fatalmente imposibles todas las disidencias de opinión política, sin lo que no puede haber gobiernos moderados por alguien.

"Raza artificial como todas las razas civilizadas" (Le Bon), variedad de la especie humana preparada especialmen-

te por los jesuítas, los dominicos, los mercedarios, etc., etc., para combatir la libertad de pensar, y ejercitada durante diez siglos en combatir a los herejes, a los disidentes, a los infieles, a los librepensadores en el Viejo y en el Nuevo Mundo, sólo por una aberración del carácter de mercenarios de la fe católica, así elaborado en la serie de generaciones, pudo haber surgido espontáneamente en la raza católica española el gusto por la libertad de pensamiento y de acción. Sobrevino a medias por importación del extranjero entre nosotros que, naturalmente, no pudimos ser libres al declararnos libres, porque "el despertar del despotismo a la libertad" sólo existe en las frases y jamás en los hechos, desde que no es menos absurdo que el despertar de negro a blanco, pues nadie puede despertarse a lo que no haya sido antes de dormirse; y por más de medio siglo las partes que quedaron fieles al detestable yugo de la metrópoli fueron menos desgraciadas, por menos anarquizadas, que las que se hicieron independientes del rey y se quedaron dependientes del Papa, y viña de los cultivadores del saber del cielo y de las supersticiones y la ignorancia de la tierra.

Habituados a ver en la tutela espiritual de la Iglesia la condición *sine qua non* del bien en este mundo y en el otro, esta segunda naturaleza de nuestro entendimiento, dirigiendo nuestra conducta, decidió de nuestra suerte y nos la hizo atroz; no podíamos entender la abolición de un yugo odioso sino como el cambio de un tutor malo por un tutor bueno, como la sustitución de un despotismo patrio al despotismo extranjero —como fué el caso del Paraguay—, o de la siempre sabrosa tiranía del partido propio a la siempre inaguantable tiranía del partido contrario, que es la inteligencia de las cosas en que vivimos hasta lo presente. Y como el perro atado por el dueño, que muerde a los extraños que se acercan a cortarle la cuerda, los porteños de la Colonia recibieron con agua hirviendo a los ingleses que les traían la libertad moral, cooperando asimismo a nuestra emancipación política, y los paraguayos se hicieron aniquilar defendiendo su estaca hasta

el fin, peleando heroicamente por su déspota patrio de corte mongol contra los aliados que les llevaban la demolición de la inmensa cárcel nacional en que vegetaban profundamente ignorantes de la libertad individual y de la civilización moderna, y profundamente contentos de su imbecilidad nacional, como cualquier rebaño de negros de Africa o de amarillos del Asia.

En América como en España la sociedad estaba dividida en capas horizontales y superpuestas como las castas de la India, en hidalgos y pecheros, en conductores y conducidos, en sanguijuelas y sangrados; y el español de España como el de América sólo conocía de hecho estas dos maneras de ser miembro de una colectividad, asiáticas ambas: noble o plebeyo, privilegiado o sacrificado, protector o protegido. Bajo la dominación de la Metrópoli nos correspondió a los nativos la condición de reglamentados a la fuerza, la triste condición de protegidos del Rey y de la Iglesia, como los ganados por los propietarios del rebaño. Expulsada la Metrópoli, lógica, natural y fatalmente debíamos huir de la condición de protegidos, que es, como dice Roosevelt, "a menudo tan irritante como ser saqueado", huir hasta el extremo opuesto y precipitarnos en masa a desempeñar el otro rol, la función vacante y codiciada para remediar con el buen gobierno los males del gobierno malo. Así el régimen criollo vino a ser la eterna lucha de predominio personal, que fué la desgracia de las repúblicas griegas, que era la vida política de las sociedades humanas en Asia, en Africa y en la Europa y principalmente en la Italia de la Edad Media, por la misma circunstancia: por no existir aún en el entendimiento de las gentes idea, gusto, ni vocación para esa tercera forma de la existencia del hombre en sociedad, ni director ni dirigido, ni encima ni debajo, ni explotador ni explotado, ni hidalgo ni pechero de nacimiento, ni protector ni protegido. Este fué, desde el principio, el ideal y el sentimiento común en aquella otra parte del Nuevo Mundo donde el pueblo no estaba

enrutinado en el régimen del favor de los muertos y del auxilio de los gobernantes —doblemente relajante de la energía humana— ni nadie se sintió con vocación ni aptitudes para Salomón de su pueblo y de su raza.

El régimen paternal de la España en América sobre el principio natural de "la caridad por casa", calcado sobre el de la iglesia romana que se había instituído en "Santa Madre de las almas" por derecho propio, adjudicándose en justa remuneración de su solicitud de todos los momentos y para todos los actos y los pensamientos del hombre los diezmos y primicias del trabajo de sus criaturas adoptivas; el régimen paternal de la España en América, que de la primera embestida diezmó los indios haciendo necesaria la importación de negros— por esa adaptación espontánea de la mente a las modalidades en que trabaja—, había modelado el entendimiento de nuestros mayores en ese plan de la vida humana que pretende sustituir al poder de los vivos por su inteligencia el poder de los muertos por sus milagros, y la educación del entendimiento por la reglamentación meticulosa del sujeto y la autoridad a pasto. De cuyo modo vino a suceder que el más fuerte de los sentimientos que empujaron a los criollos a la insurrección contra el gobierno español, fué precisamente el mismo que los ha impulsado desde entonces a las innumerables insurrecciones contra los gobiernos criollos a la española: no el deseo de ser libres sino el deseo de ser dispensadores del bien y creadores de la gloria, el hambre de mandar a su vez para derramar favores y cosechar gratitudes y adhesiones personales, con los caudales públicos, por supuesto; fué el apetito de la fruta prohibida y mayormente anhelada por lo tanto, el disgusto del suplicio de Tántalo en los nativos, vástagos de la raza europea que más fervientemente ha rendido culto al demonio de la superioridad social y menospreciado la independencia personal por el trabajo personal; fué el resentimiento de los criollos, por su exclusión sistemática de las dignidades, preeminencias, prebendas, pecula-

dos [1] extorsiones, contrabandos, encomiendas, exenciones y demás beneficios de fidalguía reservados exclusivamente a los fundidos de la península que venían a calafatearse en los cargos públicos de América; y el hecho resultante del triunfo de los españoles en América, sobre los de España, no pudo ser y no fué tampoco la libertad de acción y la decencia administrativa —que se dan siempre como pretexto de la acción y se olvidan siempre, apenas apaciguada la sed de preeminencias—, porque el "*fair field and no favour*", no satisface realmente a nadie en los parajes en que el negro, el amarillo o el blanco creen en milagros y quieren milagros de la suerte, del fraude, del coraje, del talento, del empleo o de lo que fuere; el hecho no pudo ser y no fué sino un benéfico y brillante cambio de actores para la misma comedia humana, en el mismo plan consuetudinario de vida y milagros: la constitución de una estúpida, modesta y altiva democracia indígena en el lugar vacante de la estúpida, arrogante, voraz e insaciable burocracia de ultramar.

A "la América para los españoles" opusimos "la América para los americanos", y, expulsados los funcionarios de presa de la Metrópoli, las "astillas del mismo palo" continuamos gobernándonos como estábamos habituados a entender el gobierno de los hombres por los hombres: a la manera católica, que es decir a la romana, al estilo asiático que los procónsules importaron del Oriente a la república de Mario y Cicerón, que los pontífices romanos herederon de los emperadores romanos,

(1) He aquí algunos fragmentos del índice de las "Memorias Secretas" de los comisionados del gobierno español, Jorge Juan y Antonio de Ulloa:

"Audiencias". — Injusticias de estos tribunales; corrupción escandalosa de sus jueces. Se decide en Quito un pleito de frailes por la parte que da más dinero. Causas de esta corrupción. Se juega con la justicia a discreción.

"Comercio ilícito". — Es mayor en Panamá que el comercio lícito. Prostitución escandalosa de los jueces para consentirlo. Hacen los oidores este comercio ilícito.

"Capítulos de frailes". — Sus alborotos escandalosos. Son ferias donde se venden empleos. Toman partidos en ellos hasta los jefes políticos.

y que los españoles y los portugueses trasplantaron a sus respectivas porciones del Nuevo Mundo.

Y noventa años después del hecho de nuestra separación de la España seguimos siendo tan españoles por el entendimiento de la vida que la parte más efectiva y menos ostensible de los aparatosos programas de principios teóricos, en que todos convenimos teóricamente, es el anhelo de realizar los ideales hispanoamericanos bajo las plataformas anglosajonas.

Y como los hidrópicos sedientos que piden más agua, estando sobregobernados, vivimos quejándonos de que nos gobiernan poco, por lo mucho que la falta de gobierno de adentro hace sentir la falta de gobierno de afuera, aun con ser tan excesivo.

"Criollos". — División entre españoles y criollos. Es fomentada por los gobernadores mismos.

"Curas". — Su avaricia inhumana. Se apropian los bienes de los difuntos. Costo de un entierro regular. Son causa de la disolución de los indios.

"Curas regulares". — Avaricia increíble de estos religiosos. Efectos perniciosos de la mala vida de los curas.

"Eclesiásticos". — Es la clase más desordenada en el Perú. Desprecian a sus prelados y a los jefes civiles. Se expone su mala conducta.

"Españoles". — Van a América pobres y miserables. Gozan todos de los fueros de nobleza. Su ambición para obtener empleos municipales.

"Provinciales de frailes". — Alborotos que causan sus elecciones. Venden los curatos a los frailes. Grande utilidad de este empleo.

XXXI

EL individuo educado a obedecer a sus directores del espíritu sin deliberación propia, so pena de condenación eterna, como el caballo a las riendas so pena de espuelas y rebenque, no es una entidad *sui juris* del pensamiento y la acción [1]. Por la unidad del entendimiento, esta *capitis deminutio* de la personalidad es una manquera del espíritu para todos los usos del entendimeinto en la vida; y, en consecuencia, en todas las razas y todas las latitudes, el despojado de la autonomía de su espíritu necesita, en compensación, que lo protejan los santos, lo dirijan los confesores, lo capitaneen los caudillos y lo auxilien los gobiernos, y sólo por incredulidad o por inconsecuencia con sus principios morales puede llegar a ser un *self made man.*

Como dice Hubbard, "las cosas trabajan por antítesis, y si vuestra disciplina es demasiado severa no conseguiréis disciplina de ninguna clase. Prohibid a un hombre pensar por sí mismo, obrar por sí mismo o hablar por sí mismo y podréis agregar a su vida el goce de la piratería y el gusto del contrabando". Por el exceso de castigos se hace incorregibles a los niños; a

(1) Un brigadier del Ejército de Salvación en Buenos Aires, reporteado en Sud Africa, dijo que la mayor dificultad con que tropezaron entre nosotros fué "la incapacidad de los católicos para orar". Y aquí del refrán —en casa del herrero cuchillo de palo, a tal punto es hostil a la autonomía del espíritu nuestra religión oficial. "Saben repetir mecánicamente las oraciones que han aprendido de memoria, pero son incapaces de componer aún la plegaria más simple, y cuando nos ven orar creen que estamos dormidos porque tenemos los ojos cerrados. Así, pues —dice — tenemos que enseñarles también a orar, como si fuesen niños".

palos, sólo se forman apaleadores; la obediencia militar trasladad a la esfera del pensamiento en el claustro, atrofia el entendimien to del fraile y produce el atrofiador de entendimientos; y d mismo modo el exceso de gobierno y de reglamentación pon ingobernables a los hombres, porque los reduce a manera d autómatas con pasiones y necesidades que los empujan a la a ción y sin poder en sí mismos para contenerse en los límit de su derecho: "*en imposant d'avance la sagesse, on rend impo sible toute initiative*" (Renan).

Ciertamente, de la espantosa corrupción asiática que l había invadido y podrido, la sociedad antigua sólo pudo ser cu rada por el terror del infierno y la servidumbre espiritual, éste fué el más invalorable servicio que el cristianismo prestó la civilización del mundo. Pero el remedio heroico para el en fermo grave, mantenido como dieta ordinaria de los sanos, en fermó de miedo al infierno y de pasividad de espíritu a la Euro pa de la Edad Media; y tal es la peste de que venimos pade ciendo los sudeuropeos y los sudamericanos, porque los hom bres y las mujeres del pueblo son, todavía y de ordinario, obre ros pasivos de su propia existencia, obreros ignorantes, timora tos y rutinarios de su bienestar personal. Y en tanto que en lo países de la Reforma hasta las mujeres van llegando a ser fac tores autónomos del progreso nacional, gracias a la libre educa ción que ha doblado la fuerza mental de la raza, en los país del director espritual de la Edad Media, privadas del libro y d deseo de saber algo más que rezar, —que son los puentes d comunicación del entendimiento individual con el pensamient universal—, continúan "amarradas al carro brutal de la igno rancia", como dice Olivera [1], y a estas horas la institutr inglesa y la maestra americana poseen el mundo, como la m dista francesa, la planchadora española y la lavandera italian

Porque el colosal crecimiento de la América del Norte el asombroso estancamiento de la América del Sud depende

(1) "6.700.000 mujeres carecen en España de toda ocupación y 51.0 ejercen la "profesión" de mendigos. Plantel terrible de prostitución y toda clase de miseria física y moral". (S. Alba).

de estas dos circunstancias: en la América del Papa se entendió que la ignorancia de las gentes (1), dando más y mejor campo de acción a la capacidad consagrada de los directores mentales, era la primera condición de la salud de las almas, y la fe y las leyes prohibieron la instrucción del pueblo, y allá "el genio mismo de la legislación americana es opuesto a la ignorancia del pueblo, como al más mortal enemigo de un buen gobierno", decía Cobden que visitó los Estados Unidos en 1831.

Para los múltiples aspectos y matices de las cosas los hombres tienen ojos simples y las moscas, v. gr., tienen ojos múltiples. Pero las moscas no tienen la posibilidad de comunicarse sus vistas, que es la posibilidad de ver con los ojos ajenos; gracias a esta particularidad de su ser, un hombre puede ver con millares de ojos los hechos y las cosas cercanas y las distantes, las del presente y las del pasado; puede observar desde su rincón todo el mundo, mayormente ahora, con el prodigioso desarrollo de la prensa. Pero el católico medioeval tiene sus facultades de ver, y de rectificar su visión por la visión de los demás, excluídas por el *Index* del caudal de observaciones que nos han dejado los más grandes observadores del mundo en el pasado y restringida, para remate de tuertera confesional del entendimiento, a sólo poder ver por los ojos de los que han visto visiones en el pasado, y de los que ven hechos imaginarios en el presente, predestinado él mismo a ver milagros donde no existen más que hechos comunes y vulgares. Menos mal, sin duda, que los que sólo pueden ver el mundo por el entendimiento de Mahoma; pero bastante mal, asimismo.

En la civilización papal, organizada entre el cuarto y décimo siglo, el hombre y la mujer en minoría de entendimiento por toda la vida, bajo la curatela vitalicia de los "ungidos de Dios para pensar sin errar", no podían obrar y realizar-

---

(1) Según las estadísticas de la capacidad de ganar, (compiladas por Mr. D. A. Tompkins, de Charlotte, Carolina del Norte) la de un hombre con la educación común y preparación especial para su trabajo es 12 ½ veces más grande la del gañán analfabeto; 25 veces mayor la del hombre con educación secundaria y preparación especial, y 50 veces más grande que la del universitario en las mismas circunstancias.

se por su propio entendimiento y acrecentarlo por el uso y el estudio; y hasta los tiempos modernos y la época presente la única función de su intelecto, relegado al rol pasivo, consiste en acomodar sus acciones al discernimiento de sus confesores, también obligados a confesarse a su vez, para que tampoco puedan pensar por cuerda propia en las cosas propias mientras, al mismo tiempo, el protestante liberal, "poniendo su fe en un libro que puede llevar a todas partes y no en un jefe con quien deba mantenerse en comunicación espiritual perpetua" quedaba habilitado para pensar y obrar por sí mismo en todos los lugares de la tierra.

En la civilización liberal, el hombre *sui juris* de entendimiento era habilitado para colonizar el mundo, porque todos los lugares de la tierra son hospitalarios para el hombre discreto por capital propio; además, una nueva ordenación del entendimiento, sustituyendo al estéril estudio del por qué suceden las cosas la simple y fecunda observación del cómo suceden y cómo dejan de suceder, había creado en las ciencias modernas los medios de subordinar las fuerzas de la naturaleza a la voluntad del hombre, al mismo tiempo que un tan grande poder de acierto humano en las cosas humanas. Mediante ellos los neosajones han podido prescindir, no sólo, como los neolatinos, de las pitonisas, adivinas, oráculos, horóscopos, augurios y misterios a que se encomendaba el hombre bajo el paganismo para descubrir la voluntad de los dioses sobre los asuntos de los hombres (1), en aquella inteligencia de los presagios, en la que los sueños, los desvaríos y las pesadillas tenían más significación para la vida y más importancia que el pensar del espíritu despierto, sino que han podido prescindir también de las imágenes (2) las novenas, las procesiones y las peregrinaciones a que se

(1) "La adivinación que practica, la única oficial del pueblo romano, no es una manera de prever lo que sucederá, sino una simple consulta para averiguar si los dioses son favorables o adversos a la empresa que se proyecta. (G. Boissier, "La Religión Romana").

(2) "Así ocurrió un fenómeno singular; la tupida vegetación de fábulas y de creencias paganas que el cristianismo primitivo se consideraba llamado a destruir se conservó en gran parte... El culto de los

acogen los católicos romanos para propiciarse la voluntad de los muertos. Así han podido alcanzarlos, pasarlos y dejarlos atrás en el breve espacio de tres siglos.

El ideal judío católico de la piedad religiosa para asegurar el bienestar sobre el concepto de que Dios ayuda a los que le rezan y le obedecen y no a los rebeldes, a los suyos y no a los ajenos, a sus elegidos, había supeditado en la Edad Media el ideal germánico de la virilidad humana, pero no lo había muerto; presto siempre a reverdecer en la primera coyuntura favorable, brotó al calor del Renacimiento en la rebelión de Lutero contra la venta eclesiástica de los favores del cielo a los indolentes y a los incapaces de virtud en la tierra, y retoñó entre los anglosajones sobre el concepto de que Dios sólo ayuda a los que se ayudan, en la moderna forma del *self help,* que trajo su corolario natural —el *self government*— en oposición y abierta ruptura con el viejo absolutismo tutelar latino, sobre el plan asiático del pastor y el rebaño.

Así, frente a la concepción asiática (1) de los preceptos morales entendidos a manera de talismán protector de los creyentes y malefactor de los incrédulos, en que había vegetado peleando y rezando en la más crasa ignorancia, durante mil años de devoción y pillaje la Europa cristiana, se reconstituyó el concepto germánico de la voluntad individual como fuerza

---

santos ha sido la cubierta bajo la cual se ha restablecido el politeísmo. Esta invasión del espíritu idolátrico ha deshonrado tristemente al catolicismo moderno. Las locuras de Lourdes y de la Salette, la multiplicación de las imágenes milagrosas, el Sagrado Corazón, los votos, las peregrinaciones hacen del catolicismo contemporáneo, a lo menos en ciertos países, una religión tan material como tal culto de Siria combatido por Juan Crisóstomo o suprimido por los edictos de los emperadores". (Renan, "Marc Aurèle").

(1) "La religión es para la mente de los orientales el estudio principal. En todas las naciones del Oriente, el templo, la mezquita o la sinagoga, se utiliza para fines educacionales. El niño aprende su alfabeto en el Corán, en los libros sagrados de Confucio o en la biblia de Brahma. El maestro es, generalmente, lo que entre nosotros llamaríamos un sacerdote; sus únicas lecciones las saca de su biblia. Los niños mahometanos aprenden de memoria página tras página del Corán, sin entender el significado de una sola palabra. A los discípulos de Confucio se les hace ejercicios escritos, sacados de las escrituras del venerable sabio, y los diferentes maestros religiosos de la India tienen igual adhesión a sus biblias". (Laura B. Starr, "Monitor de la Educación Común", Nº 335).

productora de hechos para la prosperidad humana por el esfuerzo humano, sobre la autonomía del hombre que cree en Dios y en sí mismo. —*Dieu et mon droit*— como reza la leyenda del escudo británico, a diferencia de la vieja ordenación pasiva del entendimiento para la vida del pasado; ésta descansaba en la concepción fetichista del credo religioso entendido como el generador exclusivo de todos los bienes en el mundo, sin que la capacidad personal del creyente contase para nada, desde que no se la miraba como fruto del esfuerzo sino como gracia del cielo, verdadera raíz de la indolencia crónica de los pueblos que confían en la Providencia —madre espiritual de la imprevisión—, que creen en el auxilio exterior de los poderes exteriores para escapar a los accidentes del mañana por la protección de los santos tutelares, verdadera fuente de todos sus déficits. Porque esa causa espiritual de la inacción pasada, a que damos después el nombre de imprevisión, en la ilusoria esperanza de poder ser indolentes y previsores, es al mismo tiempo el efecto mental de todas nuestras creencias, la base de nuestros hábitos, el plan de nuestro pensamiento, el alma de nuestras costumbres; pues creer en la protección de los santos y no contar con ella, es un contrasentido, un absurdo completo. Y los hombres, los de la raza indoeuropea, por lo menos, sólo podemos ser absurdos a medias.

Así nació la ciudad moderna sobre la libertad y la responsabilidad del individuo sustituídas a la inmovilidad moral preventiva de la Edad Media; sobre la salud física y moral por la higiene del espíritu y del cuerpo, sustituída a la salud por la devoción y las reliquias.

Así nació, frente al Estado antiguo fundado en la autoridad y la estabilidad, el estado moderno fundado en la libertad y el progreso; el Estado que descansa en la capacidad de todos, tan diferente del que descansa en la omnipotencia de los directores y el achatamiento de los dirigidos persiguiendo el bienestar general por la eficiencia de los menos y la ineficiencia de los más. Línea de vida subyugada, ésta, que la Iglesia romana persigue siempre allí donde impera sin competidores; línea de

vida emancipada, aquélla, a que tiene que entonarse aún el viejo catolicismo donde la competencia de las iglesias modernas le obliga a preferir ese su espíritu medioeval, de que ha salido el entendimiento para la vida política de los españoles y de los hispanoamericanos, modelado sobre el mismo plan atenuado de fetichismo doctrinario y de intransigencia sectaria de los marroquíes.

XXXII

PARA el hombre de la antigüedad griega y romana, que tenía el tiempo limitado por la creencia en los días nefastos, y la capacidad de obrar restringida por la fe en los malos augurios como el hindú actual (1), apenas podía llegarse a otra cosa que esa manera de experiencia de los caprichos de los dioses que les había llevado a formular la conocida regla de conducta: *audaces fortuna juvat*, pues, lógicamente, el summum de la sabiduría tenía que ser la abdicación de la voluntad del hombre en la voluntad de los regidores supremos del universo: "Prefiero siempre lo que sucede, porque estoy convencido de que la voluntad de los dioses es mejor que la mía", decía el sabio y virtuoso Epicteto. "¡Que se haga la voluntad de Dios!", como se dice hoy, cuando un individuo se muere por haberse caído

---

(1) "Al marchar a sus ocupaciones por la mañana el hindú procura evitar cuidadosamente todos los signos y ruidos que pueden augurarle mal para el día. Si alguien estornuda, o si oye el graznido de un cuervo o el grito de un milano, o si encuentra un viejo, un ciego o un cojo, o si ve a un gato cruzar su camino, sentirá las mayores angustias por el mal día que le espera. Por el otro lado, si es un zorro el que cruza su camino, o si oye una campana o un gong llamando a la oración, o si encuentra a un bramín con la cabeza descubierta, se alegrará, teniéndolos como augurio de buena suerte. Algunos son tan supersticiosos, que si les ocurre un mal presagio, regresan a su casa, fuman o mascan hojas de betel y salen de nuevo". El diamante Koo-i-noor tenía en el Oriente la famosa particularidad de hacer morir pronto y mal a los que lo poseyesen. Muchos príncipes hindús sucumbieron al fatal hechizo, hasta que la maravillosa piedra pasó a poder de la reina Victoria y se acabó el encantamiento.

Por consecuencia de las supersticiones corrientes en el Norte sobre el significado de la presencia de las serpientes de cascabel, habiendo una de éstas aparecido una noche en el campamento de instrucción de San

él mismo de una altura, o por haberle otro destruído un órgano esencial, etc., etc.

Y se comprende que la experiencia de los caprichos de los dioses, o de los favores de los santos o de las reliquias, que, por ser ciegos lo mismo salvan a un niño que a un bandido redomado [1], no puede hacer a una persona más apta a los 40 años que a los 20 para entender los acontecimientos de la vida por sus causas naturales. Y es lo cierto que en nuestro espíritu, tan hondamente pagano, la realidad no cuenta para nada y la suerte cuenta para todo. Del médico, del albañil, del abogado, del político, del militar que han prosperado, no se dice que han tenido capacidad, empuje, experiencia. perseverancia, sensatez, capacidad de observar, sino que han tenido suerte: la cual no viene por la ciencia, la experiencia y el empuje de los hombres, sino que viene o no viene porque sí o porque no.

La experiencia, moderno sustitutivo de "la fortuna", del "destino", del "hado" en que comulgaban los paganos antiguos, y de "la estrella" (en que creía Napoleón), del destino, de la suerte en que comulgan los paganos del presente, la experiencia, que, por la observación y la experimentación, ha creado "el sentido común organizado que llamamos *la ciencia*". La experiencia, voz de la naturaleza de las cosas en la inteligencia del hombre, por la que los hechos manifiestan su manera propia de suceder siempre del mismo modo en las mismas circunstan-

Lorenzo, en Salta, se produjo una conmoción tan grande entre los conscriptos, que, aterrorizados por lo que consideraban anuncio de muerte y sin atender exhortaciones se abandonaban a la desesperación, de tal manera que en los infectados del "chucho" la fiebre alcanzó en seguida 39 y 40° y tres de ellos sucumbieron de meningitis consecutiva, según informe del cirujano doctor R. Giménez a la sanidad militar

(1) Un tal Rodriguez, peón de un matrimonio turco, que, por robarles, mató a azadonazos al marido mientras dormía y en seguida a la esposa despierta y en cinta, fué condenado a muerte y finalmente indultado y, a este respecto dice "El Comercio" de Mendoza de abril 1º de 1902: "El comandante Grigera visitó en su celda al reo Rodríguez y le entregó una reliquia acompañándola con estas palabras: "Guarde usted con verdadera devoción esta reliquia milagrosa, que puede ser su salvación en el duro trance que está usted por pasar. A esa reliquia debo yo la vida. Si a usted lo fusilan, se la entregará al capellán que lo asista para que me la devuelva, pero si salva y le conmutan la pena, guárdela como una joya preciosa".

cias y viceversa, representa la faz moderna del espíritu humano; es la contraposición a la faz antigua que nos viene por el entendimiento de la Edad Media desde los judíos que habían supeditado las funciones naturales de la inteligencia del hombre por el cumplimiento pasivo de "la ley de Dios", desde los griegos y los romanos que concebían al hombre y a la naturaleza como gobernados al menudeo y al arbitrio de las entidades sobrenaturales, como provincias sin autonomía, sin voz ni voto directo en su fatal destino, simples dependencias pasivas de los poderes superhumanos. —"O tal vez el destino es inevitable aun para aquellos a quienes advierte"— como decía Tácito; la misma concepción pasiva de la criatura humana dependiente del favor o del disfavor de las imágenes milagrosas (1), en cuya virtud los católicos llevan, todavía, reliquias o escapularios bendecidos como talismanes sagrados, y piden lluvias, acierto, salud, suerte y cordura en este mundo a los bienaventurados en el otro; la misma en cuyo mérito nuestras gentes del pueblo encienden velas a los muertos y les rezan para que sanen a sus enfermos; la misma inteligencia de las cosas que induce a las generaciones humanas a marchar por donde marcharon las precedentes en busca de su felicidad, como los ganados por la huella de sus predecesores para buscar el agua en los campos. No pueden entender al individuo dirigiéndose en la vida como el barco en el mar, por los instrumentos de derrota que lleve a bordo, sino sirgado por sus conductores, o por sus creencias heredadas, conducido por los dogmas o los principios sacrosantos, sacro-sabios o sacro-patrióticos a que el individuo ininteligente subordine con fe su imbecilidad efectiva.

---

(1) "Los gnósticos constituyeron el puente por el cual entró en la Iglesia una multitud de prácticas paganas. Tuvieron en la propaganda cristiana un rol capital.

"...Es por el gnosticismo que la Iglesia hizo su unión con los misterios antiguos y se apropió lo que tenían de satisfactorio para el pueblo. Es gracias a él que, en el IV siglo, el mundo pudo pasar del paganismo al cristianismo sin apercibirse de ello y sobre todo sin sospechar que se hacía judío... El cristianismo puro no ha dejado ningún objeto material; la primera arqueología cristiana es gnóstica". (Renan, "L'église chrétienne").

Y sucede entonces el hecho más trascendental de los tiempos modernos. En el Nuevo como en el Viejo Mundo, sin invasiones, sin cambio de razas, en la misma composición técnica de ahora dos siglos, los pueblos se hacen nuevos o se quedan viejos de diferente manera y en la medida en que adoptan el entendimiento nuevo o se aferran al entendimiento antiguo.

Y el conjunto de las supersticiones de la antigüedad y de la Edad Media —el pensamiento del pasado a que el común de las gentes acomoda su vida en el presente— que pudo debilitar tan profundamente a los pueblos más viejos y más fuertes de la Vieja Europa, hasta convertirlos en los más débiles, impidió también el crecimiento y la prosperidad de los pueblos jóvenes del Nuevo Mundo.

Y he ahí cómo, mientras la América del Norte nacía pueblo nuevo con vida nueva, la del Sud nació pueblo viejo con vida vieja; y mientras ella creó su nueva constitución para habitarla con su nuevo entendimiento, nosotros la copiamos y nos pusimos a habitarla con el entendimiento viejo que nos infundió en la cuna la España medioeval, y que nos siguen elaborando sus mismos frailes con los mismos catecismos.

Y medio siglo después de adoptada la constitución norteamericana, que nos rige nominalmente, seguimos declamando la política en el vocabulario anglosajón y pensándola en el entendimiento católico español; no sobre el individualismo germánico, sino sobre el derecho inconcuso de los poseedores de las buenas doctrinas a destruir a los infestados por las doctrinas malas; sintiéndonos mayoría con derecho exclusivo a tener la dirección de los negocios comunes, no cuando somos los más sino cuando somos los buenos, los verdaderos patriotas: por la certidumbre de que el pueblo sólo puede querer el bien, y de ser nosotros el pueblo porque somos los que queremos el bien, y de no poder ser los otros en ningún número el pueblo porque son los que quieren el mal.

Porque el deber de salvar a los extraviados, de salvarlos de cualquier manera, sin oirlos y a todo trance, por la verdad o la mentira del sufragio, por la tiranía o la insurrección, es la esen-

cia misma del espíritu católico, que es el fondo y la médula de nuestro carácter y la raíz de nuestra incurable insensatez política, porque sería loco el individuo que, pudiendo evitar el mal, lo dejara suceder. Ese absolutismo de nuestro entendimiento nos hace ver rematadamente malo lo que sólo es diferente; es el absolutismo del bien lo que nos pone insensatos por sensatez.

XXXIII

MIENTRAS el hombre se creyó dependiente de la buena o mala voluntad de los dioses, de los espíritus o de los santos (1) que podían perderlo o salvarlo, prestar acierto o desacierto a sus determinaciones, la ciencia de la vida se reducía a la práctica de los ritos y ceremonias de desagravio y propiciación, pues, desde que se entienda que todo sucede por el arbitrio de las entidades superhumanas, la principal forma de la acción humana es *la rogativa;* al mismo tiempo, la más alta expresión de la solidaridad y de la sabiduría es el ermitaño, que sin mover la menor piedra en el camino se confina en una cueva o en una celda de la tierra, para recoger, finalmente, en el otro mundo, las bendiciones de todos, la renta de sus plegarias y el premio de sus virtudes paganas: "Mi deber —decía Epicteto— en tanto dure mi existencia, es el de dar gracias a los dioses, alabarles pública y privadamente, y no dejar de bendecirlos hasta que tenga término mi vida".

---

(1) "Para el hombre primitivo, el dios es un ser todopoderoso, que es necesario apaciguar o corromper. El sacrificio venía del temor o del interés. Para ganar al dios se le ofrecía un presente capaz de conmoverlo, un hermoso pedazo de carne, una copa de «soma» o de vino.

"Las pestes, las enfermedades eran consideradas como los castigos de un dios irritado y se imaginó entonces que sustituyendo una otra persona a las personas amenazadas, se desviaría el enojo del ser superior: «quizás, se decían, el dios se contentará con un animal, si la bestia era linda, útil e inocente». Se juzgaba al dios sobre el patrón del hombre y se suponía que el ser sobrenatural sería sensible a la ofrenda de un objeto, sobre todo si por ella el autor del sacrificio se privaba de algo." (Renan, "L'antichrist")

En esta inteligencia de la vida se bendice a los vivos y a los muertos, a las cosas, las viviendas y las embarcaciones y los campos, las siembras y las cosechas, para sustraerlas al enojo o a la indiferencia de las entidades de que dependen y ponerlas bajo su amparo especial, y en vez de plantar bosques para regularizar las lluvias, por ejemplo, se talan los bosques y se hacen rogativas *ad petendam pluviam.* Si un deudo o un amigo se enferma, la primera cosa a hacer es acudir a los santos con misas, con velas encendidas, con novenas y rogativas para que lo sanen o lo saquen en bien [1]; se ruega por los enemigos, por el éxito de los buenos y por el fracaso de los malos, por el triunfo de un partido o por la consecución de un empleo, por una raza en conflicto, por un pueblo en tribulaciones, y hasta por un animal comido de los gusanos para que se mueran los gusanos; se reza contra los ladrones, contra los malos gobernantes, contra el granizo y contra el trueno, y al lado del que pide fervientemente la lluvia para su maizal en crecimiento, se arrodilla el que pide fervientemente la seca para poder recoger su trigal madurado. Así, la cosa más importante en la vida no es el saber obrar con sano juicio propio sino saber rezar con devoción, y esto fué la única educación que recibieron nuestros mayores, porque esto era la llave de todos los bienes y el escudo de todos los males, y por añadidura la mejor manera de asegurar al pastor de almas el fácil reinado de "tuerto en tierra de los ciegos".

Cuando Fouillé dice que "el sentimiento de la solidaridad humana es débil entre los italianos, aun con los descendientes, hace una observación incompleta, inexacta. Lo que sucede es que la solidaridad italiana, española e hispanoamericana se realizan en la forma correspondiente al entendimiento católico [2],

---

(1) Madrid, enero 27. La "Gaceta" publica el aviso oficial de haber entrado la princesa de Asturias en el octavo mes de su embarazo. Ordena dirigir cédula de ruego y encargo a los arzobispos y obispos para que se hagan rogativas por su feliz alumbramiento. («El Tiempo», enero 28 de 1903.)

(2) Alarmados los vecinos de una región ganadera por la disminución creciente de los rebaños a consecuencia de la sequía, fueron reunidos por uno de ellos que propuso a los demás la construcción a escote de un pozo surgente para todos, dice Leopoldo Lugones, y le contestaron

en la retahila mecánica del pordiosero que encomienda a Dios y a los santos la chancelación de sus deudas, y se aleja con la conciencia satisfecha llevando su miseria voluntaria como un certificado de virtud para este mundo y el otro; se realizan en la hipótesis del ermitaño, por acción espiritual, sin el concurso de los extraños, ni aun el de los hijos, no habiendo entonces margen para que la creencia en la utilidad de la acción personal de los otros para la mejora de las circunstancias comunes pueda hacerlos en nuestro espíritu parte necesaria o útil para nuestro bien, que es lo que llamamos la solidaridad, los que entendemos que el bienestar no puede suceder sin que lo hagamos nosotros mismos.

Todos los días, por la mañana, por la tarde, por la noche, se reza en nuestros templos y en nuestros hogares para que las imágenes milagrosas vuelquen sobre nosotros el cuerno de la abundancia (1); se reza por el bien propio y el ajeno, por la patria, por las naciones católicas, "por la libertad del Papa", por la multiplicación de los ganados y por la salvación de las cosechas, por los navegantes y los viandantes, por los sanos y los enfermos, por los vivos y los muertos, y esto es solidaridad humana en la concepción pasiva de la vida humana, porque el

---

que, «cuando Dios quiere dar no es preciso cultivar». Y he aquí el procedimiento de que se valen, en consecuencia: "A últimos de noviembre, si no ha llovido ya hay sequía; los ganados empiezan a sucumbir. Entonces se emprende la novena de la Purísima Concepción, cuya fiesta es el 8 de diciembre: suele no dar resultados esta primera novena; se la repite, entonces; si ésta no da tampoco resultados, aunque ya ha avanzado 18 día de la probabilidad de lluvia, se emprende la novena del Niño Dios, doble también. Son ya 36 días... No suele dar resultados esta última, y entonces celebran la de San Isidro, patrón de los labradores. Ni San Isidro, ni el Niño Dios, ni la Inmaculada se han dignado oir; ha pasado, ha ocurrido el hecho, lo he visto con mis ojos, pero queda todavía la novena de Nuestra Señora de la Candelaria, cuya fiesta es el 2 de febrero. Naturalmente, por ahí, por el 2 de febrero llueve". ("Reforma educacional", pág. 108)

(1) "Salta, jueves 11. El arzobispo contestó agradeciendo la demostración cariñosa que le hacía el pueblo salteño, reconociendo en los hijos de esta provincia la fe que tenían en el Cristo Redentor y aconsejó que perseveraran en "el culto de las imágenes" del Milagro porque "ellas derramarían grandes beneficios sobre esta sociedad y traerían el bienestar general" para todos los hijos de esta provincia y al mismo tiempo beneficios para la iglesia católica y para la patria." ("La Nación", septiembre 12 de 1902)

poder de obrar los hechos del hombre, investido en los dioses en el paganismo grecorromano, en las imágenes de los muertos y en las reliquias en el paganismo cristiano, es poder secuestrado a los hombres o abdicado por ellos, como el poder conferido a los gobernantes es poder sustraído a los gobernados, como la facultad conferida al cura de almas para pensar y discernir por sus feligreses es facultad quitada a los feligreses para pensar y discernir por ellos mismos.

Y en el entendimiento medioeval de los católicos romanos, que reposa en la inteligencia de que todo sucede por la acción de los poderes sobrenaturales, la acción del hombre se reduce necesariamente y de ordinario al rol pasivo en la vida, a la oración, la penitencia y la súplica. Así, a semejanza de los musulmanes, que consideran profanada la mezquita cuando un infiel pone en ella sus plantas no purificadas por la fe en el profeta, si un loco se hiere en una iglesia, es necesario desagraviar a Dios por la sangre derramada en su casa oficial, para prevenir las fatales consecuencias de "su justo enojo" (1). Así, en la *ciudad indiana* "todo terminaba en novenas, procesiones y misas, para agradecer los beneficios recibidos, para pedir nuevas mercedes" —dice Juan A. García (hijo)— pues la manera cómo el hombre desempeña la vida depende de la manera en que la entiende, y si entiende que las devociones ajenas pueden serle de provecho, paga para que recen por él, y para que digan o canten misas por sus muertos, y lega para que le recen después de muerto.

Y cuando el hombre entiende que su vida depende de su conducta, y su conducta del acierto de su conciencia en la distinción de lo que es justo y de lo que es malo, paga para educar su conciencia por la mejora de su entendimiento, y da y lega para la mejora de la conciencia del país por la educación de sus

(1) "I cannot conceive of God being jealous, angry or full of wrath. All these things reveal lack of power. Jealousy, wrath and anger are most common in small and undeveloped persons; and if God is powerful He never has been and never can be thwarted, tricked, undone or disappointed." ("The Phillistine", abril de 1902.)

conciudadanos [1], de lo que resulta en los pueblos y en las razas el crecimiento colosal de los unos al lado del estancamiento colosal de los otros, porque el entendimiento humano es como el agua que se purifica por su propia corriente en los ríos y se corrompe por su propia inmovilidad en los pantanos.

Ahora se empieza a decir que "nadie es más ciego que los que ven cosas donde no hay nada que ver" (Hubbard), y esto es casi el extremo opuesto del *quos vult perdere Jupiter dementat* de los griegos y los romanos, que imputaban a los dioses el acierto y el desacierto de los hombres, en razón de que, desconociendo las leyes del universo, se encontraban en esa situación en que los eclipses y los cometas, presagiando catástrofes imaginarias, producen pánico y que Minucio Félix describía en estos términos: "la verdad está oculta para nosotros, prohibida, o más bien el azar sin ley reina sólo al través de la infinita e incomprensible variedad de las cosas".

Pero cuando se llegó a descubrir por los métodos modernos las causas naturales de los fenómenos tenidos hasta entonces por obra caprichosa de los poderes sobrenaturales, y la perfecta regularidad del supuesto desorden incomprensible, la arbitrariedad omnipotente de las entidades imaginarias dejó de ser la causa impenetrable de los hechos del mundo en el nuevo entendimiento del hombre; y, finalmente, los fantasmas de la ignorancia, los dioses de la tierra en el antiguo entendimiento humano, se convirtieron en basura moral cuando se llegó a saber que la suerte y la desgracia son nuestra propia obra, y que tenemos en las fuerzas naturales auxiliares más gratuitos que los brazos del esclavo, más grandes y más poderosos que los dioses

---

(1) "No hace más de 30 años que la Inglaterra hizo obligatoria la educación, y es más recientemente aún que llegó a ser gratuita. Pero la educación fué universal, gratuita y obligatoria en los Estados Unidos desde la formación misma de las colonias de la Nueva Inglaterra... Según Mr. Fed Harrison, que visitó los Estados Unidos en 1900, el mecanismo de la educación en América es por lo menos diez veces superior al del Reino Unido. Las carreras abiertas a la mujer son por lo menos veinte veces más numerosas que entre nosotros." (Stead, lugar citado.)

de la antigüedad, que los santos y las reliquias de la Edad Media, que los genios soñados por la imaginación oriental.

Del Renacimiento por una parte, por la otra de la reacción del individualismo germánico contra la teocracia romana en la Reforma de Lutero, que restauró la libertad moral del evangelio, descalificando la idolatría, el milagro y las indulgencias y las tres formas primordiales del ascetismo: la reclusión, el ayuno y el celibato, surgió, a la postre, el entendimiento moderno, que ha creado la civilización liberal del presente sobre la autonomía del hombre y de la naturaleza, desembalados de la fe en lo sobrenatural cuotidiano que los tenía recíprocamente impenetrables, pues, en cualesquiera de sus formas, la fe en lo maravilloso es un tabique imaginario entre el hombre y el mundo.

Finalmente, los mismos católicos acaban por rendirse también, en las capas ilustradas, a la autonomía de la naturaleza rigiéndose por sus propias leyes, con entera independencia de los supuestos espíritus del aire, del agua, del fuego y de la tierra, de los gnomos, los duendes, las brujas, los demonios, los ídolos, las ánimas, los filtros, los hechizos, los encantamientos y los exorcismos, los talismanes y las reliquias; pero se rinden a medias y a malas, creyendo simultáneamente en las leyes naturales y en lo sobrenatural que las anula, en el poder supremo de los ídolos milagrosos para sugerir sensatez ocasional a los imbéciles y en las inteligencias poderosas de sí, en la virgen y en el médico, en el agua de Lourdes y en el aceite de bacalao, en la esclavitud moral y en la libertad política, en la cordura y en el destino, en la casualidad y en la fatalidad, en el esfuerzo y en la suerte, en la regularidad y en la casualidad. Híbridos de entendimiento antiguo y de espíritu moderno, admiten simultáneamente la omnipotencia de los muertos para auxiliar a los vivos y la inferioridad inocultable en este mundo de las razas auxiliadas por las gentes del otro mundo; y viéndose universalmente sobrepujados, en todas las latitudes y bajo todas las formas de gobierno, lo atribuyen a la única circunstancia que es diferente en todos los lugares distintos en que sucede la misma incapacidad de conducirse cada uno por sí mismo, desde

la Irlanda a la Sicilia, desde el Austria al Portugal, desde Méjico a Buenos Aires: la raza.

El entendimiento moderno de las leyes naturales y los métodos modernos de investigación de las cosas y los hechos del mundo, han sido para el progreso intelectual, para el progreso político y para el progreso material de la humanidad lo que fué el Evangelio para su progreso moral; pero la naturaleza estaba ocupada y poseída de antemano por las supersticiones religiosas, hasta el punto de que aun en el siglo XVI Galileo fuera obligado a retractarse por haber dicho que la tierra se movía, y, al nacimiento de la ciencia positiva en Europa, todas las religiones reinantes se opusieron a su entrada en terreno que consideraban dominio propio de la fe ciega, desde los mahometanos de Turquía que le cerraron herméticamente su espíritu hasta hoy, desde los griegos y los católicos que consiguieron aplazarla por una persecución sin cuartel, hasta los protestantes que llegaron temprano a ser menos profundamente incompatibles con la libertad del pensamiento, porque se habían emancipado de muchas supersticiones tiránicas, y sobre el terreno ganado a la jurisdicción sobrenatural de los seres fantásticos para la acción natural de los seres reales, pudo adelantar el espíritu humano hasta crear, finalmente, esa institución del *self government*, distinta del cristianismo y sólo inferior al cristianismo, y en la que no hay un solo ladrillo que haya sido aportado a la más grande construcción de los tiempos modernos por las civilizaciones latina, griega, mahometana o budhista.

Sobre el principio de la soberanía del pueblo y de la consiguiente libertad de pensamiento y de acción, la América del Norte, con fe entera en la capacidad del individuo para equivocarse y enmendarse por sí mismo, y de la agrupación de individuos para gobernarse y prosperar sin curadores humanos de institución divina, vino a ser en el siglo XIX el más libre, que es decir el más moderno de los pueblos modernos, mientras la España con un cuarto de confianza en el poder de la inteligencia y la voluntad del hombre, y tres cuartos de fe en la soberanía de la Iglesia por el poder maravilloso de los difuntos que

ella pone en ejercicio para sus fieles, se quedó por cuatro quintos medioeval; y la América del Sud, donde las imágenes y las reliquias españolas se sustituyeron simplemente a los ídolos y a los fetiches de los naturales, para la misma supersticiosa inteligencia de la condición del hombre en el mundo, se quedó por cuatro quintos española.

Pues así como los primeros pueblos antiguos que cedieron a la invasión del nuevo modo de pensar y de obrar que trajo el cristianismo, por ese solo hecho y sin cambio ni cruza de razas vinieron a ser pueblos nuevos en relación a los que quedaban fieles al entendimiento antiguo, así los pueblos del presente que se han dejado ganar por las maneras modernas de encarar la vida y entender el mundo son pueblos nuevos con relación a los que permanecen más o menos fieles al entendimiento de la Edad Media, pueblos fuertes y vigorosos porque su mente va paralela con las leyes del universo físico y del universo moral y fortalecida con la fuerza de éstos, como diría Emerson.

Así la Italia, la Francia, la España, fueron pueblos nuevos por el entonces nuevo entendimiento de los hechos y las cosas, cuando la Germania, la Bretaña, la Caledonia y la Escandinavia eran todavía pueblos bárbaros e inferiores, con el espíritu informado en la vieja cosmología escandinava.

Que las fuerzas de la naturaleza graviten en favor o en contra del hombre, que limiten su acción o la centupliquen, es circunstancia que no depende de ella sino de él. Por ejemplo, los romanos que no podían emprender viaje, embarcarse, declarar la guerra o librar batalla sin consultar la voluntad de los dioses y esperar su consentimiento —como nuestros abuelos, que tampoco podían embarcarse sin probar que habían confesado y comulgado, so pena de la mitad de sus bienes para la cámara del rey, ni navegar en los meses prohibidos por los teólogos, so pena de excomunión—, los romanos consideraban el rayo como una manifestación del enojo de Júpiter; los cristianos de la Edad Media lo miraban como un castigo del cielo, y del mismo modo lo estiman los cristianos medioevales del presente que siguen usando como pararrayos las cruces de ceniza en el

suelo, las velas bendecidas en la fiesta de la Candelaria, o el olivo y las palmas consagrados en el domingo de Ramos, en tanto que, esa misma fuente de terrores para el entendimiento antiguo es ya el mejor sirviente del entendimiento moderno es infinitamente superior al caballo, al buey, al camello, a la mula y al elefante como fuerza de tracción, al sebo, al aceite y al gas en poder de iluminación, herramienta y medicamento, vehículo de la palabra al través del espacio, vehículo de la visión al través de los cuerpos opacos.

Pero el moderno concepto del autodestino del hombre por su elevación moral y su capacidad intelectual, verdadera varita mágica de levantar a los individuos y a los pueblos a la acción en la vida y al éxito en el mundo, tiene una difusión muy desigual aun entre las naciones civilizadas, correspondiendo el mínimum a la España, que casi nada ha aprendido y casi nada ha olvidado en los últimos cuatro siglos en que la humanidad se ha creado una nueva inteligencia de las cosas del mundo; a la España donde el entendimiento del pueblo, mestizo de medioval y contemporáneo, está reducido al tercio de sus posibilidades por la fe en milagros y las indulgencias; a la España donde los que creen en el porvenir del hombre por la capacidad del hombre son habas contadas en un cardumen de creyentes en el porvenir de los vivos por la protección de los muertos, por la eficacia de las imágenes y las reliquias (1), de las novenas, las procesiones y las peregrinaciones (2), de lo que ha resultado esta América española, en la que teniendo el hombre su entendimiento compartido entre la vieja y la nueva inteligencia

(1) "En 1485, los venecianos, muy expuestos a las pestes por sus relaciones con el Oriente, enviaron a Montpellier emisarios disfrazados de peregrinos que robaron las reliquias de San Roque, abogado de los pestíferos, y las llevaron a Venecia, donde el dux, el senado, los sacerdotes, los monjes y el pueblo los recibieron triunfalmente." (P. Larousse.)

(2) "Como todo es tardío en esta bendita tierra, hay dos o tres horas de charla callejera, antes que la sagrada presencia se anuncie por el sonido de campanillas de plata. Mientras la soberbia estructura de filigrana de oro adelanta, un movimiento de reverente homenaje vibra a través de la multitud. Olvidados de las sedas y de los bordados y de la conversación, todos caen de rodillas en una masa colorida, e inclinando sus cabezas y golpeándose el pecho, murmuran sus mecánicas

de las cosas de la tierra, fomenta a la vez los ferrocarriles y los conventos; la escuela del pasado y la escuela del porvenir, como esos individuos que, creyendo un poco en la ciencia y el resto en milagros, cuando se enferman llaman al médico, encienden velas al santo de su devoción, y hacen promesas de donativos a la más vecina o a la más acreditada efigie de la virgen, para pagársela si sanan.

Y en tanto que los neosajones consideran la religión como la base de la moral, y la moral "como una herramienta de uso diario que hay que afilar todos los domingos" (Taine), los latinos la consideran como un instrumento de inducir a los muertos a producir milagros para los vivos. Allá, el lado práctico de la fe se reduce a la orientación moral de la acción del hombre vivo por el hombre muerto, de modo que, cuando el individuo deja de creer en el poder de los santos para iluminar su entendimiento y conducir sus asuntos, está fuera de su religión, y a menudo en el otro extremo: en el ateísmo completo.

---

plegarias. Hay pensadores que dicen que estas exhibiciones son necesarias; que la mente latina necesita ver con ojos absortos las cosas que reverencia, so pena de que el objeto adorado se marchite en su corazón. Si no existieran catedrales y misas, dicen, no existiría religión; si no hubiera rey, no habría ley. Pero no podemos aceptar con demasiada prisa esta teoría etnológica de la necesidad, que rechazaría todos los principios del progreso y del bien positivo y condenaría a la mitad del género humano a niñez perpetua." (John Hay. "Castilian Days".)

XXXIV

EN el entendimiento grecorromano de los hechos del mundo, todo sucedía o dejaba de suceder por el arbitrio de los dioses; en el entendimiento cristiano de la Edad Media todo sucede o deja de suceder, también, por el arbitrio de los santos, y en ambos casos todos los campos de la inteligencia estaban insumidos en la jurisdicción de la teología, y surgía de allí, para el individuo y para el Estado, la necesidad de tener dioses o imágenes propios, y un culto oficial que hace del sacerdote un funcionario público y el más esencial para la prosperidad del país (1).

En este concepto de la vida, la ignorancia o la sabiduría del individuo, su imbecilidad o su sensatez, no pueden ser parte a modificar el curso de las cosas que depende de la voluntad de los dioses o de los santos y no de la suya. "Suerte te dé Dios, hijo, que el saber de nada te sirve", como lo expresa el refrán español, mostrando la raíz de esa característica vocación de todos los pueblos de habla española para "fiarse a la virgen y no correr", y "tentar la suerte" en la lotería y en todas las variedades de azar, desde la taba y el naipe hasta la conspiración.

Y la idea de la independencia individual, que presupone la idea y la posibilidad de la suficiencia individual por el esfuerzo individual para las necesidades individuales, no pudo surgir en el entendimiento pagano, ni en el entendimiento católi-

---

(1) Constitución Nacional, artículo 2º.

co, ni en el entendimiento griego ortodoxo, que descansan sobre el concepto de la inanidad de los vivos en un mundo en que todo depende del azar o de la voluntad de los muertos; en que el poder del hombre no es el producto del cultivo de sus facultades sino un favor de la suerte o un don del cielo: "a quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga".

A través de una larga y laboriosa gestación, la nueva concepción de la suerte por el esfuerzo y el acierto individuales, y de los gobiernos limitados en consecuencia, y del pensamiento y la acción individual ensanchados de consiguiente, pudo, finalmente, brotar y florecer entre los anglosajones, trayendo consigo la separación de las jurisdicciones confundidas de la fe y de la ciencia, de la inteligencia y del corazón, del mundo moral y del mundo físico, del orden temporal y del orden espiritual; en una palabra, la libertad del individuo para pensar y obrar con su propio entendimiento, sin la censura, la intervención y la vigilancia del Estado por sus inspectores del pensamiento, en la inteligencia de que: *the true work of all governments is to do away with the necessity of any government.*

La libertad de aprender y de investigar y la conveniencia de saber hicieron la difusión y el incremento de los conocimientos humanos; y el cultivo del entendimiento propio, mil veces más saludable que el cultivo de la voluntad de los dioses o de la benevolencia de los muertos, trajo para los anglosajones, sin la conquista y la expoliación de los vecinos, una prosperidad relativa, como el mundo no había conocido igual.

Anhelosas de ese bienestar manifiesto, las naciones católicas, anegadas en la miseria consecutiva a la incredulidad en la capacidad individual para producir bienes, se dieron a copiar con la fe las instituciones libres de los pueblos libres; pues si el recitar simplemente una oración milagrosa pensada y sentida por otro, o colgarse un escapulario bendecido, era bastante para lograr el amparo de los bienaventurados, el vestirse una sabia constitución amuleto debía bastar, también, para conseguir el bienestar correspondiente a la sensatez intrínseca del instrumento escrito.

Fué mucho hacer, por cierto, y mucho ganaron con ello, pero la masa del pueblo quedó siempre enfeudada al mezquino y estrecho entendimiento antiguo, incapacitada de abolengo por el doble régimen paternal y centralista de la Iglesia y del Estado para gobernar la propia conducta con el entendimiento propio, que es decir, en la universal y congénita aptitud para catedráticos infusos que nos ha conferido la naturaleza, al otorgarnos la facultad de ver con más facilidad una paja en ojo ajeno que no una viga en el ojo propio. La libertad política —que había puesto fin a las convulsiones políticas entre los neosajones y arraigado definitivamente el orden y el progreso, la estabilidad y el movimiento—, puso principio a la convulsión en permanencia y a la guerra a destajo entre los neolatinos, en quienes la Iglesia había atrofiado por la sumisión espiritual la aptitud para el *self government.*

Y mientras la de 1688 que dictó *el bill de tolerancia* y abolió el derecho divino —que crea el gobierno absoluto y no puede crear otro— estableciendo un origen común para las prerrogativas del rey y los derechos del súbdito, fué la última revolución inglesa, la gran insurrección de 1789 fué, para las naciones sometidas a la tiranía espiritual de la Iglesia romana, la primera de una serie de reacciones violentas del liberalismo creciente contra el absolutismo recalcitrante, que sólo terminará cuando ella abandone los dogmas rancios que la hacen incompatible con el progreso del espíritu humano, o cuando la civilización en menguante del estado reaccionario sea definitivamente desbordada por la civilización creciente del Estado liberal. Se salvará, por cierto, la religión católica, como se salvó la religión judía, que ha sobrevivido ya cerca de diez y nueve siglos a la destrucción del estado judío. Pero el estado católico si —del mal el menos— no barre las colmenas de frailes y de beatas que frustran las almas modernas para la acción moderna con la infusión del entendimiento de la Edad Media, que es su especialidad, sucumbirá como sucumbió el estado judío, como están sucumbiendo los estados musulmanes y los budhistas.

"Los acontecimientos que van a venir muestran su sombra adelante" y el jefe omnipotente del cristianismo medioeval ha perdido en nuestros días sus estados temporales, mientras ha hecho su aparición en la escena el socialismo, que en estos mismos momentos está haciendo sus primeros ensayos felices en Glasgow y Nueva Zelandia, y dando en Francia el primer martillazo en el clavo.

XXXV

Y en este medio continente rezagado de la civilización positiva en la hechicería religiosa de la Edad Media, ¿qué es lo que nos falta para ser la grande y gloriosa nación que soñaron nuestros padres?

—"Nos faltan brazos" — se dice.

Pero cuando los españoles eran la primera raza del mundo no tenían más ni mejores brazos que ahora, que, a fuerza de pedir capacidad para la vida a las imágenes de los santos y no a las escuelas vienen en camino de ser la penúltima de Europa (1).

---

(1) "Antes que el siglo XVII hubiera hecho la mitad de su carrera —dice Froude— la sombra de la España se extendia más allá de los Andes; de las minas del Perú y de las aduanas de Amberes, los ríos de oro corrian en su tesoro imperial; las coronas de Aragón y de Castilla, de Borgoña, de Milán, de Nápoles y de Sicilia, se hacinaban sobre la frente de sus soberanos". Por ese mismo tiempo, Sully, hacía observar que en España "las piernas y los brazos son fuertes y poderosos, pero el corazón infinitamente débil y endeble".

Los brazos son para ejecutar el trabajo, la cabeza es para discurrirlo y el corazón para emprenderlo. Si hay brazos y no hay cabezas y corazones, no hay empresas ni trabajo. Esta es la condición del hombre primitivo, de las tribus de los indios y de los rebaños de negros, que trabajan sólo por el impulso del hambre y no por el del pensamiento y la voluntad. Si en un país algunos tienen capacidad y empuje, los otros pueden, entonces, alquilarles sus brazos, y en proporción de esta aptitud de discurrir trabajo y acometerlo, estará la capacidad de absorber u ocupar trabajadores.

El trabajador sobrante es un artículo en el mercado del trabajo, sujeto a la ley de la oferta y la demanda. En la medida en que aumentan en un país la capacidad mental de los habitantes y el espíritu de empresa, aumenta la demanda de brazos y con la demanda de brazos los salarios, y con los salarios el aliciente que trae al trabajador extranjero. Así, la inmigración no depende principalmente de

Porque el individuo puede sentir con el espíritu lo que le falta en los brazos, pero no puede sentir con los brazos lo que le falta en el espíritu, ni caer por ellos en cuenta de que lo tiene rancio, pobre, intolerante, indolente, descalabrado, necio, supersticioso o torpe, pues, en todos estos respectos, el semicuerdo es, también, como el loco de remate, "un desgraciado que ignora su infortunio".

De ahí que ningún pueblo —así fuese más estúpido que una montaña—, haya sentido jamás que le faltase entendimiento, mientras todos han sentido siempre la falta de brazos, y apelado para remediarla, a la esclavitud antes, a la inmigración ahora; de ahí que, "el buen sentido es la cosa más abundante y bien distribuída, pues aun los más incontentables no desean tener más", dice Descartes; de ahí, también, que, para el bonzo o el derviche más estúpidos, como para el pope o el fraile más esclarecidos, la causa del estancamiento de los chinos, de los musulmanes, de los griegos o de los católicos, esté siempre fuera de su respectiva levadura de atraso que ellos tienen por fuente

---

la bondad del clima, ni de la fertilidad del suelo, sino de la bondad y la fertilidad del habitante. Seguridad de vida y bienes, y posibilidad de ganar dinero, éstos son los alicientes de la inmigración, que la hacen afluir en masa a la América del Norte y desairar a la del Sud.

Al empezar el siglo pasado, ésta tenía tres veces más población y riqueza que aquélla; al empezar el presente, aquélla tiene dos veces más población y diez veces más riquezas, porque allá, desde el siglo XVIII la instrucción pública gratuita, universal, obligatoria y endilgada a las necesidades de este mundo, sobre el dogma de "la justificación por la fe" sustituído al dogma de la justificación por las indulgencias compradas o ganadas, levantó la potencia de trabajo en el habitante, de tal modo que durante todo el siglo XIX, los Estados Unidos han sido el pueblo que ha ejercido mayor atracción sobre los trabajadores sobrantes de la Europa, y al entrar en el siglo XX, con sus 400.000 maestros de escuela, recibe, todavía, sobre sus 80.000.000 de habitantes, 1.000.000 anual de inmigrantes seleccionados, entre los que se cuentan 80.000 italianos, a quienes el ambiente americano americaniza en seguida, mientras, en la misma Europa, la España es el país relativamente más despoblado y relativamente también, el de mayor emigración, que huye de la falta de trabajo, que es consecuencia de la pobreza de espíritu y del exceso de cargas, que es consecuencia de la incapacidad administrativa.

En la América latina, el culto de los milagros y la prohibición de instruirse para las necesidades y las obligaciones del presente, habían empobrecido de tal manera la capacidad y la voluntad para el trabajo y las empresas, que, a la época de la Independencia, en el interior, el trabajo de un hombre por mes valía quince reales, y la legua de campo veinte. Aun a mediados del siglo, el sueldo mensual de una sirviente

y medida del progreso. De ahí, también, la necesidad de la crítica y del control recíproco de las sectas y de los partidos; de la imposibilidad de vernos por el revés en que estamos todos.

La exuberante capacidad que se sienten los frailes sin hogar, sin familia y sin bienes, para dirigir en absoluto a las mujeres y a los hombres y a los mismos gobiernos civiles en todos los asuntos de este mundo, proviene justamente de su confinamiento exclusivo en el estudio de las cosas del otro mundo.

En todos los tiempos el hombre se ha sentido con bastante cabeza para pensar y descansar él por los demás y para que los demás trabajen y suden por él, y recién ayer, recién en el siglo XIX ha empezado a sentirse con bastante inteligencia, decencia y voluntad para preferir la justicia a la caridad, y para servirse de sus brazos mejor que de los ajenos, en sus propios asuntos con más provecho que en los negocios del prójimo, de tal modo que, al influjo de la educación común, del menosprecio de la ociosidad y del ennoblecimiento del trabajo, la esclavitud —necesaria en la antigüedad, indispen-

---

rural era de dos pesos bolivianos y de cinco o seis el de un peón. Tales salarios, consecuencia de la ignorancia y la incapacidad universales, y de la consiguiente inseguridad de vida y bienes, no podían seducir al trabajador europeo, como no le seducen hoy mismo los mezquinos salarios y la miserable justicia de Bolivia, Venezuela, etc., etc.

La Iglesia Católica y la monarquía catolicísima habían prohibido la introducción de libros y la educación liberal del pueblo, tan eficazmente que, todavía en 1831, a Sarmiento, emigrado en Chile, le cerraron una escuela en San Felipe, porque no enseñaba las mojigangas consagradas que han rebajado la cabeza y el corazón del español, y por esa misma época, según su biógrafo, el señor Guerra, un joven argentino Ocampo, era condenado por hurto en Santiago, a ser tres años maestro de escuela en Copiapó.

La educación para las necesidades de este mundo empezó para nosotros después de 1862, pues la que habían iniciado Las Heras y Rivadavia había sido totalmente anonadada por Rosas, y el foco del Uruguay y sólo brilló para un número reducido de privilegiados. Con ella empezó también la inmigración europea (1.324.400 desde 1857 a 1894), atraída mayormente por el capital y el empresario extranjero, y finalmente, desde 1890, tomó cuerpo la emigración, sólo en parte contenida por el proteccionismo, que ha obligado a tantos industriales europeos a establecer sus fábricas y talleres en nuestro suelo, radicando así a sus operarios.

Con las más espléndidas cosechas, el Brasil y la Argentina, aun semibaldíos, han llegado a ser en los primeros años de este siglo, países de emigración, como sus ex metrópolis. Asimismo, indolentes para abolir siquiera la educación medioeval para las necesidades imaginarias de la otra vida, a fin de implantar la educación moderna, convencidos

sable aun hoy en las estúpidas poblaciones musulmanas— empezó a ser superflua y llegó hasta ser perjudical [1] allí donde la inteligencia humana mejor cultivada había capacitado al hombre para ganarse la vida y las comodidades por sí mismo.

Porque "es imposible querer ser miserable" y la miseria en el mundo es necesariamente la consecuencia del fracaso de los medios empleados para conseguir el bienestar.

La falta de capacidad para prosperar se manifiesta en la sensación de falta de brazos, y resulta en mengua de producción y acrecentamiento de derroche, que a su vez se traducen en falta de capitales, que son trabajo sobrante y acumulado en otros pueblos por una mayor capacidad de producir y administrar.

Y como la pobreza de espíritu y las más estúpidas su-

---

todos, entonces, de que sólo por la inmigración europea voluntaria podemos llegar a la prosperidad que nos corresponde por las ventajosas circunstancias del suelo en que habitamos, sólo contamos con poder haberla cuando la América del Norte se haya llenado y desbordado como una vasija repleta. Pero, aparte de que los trabajadores europeos se dirigen actualmente de preferencia al Canadá, a Australia, Nueva Zelandia y Africa del Sur, según los cómputos de Fiske, solamente los Estados Unidos pueden albergar 1.600.000.000 de habitantes, con una densidad igual a la mitad de la Bélgica y cuando ellos tengan 300.000.000, con salarios más altos, con una justicia y una administración incomparablemente superiores, serán infinitamente más atrayentes que toda la América del Sud, para los mejores elementos de la Europa.

Es evidente, pues, que la inmigración depende de la capacidad nacional para atraerla y retenerla, la cual capacidad nacional depende de la educación nacional, y que la educación española que nos hacen los frailes y las beatas con sus catecismos y sus colegios clericales, que españolizan el hogar argentino y la vida pública argentina, es una educación que "el siglo de las luces" ha visto fracasar en los siguientes países: España, Portugal, Argentina, Uruguay, Brasil, Paraguay, Chile, Bolivia, Perú, Ecuador, Venezuela, Colombia, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, Salvador, Guatemala, Méjico, Cuba, Santo Domingo y Haiti.

(1) El Ohio separa el Kentucky esclavo y atrasado del Ohio libre y próspero. En la orilla izquierda el trabajo se confunde con la idea de esclavitud; en la orilla derecha con la de bienestar y la del progreso. En la orilla izquierda no se puede encontrar obreros de raza blanca, porque temen parecerse a los esclavos y hay que acudir al trabajo de los negros; en la orilla derecha en vano se buscaría un ocioso; el blanco extiende a todo su actividad y su inteligencia. El americano de la orilla izquierda no sólo desprecia el trabajo sino todas las empresas que el trabajo acomete, y viviendo en una cómoda indolencia tiene las inclinaciones de los hombres ociosos. El Estado de Kentucky fué fundado en 1775; el de Ohio doce años después. Actualmente (en 1830) la población del Ohio excede en 250.000 habitante a la del Kentuky. (Tocqueville, "Democracia en América").

persticiones no duelen ni incomodan, no se ve la necesidad de curárselas, y como la miseria consiguiente aflige y abochorna en el concierto de las naciones, se procura siempre eludir el efecto de la infecundidad propia alquilando el producto de la fecundidad ajena. Y porque el capital prestado —a menos de invertirlo en ensanchar y enriquecer el espíritu de las gentes— no mejora la capacidad de los prestatarios para las tareas y las luchas de la vida, la mayor parte de los millones de libras que los ingleses han prestado a la América de los jesuítas, ha corrido la suerte de "los dineros del sacristán, que cantando se vienen, cantando se van".

XXXVI

CON sus once millones de indios y mestizos embrutecidos por el fetichismo católico, la ignorancia, el pesimismo, el fatalismo y el pulque, en sus trece millones y pico de habitantes, ociosos y viciosos en su mayor parte, México no produce lo que la improvisada Australia en un territorio más pobre, pues lo que hace la capacidad de los brazos no reside en los brazos ni en los fetiches milagrosos sino en el cerebro y en el corazón del hombre mismo, y la China tiene tal sobra de brazos que hay parajes donde el trabajo de un hombre por semana cuesta diez centavos y las máquinas de vapor resultan inaplicables para la industria, porque la fuerza muscular del ser racional es más barata que el carbón, mientras en el Far West de la Unión Americana "los carruajes se alquilan sin cochero —dice Rousiers— porque este gentleman costaría más que el carruaje y los caballos".

En esta materia, pues, los sudamericanos estamos incurriendo en el error de la antigüedad, pretendiendo resolver en función de las fuerzas mentales, en función de la cantidad, el problema de la calidad humana para la vida humana.

Y aunque la sobra de brazos indígenas nos lleve de cuando en cuando a ese estado de plétora de fuerzas en bruto en que los trabajadores vacantes, que no pueden emigrar, recorren las ciudades y las campañas en bandadas, sin saber qué hacer de sus brazos pelados ni encontrar quien discurra por ellos ocupación para ellos, se apelará a toda clase de expli-

caciones peregrinas para el hecho de la emigración de trabajadores y del pauperismo en un país fértil y semibaldío aún.

Y cuando la fuerza de las cosas nos traiga más contra la causa verdadera, le pasaremos por la tangente con un "nos faltan cabezas dirigentes", casualmente el fruto específico de la civilización papal, la cosa que abunda hasta ser una verdadera plaga, una endemia de dirigentes de profesión que, sintiéndose pletóricos de aptitudes para el bien de los demás, se pelean hasta matarse por hacer la gloria y la dicha del país en los cargos públicos.

A mayor abundamiento en la herradura, diremos todavía que el talento es congénito en la raza, para remacharnos el error a completa satisfacción del cardumen de "esperanzas de la patria", como se acostumbra a designar a los que saben cómo deben conducirse los otros.

XXXVII

SESENTA millones de esclavos resolvieron para el imperio romano el problema actual de la América del Sud en el terreno en que se le plantea y por el mismo procedimiento en que lo resuelven todavía las naciones africanas: la conquista de prisioneros para explotarlos. Y entonces, como hoy, resuelto el problema de los brazos por brazos, nación perdida, por la razón que indicaba el rey Recesvinto en el concilio de Toledo: "Y porque la buena salud del entendimiento es el mejor preservativo para la conservación del cuerpo".

La España resolvió en América el problema de los brazos para los aventureros beatos y sin entrañas morales, por la domesticación del indio, y agotados los indios, por la importación de negros, hasta que la perdió con indios y negros y frailes y todo; abolido por la Inglaterra el comercio de negros, lo resolvió en Cuba y Filipinas, por la importación de chinos, hasta que también las perdió con chinos, tagalos y jesuítas (1).

El problema de la población, de la colonización, fué resuelto en la América del Evangelio, por el ennoblecimiento del trabajo, la abolición de las distinciones de castas, y el libre desenvolvimiento de la inteligencia y la voluntad; en la Améri-

---

(1) "En el Museo del Colegio de la "Propaganda Fide" se puede ver el mapa en que el Papa dividió el Nuevo Mundo entre la España y el Portugal, cuyas banderas no flotan ya ni aun sobre el más pequeño islote de este nuevo continente". (Stead, lugar citado).

ca del Catecismo fué resuelto por la obligación de rezar y confesarse y comulgar y la prohibición de instruirse en la colonia, por la ignorancia y la imbecilidad consecutiva en la ex colonia. Eso ha producido allá una prosperidad nunca vista antes en el mundo, aquí la miseria más incongruente con la fertilidad máxima del suelo; y, desgraciadamente, nosotros hemos heredado de los españoles el problema y la errada manera de encararlo, pues de las naciones de la Europa ha sido España la más encenegada en el culto de las reliquias y de la magia religiosa, la más rebelde al acrecimiento de la inteligencia, la moralidad y la voluntad individuales, que son los resortes que valorizan y ponen en acción a los brazos del hombre, los cuales, a su turno, valorizan y ponen en el mercado del mundo los recursos del suelo [1].

En la América del Norte, los aristocráticos Estados del Sud resolvieron el problema de los brazos por la importación de esclavos africanos y los negreros inocularon a la gran nación del presente la más grande de sus calamidades, en una raza rezagada por siglos y siglos de indigencia espiritual.

El Perú, que Sarmiento describía en 1865 como "un leproso, que en todo piensa menos en curarse", el Perú que tenía el problema de la baratura y de la abundancia de los brazos a medio resolver en el indio, —semibestia de carga y de palos—, lo había recién complementado por la importación de chinos, cuando Chile lo reventó de un zarpazo, que aplastó también a esa pobre Bolivia, donde el catolicismo más ignorante y supersticioso hace de perro del hortelano [2], no pudiendo hacerla prosperar él, ni consintiendo en que la

---

(1) Según los datos estadísticos del comercio exterior de la América latina en 1901, compilados por M. Sanson y transcriptos por Stead, la proporción en libras esterlinas por habitante fué: Uruguay, 14.6; Argentina, 11.6; Chile, 6.12; Brasil, 2.9; Ecuador, 2.9; Bolivia, 2.8; Venezuela, 2.07; Méjico, 1.82; Perú, 1.20; Colombia, 1.20; Guatemala, 1.10, y Paraguay, 0.23.

(2) El catolicismo tiene vocación manifiesta para "dog in the manger". Aunque Buenos Aires está sobrado de barrios "dejados de la mano de Dios", como se decía en la Edad Media, como Mr. Morris hubiera fundado en Palermo las "escuelas evangélicas argentinas" para educar y socorrer a los niños desamparados, con la caridad de los

hagan adelantar otras formas de cristianismo menos enemigas de la autonomía de pensamiento y de acción, de modo que, en un siglo, todo el progreso de Bolivia, dice un viajero, se reduce a la sustitución de la llama por la mula para la misma miserable existencia, pues, en punto a moralidad... "a los bolivianos es necesario saludarlos en plural, para que no se resientan el diablo y la mentira que están detrás", decía Sarmiento (1).

Porque éste es el problema de la educación de la raza, que la Iglesia pretende resolver en el presente como en el pasado por la pasividad mental de los vivos y el auxilio mágico de los muertos, y nosotros por el cruzamiento de las especies educadas para el progreso antiguo con las especies educadas para el progreso moderno

---

ingleses, un obispo, haciéndose eco de estúpidas calumnias se opuso en el Congreso a que se las subvencionase, y los clericales organizaron en seguida una sociedad para educar y socorrer niños pobres en el único paraje de la ciudad donde su acción era enteramente innecesaria: en Palermo.

(1) "En cuanto a Bolivia, que no tiene un bote en su puerto, ni un peso en sus arcas, ni un tonto que quiera prestárselo, y que sólo ha mostrado tener fuerza para invadirnos de cuando en cuando con excursiones descabelladas, ¿de qué puede servirnos prácticamente en una guerra? (G. Rawson, "Carta a Bustamante", de septiembre de 1873).

XXXVIII

Y ha venido a suceder así que las incongruencias que la Australia tiene en el suelo, por disposición de la naturaleza, la Argentina las tiene en el entendimiento de las gentes, por extravíos de la mente española. "Allí, dice Beauvoir, hay elementos para formar una tierra como cualquiera otra, pero están separados; en un sitio doscientas leguas cuadradas de piedra; en otro, trescientas de césped; más allá mucha agua o sequías espantosas".

Aquí también hay elementos para formar una nación próspera como cualquier otra, pero están separados, toda la ilustración de un lado, toda la ignorancia del otro; dos por ciento de la población en la luz de la civilización moderna y el resto en las supersticiones de la Edad Media.

Hay inteligencia elaborada, pero no la tienen los productores, sino los vividores, porque la superestimación del rango social y la subestimación de la decencia de conducta, haciendo el drenaje del talento nacional hacia las profesiones brillantes que medran alquilando su ilustración a los incultos cultivadores del suelo, producen en la inteligencia nacional la degeneración oratoria, análoga de la degeneración grasosa, y que implica, también, una debilidad intrínseca bajo una robustez aparente.

Hay honradez y virtud, pero no en los patrones, sino en la servidumbre, no en los jueces de paz, sino en los barrenderos municipales, en tal manera que, al quebrar los bancos

oficiales, vez pasada, por ausencia de aquello en sus directores, resultó que los patrones arruinados debían a los bancos y los bancos arruinados debían a los sirvientes.

Y todo porque a mérito "del espíritu de caballerosidad que implica —dice Freeman— la elección arbitraria de una o dos virtudes, que se han de practicar en un grado exagerado hasta hacerlas degenerar en vicios, al mismo tiempo que se olvidan las leyes ordinarias de lo que es justo y de lo que es malo", hemos hecho del coraje, del talento y de la elegancia, profesiones privilegiadas sobre la moral y las leyes; y del trabajo desconsiderado hemos hecho las restantes, habiéndonos fracasado siempre la educación industrial, comercial y agrícola por la desestimación social de las profesiones que el entendimiento español consideró siempre oficios de villanos. De esa manera, siendo el estrépito lo que más ayuda para abrirse el camino de los hombres y las comodidades, el criollo se instruye para brillar en la sociedad, como las luciérnagas, y no para producir bienestar como "la industriosa abeja".

XXXIX

¿CONVIENE la inmigración espontánea, o la fomentada? ¿la del Sur, o la del Norte de Europa?

En esto estamos aún, sobre el aforismo improvisado de Alberdi, cuando el estilo español del país es todavía la disociación de la cabeza y los brazos del entendimiento y los miembros —órganos solidarios y recíprocos en la economía del organismo para que la fuerza ejecutiva de los brazos sea centuplicada por la fuerza creadora de la mente y para que el entendimiento y la voluntad sean controlados y rectificados por la acción— órganos independientes y antagónicos en la caballerescamente disparatada orientación del entendimiento español, que, acumulando toda la capacidad elaborada del país en "las cabezas dirigentes" y consiguientemente, toda la incapacidad del país en las cabezas productoras, sobre el plan del pastor y las ovejas de la Iglesia romana, hizo insano el pensamiento y triste el trabajo, según esta definición de Ruskin: "Sólo por el trabajo puede ser saludable el pensamiento y sólo por el pensamiento puede ser feliz el trabajo", viniendo a suceder así que los que aprendían algo no debían hacer trabajo útil, para no decaer de su decoro, y que los que nada aprendían lo hacían todo. —"Que los caballeros no se ocupen de trabajos manuales— oficios de villanos, —ni se codeen con los que trafican y venden géneros"— mandaba la ley, que, haciendo dos series de víctimas de una sola necedad grande, creó a la vez el pauperismo hidalgo y la miseria pe-

chera, complicadas con la virtud ociosa y voraz del fraile estudioso de ciencias fósiles, que marchitaron en flor la incomparable grandeza del imperio en que no se ponía el sol; el talento y la virtud se marchaban al claustro a servir a Dios, viviendo de diezmos y limosnas y legados, el talento y la virilidad se iban al cuartel a servir al rey, viviendo de sueldos y pensiones, y sólo quedaban los villanos ignorantes para esquilmar estúpidamente el suelo y mantener en la opulencia a los servidores de Dios y del rey.

Las deplorables consecuencias mentales, morales, sociales, políticas, económicas, de esta aberración católica del cristianismo en España, que dividió la sangre y la sociedad en castas, induciendo a los hombres a considerarse seres inferiores o superiores por la sola circunstancia del nacimiento, de las creencias o de los atavíos, han sido tan grandes y tan extensas que hasta hoy mismo, y aun entre nosotros que fuimos la menos aristocrática de sus colonias, se palpan todavía en esa hambre insaciable de ventajas y honores oficiales; en esa malhadada tendencia a juzgar a las gentes por los trapos que visten o la profesión que ejercen, o la clase en que militan, la religión que profesan o el partido a que sirven; en la incapacidad "para juzgar a cada hombre en su valer como hombre", que Roosevelt estima ser la raíz de la sensatez política; en la repugnancia de los ricos a mandar sus hijos a la escuela común para que no se codeen con los hijos del pobre, y en la repugnancia a trabajar de los pobres que se han codeado con hijos de rico; y aquí también, como en España, los jesuítas y las monjas se dedican a saciar, fomentar y explotar en sus escuelas aristocráticas ese miserable brote del más necio, fratricida, anticristiano y antipatriótico orgullo de casta, que mata el sentimiento de solidaridad humana entre los ricos y los pobres.

Hubo dos Españas superpuestas y antagónicas, como el jinete y el jamelgo; la España noble, ociosa y espiritual, y la España villana, estúpida y laboriosa. De ahí nació el desprecio al trabajo y el menosprecio al trabajador, y ahí murió, con la

solidaridad humana, la levadura de la libertad común; en su lugar fermentó la solidaridad de casta, la simpatía del hombre por su par, que, teniendo de su lado la fuerza por la inteligencia, en la clase superior, creó, mejor que los Derechos del Hombre, los Fueros del Hombre, el privilegio de la clase sacerdotal y de la clase noble, exentas de servicios personales, libres de contribuciones y a cubierto de penas viles aun por delitos viles, singular privilegio que se conserva hasta ahora en nuestras costumbres, y por el cual los rateros de distinción escapan a los rigores de la ley y a la publicación de sus nombres en la prensa. Y en el espíritu de casta que había paralizado el progreso en la India, la Indochina, la Corea, la China y el Japón, vino también a estancar el crecimiento de la España y sus colonias (1).

El hecho más feliz de la historia de Inglaterra, dice Fiske, fué la circunstancia de que los hermanos y los hijos de un par, aparte del mayor, no fueran pares sino comunes. "Por esto entre las capas superiores y las inferiores de la sociedad inglesa se ha conservado siempre una circulación o intercambio de ideas y de intereses, y el efecto de esto sobre la historia inglesa ha sido prodigioso. En tanto que en el continente un soberano como Carlos el Temerario podía utilizar su nobleza para exterminar las libertades de las ciudades comerciales de Flandes, nada parecido fué posible nunca en Inglaterra. A través de la Edad Media, en todas las luchas entre el pue-

(1) En el Norte "los pobres han podido, sin ruborizarse, ocuparse de los medios de ganarse la vida", dice Tocqueville. La estupidez del régimen colonial español sólo ha sido superada en Corea: "A los nobles les está prohibido ganarse la vida de otro modo que por el funcionarismo. Alcanzan al diez por ciento de la población y este solo detalle explica en parte la profunda miseria y decadencia de la Corea"... Para tener vacantes para los " hombres nuevos" los puestos eran a tres años, dentro de los cuales el mandarín se enriquecía a fuerza de exacciones, con lo que quedaba solucionada la cuestión de retiros y jubilaciones. (Villetard de Leguérie, "En Corée").

"En la sociedad colonial, vallas formidables impedían el acceso a las capas superiores. El esfuerzo humano era un factor inútil, condenado a vivir en la inercia envuelto por una complicada trama de privilegios y preocupaciones por una legislación detallista y opresora que limitaba las fuentes de la riqueza y cerraba todo horizonte al trabajo". (J. A. García, "Ciudad Indiana").

blo y la Corona, la influencia de los pares pesó en la balanza del lado de las libertades populares. A no haber sido por esta posición peculiar de los pares, no hubiéramos tenido ningún conde Simón, y es en gran parte por ellos que se han mantenido para la raza inglesa las libertades locales y el régimen representativo", a las cuales atribuye también el fracaso de la Francia y el triunfo de la Inglaterra como nación colonizadora mejor que en parte alguna evidenciado por la lucha entre el Canadá, la colonia predilecta del despotismo de Luis XIV, y la Nueva Inglaterra: "La asamblea municipal puesta en lucha frente a frente contra la burocracia, era un titán venciendo a un paralítico", como la guerra hispanoamericana fué otra vez el mismo titán venciendo a otro paralítico: al ex titán del siglo XVI, caído en la más grande impotencia nacional por sus propios errores de vida y costumbres. De igual manera el encuentro del pequeño Japón modernizado por la educación norteamericana y la inmensa China fósil del espíritu, fué también el combate de David y Goliat.

XL

EN eso estamos aún, cuando el entendimiento infantil que elaboran en nuestros niños los frailes estancados en el culto de las reliquias es, todavía, invalidación del habitante para la autonomía individual, comunal y nacional; de tal modo que, de los veinte países de lengua y mentalidad españolas, ninguno tiene aptitudes para el gobierno propio.

Porque el extravío español de la mente española que siempre consideró más importante la nobleza de primera clase de un sietemesino estúpido, o el pedazo de sotana milagrosa de un invencible enemigo del sudor y del jabón, que la inteligencia creadora de un Bacon o de un Edison, ha llegado en América como en China al punto de que, la instrucción pública, de suyo el más grande factor de la prosperidad de los pueblos cuando se pone al servicio del trabajo, puesta al servicio del rango social sólo produzca empleomanía, vale decir, miseria y empobrecimientos tan reales que se haya pensado seriamente en desviar a la juventud de las carreras universitarias, como de un peligro para ella y para el país. En cambio, en Norte América la sola universidad de Harvard tiene más alumnos que Oxford y Cambridge juntas, y la de California ha visto aumentarse los suyos de 600 a 6.000 en diez años: porque el universitario americano, que se costea su carrera, dice el presidente Hadley de la de Yale: "como lustrabotas, mozo de hotel, vendedor de bicicletas, sastre, sembrador, segador, como cualquier cosa, en fin, no busca en

ellas el diploma como un pedestal de distinción social, sino la aptitud para las necesidades y las obligaciones de la vida ([1]).

"Los estudiantes americanos no tienen falso orgullo ni falsa vergüenza, dice H. Bargy, en *Le Temps*. Su ganapán más ordinario es lavar los platos y servir la mesa; los restaurants y las pensiones les dan la comida y el alojamiento para pagarles sus servicios, sin que pierdan por ello la estimación de sus camaradas".

En eso estamos aún bajo la ordenación en el hogar y el ambiente, de que resulta el ciudadano sin espontaneidad mental, rutinero y supersticioso, considerando su miseria, su ignorancia y su imbecilidad como designios del cielo, incapaz de mejorarse por incapaz de dirigirse, crédulo en la magia sacerdotal, en el destino ciego y en la suerte loca, incrédulo en el poder de su inteligencia y su voluntad, siempre al día por la devoción del "mañana Dios dirá", simple brazo al lado del inmigrante del norte, del centro o del sud de Europa, menos fatalista y más animoso y que con más inteligencia y voluntad se esfuerza en mejorar, hace economías, observa y aprende, llega a capataz o maestro, contratista, empresario o comerciante, alquila los brazos del gañán indígena y se levanta sobre las espaldas de este "ciudadano argentino" que nosotros declinamos tan enfáticamente, para degenerar a la segunda o tercera generación en el criollo puro, en el contaminado de la ostentación, la indolencia y el "mañana", en el mismo devoto de la virgen, del azar y de "las ánimas benditas", sobre el cual se levantarán más tarde los inmigrantes

(1) "El promedio de días consagrados a educarse en la escuela por los ciudadanos americanos, que era de 82 en 1800, viniendo en progresión constante, año por año, llegó a ser de 216 días en 1900.

Allí se ha entendido siempre que la educación aumenta el poder del pueblo para producir riqueza en proporción directa de su distribución e intensidad. En Massachussets se calcula que cada habitante ha tenido una educación de siete años mientras en Tennessee sólo ha llegado a ser de tres años, y la producción anual por habitante en 1899 fué de 260 pesos, u 85 centavos diarios, en Massachussets, y de 166 pesos ó 38 centavos diarios en Tennessee. El promedio de cinco personas por familia, disponen en este Estado de 580 pesos por año, y de 1300 pesos en aquél". (Traveller, "La Nación", febrero 22 de 1903).

posteriores con fe en la capacidad humana, para ser a su vez absorbidos en el hispanoamericano y amalgamados a la masa que tiene levadura y amasadores de alma española, que esto son y no otra cosa las legiones de frailes y de monjas.

En resumen, el engrandecimiento de un país nuevo de carnes y de alma viejo, por la tarea de Sísifo confiada al inmigrante europeo, cuyo entendimiento extranjero debe ser sustituído por el entendimiento criollo, pues lo que queremos es nada menos que el europeizamiento del país por el acriollamiento del europeo. Sucederá lo que en la América del Norte y por eso mismo el resultado será diferente, casi el inverso. Allí el inmigrante de los países latinos de Europa es absorbido y transformado en norteamericano por el hogar, la escuela, la vida pública y los ideales anglosajones. Aquí aun el norteamericano es absorbido por los mismos factores diferentemente ordenados y transformado en sudamericano, en una variedad de español, pues si bien tenemos más inmigración de ideas y sentimientos modernos, más instrucción pública que la España, nuestro progreso es, también, como el suyo, tela de Penélope en que la noche deshace la tarea del día, en que la libertad de acción resulta frustrada por la esclavitud del entendimiento y la civilización moderna defraudada por las supersticiones de la Edad Media.

Sin duda, el sudamericano de cepa europea es superior al sudamericano de cepa indígena, pero hay para nosotros posibilidades bastantes para poder aspirar con probabilidades de éxito a un tipo superior a entrambos. Y tampoco podemos llegar a conocer las causas de nuestro fracaso relativo sino haciendo, como el médico, la autopsia de nuestras entrañas morales.

¿Y por qué no la inmigración del sur de Europa y por qué sí la del norte? ¿Es que los factores de esterilidad humana que han entecado a la Europa del Sud y a la América del Sud, y que siguen siendo en el presente lo que fueron en el pasado, serán impotentes contra la superioridad adventicia y no congénita de las razas del Norte? ¿Es que la inteligencia, la voluntad y la conciencia moral son componentes de la sangre

y no del espíritu, y se transmiten por la sangre, como la superioridad aristocrática, y no por las ideas y los sentimientos? Si así fuese, un pueblo mahometano podría también civilizarse por inmigración europea convertida al islamismo ([1])

Si dentro de aquellas circunstancias del progreso antiguo, que son obstáculo para el progreso moderno, la España y el Portugal, que las tuvieron y las conservan en mayor grado, se han venido a menos con colonias y todo, en mayor extensión que la Francia, el Austria y la Italia, que quieren tener colonias para ir a más; si la América latina, con su sobra de extensión, con la riqueza virgen del suelo y la inmigración europea no ha podido prosperar mayormente; si el Portugal, que acabó de perder sus colonias antes que la España, ha seguido entecándose después peor que cuando las tuvo, se dirá que la pérdida de las Antillas y las Filipinas será la causa eficiente de la futura prosperidad de España; que esas perlas, por todo el mundo codiciadas, eran para ella un factor de ruina por su incapacidad para gobernarlas, y que, libre ahora del petardo, y concentrando íntegramente en sí misma su incapacidad de gobernarse irá adelante.

Todo menos dar en el clavo, para no incurrir en excomunión mayor, mientras el Japón, sin la constitución norteamericana, sin inmigración europea, sin cruza de razas, haciendo la regeneración del petiso indígena por la educación norteamericana, se levanta de un salto maravilloso ([2]) y deja atrás a toda la América española, contagiada del histerismo religioso del año mil, enferma de pobreza de espíritu, de pesimismo y de fe en amuletos, en la era de las ciencias positivas, del vigor mental y del optimismo.

---

(1) "En un estudio publicado en la "American Review of Reviews", Mr. S. E. Moffat, sostiene y demuestra que la americanización de los extranjeros adelanta más rápidamente que la inmigración. El no cree en la teoría de las "undesirable races". Falta de educación, dice, es la sola acusación que puede ser formulada contra ellos, "pero sus hijos absorben educación como una esponja".

(2) Actualmente hay en el Japón 900 periódicos; 30 años atrás sólo había uno. En 1901 se ha establecido una universidad para mujeres con 46 profesores y 550 alumnas.

Apenas si, de vez en cuando, alguna voz autorizada como la de Federico Pinedo en el congreso se levanta para dar el grito de emancipación moral: "¡Adiós, España! ¡Adiós, gloriosa nación, en otro tiempo conquistadora y descubridora de mundos! Os debemos la existencia pero nos habéis detenido muchos siglos en nuestro progreso".

Le debemos, en efecto, la existencia, los frailes, los horrores de nuestra vida pasada, el entendimiento arcaico para la vida moderna, la imbecilidad para gobernarnos y la incapacidad para prosperar por esfuerzo propio. Y no se ha encontrado, ni se encontrará, manera de ser más pura y simplemente español que quedándose español en ideas, sentimientos, supersticiones y costumbres.

XLI

"SI la llamada raza no es nada, los italianos en América deberían resultar tan poderosos como los escandinavos y los alemanes del Norte, y las repúblicas de Sud América deberían tener desarrollo civil y riquezas como aquella colosal de los Estados Unidos del Norte", dice Sergi. Pero, naturalmente, los italianos, polacos, irlandeses, se conducirán en Norte América como tales italianos, polacos, irlandeses, mientras les dure el entendimiento italiano, polaco, irlandés, con que han desembarcado. Los polacos, dice Chasles, tardan dos años en descontentarse de la miseria crónica, en desaclimatarse al deseo de mejorar sobre la fe en los milagros del trabajo. "La Irlanda y la Alemania envían muchos inmigrantes pobres, pero en seguida de llegar los invade el sentimiento contagioso de la independencia y se van a trabajar por su cuenta", dice Rousiers.

En paridad de desarrollo mental, la raza material, el elemento físico que se renueva constantemente y muchas veces en cada uno de los individuos durante la vida, es lo de menos; las ideas y los sentimientos, el carácter que permanece o se acentúa en la serie de generaciones es lo de mayor momento. Por eso, precisamente, la raza indoeuropea —constituída en sociedades organizadas sobre la fe en el poder mágico de los muertos y de las reliquias en la península ibérica, y sobre la fe en el poder de la inteligencia y la voluntad humana en las islas británicas—, al ser transplantada al Nuevo Mun-

do con sus respectivos caracteres produjo para los individuos de capacidad de prosperar en el Norte, por la instrucción pública, y determinó en el Sud la incapacidad y la imposibilidad, por esas perpetuas y colosales loterías de favores mágicos a conseguir por ofrendas, que son los santuarios, verdaderos latifundios espirituales, insaciables esponjas de absorber riqueza y sustraerla del comercio y la industria, a cuyo lado el mal de los latifundios territoriales es una bagatela.

Pues si por un lado la fe en los auxilios mágicos cuotidianos a granel y al azar es el más poderoso enervante de la energía individual, por el otro, el culto de las reliquias es la religión más costosa, la más empobrecedora de los pueblos, como lo ha demostrado Brooks Adams. Las iglesias y los conventos, por el óbolo de San Pedro, por las misas para el alma, por las ofrendas para la curación de los enfermos, por las donaciones y legados para el bien póstumo, por las novenas, las procesiones y las peregrinaciones para la prosperidad del país, hacen el más constante y formidable drenaje de los capitales circulantes para consumos y para obras improductivas; de esa manera la Europa de la Edad Media fué arruinada por el acrecimiento de la mano muerta, y la España, que había engullido por toneladas el oro y la plata del Nuevo Mundo, fué literalmente aniquilada por los frailes y los conventos, que habían sustraído e inmovilizado para el culto de los muertos dos tercios de la riqueza nacional. En cambio la Inglaterra, por la supresión de los conventos bajo Enrique VIII y la abolición del fetichismo romano, echaba para ella y para todos sus gajos los cimientos de su preponderancia futura.

El individuo mental es el hijo natural de la mentalidad de su país, el producto fatal de los modos de espíritu preexistentes a la madurez de su entendimiento, que le han hecho insensiblemente, sobre la plasticidad de su espíritu incipiente, una manera de ser suya procedente de la manera de ser de los demás. No es un cambio en la composición de la sangre o en las dimensiones de los huesos, sino una diferente evolución en las ideas y los sentimientos lo que hace que el individuo que

nace hombre simplemente resulte español, inglés, francés, alemán, boliviano o turco, según el ambiente en que ha surgido su espíritu a la vida mental, más o menos como resulta clérigo si le educan en un seminario eclesiástico, ingeniero, abogado, médico o teólogo si lo instruyen en la facultad correspondiente, fraile, monja, muezín o derviche si le han amamantado de creencias en el convento o en la mezquita, sin que en esto intervengan para nada la estatura o las dimensiones del tórax.

El orden de las cosas en cada sociedad y en cada capa o estrato social, que es una lección de cosas, una educación por el ejemplo, sugiere el orden de las ideas y los sentimientos en el individuo que nace y crece en ella. El conjunto de creencias, verdaderas o falsas, instrumentadas en un conjunto de hábitos correlativos, son el molde obligado en que cada individuo desenvuelve su personalidad, el alimento de su espíritu, y la atmósfera que respira el alma y consiguientemente lo hacen ser moralmente distinto del que tiene, en otra coordinación de ideas, sentimientos y costumbres, otro molde espiritual.

Las costumbres son los actos coordinados del individuo para la realización de sus instintos, gustos, ideas y sentimientos. Las costumbres ambientes del país son al individuo moral lo que son al individuo físico los trajes, las habitaciones, los caminos: una sugestión máxima irresistible para el común de las gentes. "En la rutina de la vida una masa enorme de hábitos nos mueven como autómatas —dice Ribot—. Son los sentimientos solos quienes conducen al hombre" (1). Y quien hace los sentimientos del ambiente hace al hombre, y quien cambia esos sentimientos cambia al hombre.

---

(1) "Si se descuenta de la vida lo que debe ser cargado en cuenta al automatismo, al hábito, a las pasiones y sobre todo a la imitación, se verá que el número de los actos puramente voluntarios es bien pequeño. Para la mayoría de los hombres la imitación basta: se contentan con hacer lo que "ha sido" voluntad en otro, y, como piensan con las ideas ambientes, obran con la voluntad ambiente. Entre los hábitos que la hacen inútil y las enfermedades que la mutilan o la destruyen, la voluntad es un accidente feliz". (Ribot, "Maladies de la volonté").

El individuo incipiente toma las ideas, los sentimientos y las costumbres como las calles: por donde están hechas; y si son incipientes en algún país, hasta los viejos son hombres incipientes en tal país. Insensiblemente, cada uno está pues modelando su conducta por la de los otros, que es sugestión inmediata, reiterada y constante y por esto más eficiente que el ejemplo remoto que fué la conducta de "nuestros gloriosos antepasados". Así, el refrán sentencia abreviada, que necesita expresar la verdad en cómputo de máxima, prescinde de la mínima, y no dice dime de quién desciendes, sino "dime con quién andas y te diré quién eres", agregando todavía que "más vale solo que mal acompañado".

La descendencia espiritual, la decisiva, es la transmisión del entendimiento, de los ideales y los sentimientos de las generaciones que se van a las generaciones que vienen. "Toda la educación consiste en la formación de hábitos", dice J. M. Baldwin, y los hábitos corrientes que se adquieren automáticamente, por instinto de imitación, hacen la educación espontánea del individuo, que lo hace semejante al común de los individuos. Por supuesto, "el buey corneta", aparece en las mejores familias y "no hay garantía alguna de que los padres sanos y virtuosos transmitan la salud y la virtud a los hijos", dice Austin, mientras, según los nobles experimentos del doctor Barnardo, de los hijos de los perdidos puede hacerse gente de provecho, educándolos en otro medio, pues todo depende en el hombre del capital de ideas, sentimientos y costumbres que el común de las gentes recibe sin beneficio de inventario de los que llegaron antes y retransmite sin examen a los que vienen después.

Y cuando se dice que la historia es el maestro de los pueblos, se indica el mínimum de verdad por el máximum. Los hechos del pasado fueron la consecuencia de las ideas y los sentimientos del pasado, como los hechos de hoy son la consecuencia de las ideas y los sentimientos de hoy.

Ahora, en los pueblos estacionarios, como el presente es la continuación del pasado, el descendiente es la reedición del antecesor, como es el caso de los árabes, los persas, los turcos,

los chinos, etc. En los pueblos en evolución de ideas, sentimientos y costumbres, como el presente es distinto del pasado, el descendiente es distinto del antepasado en la misma medida y dirección. "La Inglaterra de hoy, tan diferente de la de hace dos siglos, ha salido de ésta por una doble evolución material y moral", dice Leclerc; y la España de hoy, tan parecida a la de hace dos siglos, ha salido de ésta por una simple continuación de los mismos frailes con las mismas supersticiones.

Nosotros también nos emancipamos del rey de España, pero no de los frailes y sus alforjas, no del molde espiritual que produce el tipo de hombre español, y seguimos produciendo españoles en América, cien años después, mientras en California y Tejas los descendientes de español salen anglo-sajones, porque los ideales, los sentimientos y las costumbres norteamericanas tramando sobre la urdimbre de los instintos comunes traducen una raza en otra. Y se pretende que esos sentimientos y costumbres son incompatibles con nuestra raza. Bien pronto, Puerto Rico cambiará de orientación mental sin cambiar de sangre; a la devoción mugrienta que acrecienta la mortalidad sucederá la higiene moderna que la disminuye; al desorden administrativo el superávit en las rentas, a la pobreza de espíritu la riqueza de inteligencia, voluntad y moralidad, y consiguientemente a la miseria el bienestar. Y ello no obstante, seguiremos creyendo que el entendimiento de la vida que produce en la era presente el bienestar de los individuos y la prosperidad de las naciones liberales son incompatibles con "la sangre absolutista, fanática y supersticiosa" que tenemos en las venas, la cual sangre española tiene la misma composición química y la misma estructura anatómica que la de cualquiera otro animal de dos patas y sin plumas.

XLII

COMO el hombre hace los ideales, los sentimientos y las costumbres, y los ideales, las costumbres y los sentimientos hacen al hombre, en círculo vicioso, lo que es realmente cuestión de estructura mental nos aparece como cuestión de estructura física (1), y decimos, entonces, que las costumbres son una concomitancia de la raza, incompatible con otra raza, cuando es la raza misma una consecuencia de los modos de pensar y de obrar hasta el punto de que podríamos definir, por lo menos la raza civilizada, la raza artificial como la llama Le Bon: la serie de generaciones de hombres que han estado bajo el influjo común de las mismas costumbres, sentimientos, ideas, supersticiones, ideales, religión y leyes. Así, en la cocina de entendimiento asiático para el hombre europeo, que fué la España católica, de los mismos teutónicos godos que la poblaron con Ataulfo en el siglo V salieron en el XVI los tripulantes de "la invencible" enviada para estrangular la libertad en su patria predilecta, por el tirano más execrable y cruel que haya visto jamás la Europa, tirano cuya victoria hubiera significado, dice Fiske, "el establecimiento de la Inquisición española en el tri-

(1) "Si las características físicas tienen algo que ver con las razas, dice la "Fortnightly Review", es necesario decir que esos fantasmas que se llaman las razas no han existido jamás; que no hay ni jamás ha habido tal raza teutónica ni tal raza céltica. Indudablemente hay muchas razas entremezcladas en las poblaciones europeas, pero ningún análisis satisfactorio puede diseñarlas por sus caracteres físicos y morales. Y el hecho es que no hay racionalmente tal cosa como una comunidad pura y homogénea en Europa, distinta de otras comunidades".

bunal de Westminster". Y en la Suiza el sentimiento común y predominante de la independencia individual, que es el matiz europeo del entendimiento humano, ha edificado la más bella confraternidad humana sobre tres razas diferentes, dos religiones antagónicas y cuatro idiomas distintos: alemán, francés, italiano y recio.

En la misma raza española hay media docena, por lo menos, de razas diferentes reducidas por la adoración de los muertos y el culto de las reliquias a un común denominador mental, en esa psicología específica del español supersticioso, ritualista y fanático exaltado, discípulo sobresaliente de la inquisición y los jesuítas. En un mismo país puede haber entre sus diferentes clases sociales desniveles de capacidad mental que las hagan más distintas unas de otras que si fuesen razas distintas [1].

Y un pueblo, una raza, van a menos o van a más, no en razón de lo que han sido en las circunstancias pasadas, sino en razón de lo que son en las circunstancias actuales; no en razón de los modos de pensar y de obrar del pasado, si fueron diferentes de los de hoy, sino en razón de éstos. La historia enseña, si acaso, las conveniencias del país, pero el individuo no consulta la historia para averiguar sus conveniencias de cada momento, y hace su conducta por su propio entendimiento de la vida, por su propio ideal de moralidad, si lo tiene, y si no lo tiene se acomoda a los usos y abusos corrientes que son caminos trillados, pavimentados y cercados para los individuos sin espontaneidad, vulgo excentricidad, canales abiertos y habilitados para el tránsito de las gentes sin brújula y sin timón a bordo, que navegan a la sirga de la sugestión ambiente por el instinto de imitación, y así sucede que los disparates nacionales se repiten con una continuidad desesperante, a despecho de las historias y de los historiadores.

(1) "En Chile, un abismo de cultura y de educación separa a las clases dirigentes de las proletarias. Entre el "roto" de la Rambla y un hijo de la burguesía existe más distancia intelectual que entre un cafre y un sabio alemán". (P. Gori, "Alcoholismo y criminalidad en Chile").

El maestro de la conducta individual no es el pasado sino el presente. Así, de diez hombres nacidos en cualquier parte y de cualesquiera ascendencia y criados en un país en que reine la primera naturaleza del hombre, que es el instinto de la mentira, nueve por lo menos, saldrán falsos y embusteros; de los mismos diez, criados en un país en que reine la segunda naturaleza del hombre, que es el sentimiento de la rectitud, seis o siete saldrán hombres de verdad. A la larga, esto hace un país en que reina la probidad, cuyo fruto es la riqueza, y aquello un país en que reina la mentira, cuyo fruto definitivo es la bancarrota.

La necesidad que tiene cada uno de ser como son los demás, de vestirse el alma con las mismas supersticiones, con las mismas ideas y sentimientos "reinantes" para entenderlos y ser entendido y estimado, es tan fuerte o aún más fuerte que la necesidad de vestirse el cuerpo al igual de los otros, o de hablar el mismo idioma (1), y no hay cruza de razas ni otro medio alguno que valga para contrarrestar el poder de nivelación automática de la masa sobre la parte.

Porque todo lo podemos hacer, si lo quisiéramos, para levantar el estandarte común de vida, a que todos se acomodan por el instinto de imitación, para mejorar el entendimiento de las gentes, el traje nacional del espíritu en ideas y sentimientos, a fin de que la nivelación inevitable se realice sobre un plan más alto; pero es muy difícil para un padre de familia dar a su hijo, contra la sugestión automática de todos los individuos y las cosas que lo rodean, un modo de ser diferente del común, pues muy poco podemos hacer para que la parte no llegue a ser de la misma naturaleza espiritual del todo. Es la ley universal de asimilación por la que el hombre come carne de vaca y hace músculos de hombre, como "el perro come grasa de carnero y hace grasa de perro", como la América del Norte absorbe napolitanos, andaluces, sudamericanos y turcos y hace norteamerica-

(1) Al primero que se puso a reclamar la abolición de la esclavitud casi lo matan a pedradas en las calles de Boston. Algunos años después, los Estados Unidos del Norte empuñaban las armas para abolir la esclavitud en el Sud.

nos, como la América del Sud absorbe norteamericanos, ingleses, alemanes y suecos y hace sudamericanos.

La atmósfera de verdades, mentiras y supersticiones, el plan de ideas y sentimientos en que vive un pueblo, infiltrándose en el individuo por todos los sentidos del alma y del cuerpo, confirma, reforma o deforma al arribeño y lo traduce a su especie moral. "La historia es la que ha hecho a los pueblos llamados latinos, dice Unamuno, una historia de catolicismo y de romanismo, una historia de la que no logran sacudirse, ni aun lo pretenden muchos". Y porque la misma levadura de entendimiento medioeval, apenas atenuada, sigue operando en el espíritu de las generaciones nuevas, elabora hoy un tipo de hombre moral casi de la misma especie del que elaboraba antes a ambiente cerrado para las influencias extrañas, y, tomando el efecto por la causa, decimos "¡es la raza!" y nos cerramos la posibilidad de mejorar la raza sin cambiar la sangre, con sólo cambiar la levadura.

No, pues; no proviene de la raza nuestra notoria incapacidad para el progreso moderno, sino del caudal de supersticiones viejas que nos hacen inadecuados para las ideas y los sentimientos modernos; no de la sangre, sino de la fábrica moral, del ambiente espiritual. Nadie nace fanático, supersticioso, fetichista, desalentado de sus fuerzas y temeroso del infierno, ni aun en España. La ignorancia, la pobreza y la pasividad de espíritu no son males incurables en Sud América.

El individuo físico depende de la sangre, pero el individuo moral depende del ambiente en que nace a la existencia moral y de la escuela de ideas, supersticiones y sentimientos en que crece; el ser moral no se adquiere en la matriz de la madre, sino en la matriz de la raza que es la sociedad. El individuo moral es un hijo de la civilización, de tal clase, especie y variedad de civilización, y no de tales otras.

La superlativa criminalidad de las naciones católicas, los mandones y los revoltosos en Sud América, el comercio eclesiástico de indulgencias y milagros que ha desbaratado para los católicos el ideal de la ayuda propia por el ideal de la protección

de los muertos, y su gemelo el tráfico civil de influencias que ha desbaratado para los latinos el gobierno representativo —*l'on tombe toujours du côté où l'on penche* (1)— la venalidad de la justicia y de la administración, la mentira, la chicana y el fraude en todas las transacciones de la vida, desde las regiones industriales hasta "las regiones oficiales", no están en la sangre sino porque están en los sentimientos y las costumbres, pues cada sociedad está orientada, de allí mismo, para la producción espontánea de ciertos géneros de hechos y desorientada, de allí mismo, para la producción de otros géneros. En Nápoles, verbigracia, la ignorancia y las supersticiones ambientes, que no son cosas de la sangre, sino del entendimiento, concurren de suyo a la producción del hecho de la licuación espontánea de la sangre en polvo de San Jenaro, absurdo que se reproduce a día y hora fija todos los años, y no concurren a la producción del milagro de la decencia administrativa, siempre supeditada a las *maffias* y las *camorras*, que son otro fenómeno espontánico entre los devotos de la *Madonna del Carmine*.

Así también, la nación española quedó orientada en 800 años de guerra q fanatismo ritualista (2) para producir el aventurero y el monje, que fueron el músculo y el nervio de la so-

---

(1) "En Italia, el ministerio está obligado a mendigar el apoyo de los diputados ofreciendo puestos y favores; el diputado ya no es más que "el órgano de intereses locales, el patrón, el procurador, el agente de sus electores... Si el gobierno quiere conservar el apoyo de un grupo o de los diputados de una región, debe dar su asentimiento a trabajos superfluos o conservar establecimientos inútiles, una universidad sin alumnos, un tribunal sin causas". (L. Dupriez, "Los ministros, etc.").

"Es por decenas de millones, arrancados al ahorro nacional, que se estiman en cada legislatura los aumentos de gastos infligidos al presupuesto por enmiendas no iniciadas por el gobierno, para crear empleos superfluos, en un país ya sobrecargado de funcionarios, y para ejecutar trabajos públicos cuya sola utilidad es proporcionar a sus promotores una "réclame" electoral. La mayoría de la cámara no se opone a este derroche, porque cada diputado espera de sus colegas, a título de reciprocidad, algún servicio análogo". (Bodley, lugar citado).

(2) "La invasión mahometana fortificó los sentimientos religiosos del pueblo español de tres maneras: desde luego, provocando una guerra religiosa, larga y obstinada; manteniendo la presencia constante de peligros inminentes; en fin, por la pobreza y de consiguiente, por la ignorancia que ésta ocasionó a los cristianos". (Buckley, lugar citado).

ciedad de la Edad Media, —"el hombre aspirante y de cierta alcurnia no tenía otros horizontes que la milicia o el claustro", dice N. Granada—, y cesó de prosperar cuando las circunstancias del mundo dejaron de ser propicias para su método de crecer por la propagación militar del catolicismo; y como ha seguido elaborando frailes, monjas, beatas y sacristanes en esta era de la educación común sobre las ciencias positivas, del acero, del vapor, de la electricidad y la antisepsia, los *vigorous minded* fabricantes de ferrocarriles, tocino y maestros normales le han quitado las últimas prendas, dejándola en el patrimonio que tuvo en 1492.

XLIII

EL *estilo del país* es una escuela de hábitos y aspiraciones, una atmósfera de sentimientos, ideales y tendencias que asedian e infiltran al elemento adventicio por todos los medios de intercambio y contacto, y acaban por refundirlo, haciendo argentino el corazón de un Brown, araucana el alma de un Walker y charrúa el espíritu de un Mac-Eachen. El extranjero se acriolla, pues, y a la segunda o tercera generación es criollo y medio con todas las cualidades y los defectos indígenas, y el decantado "crisol de razas" es una frase de fantasía con muy fugaz sustancia

Una raza de hombres no se mejora durablemente por la cruza con otras ya mejoradas, como los ganados, sino por la mejora de sus propias ideas, sentimientos y costumbres, pues éstas eliminarán fatalmente en los productos argentinos de la cruza la superioridad que las ideas, los sentimientos y las costumbres del lugar de procedencia hubieran consolidado en el entendimiento del progenitor extranjero. Una raza de hombres no se mejora por su "transformación étnica", sino por su transformación mental, porque la capacidad para el progreso no radica en la piel y el esqueleto, ni el hombre vale, como el buey, por la fuerza de arrastre, el cuero, la carne, la grasa, los huesos y las astas.

Aun en los ganados —dicen los criadores— "la mitad de la mestización entra por la boca", pero en las razas humanas toda mestización entra por el espíritu. "La opinión de los maes-

tros de la juventud, los más competentes, más tranquilos, más experimentados, es que podemos, en dos o tres generaciones, por medio de nuestras escuelas y sin sacrificios extraordinarios, realizar este bello sueño (la reforma de la humanidad corrompida), cumplir los mejores votos de todos los filántropos", decía y lo demostró prácticamente H. Mann.

A mayor abundamiento, sirven también, y los jesuítas lo han demostrado cumplidamente en todas las latitudes, para frustrar el entendimiento humano para la vida humana, para hacer almas del siglo XVI en el siglo XX y razas del Sud con razas del Norte; para hacer frailes y monjas, asustados del mundo, o reyes de la ciencia, la industria y el comercio; y puede decirse que ninguna época del planeta ha conocido medios más poderosos para acrecentar o para amenguar el capital de la inteligencia humana en los individuos y las razas, y que tampoco ha sido nunca más disparatada la esperanza de formar por la cruza de razas y la educación española, una raza diferente de la española.

Por regla general, el extraño no introducirá en el país permanentemente la inteligencia, la moralidad y la energía que traiga, en más de lo que fuera moneda corriente; el país impondrá, sino a él mismo, a sus descendientes, su propia medida, su *viveza* o su intolerancia, su indolencia, su fanatismo y su estrechez de espíritu; le imponemos nuestro entendimiento de la vida como nuestro idioma, y nuestros usos, nuestras supersticiones y nuestra lengua lo traducen a nuestra raza espiritual y a nuestro nivel mental, y en este plan de regresiones que van de suyo es mucha ilusión esperar que los inmigrantes nos cambien la naturaleza española del "gran pueblo argentino", si no cambiamos también el alma española del ciudadano argentino.

Pues el adelanto que los pueblos han realizado en este continente está en razón directa del entendimiento moderno que han introducido y de las supersticiones que han barrido las líneas de vapores, los ferrocarriles, las escuelas, la prensa y los libros. Los extranjeros nos han mejorado infinitamente menos por la sangre que han mezclado con la nuestra, que por las

ideas y los sentimientos superiores que han aclimatado en nuestro espíritu, y por la influencia que esto ha ejercido en nuestro entendimiento de la vida. No por la fuerza muscular que hayan convertido en trigo y por el trigo en dinero y por la viuda rica en patrimonio para frailes haraganes y virtuosos, o por el yerno criollo o andaluz en despilfarro, sino por la parte en que sus ideas y sentimientos han ensanchado nuestro entendimiento y nuestro corazón.

Nuestro progreso ha consistido en la amortización de la ignorancia, la pobreza de espíritu, la intransigencia, la belicosidad y las supersticiones católicas coloniales, es decir, españolas, y nuestro atraso depende de la supervivencia de tales indigencias morales, atizadas a más y mejor por las congregaciones religiosas, rabiosamente españolas en su espíritu y tendencias.

Cuando el doctor Amán Rawson vino a San Juan, en 1818, el pueblo, habituado a los curanderos, velas a las imágenes milagrosas y misas a las ánimas benditas, —versión medioeval de los himnos a Esculapio, que eran la terapéutica y la farmacopea mágicas vigentes— no quería pagar el auxilio de la ciencia moderna que consideraba inútil para los enfermos; Rawson, poniendo una botica y recetando gratis, creó en el pueblo el hábito moderno de servirse de la ciencia humana para las enfermedades humanas.

De los europeos que les llegan, el Perú hace peruanos, Colombia hace colombianos, el Paraguay hace paraguayos, etc., etc., por la mentalidad hispanoamericana que hace en América el catolicismo español; y el peruano, boliviano, mejicano, etc., etc., no son el específico, sino el vehículo para todas las taras españolas de su respectivo país, acariciadas, por más señas [1], como virtudes del país.

---

(1) "Es horrible el estado de los ánimos en toda la América, escribía Sarmiento en 1867. El primer sentimiento del patriotismo es ocultar las feas llagas de su país... Un chileno se basta a sí mismo y Chile es el país más adelantado de la América; quite Chile y lo mismo sucede a los demás. A Arcos le decían en 1845 en el Paraguay y recién desembotellado: "¡qué don Arcos!, ¡tan bueno! ¡Si parece un paraguayo!".

El inmigrante sólo puede conservar sus calidades en la medida en que conserve el entendimiento extranjero de que sus calidades extranjeras emanan. Los ingleses, en la India, conservando íntegros sus sentimientos y costumbres, escapan con su descendencia a la absorción y transformación por el medio ambiente. Los norteamericanos, manteniendo una completa separación de vida y costumbres con los negros y los indios, han escapado a la producción de mulatos, mestizos, zambos y cuarterones, eslabones que en la América del Sud, —sin rescatar las condiciones del negro y del indio— rebajan las circunstancias en que se desenvuelven los blancos [1]. Y los judíos, por la conservación de su vieja religión y alguna parte de sus costumbres originarias, transmitidas de padres a hijos, han escapado en casi todos los países a la asimilación definitiva por el grupo en que viven como cuerpo extraño; dispersos, sin una pulgada de territorio, sin un idioma común, sin una dirección centralizada, mantienen la individualidad de su raza, casi tan completamente como la de los gitanos, que están en mayor caso por ambos extremos.

Y los españoles, repudiando las ideas nuevas para conservar las viejas, proscribiendo los sentimientos y costumbres extranjeras para conservar las propias, tenidas por superiores, han venido a menos uniformemente en Europa, en América y en Oceanía.

---

(1) "Los contactos, todo lo que se dice, todo lo que estamos obligados a escuchar, entender y contestar, actúan sobre el pensamiento. Un flujo y reflujo de ideas, va de cabeza a cabeza, y se establece un nivel, una media inteligencia para toda agrupación numerosa de individuos". (Maupassant).

XLIV

UNA fábrica elabora artículos de calidad superior, inferior o mediocre, más o menos vistosos, más o menos consistentes, según la calidad de los materiales y de las herramientas que emplea, según la aptitud de los operarios que los manipulan y la capacidad de la administración que los dirige. Lo mismo una sociedad; está afinada en entendimiento de la vida, en moralidad, en virilidad, en mentalidad, en ideas, supersticiones, sentimientos y costumbres, de suyo transmisibles automáticamente de la masa al individuo, para producir un tipo de hombre que llevará impreso en su espíritu el carácter nacional, como la marca de fábrica en el artículo de comercio, tan perfectamente impreso que los sociólogos lo considerarán más tarde como una calidad etnográfica.

"El orden moral está constituído por todos los sentimientos, ideas, aspiraciones de la sociedad, que constituyen su alma, dice J. A. García (hijo). Sentimientos heredados de las generaciones pasadas, fortificados por la educación, el ejemplo y el hábito". Así, la China es una fábrica de chinos, como los Estados Unidos son una factoría de norteamericanos, como la España es una usina de españoles, como la América del Sud es un invernáculo de *southamericanos*.

Los sentimientos, ideas, aspiraciones del individuo, son también lo que constituye o caracteriza el alma del individuo,

pero esta alma no la incorpora en el vientre de la madre, sino en el mundo exterior, pues lo que de ella hereda en la sangre no son las ideas y los sentimientos, sino, a lo sumo, la predisposición a contraerlos. El hijo de argentinos establecidos en Bolivia o en Alemania se impregna de los puntos de vista, de la mentalidad, de los sentimientos, ideas y aspiraciones del mundo en que vive y se provee de alma boliviana o alemana, como el hijo de italianos en Francia se hace alma francesa, y viceversa.

Como ser vivo, el hombre es un producto de la naturaleza; como ser moral, es un producto de la sociedad en que vive cada una de cuyas modalidades específicas le imprime un rasgo propio; y como en los cromos, que son producto de impresiones sucesivas de piedras grabadas con el mismo dibujo en diferente color o matiz, el súbdito de hecho de las ideas y los sentimientos reinantes en su país lleva impresos en su espíritu las diversas modalidades y aspectos de la vida en su país y en su época, sin que pueda escapar, sino muy difícil y parcialmente, al lote de imbecilidad humana consagrada, que le espera como herencia forzosa en la subconciencia de su raza que es el ambiente moral que va a respirar.

De suyo la naturaleza está renovando constantemente los hombres en todos los pueblos, y donde esta renovación perpetua de los individuos se produce sin renovación del entendimiento, la identidad mental de la masa se impone a las unidades incorporadas y los pueblos continúan siendo lo que han sido; y donde las ideas y los sentimientos cambian, de la misma sangre resulta en seguida otro hombre. Los franceses que decapitaron a Luis XVI por los desaciertos del despotismo mongol de Luis XIV, eran de la misma urdimbre moral y material de los que habían venerado al mismo Rey Sol, al infame Regente y a Luis XV, sólo que, la revolución, cambiándoles de improviso la trama del espíritu por las nuevas ideas y sentimientos importados de Inglaterra y Norte América, los levantó de su ser con-

suetudinario, y los puso en aptitud para derribar el pasado que era presente de entonces, y abrir la brecha por donde vino el presente de hoy.

Aun con su escaso y furtivo progreso intelectual, en España, el pueblo se hizo mentalmente diverso en 1812 de como era veinte años antes, y, rompiendo con la sumisión asiática secular se fabricó, al abrigo de la invasión francesa, su primera constitución en el papel. En 1810, a influjo de la independencia americana, de las invasiones inglesas y de la revolución francesa, y al amparo de la invasión napoleónica en la península, nosotros, que también habíamos llegado a ser diferentes de los demás españoles, no por el cuero y los huesos, sino por las ideas y los sentimientos, emprendimos la terrible tarea de la emancipación política de la madre patria, que nos quería como la madre falsa en el juicio de Salomón: para ella o para nadie.

Pedro el Grande lleva a Rusia el tono del Occidente y del obscuro y feroz cosaco empieza a salir el ruso; los reyes de España crean con la inquisición una atmósfera de terrores, espionaje y delaciones que envilece los espíritus, expulsan a los judíos y a los moros, arruinando el comercio y la agricultura para hacer la unidad religiosa —que en el entendimiento de la época debía inducir una prosperidad mágica para el país— "la uniformidad de los espíritus que asfixia la libertad y la vida, la igualdad absoluta de las almas que es el soplo de la muerte", como dice Renan, y la consunción moral de que se vienen muriendo lentamente la España y la América ultramontana; el Japón, que horrorizaba a la Europa con sus matanzas de cristianos, amanece un buen día —no por obra de misioneros europeos, sino por obra de estadistas indígenas— orientado bruscamente para la civilización liberal, con el feudalismo quebrado, el trabajo ennoblecido, y el fanatismo descalificado, y la secular fábrica de japoneses a la europea. El rápido transplante de los ideales anglosajones, singularmente favorecido por los hábi-

tos indígenas de aseo y autocontrol, ha podido allá mil veces más que entre nosotros el trasplante de europeos en especie, en su mayor parte neutralizado por esos componentes de nuestro espíritu, heredados de la colonia, que son de sí hostiles a la civilización moderna, y que vienen frustrando todas las liberalidades escritas de nuestras leyes, porque, como dice Amiel, "no es posible la política liberal cuando el espíritu está modelado por una religión absolutista, en lucha perpetua contra todo liberalismo, porque la abdicación de la propia conciencia no puede conducir al gobierno de la propia conciencia."

XLV

EN el afán de engañarnos con frases hemos dado en llamarnos "pueblos nuevos", nosotros que tenemos en la masa de la población el entendimiento europeo del siglo XII. Y estas tierras que fueron colonizadas por los españoles cerca de 400 años atrás, están ya en un nivel moral y material muy inferior al de la Australia, colonia penal hasta la segunda mitad del siglo último (1).

A la manera de "los odres nuevos con vino viejo", somos pueblos nuevos de raza envejecida por añejamiento del espíritu con las supersticiones de la antigüedad judía y pagana; hijos del presente por el organismo físico, hijos del pasado por el

(1)

	1897	
	Australia	*Argentina*
Extensión	8.000.000	2.900.000
Población	4.700.000	4.500.000
Niños educados	600.000	500.000
Ferrocarriles	22.800	15.000
Telégrafos	79.400	40.000
Deudas (pesos)	1.100.000.000	445.000.000
Deudas provinciales		137.000.000
Papel moneda		300.000.000
Exportación	200.000.000	101.000.000
Lana	122.000.000	37.500.000
Carne y animales	25.000.000	12.600.000
Sebo	6.100.000	2.650.000
Manteca	6.000.000	150.000
Cereales		23.300.000
Ovejas	100.000.000	80.000.000
Vacas	12.000.000	22.000.000
Oro, plata, cobre	6.250.000	350.000
Intereses	5 %	9 %

("Tribuna", marzo 29 de 1899).

organismo espiritual, pues, si se atiende a la época de su constitución en el lugar, el pueblo más nuevo de la Europa es la Turquía, y uno de los más viejos es la Inglaterra; pero si se considera el entendimiento humano, el pueblo más viejo es la Turquía y el más nuevo es la Inglaterra, como los chinos son el pueblo civilizado más viejo del mundo, por la perpetuación sucesiva del entendimiento de los chinos viejos en los chinos nuevos, que se envejecen al nacer, por el contacto del ambiente espiritual, como la sangre azul se enrojece por la acción del oxígeno del aire al salir de las venas.

Si todos descendemos de un origen común, y la raza se entiende por el elemento físico y no por el elemento moral, ¿cómo puede haber al mismo tiempo razas nuevas y razas viejas? Y si las razas sólo son viejas o nuevas por las ideas, los sentimientos y las costumbres, claro es que sólo por el cambio de ideas, sentimientos y costumbres pueden ser rejuvenecidas.

Y por supuesto que, como los armadillos, que llevan consigo la cacerola en que han de ser fritos en su propia grasa, ciertos pueblos llevan, en las filosofías fósiles de los chinos, en el fanatismo petrificado de los árabes, los turcos, los marroquíes y los persas, o en la idolatría y el fetichismo de los católico-romanos, una costra de antigüedad, que es decir de infantilismo, a manera de caparazón de supersticiones y mojigangas morales que los hacen impermeables a las nuevas disciplinas del entendimiento, que son los métodos modernos, y los harán caer —a unos más temprano, a otros más tarde—, anémicos de capacidad para la vida moderna en manos de los que siguen adelante. "Es que todas las reformas que han sido cumplidas han consistido —dice Buckle— no en hacer algo nuevo, sino en deshacer algo de lo viejo".

Desde el vientre de la madre el niño hace sangre nueva con la sangre vieja y nace hombre nuevo, con el espíritu en blanco; pero, como en los mostos añejados con los remanentes de cosechas antiguas, es la infusión del espíritu viejo lo que le envejece el entendimiento desde que empieza a constituirlo con los materiales hechos que recibe del ambiente.

Piel, músculos, tendones, nervios, huesos, esto nadie lo encuentra hecho a su medida, nadie puede aprovecharse de los de sus mayores, y cada uno tiene que hacérselos de nuevo. Ideas, supersticiones, sentimientos, tendencias, aspiraciones, costumbres, esto se lo encuentra hecho y usado todo el mundo y nadie tiene necesidad de rehacerlo, a menos que se lo cree él mismo. Y de esto depende aquello, pues, a cada diferente sistema de ideas, sentimientos y costumbres corresponde una diferente medida de vigor físico y mental [1]. El espíritu de la raza es siempre viejo en todas partes para el individuo naciente, y naturalmente más infantil donde más antiguo, donde menos reformado. De ahí la juventud de la América del Norte y la del Japón; de ahí la vejez de la España y de la América española.

El espíritu del chino nuevo es retrotraído, por el entendimiento humano vigente en su país, a las ideas, sentimientos y costumbres que florecieron en China 400 años antes de la era cristiana; por eso la China es una nación de hombres perpetuamente renovados en carne y huesos, y perpetuamente envejecidos en ideas y sentimientos. Del mismo modo el espíritu del español y del hispanoamericano del presente es retrotraído a las supersticiones que fueron contemporáneas del concilio de Trento en orden a la conducta de la vida, a la salvación del alma por la eficacia de las misas, de las "indulgencias" y de las donaciones a las iglesias; a la salud del cuerpo y al éxito de los negocios por el auxilio imaginario de las imágenes y de las reliquias milagrosas [2].

Y como el curandero que está matando a su enfermo en la noble convicción de estar salvándole la vida, nosotros, añejando

---

(1) "Yo creo que la agrupación y distribución dentro del cuerpo de la fuerza y otros productos obtenidos del alimento, aire y agua, y su utilización por el cuerpo como fuerza vital, materiales de construcción, etc., están regulados por la mente, por los pensamientos, sensaciones, deseos, sentimientos, emociones, apetitos y pasiones". (Doctor V. P. English, "Los temperamentos").

(2) "El arzobispo monseñor Espinosa expidió ayer tres edictos que para su cumplimiento les serán comunicados hoy a los sacerdotes del clero secular y regular.

el entendimiento de las almas nuevas del siglo XX con la infusión del espíritu humano del siglo XIV estamos reconstituyendo una raza vieja, con misión concluída en el mundo, en la ilusión de estar haciendo una nueva raza de hombres, para el desempeño de ideales nuevos.

Porque un musulmán de hoy, verbigracia, aunque sólo tenga 20 años, apenas es de este siglo por la carne y los huesos, pero en todo lo demás es un hombre del siglo XVI, tal como el caballo árabe de hoy es substancialmente el mismo animal inteligente de ahora 500 años. Ninguno de los dos ha cambiado desde entonces en cosa que valga la pena de mencionarla —porque hoy como antes la universidad del musulmán es la mezquita y Mahoma su consejero, su juez, su legislador, su médico, su ingeniero, etc., etc.

Así, nosotros nos renovamos en carne y huesos, permaneciendo siempre en el entendimiento de nuestros mayores; nos renovamos en especie material, pero no en especie espiritual. "En Salta —dice un distinguido normalista, cuyo nombre reservo para evitarle persecuciones clericales—, en la ciudad de Salta la vida humana es de 21 años; en 1855 la población era de 8.000 habitantes y en 50 años apenas se ha doblado. Gobierno y pueblo sólo se han preocupado de la edificación de iglesias y capillas; así, Salta, fundada en 1582, todavía no tiene desagües, ni agua potable, pues la que se bebe es un mero vehículo de pestes, pero cuenta con 22 iglesias, conventos, beaterías y oratorios", para pedir salud para los vivos a los muertos (1).

...Recuerda al mismo tiempo la curia las indulgencias que pueden ganarse haciendo devotamente la novena, aplicables a las ánimas del purgatorio.

El segundo edicto se refiere a la aparición de la fiebre aftosa.

El metropolitano ordena con tal motivo al clero que, dados los perjuicios que la clausura de los puertos representa para la economía del país, se diga en la misa, siempre que las rúbricas lo permitan, la oración "Pro peste animalium". (La Nación", mayo 12 de 1903).

(1) En la oficina del Registro Civil de la ciudad de Salta se anotaron en 1902, 767 nacimientos y 1471 defunciones. ("La Nación", enero 12 de 1903).

Esto es, pues, en Salta como en las demás ciudades a la española, el entendimiento humano del siglo XVI gobernando a las gentes del siglo XX, en pueblos nuevos por los edificios públicos y las casas particulares, pero viejos por el espíritu de los habitantes, pues, "las creencias de nuestros mayores" implican los hábitos de pensamiento y de acción de nuestros mayores, y también los de nuestros remotos antepasados en la medida que las creencias de nuestros mayores, en orden a la conducta de la vida, sean las que fueron de nuestros remotos antepasados.

Las simples variaciones de forma significan poco, y la circunstancia, por ejemplo, de que los sacrificios a los dioses y a los semidioses no consistan ya en carneros, leche y vino, sino en alhajas o dinero, no destruye la identidad fundamental de la superstición que reencarna en los hombres nuevos del siglo XX, por el modo de pensar, el modo de ser de los tiempos pasados, de manera que el alma del argentino ordinario está atrasada en tres siglos a la época presente, por la idolatría y el culto de las reliquias — que bebe en el ambiente espiritual que le rodea.

¿Y por qué no podríamos imitar nosotros también a los japoneses, que, sin dejarse aplastar como los franceses, los españoles, los italianos y los sudamericanos por el fantasma de la raza, entendida como causa y no como resultado de su respectiva ordenación mental, han organizado un ejército alemán, una marina inglesa que es la cuarta del mundo, una instrucción pública norteamericana para hombres y mujeres, endilgada a la explotación de las fuerzas reales de la naturaleza y no a la explotación de los poderes imaginarios de las vírgenes de Lourdes, del Pilar o de Luján, a la prosperidad de la nación y no a la prosperidad del Dalai Lama cristiano que está en Roma irradiando la vida y la salud en bendiciones mágicas a los creyentes desmembrados de su capacidad para ayudarse por sí mismos? ¿Qué les hubiera costado, tampoco, creer como los españoles, los turcos y los chinos, que su género de civilización era

el mejor del mundo y estancarse en la miseria crónica hasta que los barrieran del mapa?

Para hacer viables las instituciones liberales que hemos copiado de los pueblos liberales era necesario adoptar al mismo tiempo el entendimiento liberal, y por cierto que no es necesario cambiar de raza étnica para cambiar de civilización moral, como también lo está demostrando el brillante y triunfante experimento de los japoneses, enfrente del melancólico espectáculo que están ofreciendo al mundo en esta América de los jesuítas las instituciones norteamericanas con alma española, que en Venezuela han alcanzado el record de 104 revoluciones en 70 años.

XLVI

En el orden espiritual el entendimiento hace las premisas y la lógica hace las consecuencias correspondientes, como el árbol sus respectivos frutos. Las acciones del hombre están contenidas virtualmente en sus creencias, como los frutos del árbol en la semilla. A tales ideas, a tales supersticiones, tales acciones, tales hombres, tal raza. A tal raza, tales partidos, a tales partidos, tales desastres.

Si entendemos que nuestras creencias son la sola fuente del bien, tenemos que entender que las creencias contrarias son la fuente del mal, y como queremos el bien y no queremos el mal, "mueran los herejes", "mueran los unitarios", "mueran los federales". Tenemos que perseguir el mal donde lo veamos, y si lo vemos en las ideas, en las doctrinas, en las ciencias, en la ilustración, en la verdad, tenemos que perseguir las ideas, las doctrinas, las ciencias, la instrucción, la verdad, por ese mismo instinto de conservación futura que induce a conservar las llagas, las úlceras, las fístulas del cuerpo, la miseria negra, las supersticiones y la pobreza de espíritu como títulos de dicha póstuma.

Los bienes imaginarios, que no tienen existencia fuera de nuestras creencias, y que queremos para nuestros descendientes, perderían su existencia imaginaria de que traen su ser mental; de aquí la doble necesidad real de propagar las doctrinas propias y de extirpar las doctrinas contrarias para defender el patrimonio espiritual imaginario de los descendientes.

Así, pues, de la sola manera como se tengan las ideas, aun las más nobles y generosas ideas, depende que los males parezcan bienes y los bienes parezcan males; y porque nuestros antepasados españoles tenían sus ideas cristianas en la misma manera en que tienen las suyas los creyentes mahometanos —"sólo Dios es Dios y el Papa su vicario en la tierra" —el cristianismo ha sido un desastre político en España y en la América española, el más colosal desastre político y económico de la era presente.

Porque en el entendimiento asiático del gobierno de los hombres, que los españoles —sustraídos a la Reforma del siglo XVI— importaron directamente de la Edad Media a los tiempos modernos, todas las formas de gobierno y todos los gobiernos tenían que ser necesariamente desastrosos en sí. A nosotros España nos había hecho incapaces para la autonomía política por el control recíproco de los entendimientos diferentes que son producto de doctrinas diferentes; y, expulsada la España, la incapacidad política española reventó en mil formas y montoneras diferentes por toda la extensión del continente español.

Teórica y retrospectivamente, tan defendible y tan atacable es la tesis federal como la unitaria, y tan estéril lo uno como lo otro, pues las inmensas desgracias que acontecieron no fueron una emanación de las doctrinas políticas importadas, sino una emanación de la segunda naturaleza de los actores en esos dogmas relativos; tenían ellos su entendimiento expresamente elaborado para creyentes absolutos en dogmas absolutos, en esa escuela secular de simplicidad de espíritu que corrió desde la invasión de los árabes hasta el embarque de Colón para descubrir un mundo, y sucumbir de injusticias y miseria en la tierra clásica de las procesiones a los muertos y las persecuciones a los vivos.

"El amor cuenta por uno y el odio cuenta por dos" y después de las primeras actuaciones a la española (1), el odio de

(1) "A tal punto habían llegado las cosas en España, que el ayuntamiento de Londres había dicho al gobierno de su país: "en nombre de la humanidad afligida apelamos a nuestra augusta Reina y a los gobiernos que rigen los destinos del mundo civilizado e imploramos que el gobierno de Su Majestad, de acuerdo con sus aliados, tome las medidas con-

los federales a los unitarios y el odio de los unitarios a los federales fueron los sentimientos preponderantes en el campo de la acción política.

Los métodos de conducirse los hombres con los hombres, como las fieras con las fieras, no fueron tampoco creaciones nuevas del espíritu humano, ni invenciones del momento, sino el simple juego del entendimiento viejo en las circunstancias nuevas; y hay, seguramente, más médula de historia argentina en el tomo III de *Les Origines de la France contemporaine* que en los diez volúmenes de don Vicente F. López. En la inquisición política para lograr la unanimidad de opiniones sobre el sistema federal, con todo su cortejo de violencias, espionaje, delaciones y persecuciones, Rosas y sus congéneres mayores y menores, sólo fueron continuadores de la escuela católica española incorporada a nuestro ser y hecha carne en nuestra carne (1).

Y el espíritu español, como salió de la fábrica romana de entendimiento humano, como sigue saliendo de nuestro cristianismo de la Edad Media, es una predestinación para la intolerancia, la sumisión, la insurrección y el favor de la Iglesia y del Estado. Lo demás son las consecuencias, pues de suyo la intolerancia engendra intolerancias y las crueldades inducen represalias en crescendo recíproco, y pronto los desgraciados acto-

---

venientes para poner término a una guerra tan horrible, cuyos actos de inaudita ferocidad apenas encuentran semejanza en las historias, y que mientras dure, sirve de mal ejemplo y embota los sentimientos filantrópicos de las naciones vecinas...

"Por aquellos días en que fué ahorcado Riego y como él tantos liberales ilustres, un mariscal francés escribía a su amigo el vizconde de Chateaubriand: "Decid, señor, al Rey. que si ha de ser larga mi permanencia en España, se digne enviar otro mariscal que me reemplace, porque sufre mucho mi alma viéndome confinado en un país de salvajes". (Muñiz y Terrones, "Cartas a Alfonso XIII", tomo 2º pág. 187-199).

(1) "Era el régimen de gobierno patriarcal, el individuo sacrificado al Estado, un Estado absorbente que, al velar por el interés de cada uno, dirigir su vida, mantenerlo en la debida sumisión y respeto, lo habitúa a considerarlo como un poder providencial, única fuente de beneficios, de prosperidad y de gloria. Transformado en república... el estado de ánimo de los administrados, su concepto del gobierno providencial, no variaron. Se habían incrustado en el organismo individual y colectivo". (J. A. García (hijo), "Ciencias sociales").

res políticos quedan en la situación de los foragidos comunes; cuanto peores las hechas, tanto mayores los peligros de la caída y las amarguras consiguientes a la condición de perseguidor perseguido.

Tales fueron las consecuencias naturales de la especie de entendimiento humano en que nos dejó la metrópoli; de cuyas resultas, las oposiciones sin acierto y sin entrañas ponían a los gobernantes, sin acierto y sin entrañas también, entre la jauría de rabiosos y enconados, por donde vino a suceder que los peores se sintieran en mayor necesidad de aguantarse lo más posible y por todos los medios desde que "no podían caer a medias".

Del espíritu de intransigencia con el mal, que es el espíritu de violencia para el bien, resultan fatalmente las sectas y los partidos violentos; y porque el derecho de vida es derecho de muerte contra los que matan, de los dilemas católico-latinos: "religión o muerte", "unidad o muerte", "federación o muerte", en que planteó los problemas sociales el espíritu argentino español de la primera mitad del siglo XIX —discípulo de los jesuítas y de los inquisidores— nace simultáneamente para ambos bandos, por derecho de legítima defensa, el derecho de degollar a los adversarios, tanto y tan rudamente ejercitado en las tierras de María Santísima, aquende y allende el Océano.

De todo ello resulta que la vida y bienes son imposibles en el país para el vencido, y entonces la lucha es cuestión de vida o muerte y la perpetuación en el poder una consecuencia superconstitucional del derecho de vivir. Y desde que el término del poder sean la muerte o la proscripción, sólo se vive mientras se gobierna y sólo se gobierna mientras se tiene aplastado al futuro verdugo; y entonces el poder es vitalicio por la necesidad de las cosas y la expresión más exacta para designar el triunfo es "la salvación del país", porque sin triunfo no hay país sino infierno, y tampoco era humo de paja que al hecho de ir al gobierno se le llamaba "ir al sacrificio", en aquella época en que se gobernaba sobre el vencido y a su costa, sembrando rasguños para cosechar arañazos.

El poder —entendido a la manera católica (1), como un instrumento de convertir a los hombres a la buena doctrina— "es como el gato, el cual si lo tenéis vos, podéis hacer que me muerda a mí; si lo tengo yo, puedo hacer que os muerda"; y por la trama española de nuestro espíritu sucedió fatalmente que el poder fué en la América española un gato tan terrible en uñas y dientes, que regularmente no pudo haber a su respecto más que dos actitudes discretas: tenerlo o dispararle y tenerlo era emporcarse el alma. El primer asesinato político salió de un conciliábulo de doctores unitarios en el poder; pues si bien en la tribuna y en el púlpito todos profesamos santo horror a la barbarie, en apurando las circunstancias todos somos bárbaros de ocasión.

Nacidos y criados en la pobreza de entendimiento y la intolerancia de espíritu, la intolerancia y la estupidez trajeron su miserable familia de excesos, atropellos y crueldades. Que unos se excedieran más y otros menos, es asunto secundario, desde que la violencia y su reacción específica son de suyo cosas sin límites y sin reglas. Así lo que importa no es averiguar el quién ni el *quantum* de los excesos, sino las condiciones mentales que los producen fatalmente (2).

Los sufrimientos incruentos de las víctimas de nuestro en-

---

(1) "Monseñor Ireland, a quien sus hermanos del clero francés habían expuesto sus quejas, les decía que, reconociendo lo bien fundado, creía que si ellos estuviesen en el lugar de los anticlericales, harían, en provecho de sus opiniones, exactamente lo que hacen sus perseguidores en beneficio de sus doctrinas intolerantes. Este prelado del Nuevo Mundo, a pesar de su elevado rango en la jerarquía católica, es un liberal, amante de la libertad como se la entiende en América. Educado en Francia, conoce a fondo el país de su juventud". (Bodley, lugar citado).

(2) "La ferocidad de los comunistas para sus conciudadanos fué tan cobarde como la de los cipayos con los ingleses en Cawnpore: las penas infligidas a los parisienses por las tropas de Versalles fueron tan inhumanas como aquellas con que los ingleses contuvieron la insurrección de las Indias. Se podría alegar que la guerra civil siendo fratricida, desencadena forzosamente las pasiones inhumanas. Pero, algunos años antes, la guerra de Secesión en América, había demostrado que los pueblos modernos pueden empeñarse en conflictos intestinos, sin deshonrarlos por la crueldad". (Bodley, lugar citado).

tendimiento católico español para la vida en sociedad, fueron tan grandes, que aun hoy su solo recuerdo nos sacude el corazón y nos arranca una superflua condenación en la herradura —desde que no hay enmienda para el pasado—; y cuando nosotros mismos, puestos a resolver el odioso pleito argentino localizado en dos tribus de Africa, v. gr., lo fallaríamos en la sentencia común: "entre Juan y Pedro, me quedo con Diego", y puestos por el absolutismo espiritual de nuestros compatriotas, de nuevo en la alternativa de matar o disparar, tal vez no dispararíamos muy lejos.

Pues lo que en el entendimiento argentino de hoy parece crimen atroz e indisculpable, parecía al entendimiento hispano-argentino de ayer más que necesidad, "deber de salvar al país", de "los inmundos salvajes unitarios", infieles recalcitrantes de la nueva fe ciega, en el entendimiento de los que estaban monstruosamente educados para la acción política, y lo que hoy tiene los caracteres de la necesidad política o económica tendrá mañana los caracteres del crimen político o económico. El mundo es un universo de necesidades, de pasiones y de fuerzas; las cosas que han sucedido tuvieron más fuerza de suceder que las que se quedaron en agua de borrajas, y desde la declaratoria de Independencia, la "Mazorca" estaba implícita en las entrañas del entendimiento hispano-argentino, como estaba implícito el terremoto de Mendoza en las entrañas del suelo.

Los dos absolutismos españoles —"recién naufragados de manera a no dejar astilla aprovechable a los náufragos en necesidad urgente de construir un nuevo barco", que dice Logan—, habían hecho de antemano imposibles todas las especies decentes y sensatas de gobierno popular; y si fué una lamentable equivocación de los viejos partidos el pelearse antaño sobre cuál fuese mejor forma de gobierno para pueblos que no podían gobernarse decentemente de ningún modo, a punto de que tampoco lo sepamos hoy mayormente, aun parece más ocioso discurrir ogaño sobre cuál anduvo más acertado en la materia

en que no cabía acierto (1). Y, sin embargo, era necesario vivir encima del adversario para no estar aplastado por él.

Y hoy mismo, cuando se clama por buenos gobiernos, por gobiernos a la norteamericana, se clama por lo que la religión oficial española —la variedad más antiliberal, la más fetichista y la más fanática del catolicismo— en que se modela el alma del pueblo, ha hecho imposible para las generaciones presentes en las generaciones pasadas, y sigue haciendo poco menos que imposible para las generaciones venideras en la generación presente.

En 800 años de guerra, los moros fueron expulsados de España, pero en esa lucha secular de dos fanatismos contrarios y enardecidos se formó el carácter español, hechura, protegido, instrumento y rebaño de la Iglesia católica militante, inquisidor por educación, discípulo sumiso del clero, vale decir, siervo del siervo, amante apasionado del yugo espiritual, desposado en matrimonio indisoluble con esa inclinación mental que produjo la orden de los jesuítas por la implantación de la obediencia pasiva en las materias del entendimiento, verdadera aberración musulmana de "la doctrina de la libertad de las almas" que predicó el Redentor.

Los españoles fueron, al fin, expulsados de América, pero aquí quedó su espíritu —con sus frailes, sus conventos, sus costumbres, sus ideas, sus tendencias, su adoración de los muertos y su culto de las reliquias—, de que resultaron nuestras desgracias morales, sociales, políticas, económicas. Los hijos rebeldes heredamos, bien involuntariamente, las modalidades espirituales de la madre gloriosa y de largo tiempo enferma de estancamiento moral, y seguimos y seguiremos padeciendo su misma desgraciada constitución mental, dentro de nuestra prestada constitución política.

---

(1) "La constitución que tan luminosamente había elaborado el Congreso y a cuya formación concurrieron los hombres más notables de la nación, fué rechazada por los caudillos del interior, no porque fuera federal o unitaria, sino porque era simplemente una constitución, según la frase del canónigo Gorriti", dice Avellaneda.

XLVII

"LA lucha es la vida en los países libres y es lo que los mantiene sanos", decía Cavour en 1860. Pero nosotros no podemos todavía vivir en libertad porque todavía no podemos luchar en paz.

Educados por el absolutismo doble de la España para el gobierno de los hombres por la Iglesia y para la Iglesia, no pudimos empalmar en el gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo, mediante los partidos y el control recíproco. Esto nos resultó imposible, porque los partidos nos resultaron sectas y los fieles "que consideran la verdad como una propiedad o como un privilegio", no pueden consentir en el control de lo que es santo por lo que es impío, pero ni aun en la coexistencia de los "herejes" o de los "asquerosos" sin deshonrarse en este mundo o arriesgar su salvación en el otro; y después de treinta años de recíproca intolerancia devastadora, medio caímos en cuenta de la inmensa estrechez de espíritu en que nos tenía varados el absolutismo mental de la madre patria, que de antemano había hecho a la América del Sur incompatible con la sensatez política.

Y al cabo de 80 años de la misma orientación mental, apenas atenuada por la instrucción liberal, hemos recién llegado a la supresión convencional de la lucha —que es una especie de compás de espera— y la suspensión de la vida democrática, por imposibilidad de practicarla, con todo su cortejo de unanimidades sin contrapeso y de traspiés consiguientes; y con ser un flaco

resultado de casi un siglo de independencia, es, sin embargo, el mayor progreso político a que hemos podido llegar.

Económicamente, al entrar en el siglo XX, la mayor parte de la América española está en bancarrota definitiva, y el resto en moratorias —más o menos disfrazadas—, porque cada pueblo tiene en el entendimiento infantil de la vida moral, que debe al catolicismo español, la sombra del manzanillo para la vida humana.

Nuestra libertad política está en moratorias por tiempo indefinido, porque en nuestro cristianismo —para el óbolo de San Pedro, las iglesias, los conventos, las procesiones y las peregrinaciones, y no para la decencia y la sensatez humanas en la vida humana— sólo hemos llegado a poder optar entre la contienda sanguinaria de los partidos dispuestos a luchar "en todo terreno" con el máximum de mentira posible, y a apelar en defecto de triunfo a "la protesta armada" —*the cruel man cries loudest at paine*—; a optar entre elecciones sangrientas, motines, asaltos y revueltas con su triste secuela de rencores y venganzas consecutivas, o el reparto pacífico de las manzanas de la discordia, mediante el fraude y la mentira en común; a optar entre el miserable despotismo alternativo de los partidos feroces que paralizan y frustran la vida civil y entecan todavía a las repúblicas del mar Caribe, o los acuerdos y las transacciones que suspenden la vida política para hacer viable la vida social y civil, el desarrollo de la instrucción pública, los ferrocarriles, la agricultura, la industria y el comercio en las repúblicas del Plata, "para sacar el mejor partido posible de las condiciones actuales tales como son", según la definición que da Roosevelt del oportunismo discreto.

XLVIII

"Los argentinos somos retoños de una vieja raza, y nadie nos ha asegurado contra la terrible e incontrastable ley de la herencia. Así, somos impetuosos, caballerescos y sentimentales como los españoles, pero también indolentes, fanáticos y apasionados como los árabes", dice Joaquín V. González (1). Pero más vieja era la raza japonesa y se ha rejuvenecido, sin embargo. Pero la indolencia del árabe —como "la indolencia y la pereza legendarias del ruso"— no le viene de la sangre sino de la más enervante inteligencia supersticiosa de los principios morales, en esa su creencia de que los hombres nacen predestinados a la felicidad o la desgracia inevitable, de que todo tiene que suceder sin el concurso de su voluntad y su inteligencia porque "¡está escrito!".

Pero la indolencia y la intolerancia del español que han hecho la esterilidad del habitante y la pobreza del suelo, tampoco le vienen de la sangre, sino de sus creencias que lo obligan a entender que los bienes del individuo no provienen de su capacidad para producirlos, sino de los favores de los santos y las reliquias milagrosas, por su santidad para merecerlos.

Pero esa incontrastable ley de la herencia que se perpetúa en los que quedan en el mismo ambiente espiritual, se borra delante de los gajos de la misma planta humana que retoñan en otro suelo de ideas, sentimientos y costumbres; porque el

(1) "Problemas escolares".

apasionamiento en el querer es lo que se conforma a nuestras creencias de cualquier orden, y en el detestar lo que las contraría, el apasionamiento que es el segundo nombre de la estrechez de espíritu, no lo tenemos por circunstancias que nos vengan en la sangre desde nuestros padres, sino en su espíritu, en sus ideas y sentimientos, como cosa que es del espíritu y no de la sangre, y que sin el cambio de la sangre desaparece por la edad y la cultura liberal del entendimiento, y aun sin esto cuando el hijo de apasionados crece en tierra de tolerancia.

Hay, por cierto, alguna incorrección en atribuir el atraso y la miseria de los pueblos de la América latina a su condición de descendientes de la España y el Portugal. La prole de los españoles y portugueses de la Florida, Tejas y California, no está en atraso y miserias como nosotros, y un hijo de español puede ser inglesado, alemanizado, etc., etc. Lo que sucede es que hemos conservado en América los mismos frailes con los mismos catecismos que españolizan en España y Portugal al hijo de lo que fuere, y que, de consiguiente, nos españolizan a nosotros y a nuestros hijos y a nuestros inmigrantes en América. Los hemos conservado porque éramos españoles, y nos españolizan, no porque seamos descendientes de españoles, sino porque los conservamos. Nuestra calidad de descendientes de español es inquitable, pero las colmenas de frailes y de monjas no son inaventables, y sin embargo, son los elaboradores del espíritu medioeval que nos españoliza el entendimiento (1).

---

(1) "Para difundir una cultura restauradora de la dignidad humana es necesario quitar absolutamente a la iglesia, al fraile, a la monja, la facultad de tener escuela y enseñar, porque su enseñanza es substancialmente la negación de la razón y del pensamiento humano. No se diga que esto está bajo la egida de la libertad y que no se puede hacer sin ofenderla. ¿Por qué a un delincuente se le segrega de la comunidad social, sino porque es un peligro para ella? La enseñanza frailuna es dañosa al bienestar individual y social, porque no se limita al hecho religioso y del culto, sino que invade la vida en sus raices, inmoviliza el pensamiento, y con él la actividad, cristaliza en las formas viejas y caídas el saber humano, se opone al progreso, persigue a los innovadores, apaga toda iniciativa y reduce al hombre en alma y cuerpo a la servidumbre más humillante". (G. Sergi, lugar citado).

El hijo de padres argentinos, nacido y criado en Inglaterra, es un hombre enteramente a estilo inglés, sin que obste la sangre árabe-española, y el hijo de italianos, austriacos, rusos polacos, griegos o franceses, nacido y criado en este país es un hombre a estilo chileno, peruano, boliviano o mejicano, si hubiese brotado en estos países, pues, aunque todos somos retoños de español, un diferente matiz en las ideas, los sentimientos y las costumbres basta para que cada uno produzca, con la misma materia prima europea, una distinta variedad de hispanoamericano.

Y desde entonces, la ley de herencia, en lo que el individuo no recibe por la sangre sino por el ambiente espiritual, sólo es incontrastable en la medida en que continúan actuando sobre el retoño las circunstancias espirituales que modelaron el tronco; y, naturalmente, mientras no las cambiemos, seguirán ellas produciendo automáticamente en nuestros descendientes el hispanoamericano de siempre.

Un inglés, un español, un japonés, un chino, un norte o un sudamericano de 20 ó de 60 años, productos diferentes de civilizaciones distintas, no son más nuevos o más viejos el uno que el otro por la carne o los huesos, sino por sus conceptos de la vida y del mundo, por las ideas, los sentimientos y los hábitos envejecidos o renovados, que hacen del uno la antítesis del otro, porque todos tienen huesos nuevos y no todos tienen entendimiento viejo, creencias seculares y absurdas, supersticiones infantiles diferentemente viejas y diversamente necias.

Entonces, pues, no digamos que nuestra invalidez para la prosperidad humana es incurable por ser consuetudinaria, hasta haberse convertido en calidad de la raza española, porque no es cierto lo primero, aun siendo cierto lo segundo. Semiatrofiado de la capacidad para el *self* control y el *self help*, por la fe en el poder de los muertos, de las reliquias y de las ceremonias rituales para influir en la conducta, en la capacidad y en el des-

tino de los hombres y de las cosas que les conciernen; semitullido del entendimiento y la voluntad por la sumisión pasiva y consuetudinaria al entendimiento y la voluntad de los directores espirituales y temporales, nuestro pueblo es curable todavía, como el paralítico de la leyenda cristiana y el remedio consiste, también, en inducirlo a levantarse y echar a andar.

FIN

INDICE

Este libro se terminó de imprimir el
día 30 de septiembre de 1952 en los Tall.
Gráficos Argentinos L. J. Rosso, S. R. L.,
Cap. m$n. 4.200.000 - Doblas 951, Bs. As.


LC
A